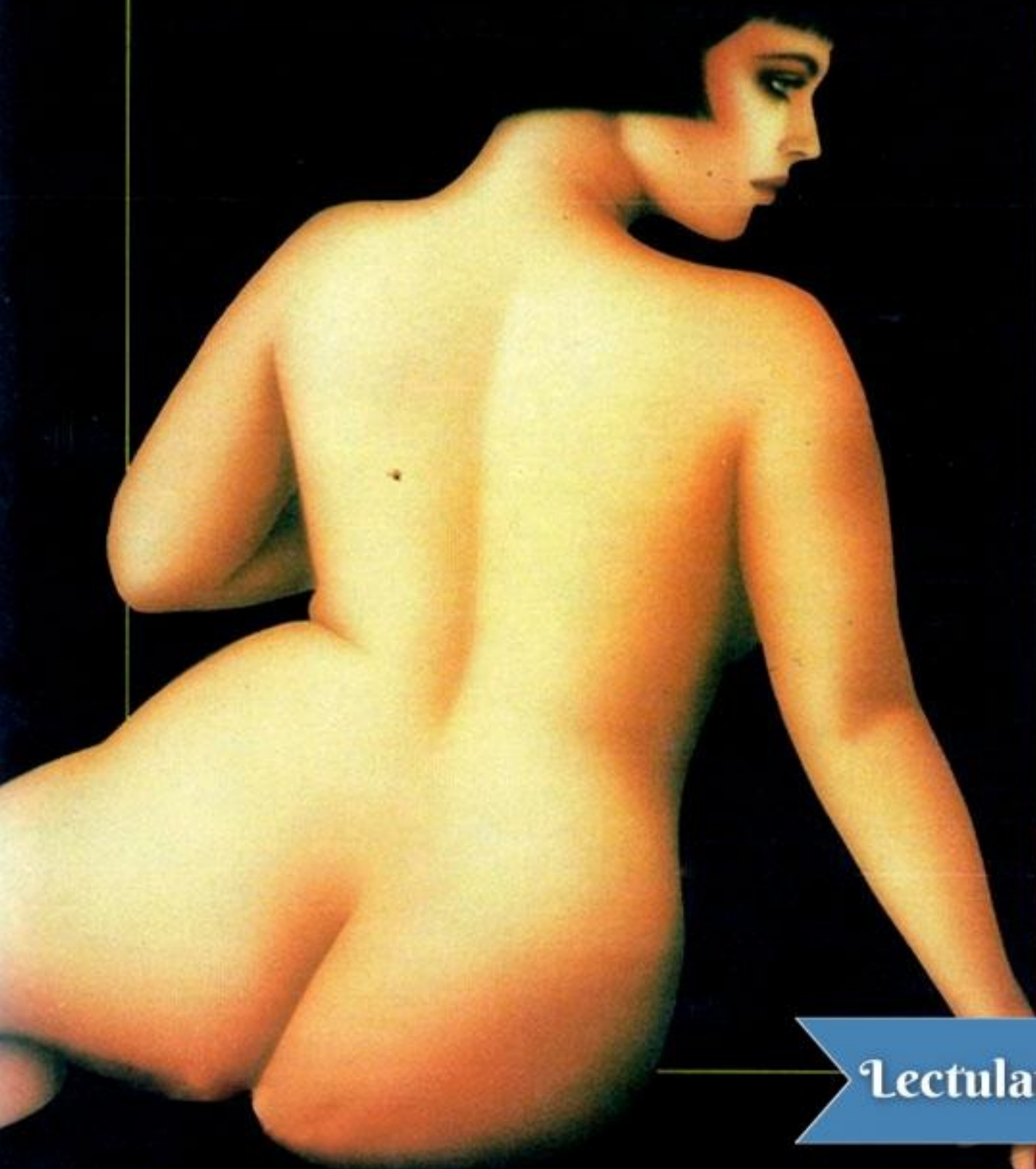


Jacques Cellard

EN LOS SALONES DEL PLACER

se

Nuevas confesiones de una
desvergonzada



TIVA EROTICA

Lectulandia

La esperada continuación de las Confesiones de una Desvergonzada. En Confesiones de una Desvergonzada, la adolescente Lucienne nos describía los inicios de su educación erótica. Esta novela, continuación de aquella, retoma el hilo de su autobiografía en el momento en que Lucienne se ha convertido en Lulu la Complaciente y desarrolla su polifacético talento amatorio en Las Odaliscas, una de las casas de citas mas frecuentadas de Paris. En torno a ella bulle el pintoresco batallón de las pequeñas mercaderes de placeres: Irma la Enamoradiza, La Normanda, Melie la Tres Bocas, Cleo, Fanny, Julia Dedo Diestro y otras, que se desviven por complacer los mas inimaginables caprichos y fantasías sexuales de un regimiento de asiduos clientes. Se debe destacar la magnífica utilización del argot prostibulario. Las confesiones de estas pequeñas mercaderes de placer harían ruborizar incluso a Pierre Louys.

Lectulandia

Jacques Cellard

En los salones del placer

Nuevas confesiones de una desvergonzada

ePub r1.0

Titivillus 22.05.18

Título original: *Les petites marchantes de plaisir*

Jacques Cellard, 1991

Traducción: Teresa Clavel

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Uno

*No digáis: «Me joden las novelas decentes».
Decid: «Me gustaría leer cosas más interesantes».*

Pierre Louys,
Manual de urbanidad para jovencitas.

Domingo 24 de septiembre

¡Ya está! Mañana empezaré a trabajar en Las Odaliscas, una casa de prestigio que ocupa las tres plantas de un magnífico edificio de la calle Saint-Augustin. La señora y el señor Armand lo regentan paternalmente, aunque en realidad es la señora quien lleva los pantalones, como es de rigor, y quien se ocupa de las doce mujeres, que suelen quedar reducidas a nueve, y en ocasiones a ocho, a causa de los Incidentes cotidianos, el asunto de las vacaciones, las enfermedades, e incluso las fugas.

En principio, allí las chapas se cobran a ocho francos^[1], lo cual nos sitúa a medio camino entre las aduanas de más postín, como El Escándalo o El Perejil, donde oscilan entre los doce y los veinte francos, y los lupanares de los suburbios, en los que el precio baja hasta cuatro, ¡e incluso tres francos! Vamos a medias con la casa, como en todas partes, pero no tenemos que compartir, al igual que sucede en muchos otros establecimientos, el suplemento que a veces nos deja el cliente, si dispone de fondos y está de buen humor. Cuando la señora me lo dijo, el señor Armand intervino para explicar que no deseaba incitar a las mujeres a mentir, y que los guantes^[2] eran un asunto privado entre el flete y nosotras.

Lo que no dijo es que nuestros patronos se resarcen, y con creces, con el precio que nos hacen pagar por la pensión, además de las facturas de servicios y complementos, como los saltos de cama, las medias o el peluquero, que nos cobran al triple de su valor. Por no hablar de las multas con que en todas las casas se sanciona continuamente a las mujeres: por decir una palabra más alta que la otra, por haber

olvidado «tomar precauciones», por haber permitido que un cliente vuelva a joder sin haber pagado los ocho francos correspondientes por otro polvo, ¡y yo qué sé cuántas cosas más!

Entre unas cosas y otras, según me aseguró la señora, muy seria, una joven tan guapa como yo puede ahorrar en su casa veinte luises al mes, si no treinta.

—Con la condición de ser muy complaciente y «comprensible» con estos señores, mi pequeña Lucienne —precisó—. ¡Qué le vamos a hacer! Los hombres son los hombres. Y puesto que ni usted, ni yo, ni nadie va a cambiarlos, tomémoslos tal como son.

—Por otra parte —añadió el señor—, nuestra clientela es exclusivamente burguesa. Señores pulcros y de maneras cuidadas, ¿comprende? Los militares, los hombres pasionales y los obreros se los dejamos a otras.

Jueves 28 de septiembre

Antes de proseguir, tal vez debería contar qué circunstancias me llevaron a instalarme de buen grado en una acogedora casa, cuya puerta permanecía abierta desde las once de la mañana hasta la una, e incluso las dos de la madrugada, para los señores en busca de un poco de afecto. Hoy es mi día libre y dispongo de tiempo.

En primer lugar, me presentaré, en atención a los que todavía no me conocen: Lucienne Chauron, Lulu para los amigos, Lulu la Complaciente para los íntimos, veintitrés años la próxima primavera y sin un diente de menos, huérfana de mamá y casi de papá, del que no tiene noticias desde hace más de seis años.

No resulta difícil imaginar que no fue la cigüeña quien me trajo a Las Odaliscas. Fueron los tiempos difíciles y el canal de Panamá, en cuya construcción mi imprudente progenitor había invertido no sólo los cuatro cuartos que poseía nuestra humilde familia, sino sobre todo los diez mil francos de La Fourmi Françaises, de donde era el responsable cajero hasta el día en que se vio obligado a subir al tren de Bruselas para escapar a la justicia de su país.

Si tuviera ánimos para reír, sería el momento más Indicado de cantar con una tonada popular:

*Mi papá se fue
para escapar de la trena, [bis].
Me dejó sin dinero,
pero con mi pequeño agujero.
¡Mejor para mi! [ter].*

En cualquier caso, hubiera podido hacerlo. Tenía dieciséis años cuando nos quedamos sin papá y mamá, y había comenzado mi educación prestando liberalmente mi culito primero a mi hermano Max y luego a su amigo Vincent. Incluso había ganado ya mi primera moneda de cuarenta machacantes en un carruaje, interpretando el papel de

colegiala que chupa un pirulí con un chorlito de edad canónica, y perdido la virginidad un cuarto de hora después, en el mismo carruaje y en brazos de un granuja bastante insulso.

La proseguí en casa de mis tíos, los Crapart, en Nogent-le-Rotrou, adonde fui a parar a la muerte de mamá, y en donde hice disfrutar de mis dotes a la joven Odette de Courmanche, una compañera de colegio, luego al coracero-jardinero Lucas, de Maizy-le-Thou, en Normandía, y finalmente a mi primo Léon, un auténtico memo de dieciocho años en aquella época.

Más tarde descubrí que haber sido desflorada por todos los orificios a la edad de la confirmación no suponía ninguna hazaña para innumerables chiquillas de los barrios pobres. Por otra parte, para mí tampoco lo fue tal como yo veía el asunto, es decir, como un juego entre críos, aprovechando las ocasiones propicias y evitando cuidadosamente ser descubiertos por los enemigos de chupar y ensartar el redondel, la diferencia entre mí y Rosa la Flor, por ejemplo, o Mélle la Tres Bocas, es que ellas nunca le pidieron al jefe de su padre, al dependiente de la tienda de la esquina o a su propio hermano que las pasaran por la piedra. Yo sí.

Esas ansias desenfrenadas por los motivos más tontos, porque hacía calor o porque hacía frío, porque me aburría o porque estaba contenta, empezaron a dominarme desde edad muy temprana y han continuado haciéndolo desde entonces. Supongo que es algo que se lleva en la sangre, por lo menos las mujeres, ya que los hombres experimentan más bien necesidades que deseos. Eso es lo que decía Gertrude Clara de Huevo, a quien conocí cuando ambas trabajábamos de camareras en Las Doncellas de Escocia, una cervecería del bulevar Saint-Michel, y que ahora ejerce en La Gavilla de Heno, un establecimiento situado en la calle Saint-Sulpice.

A los dieciocho años estuve a punto de casarme, por descontado. El único modo de que una huérfana sin dote y supuestamente virgen escape del matrimonio es ingresando en un convento. Y en definitiva, eso fue lo que hice. Tan sólo es preciso aclarar de qué clase de convento se habla y qué tipo de votos se hacen: los de castidad y pobreza las poco agraciadas; los de pasta y colitas las que se sueltan el pelo desde edad muy temprana.

Quien acabó de decidirme a ello fue el selecto matrimonio que hizo mis delicias primero en Nogent-le-Rotrou, donde me habían contratado como doncella, y luego en París. El conde Jean-Charles y la condesa Clotilde de Bresles eran unos nobles de la reglón, jóvenes, ricos y viciosos; esto último especialmente ella, que no era condesa ni por el forro, sino prostituta de lujo y amante del conde. Ellos me hicieron aficionarme al placer y el dinero fácil, lo cual va Indisolublemente unido, ya que el dinero sin placer puede meterse en el mismo saco que el placer en la miseria.

Estuve cerca de un año viviendo con ellos, en su mansión de la calle Saint-Dominique. Para una criatura de la orilla derecha, nacida a la sombra de la Trinité y

criada en las cuevas de la calle Clichy, aquel barrio de gente estirada, sin animación ni alegría, donde las personas como Dios manda no van a ninguna parte a pie, era casi como un exilio. ¡Ni un hombre que te siguiera por la calle atusándose el bigote y te acorralara en un portal, para ofrecerte cinco francos a cambio del culito o la boca mientras te arremanga las faldas! Bueno, ¡es que ni una chiquita haciendo la calle o apostada en una esquina! ¡Nada! ¡Un desierto!

No obstante, aprendí mucho de ellos. Lo primero de todo, a comportarme en la mesa y a no sorprenderme de nada; a continuación, a hacerme valer sin esforzarme demasiado; y, por último, a joder. El conde no era un hombre de pasiones desenfrenadas ni de gustos extravagantes; en mí no veía más que a una amable criadita, más atractiva y complaciente que otras. Pero la condesa... ¡Ah, la condesa!

Clotilde tenía alma de tortillera. En cuestión de hombres, su fidelidad a Jean-Charles era absoluta. Ahora bien, con las mujeres era una desvergonzada Insaciable, cosa que no ocultaba a su marido, el cual también solía sacar provecho de la situación. SI sigo siendo un poco bollera cuando se tercia, la culpa no es de ella; lo que ocurre es que es un arma para atraer la atención de aquellos hombres a los que las mujeres de placer están condenadas. Sin embargo, me encuentro muy lejos de alcanzar su grado de apasionamiento.

Se le había metido entre ceja y ceja formarme, como ella decía, sin olvidar de paso satisfacer sus caprichos guarros. Una noche, después de haberme trabajado convenientemente con la lengua en presencia del conde, renunció en mi favor a su partida de *bridge*, con la condición de ser ella quien dirigiera la maniobra. A tal fin hizo que su marido se tumbara boca arriba y que yo me colocara encima de él. El conde me ensartó con delicadeza, como era su costumbre, mientras Clotilde me abría las nalgas para meterme la húmeda.

Hasta ahí, la cosa sólo supuso una sorpresa a medias, pues en los tríos lo lógico es que todos se busquen una ocupación. Cuando el conde logró entrar, el dedo de la condesa hizo lo propio por el otro lado. Pero..., ¡oh!, aquella novedad resultaba absolutamente insólita. Y no sólo eso, sino además explosiva, ya que ella conducía su colita articulada al encuentro de la otra, y yo percibía como se tanteaban y jugueteaban en mi interior.

Dado que mis profundos suspiros y el modo en que contoneaba la grupa no le dejaban lugar a dudas acerca del placer que me proporcionaba, introdujo dos dedos. Y en vista de que yo la animaba con mis gemidos, añadió el pulgar, al mismo tiempo que acariciaba con la otra mano las aceiteras condales. De pronto, se produjo el estallido. Jean-Charles descargó por tres, y yo me di un atracón memorable. ¡Experiencias semejantes no se olvidan!

Clotilde no paraba en barras. En otra ocasión desapareció, dejándonos a su marido y a mí ocupados haciendo un delicioso sesenta y nueve, y regresó provista de un artilugio de cuero blanco, al que ella llamaba «su hombrecito». Se trataba de un consolador, por supuesto, pero yo no aprendí el nombre hasta más adelante. Creía que

su Intención era simplemente la de divertirnos, pero no, pues utilizó el ingenio para ensartarme por detrás mientras Jean-Charles me penetraba por delante. No guardo un mal recuerdo, pues había elegido el más pequeño de su colección y lo había lubricado convenientemente; sin embargo, tampoco es bueno del todo, ya que estaba demasiado rígido y frío.

En Las Odaliscas, algunos clientes me piden que les permita introducirme el dedo visitante. Yo me hago de rogar porque forma parte del juego, y les exijo dos francos de guantes.

—Querido, sabes perfectamente que con cualquier otro no accedería ni por diez francos, pero ya que tienes tanto interés... ¿Llevas las uñas bien cortas?

—De acuerdo, veo que te cuidas las manos. Y para no hacerme daño, granujilla, úntate el dedo con jabón. ¡Ah! Desde luego, haces que me comporte como una guarra. Porque me eres simpático, que si no...

En realidad, cuando el hombre es delicado no resulta desagradable en absoluto. Pero el oficio es el oficio. Debemos hacer que el flete pague no sólo lo que nos disgusta, pues eso es lo de menos, sino también lo que nos complace. Y evidentemente, no dejar que note la diferencia.

En casa de los De Bresles me sentía a gusto. Tenían cocinera, ayuda de cámara y cochero, y para los trabajos de más envergadura contaban con el mayordomo y su esposa. Solíamos desayunar juntos sin privarnos de nada. Por la noche yo cenaba antes para poder servir la mesa, tras lo cual, a no ser que la pareja se encaprichara con hacerme compartir su lecho conyugal, subía a acostarme al tercer piso, donde habían ordenado que me prepararan una habitación.

Pagaban medio luis a la quincena por mis servicios de doncella. Los servicios normales, se entiende, como tener a punto la ropa blanca y los vestidos de la condesa, y darle conversación. Por los otros, es decir, lamerla cuando estaba excitada o aliviar al señor cuando ella se sentía demasiado cansada para abrirse de piernas, recibía unas veces cinco francos, otras diez, según mi boquita o mi culito les proporcionaran satisfacciones más o menos placenteras. No se trataba de un toma y daca, como ahora con mis clientes en Las Odaliscas: cinco francos por dejar que te chupen la almendra garrapiñada, diez porque te la metan... No es la manera de actuar de las personas bien educadas. Simplemente, me daban un luis para que fuera a comprar papel de cartas o un periódico, y no aceptaban que les devolviera el cambio.

«Quienes no se separan, no son la mejor compañía», dicen los expertos. Pues bien, a nuestro pesar, los De Bresles y yo no fuimos la excepción de la regla. El caso es que la necesidad precipitó una separación Inevitable, y nos ahorró la desagradable experiencia de sentirnos, un día u otro, cansados de vivir juntos y de tener que decírnoslo.

Yo todavía era menor de edad y me encontraba bajo la tutela de mi tío el notario,

el cual me había autorizado a acompañar al conde y a la condesa a París tan sólo porque eran excelentes clientes y porque, en el fondo, mi presencia le resultaba un tanto molesta. Sin embargo, mi tía, que se sentía más preocupada por cumplir sus deberes hacia mí, lo presionaba para que me hiciera regresar a fin de casarme con el hijo del recaudador de Impuestos del lugar, un pipiolo tartaja con la cara llena de granos.

Así pues, mi tío le escribió al señor De Bresles indicándole que me enviara en tren, sin tardanza, a Nogent-le-Rotrou, y que él iría personalmente a esperarme a la estación. ¡Demasiado pronto para mí! Pero las leyes, la ley, como decía el conde, y poco le Importaban mis Insignificantes ansias de libertad. Aplazar la fatal partida unos días con el pretexto de supuestos preparativos, ¿de qué hubiera servido? El retraso le pondría la mosca detrás de la oreja al notario, quien, de nuevo según el señor De Bresles, recurriría a medios más expeditivos (policía, mandamiento judicial...), con el consiguiente escándalo.

En consecuencia, el conde respondió a mi tío que el jueves siguiente él mismo me acompañaría a coger el tren de las 10.17 en dirección a Chartres y Nogent ¡Es el tipo de detalle que se queda grabado! Preparé mi escaso equipaje sollozando, bajo la atenta mirada de la condesa.

—Lucienne —me dijo ésta—, sobre todo no olvides coger el dinero. Es TUYO, querida, y no tienes que rendir cuentas a nadie a ese respecto. ¡Lo único que lamento es que no haya tres veces más!

Sin embargo, a mí me parecía que era enormemente rica. Había recogido trescientos treinta y tres francos y algunos céntimos, en lises y monedas de plata. Hubiera dado con gusto hasta el último céntimo de aquella hermosa suma, ganada con el sudor de mis manos y mis nalgas, con tal de quedarme en París. O, todavía mejor, hubiera podido salir a comprar una caja de cerillas y no volver. Pero los De Bresles, de los que no tenía ninguna queja, se habrían encontrado en un aprieto espantoso, y no quise hacerlo. No se desaparece, así como así cuando se tiene apenas dieciocho años, un padre en el quinto pino, un hermano no demasiado católico y un tío notario. Por lo tanto, me resigné a mi suerte.

La condesa prefirió no acompañarnos a la estación. Decía que era demasiado triste; en realidad, el problema es que era demasiado temprano. ¡Nada menos que las nueve de la mañana! Cuando llegamos, el conde tomó mi billete para Nogent, me lo entregó junto a dos flamantes lises, y me propuso recomendarme al revisor para que nadie me importunase y para que me avisara cuando estuviéramos llegando a Nogent-le-Rotrou. Pero yo repliqué:

—No, por favor, señor conde. ¡Ya no soy una niña! Sé perfectamente que Nogent es la primera parada después de Chartres. En cuanto a lo de ser importunada en un compartimiento de señoras, por desgracia me parece muy improbable.

Él se echó a reír y no insistió. Nos despedimos amistosamente, y el tren, después de emitir unos silbidos, partió. Mis compañeras de viaje eran dos damas un tanto

simples (viajaba en tercera, por supuesto), una de las cuales escoltaba a una muchacha desgarbada de unos veinte años, que me miró de arriba abajo con cara de asco. Apenas habían pasado diez minutos cuando la otra viajera, que llevaba tres maletas y dos cestos, empezó a ponerse nerviosa.

—Señora —preguntó a la mamá—, ¿estamos aún muy lejos de Versalles? No quisiera pasarme de parada.

La joven desgarbada y su mamá la tranquilizaron. A continuación, explicaron que, como iban con frecuencia a Chartres, conocían el trayecto. Afirmaron que no llegaríamos a Versalles antes de un cuarto de hora largo y que, por otra parte, el tren aminoraba la marcha en cuanto entraba en el pueblo. Entonces intervine yo para decir de un tirón:

—Además, señora, yo también bajo en Versalles y estaré encantada de poder ayudarla.

¡La suerte estaba echada! La idea se me había ocurrido cuando el señor De Bresles intentó confiarme a los cuidados del revisor. Al principio pensé bajar en Chartres y quedarme en la sala de espera hasta que saliera el siguiente tren hacia París, pero Versalles estaba mucho más cerca, y allí no corría ningún peligro de que me viera algún conocido.

Los ocupantes del compartimiento no se sorprendieron de que bajara allí en lugar de hacerlo en otro sitio. Sin levantar la vista, me entretuve en revolver los pequeños tesoros que guardaba en el bolso para evitar las preguntas indiscretas; luego ayudé a la buena mujer a bajar las maletas y, finalmente, el tren se detuvo. Salté al andén la primera; al ver que se acercaba un mozo, le confié a la desamparada viajera y me escabullí. ¡Uf, estaba salvada!

Una hora más tarde salía un tren con destino París, de modo que me encontré en el punto de partida el mismo día, lo suficientemente pronto para pensar en las consecuencias de lo que había hecho. Era consciente de que muy pronto los gendarmes empezarán a buscarme y de que, cuando es preciso encontrar alojamiento, alimentarse y esconderse, cuatrocientos francos no duran meses.

Ahora que todo ha pasado no intentaré hacerme la fanfarrona. Cuando aquel día puse los pies sobre el suelo parisiense, estaba tan muerta de miedo como un conejo el día que se abre la veda. Tenía dinero para pagar una habitación y la comida durante varias semanas. Pero... ¿y la policía? ¿Y los sinvergüenzas? Me sentía como si hubieran soltado tras mi rastro a un guripa o un buitre en busca de carne fresca, para vigilarme desde detrás de cada árbol del bulevar Montparnasse y desde cada esquina de la calle de Rennes. Constantemente esperaba que alguien me asiera del brazo y oír la voz pérfida de un guripa, o de un sujeto cualquiera, preguntándome:

—¿Cómo es que andas por ahí sola, pequeña? ¡Oh, no grites! ¡Ya eres mía, preciosa!

En aquella época pagué muy cara en emociones mi libertad.

Precisamente en esa época, el cuaderno escolar donde Lucienne Chauron escribía sus recuerdos presenta una laguna de unas veinte, páginas, a todas luces arrancadas en un acceso de mal humor. Las indicaciones o alusiones que aparecen en el relato a partir de ese momento, permiten reconstruir sumariamente lo que supusieron aquellos tiempos de vagar sin descanso: amigos accidentales y malos encuentros; luego la Taberna del Capricho, una de las innumerables «cervecerías de mujeres» del Barrio Latino de la última década del siglo pasado, donde ella trabajó durante varios meses como camarera y dispensadora de abrazos rápidos y poco lucrativos.

Asqueada de cerveza y estudiantes, Lucienne decidió finalmente llamar a la puerta de un establecimiento más serio.

Dos

*Las hay rubias y morenas, dulces y ardorosas: todas nos hacen vivir.
Negra, amarilla o blanca, siempre posee brío y raza: sólo hay que elegir.*

Alfred Jarry, *Léda* (1899).

Domingo 1 de octubre

Día del Señor y sexto día de batallar aquí. El trabajo no mata, ni siquiera a una recién llegada que debe prepararse el nido y cuidar todo tipo de detalles relativos a su Instalación. He dejado mi pisito amueblado de los Petits-Champs y le he confiado a Dodolphe, a cambio de una moneda de veinte francos que necesitaba con urgencia, como es habitual, un baúl de efectos de aseo, escaarpines y chucherías que no me serían de ninguna utilidad en Las Odaliscas, donde nos pasamos el día trotando del salón rojo a la cámara de los amores, ya la Inversa, y por añadidura en pantuflas. En cuanto a mi guardarropa, ahora que ya no trabajo ni en la calle ni en casa propia, se ha visto reducido a dos camisas y una bata que nos proporciona el convento, ¡y a qué precio! De las chucherías tan sólo he conservado una pera, no para saciar la sed, sino para ahogar, cuando «aún se está a tiempo», como cantan en *Carmen*, a la no deseada progeneritura de los clientes.

Llevo como es debido el pequeño cuaderno donde tenemos que anotar las chapas diarias, especificando la hora y añadiendo un breve comentario que nos permita Identificar al señor en cuestión, en caso de que se produzca una discusión con la *madame*. SI nos lo dice, apuntamos el nombre; en caso contrario, algo así como señor Monóculo, Morenazo, Legión de honor o Mango de sartén, según lo que más nos haya llamado la atención de su Indumentaria o sus pasiones.

Ayer, por ejemplo, el tercero de una lista de seis fue el señor Comechochito. Por otra parte, ha sido el único de esta primera semana que me ha resultado divertido y me ha proporcionado un verdadero placer. Se trata de un flete serio en apariencia,

entre cuarenta y cuarenta y cinco años, bien vestido y de semblante un tanto severo.

Subimos. Él sólo se quita la americana y los botines, deja cuatro francos en el platillo reservado a las propinas y, al ver que le invito a que someta el miembro a una revisión minuciosa, todavía más obligatoria que el cuaderno, me replica:

—No es necesario, señorita..., ¿señorita...?

—Lucienne, señor, para servirlo. ¿Qué quiere que haga? ¡Son las normas!

—Lo sé, señorita Lucienne, lo sé. Pero se da el caso que no haré el amor con usted, por muy encantadora que sea.

YO. —...

Él. —No, lo haré dentro de una hora con mi amante, a la que adoro, pero que por desgracia se niega obstinadamente a complacerme precisamente con lo que voy a pedirle a usted.

YO (*perpleja y vagamente inquieta*). —¡Dios mío! Para eso es para lo que se suele venir a visitarnos. Desde el momento en que...

ÉL. —Tranquilízate, pequeña, no se trata de nada malo, al contrario. Seamos sinceros: ¿te gusta que te laman?

¿Que si me gusta? ¡Eso es quedarse corto! Sea un hombre o una mujer, me vuelve loca que me coman el chochito, bien utilizando la lengua para trabajarme la almendra garrapiñada, bien... Y no sólo la almendra, sino también los pétalos y los borcellares. ¡Vamos, toda la flor! Realmente, no comprendo a esa mujer. Tiene la suerte de mantener relaciones con un hombre atento, al que le gusta eso y que se lo pide, ¡y ella se lo niega!

En cualquier caso, este gentil cliente me viene que ni llovido del cielo, pues no me habían chupado desde hacía un siglo; para ser exactos, dos meses. ¡Joder, siempre joder! ¡Todo para ellos y nada para mí! Ya podía estar bien contenta de encontrar de vez en cuando a una amiga abandonada también en ese aspecto, con la cual efectuar un intercambio de lametones. Porque esos mimos no puede ofrecérselos una misma, como se hace con los dedos delante de un espejo, a no ser que se tengan dotes de contorsionista que yo no poseo.

Así pues, respondo a su pregunta que «no me desagrada», del mismo modo que en el teatro se dice «no te odio», para no confesar que me encanta. Es preciso ser coherentes con el ofició, ¿no? Si, por culpa nuestra, el flete se percata de que es él quien nos proporciona placer, y no a la Inversa, ¿qué sentido tendría que pagara? Eso es lo que les da poder a los pinchos. Ellos se comportan con sus chipichuscas Igual que éstas con sus cabritos: tú te llevas el sablazo, y yo el dinero.

En fin, que me hace tumbarme atravesada en la cama, con una almohada bajo la cabeza, la camisa bien arremangada y las piernas flexionadas sobre el pecho, y se pone a la faena arrodillado, sujetándome de la cintura. ¡La mejor postura, tanto para él como para mí! ¡Aunque tuviera cien años, una cara que provocase vómitos y una miniatura de trapo entre las piernas, me enviaría Igualmente al séptimo cielo a lametones!

¡Y eso es lo que hace el señor Comechochito! Yo intento contenerme. Pero ¿cómo lograrlo cuando se ha dejado pasar el momento en que todavía es posible dar marcha atrás, porque se percibe que la oleada asciende por el vientre y que un segundo después será demasiado tarde? Además, no sería honesto; por cuatro francos tiene derecho a saber que chupa con la suficiente destreza como para poner fuera de sí a una mujer de la vida, con la que otros joden diez veces al día sin arrancarle ni un leve suspiro.

Yo, ni finjo ni cargo las tintas. Cuando siento que me viene, le agarro la cabeza para obligarlo a permanecer amorrado a mi higo enloquecido, jadeo, gruño, y aún a mi pesar expulso un buen chorro de jugo de la entrepierna, de donde escapa como puede. ¡Uf! ¡Me he quedado agotada, molida, vacía! ¡Estaré buena dentro de un momento, cuando tenga que volver a subir con otro flete!

Él se aparta de la fuente mientras yo recupero el aliento sin tener, ¡gracias a Dios!, que ir corriendo al bidet. Totalmente extenuada, sólo me quedan fuerzas para preguntarle:

—¿Estaba bueno, tragoncete? Lo haces muy bien, ¿sabes? Él se dirige a la palangana, se enjuaga abundantemente la boca, escupe una y otra vez, y responde:

—Un tanto salado, ángel mío, un tanto salado. Toma —añade, sacando del bolsillo una moneda de veinte—, cuatro francos no son suficientes para una..., un...

—Un chichi, cariño.

—Un chichi tan succulento.

¡Trabajo concluido! ¡Un orgasmo y una propina! ¡Mi noviciado comienza con buen pie!

Jueves 5 de octubre

Yo me voy adaptando a la casa y la casa se va adaptando a mí. No resulta difícil; basta con seguir el ritmo, es decir, las normas establecidas por los patronos, que son más o menos iguales a las que existen en todas las casas del mismo género.

La mitad hacemos el turno de día y la otra mitad el de noche, a semanas alternas. Las del primer grupo se levantan a las ocho, se dan un baño y se arreglan; a las nueve llega el peluquero y comienza la sesión de rizos y bucles, que dura hasta las diez; a continuación comen juntas para estar a punto a las once, en espera de los primeros fletes. De cinco a seis, comen de nuevo (esto ya es la cena); luego vuelven a la sala de espera y atienden a los clientes hasta las once. Entonces, las que lo desean pueden dar un bocado con las del «nocturno»; si no, suben a acostarse.

Las del turno de noche se levantan más tarde, hacia las diez y media. Van pasando una a una al cuarto de baño y por las manos del peluquero, y comen algo juntas a la una, para incorporarse inmediatamente después al trabajo. Pican cualquier cosa a las seis, cuando han acabado las otras, y regresan al salón hasta la una o las dos de la

madrugada, haciendo una parada de dos en dos hacia medianoche para cenar. Así pues, coincidimos aproximadamente de dos a once, es decir, cuando la parroquia se encuentra en plena efervescencia, repartidas entre el salón azul, que es el nuestro, y el salón rojo, que es donde se elige.

Cuando digo que la parroquia se encuentra en plena efervescencia, me refiero a unos cincuenta hombres al día, de los cuales la cuarta parte son habituales y clientes-cronómetro, como los ha bautizado el señor Armand, que es aficionado al deporte. Vienen días fijos y a horas fijas, eligen casi siempre a la misma mujer, están invariablemente unos veinte minutos y siempre dejan guantes de dos francos. Semejante monotonía puede prolongarse durante años. Afortunadamente, yo soy demasiado joven y demasiado nueva en el oficio para tener clientes así. ¡No tardaría ni un año en estrangularlos!

En conjunto, se podría decir que somos chicas normales y corrientes de un burdel ídem de lienzo. Entre nuestra clientela no hay ni militares como en los alrededores de Grenelle, ni obreros como en los suburbios o en la Chapelle, ni gente de la alta sociedad como en la calle Chabanals, sino apacibles burgueses que buscan tranquilidad, un lugar limpio y mujeres complacientes. Como dice el patrón:

—Queridas señoras, cuento con su colaboración para que esta casa continúe siendo el templo de tranquilidad y salud que es en la actualidad.

Podría añadir «de voluptuosidad», pero eso es asunto de la *madame* y nuestro.

Sábado 7 de octubre

Hablando de voluptuosidad, ayer me tocó por primera vez un habitual de Las Odaliscas, el señor Raoul, un hombre encantador. Como debo darme a conocer, trabajo mucho; suelo hacer ocho, en incluso diez chapas al día. Dicen que «pasto nuevo regocija al asno», y en el caso de los hombres es cierto. Bien, no se trata de que estén descontentos de la mujer con la que joden habitualmente; y tampoco son tan ingenuos como para creer que una mujer de la vida pueda ser muy diferente de cualquier otra. Todas lo tenemos partido a lo largo, y no existen cincuenta formas distintas de chupar una polla, a no ser que te arranquen los dientes.

Sin embargo, influyen muchas cosas. Unos suben con La Normanda porque es más alta que ellos y tiene el cuerpo en proporción con su estatura; otros con Rosa la Flor porque es menuda y pueden hacerla saltar sentada sobre sus rodillas, mientras que con La Normanda será más bien al contrario. En cuestión de pechos voluminosos que no caben en el hueco de la mano, tienen a Mimi; y si los buscan pequeños y redonditos, a Julia. Señor, ¿desea una espesura salvaje? Podemos ofrecerle a Malou la Peluda. ¿O tal vez prefiere una perla de Oriente, unos ojos negros que serían la perdición de un papa? Aquí está La Judía, para servirle. ¿Quizá siente debilidad por las apasionadas que lo hacen con sentimiento? Irma la Enamoradiza, por supuesto.

¿O bien por las trabajadoras Impasibles que no se niegan a hacer nada? Elija sin pensárselo dos veces a Mélie la Tres Bocas.

De momento, yo soy «la nueva», y ésa ha sido la razón por la que el señor Raoul me ha elegido. Lo que le inspira es mi pequeño trasero regordete y bien partido. Bueno, no tan pequeño, pues, como explica Adolphe Bougrot, mi pintor, tengo la cintura estrecha y eso le da más realce. Mis muslos, muy juntos desde la raja hasta las rodillas, también son bonitos. Y las nalgas... ¡Ah, las nalgas! «Perfectas —me ha dicho el señor Raoul—. Trazadas con compás y bien separadas desde el final de los muslos».

Un flete que demuestra tal admiración, te colma de felicidad. Por no hablar de los tres francos a cambio de los cuales me ha poseído «a lo perrita». Según él, no es que no quiera acordarse de mi cara, sino que desea conservar el recuerdo de mi fabuloso nalgamen hasta su próxima visita. Si pudiera, se lo llevaría.

—Pero, señor Raoul —he replicado—, sólo tengo uno. Y lo necesito para sentarme.

Viernes 13 de octubre

Por la mañana, antes del mediodía, me ha tocado un as de corazones, el primero que saco en Las Odaliscas. Era un estudiante, por supuesto. Los clientes serlos no hacen esas cosas.

Cuando trabajaba de camarera, concretamente en la Taberna del Capricho, se daban bastantes casos de éstos. Se trata de estudiantes virgueros que están boquerones, pero empeñados a toda costa en jugar una partida de billar con una mujer. Ponen un bote y lo van llenando de monedas hasta reunir ocho o diez francos, y entonces se juegan a las cartas quién irá a mojar el bizcocho al burdel, mientras los demás lo esperan tomando una jarra. Gana quien saca el as de corazones. El afortunado se lo enseña a la *madame*; por supuesto, paga como todo hijo de vecino, pero ella suele devolverle veinte céntimos para empezar otro bote. Es un buen negocio.

La chica elegida sabe que no debe contar con recibir propina, aunque a veces se lleva una sorpresa si el joven es espléndido. Sin embargo, el as de corazones es una especie de fetiche. Si la mujer se pasa la carta entre los muslos, le trae suerte. Eso es lo que yo he hecho con el mío, un apuesto muchacho enfundado en una capa negra, tocado con un Inmenso sombrero y no tan insolente como es habitual en ellos.

No creo en los fetiches más que en las medallas milagrosas, pero la costumbre es la costumbre, y el hecho es que tuve suerte durante el resto del día. Mi estudiante me hizo el amor sin complicaciones, me dijo que era realmente encantadora y me aseguró que me recomendaría al próximo as de corazones de su cofradía. Ya lo veremos.

Domingo 15 de octubre

Decididamente, la suerte me acompaña. Ayer, después del estudiante, cinco chapas triviales, una detrás de otra, con siete francos de guantes. Es preciso tener en cuenta que era sábado, y esos días *son* siempre buenos en cantidad, aunque desgraciadamente no en calidad. Los hombres como Dios manda se quedan en casa o salen a pasear. Y hoy otras seis chapas, una de las cuales me ha reportado once francos de beneficio, Incluidas las cinco púas que la *madame* me entrega por ese cliente.

Viene a Las Odaliscas cada quince días, y coge a dos mujeres, *Mélie* y otra, por lo general Irma. Esta última se encontraba ocupada en el momento de la elección y, en lugar de esperar (Irma acababa de subir con un cliente serio), se ha decidido por mí porque soy nueva e iba del brazo de *Mélie*. Mientras él intercambiaba unas palabras con la mamá, mi compañera me ha susurrado al oído:

—Es el señor Godard, un buen flete. De todas formas, no te sorprendas de nada cuando estemos en la habitación.

Mélie es una chica seria. Es la decana de Las Odaliscas, la más antigua en la casa y la menos joven; debe de tener treinta y cinco o treinta y seis años. Yo soy la pipióla, como dicen los estudiantes, pero la benjamina es Julia Dedo Diestro; incluso Rosa la Flor tiene unos meses menos que yo.

La señora y el señor Armand no opinan lo mismo acerca de la edad de las mujeres. El señor desearía ver únicamente juventud en el salón, y en cuanto una mujer cumple los treinta se las ingenia para indicarle el camino de salida, ofreciéndole una plaza en una casa amiga de las afueras o de provincias, que prefiera las pericas entraditas en años con las que un patrón sufre menos humillaciones que con las jovencitas. La señora protesta, aduciendo que son ellas quienes sufren las humillaciones. Dice que la mejor sopa se hace en cacerolas viejas. Sin embargo, como de todo tiene que haber en el mundo, y con mayor razón en un burdel, acaban por ponerse de acuerdo para organizar las llegadas y partidas, la «remonta», como dicen ellos.

En cualquier caso, *Mélie* no permanecerá más de un año o dos en Las Odaliscas. Ella guarda todo lo que puede, y cuando se vaya piensa casarse con un fornido muchacho del Limousin, su tierra, si es posible carbonero, al que proporcionará los medios para que prospere en el negocio de la madera y el carbón. Ya se Imagina en la caja, contando todas las noches el dinero y riñendo a los perezosos que a las seis de la mañana todavía no se han levantado.

De hecho, es un deseo frustrado. Su padre había trabajado duro para establecerse de carbonero en París. Llegado el momento, se buscó unos socios para montar un gran establecimiento. Los encontró, pero por muy auvernés que fuera y por mucha fama de espabilados que éstos tengan, sus socios lo fueron todavía más que él. Le hicieron firmar un montón de papelotes embrolladísimos, y al final lograron quedarse

con todo lo que había aportado a la sociedad. El padre, desesperado, murió. Mélie se encontró en la miseria a los veinte años y, como cabe suponer dadas las circunstancias, fue a parar a un burdel.

En Las Odaliscas fue donde le pusieron el apodo de «Tres Bocas». Todas le tenemos mucho cariño, y ninguna de nosotras piensa mal cuando le dice: «Tres bocas, ¿no tendrás por casualidad unas tijeras?». O bien: «Este cliente es para ti, Tres Bocas».

¡Pobre Mélie! Si acepta prácticamente todo lo que le proponen los fletes, no es por vicio, sino porque quiere largarse lo más pronto posible y porque, en un negocio bien llevado, no se le debe negar nada al cliente. En realidad, ella es tan viciosa como una hermanita de la caridad. Y posee tan buena voluntad como cualquiera de ellas para aliviar a los desdichados.

Después de lo que me ha dicho, tengo sobrados motivos para morirme de curiosidad mientras ella, el señor Godard y yo, por este orden, subimos a la habitación. Él es un burgués que ronda la cincuentena, barrigón y vestido como un viajante de comercio; por otra parte, lleva en la mano una bolsa de viaje de cuero que, en contra de la costumbre, no le ha entregado a la *madame*. Una vez en el nido, la deja sobre la cama y le entrega a Mélie quince francos para que nos los repartamos «como buenas hermanas», según sus propias palabras. Se quita sólo los pantalones, se deja lavar..., y he aquí que llega el momento de la verdad. Perdón, quiero decir de la intimidad.

Puesto que sube habitualmente con Mélite, y teniendo en cuenta que Irma no es conocida por dejar que le den por la retambufa, mientras que Mélie se lo permite a quien lo desee, supongo que será a ella a quien le dé por donde amargan los pepinos, como las otras veces. ¿Y yo? ¿Me quedaré mirando lo que hacen, tal vez rascándole los ovillos o presentándole mis pechos? ¡Qué más da! Al fin y al cabo, un cuarto de hora pasa enseguida.

Pero no, el asunto no va por ahí. El hombre saca de la maleta un consolador de goma provisto de guantes y correas, y me pide que me lo coloque. Es la primera vez que veo a un flete descolgarse por aquí con un «salchichón postizo» de uso personal, pues todo el mundo sabe que una casa como es debido siempre tiene uno a disposición de los aficionados, para representar un cuadro, es decir, en la jerga del oficio, ofrecer al flete el espectáculo de una mujer jodiendo con otra, su dobladora. Esa es la especialidad de El Telescopio, donde llegan a ponerse hasta cinco o seis en corro para excitar a los libertinos... y las libertinas, que no le hacen ascos a incorporarse al círculo.

Así pues, deduzco que quiere que haga un cuadro con Mélie, mientras ella le da jabón al todopoderoso. ¡Pero no, resulta que es él el destinatario del ingenio! ¡Menudo viejo lascivo! ¡Esa lagartona de Irma no me había dicho nunca ni una palabra! En el fondo, da igual. Si algún orificio tiene que sufrir, será de él; desde luego, ni mío ni de Mélie, que lo tiene tan abierto y curtido desde que utiliza los tres,

que una tranca de más o de menos, ya sea de color carne o de carne auténtica, no le producirá ninguna molestia.

Después de haberme ayudado a colocarme el ingenio y haberse asegurado de que no pegaría gatillazo cuando estuviera entre sus nalgas, el señor Godard, valiente aunque en absoluto temerario, saca de su bolsa de provisiones una botellita de aceite y unta copiosamente la cabeza de su compañero de placer.

—¡A usted corresponde el honor, señorita Lucienne! —anuncia a continuación—. Ni demasiado despacio, ni demasiado deprisa, se lo ruego. *Allegro ma non troppo* —precisa, riendo su propia gracia, que nos deja de piedra tanto a Mélie como a mí.

El buen señor tiene unas enormes y horribles nalgas, blandas y grasientas como dos mejillas de buey. La verdad es que me resulta muy violento tocarlas. Afortunadamente, él mismo las separa con ambas manos, mostrándome un abismo escarpado y peludo, y me espeta por encima del hombro:

—¡Vamos, pequeña, métete! Y yo me meto.

Con objeto, al parecer, de actuar más cómodamente, los tres estamos en el suelo, sobre la tosca alfombra: Mélie a cuatro patas, él entre sus piernas, y yo detrás de él lo mejor que puedo, metiéndosela cada vez con más saña. No hace falta decir que su ocurrencia no me produce ningún efecto. ¡A él, sí! Cada vez que doy una embestida para que el consolador entre un poco más en la caverna, él profiere unas exclamaciones de glotonería y gime igual que una mujer cuando desea más. ¿Más? ¡Pero si ya he llegado hasta el fondo y le golpeo con los muslos sus horribles nalgas!

Me digo a mí misma que semejante asquerosidad queda compensada con los quince francos que debemos repartimos como buenas hermanas. Como no quiero problemas con Mélie, que tiene tres mocosos internos en un colegio y un hermano al que mantener, le propondré que se quede ocho, o mejor nueve, ya que es ella, y no yo, quien más tiene que aguantar.

Y aguanta, en efecto. Más tarde supe que algunos viejos, y en ocasiones ciertos jóvenes, sólo consiguen llegar hasta el final haciendo que les metan algo en la gruta, ya sea falso o auténtico. Debe de ser ésa la razón por la que muchas veces los sarasas montan tríos: mientras dos se ponen las botas, el tercero espera que le toque su turno.

El tal Godard no espera. Mélie me ha dicho que la lavativa que se hace administrar para poder poseerla lo arma como si fuera un asno y le hace correrse como si fuera un caballo; además, no prepara a la pobre chica, y ni siquiera permite que se enjabone la arandela para facilitar el paso. Pero mientras él empuja, ella piensa en sus tres chinorris: dos meonas en crianza y un chiquillo encantador, de trece años, que está interno en los jesuitas y al que va a visitar todos los domingos.

—¿Qué quieres que te diga? —me comenta ya en el salón azul y después de darme las gracias por los nueve francos—. Hacen falta viejos lascivos como él para educar a los hijos como yo educo a los míos. Y es a mí a quien quiere..., bien..., a quien quiere poseer así. Nunca le ha pedido a Irma que cambie de papel y pase delante.

¡Uf! SI me volviera a elegir, procuraría por todos los medios darle con el consolador y librarme de la faena más dura.

Jueves 19 de octubre

Los hombres están calentones, y el negocio lo acusa. Ayer ocho, y casi todos buenos; un jornal de cuarenta francos más unos veinte machacantes, el mejor desde que estoy aquí. ¡Y no te digo nada cuando trabajaba de camarera! Martirizándome el estómago con cerveza alemana y la cotorrita con mingas estudiantiles, me sacaba un jornal de veinte francos una vez cada tres meses. Y las trotacalles se encuentran en el mismo caso, así que... ¡viva Las Odaliscas!

De los ocho, dos me han proporcionado placer; o sea, una proporción aceptable. Un joven expeditivo, pero espléndidamente dotado, que era lo que necesitaba en estos momentos. Y un viejo con buena presencia, de unos sesenta años, que llevaba una cinta violeta en el ojal de la levita (creo que eran los laureles de la Academia). Pulcro, cortés y bien hablado.

Podía elegir entre seis, y no nos conocía a ninguna. Como me gustaba, aproveché un momento en que la *madame* no nos miraba para chuparme el dedo como si fuera una colegiala a la que han pillado en falta. Él comprendió el gesto y, en respuesta, se pasó la punta de la lengua por entre los dientes. Yo le hice una seña disimulada con la cabeza, y subimos.

Todo el mundo sabe lo que significa eso, salvo quizá los zulúes, que sólo son capaces de contar hasta diez, y algunas monjas. Se trata del sesenta y nueve, una especialidad patriótica cuyo nombre ha extendido nuestro bello país por todas las tierras habitadas, hasta el punto de que es el único que utilizan los prusianos o los anglicones. ¡Viva Francia, mi general!

A mí me gusta. Es bastante raro que un sesenta y nueve me haga subirme por las paredes, ni siquiera cuando el hombre sabe lamer, pero nunca resulta desagradable. No le veo la cara al cliente, lo cual no suele suponer una gran pérdida, y ambos nos damos placer en silencio, cosa que me evita oír las tonterías habituales sobre mis maravillosos ojos o mis hermosos cabellos, y me dispensa de tener que corresponder con otros cumplidos. X sobre todo, no debo ir corriendo al bidet en cuanto acaba la sesión; de manera que, al contrario que en otras posturas, lo mejor de ésta viene al final, cuando los dos suspiramos tranquilamente cada uno a nuestro lado, con las narices metidas en los asuntos del otro, haciéndonos con la punta de la lengua una última y leve caricia de satisfacción.

Como ya he dicho, los hombres que lo practican son, por encima de todo, unos patriotas; además, son delicados y, por añadidura, espléndidos. Como no podemos proponérselo en el momento de elegir chica, pues en los establecimientos no se permite, y ellos tampoco pueden pedírnoslo abiertamente, muchos ya no se atreven a

sacar el tema una vez en la habitación, ya que se exponen a que la mujer ponga el grito en el cielo nada más oír la palabra. Porque, por raro que parezca, entre las pericas también hay cursis y tiquismiquis, y no precisamente pocas. No me refiero sólo a no dejarse besar en los labios, que es una norma, ni a negarse a presentar la moneda de dos reales, a lo cual el flete sabe que la mujer está en su derecho. Ninguno insiste cuando una chica le dice:

—De eso nada. Si la *madame* se enterase, tendría que hacer las maletas. Sólo de pensarlo me entran sudores fríos. Si de verdad te apetece, la próxima vez sube con Mélie la Tres Bocas o con Lulu la Complaciente. ¡Ellas no tienen ningún problema en presentar el redondel!

Yo las comprendo, porque es preciso haberse acostumbrado ya en el colegio, o en familia, para encontrarle el gusto. ¡Pero un sesenta y nueve es una gozada! ¡Una obra de arte! ¡Una filigrana! ¡La golosina de las chiquillas! ¡Una milhoja para papá y un pirulí para mamá! Casi se olvida una de los dos francos de guantes, que es lo mínimo que puede ofrecer un hombre galante para obtenerlo.

Mi cliente no se olvida. Deposita cuatro francos de oro en la repisa de la chimenea, declarando ceremoniosamente:

—Señorita Lucienne, estoy encantado de conocerla de este modo.

—¡Oh, señor! —replica Lucienne—. El honor y el placer son míos.

—No, no, no. Para ser sinceros, si tiene usted el rubí tan hermoso como el rostro, señalaré este día con piedra blanca.

¿Con qué? ¿Con piedra blanca?

—*Dies albo notanda lapillo*, hija mía. Pero ¿qué digo? Tal vez no sepa usted latín.

La verdad es que lo único que sé de latín es *saecula secundum*, y, para ocultar mi ignorancia al respecto, me contento con agradecerle la propina y asegurarle que tengo el conejito más precioso que la cara. Él queda conmocionado al enterarse:

—¡Pues entonces, rápido, rápido, señorita! Refresque con un poco de agua ese apetecible conejito, pero, por favor, no lo enjabone. El jabón lo estropea todo.

Mi académico tiene razón. El jabón de Marsella que nos da la casa me provoca irritaciones, y a los clientes que me lamen no les gusta el perfumado que compro de la casa Guerlain. Como dice el señor Louis, que no deja jamás de hacerme este cumplido, «un coño debe oler a coño, no a pachulí».

Una vez en la cama, todo se desarrolla a las mil maravillas. Nos tumbamos de costado, que es la mejor postura para hacer un buen sesenta y nueve. Como ya no es un jovencito, mi cliente sólo se empalma a medias, y no hay peligro de que me ahogue. Así pues, me impongo como un placentero deber engullirlo hasta las olivas, mientras él me talla el rubí con no poca ciencia y ardor. Sin darme tiempo a cansarme de sus lametones, vacía en mi boca el dedal de leche que le excitaba la imaginación hasta el extremo de hacerle hablar en latín.

Domingo 22 de octubre

El as de corazones de la semana pasada (¿o de la anterior?) ha sido fiel a su promesa. Hoy me ha elegido su sucesor, un estudiante también, un poco mayor y sin duda menos pelado, ya que recibo sin pedírselos dos francos de guantes. El joven se presenta (se llama Víctor), saca el as de corazones del bolsillo y añade que me ha elegido siguiendo el consejo de su compañero Charles. ¡Ah! ¿Y quién será el tercero? Porque el azar tiene las espaldas muy anchas, y su historia de cartas está más clara que el agua. En cuanto al as de corazones, sucede como en los cuarteles: «tuyo mío el estropajo de aluminio»..., al que ahora sustituye justamente la hermosa Lulu la Complaciente.

A decir verdad, me da absolutamente igual. Cuando trabajaba de camarera conocí a tantos estudiantes, que ahora ya no me producen ningún efecto, aparte de exasperarme cuando se las dan de importantes y de castigadores. A mí denme un flete sólido, ya entrado en la cuarentena, que sabe lo que significa pagar y sólo pide lo que le corresponde a cambio de su dinero; ni más, ni menos.

El tal Víctor no es tipo complicado. ¡Nada más faltará eso! Se baja los pantalones sin quitárselos, deja que lo lave, se sienta en el taburete de piano y, con los catones sobre los botines, me invita a acercarme en camisa para hacerlo a horcajadas. Afortunadamente no está dotado como un semental, pero se empalma como un joven de veintitrés años que tiene las aceiteras demasiado llenas para perder el tiempo en preparativos.

De repente se me han pasado las ganas de ser ensartada. Cuando un cliente tiene tanta prisa en disparar el arcabuz que ni siquiera se molesta en acariciarme, lo trato como se merece, o sea, como una máquina de joder. Me preparo untándome yo misma de saliva, porque evidentemente no estoy mojada, me la introduzco, aprieto los dientes cuando la tiene demasiado gorda y, para no aburrirme, cuento de forma mecánica cuantas embestidas da antes de alcanzar la felicidad. En este caso, catorce... Acelera..., quince... Se entusiasma..., dieciséis... Me pellizca las caderas..., diecisiete... Pone los ojos en blanco..., dieciocho... ¡Pim, pam, pum! Descarga tres copiosos chorros, y yo desmonto para saltar a lomos del indispensable caballo de loza, frío y duro.

Una vez acabado el asunto, y mientras se sube los pantalones al tiempo que yo me refresco la pepitilla, me pregunta si me gustaría tener la de su amigo Charles entre las piernas y la suya entre los dientes al mismo tiempo. ¡Menudo descubrimiento! ¡Como si yo necesitara estudiantes para dar placer a dos hombres a la vez! Así pues, respondo en tono burlón:

—¿Por qué? ¿Acaso Charles está esperando? Pues bien, cuando quiera, señor Víctor. Previo pago de ocho francos cada uno a la *madame* y cuatro a mí, por supuesto.

—¿Cuatro? ¡Vaya humos te gastas! —exclama el muy estúpido.

—Sí, cuatro. Hacer el sifón a mozos fornidos como vosotros vale cuarenta machacantes más. Y por gozar del resto al mismo tiempo es el doble, porque, como comprenderás, resulta mucho más cansado.

La cosa quedó ahí. Ese Víctor no es desagradable, pero ¿a quién se le ocurre ser tan tonto?

Miércoles 25 de octubre

Ayer fue un día movido, cansado y, sobre todo, fructuoso. ¡Treinta y dos francos para menda! Veinte francos por cinco polvos, más doce de guantes. Y a eso hay que añadir los veinte que se llevó la *madame*. Es lo que le corresponde, no lo discuto. Mantiene buenas relaciones con nosotras, y no se debe olvidar que hay muchas casas donde las pupilas se dejan camelar mucho más por los patronos.

Ayer, pues, subí una vez antes de comer y tres más por la tarde. Clientes simplones de poca monta. Poco dinero y nada de placer. Pero, como dice La Normanda, en esta vida no se puede tener todo. Yo perdono gustosa a un flete que me las haga pasar canutas, si mi bolsillo sale beneficiado; ya otro que no me haga rica, si me proporciona placer. Pero, las dos cosas, no aspiro a tenerlas.

Hacia las nueve, después de la primera cena, llega un parroquiano con el que ya había subido una vez, durante los primeros días. Más bien apuesto, de buena presencia y generoso. Su nombre acude a mi mente mientras hace la elección entre las cinco que nos encontramos en el salón: es el señor Raoul. También recuerdo los tres francos de guantes por poseerme a lo perrita, así como sus alusiones a la belleza de mi mapamundi ya un intento de que su herramienta tome un camino distinto del habitual.

Yo había fingido no saber de qué hablaba, pero ayer, de pronto, me sentí atraída por él y por su deseo frustrado. Por él, porque es mucho más atractivo que todos los que han desfilado desde hace una semana, y por su deseo, porque nadie me ha poseído por ahí desde hace casi dos meses, y ya no me aguanto. ¡La hendidura, siempre la hendidura! O la boca, ¡todavía peor! Esta última no es precisamente mi punto sensible, y en cuanto a la primera, una al final se cansa; es humano, ¿no? Hace falta realmente un golpe de suerte, y que yo me encuentre en buena disposición, para que un hombre me haga alcanzar el máximo placer metiéndomela por delante. Para eso, prefiero hacer bollos con una compañera. El redondel, en cambio... Siempre se recuerdan los primeros amores, todo el mundo lo sabe, y durante mucho tiempo yo viví los míos exclusivamente por la retambufa.

El caso es que esta noche el señor Raoul parece leer en mis ojos que, si deseo que me elija, no es tanto por la chapa como por ser amada de una forma distinta a la habitual. Por más que se diga que permanecemos delante del cliente como las becerras en el mercado de Brive-la-Gaillarde, un hombre siempre es un hombre, y

una mujer siempre es una mujer, y entre ambos unas veces salta la chispa y otras no.

Bien, pues me elige, subimos, y mientras me da dos francos me pregunta:

—Usted es la señorita Lucienne, ¿verdad?

—¡Sí, igual que la primera vez! Y usted el señor Raoul, ¿no? Él sonríe. Mientras lo lavo, me da unas palmadas en las nalgas, las abre y aventura un dedo por el orificio, murmurando:

—Y este granujilla, ¿se encuentra bien?

YO (*después de acabado el aseo*). —¿Por qué lo pregunta? ¿Acaso le interesa su salud?

ÉL (*con acompañamiento de caricias*). —¿Por qué no? Tengo al muy bribonzuelo metido en la cabeza desde hace quince días. ¡Ah! Si pudiera...

YO (*dándole facilidades*). —Señor Raoul, cuando se toman las medidas oportunas, se pueden hacer muchas cosas.

De pronto, se enardece y le entran las prisas. Su mano se vuelve cada vez más insinuante y sus labios se sumergen entre mis cabellos. Yo le devuelvo sus tiernas caricias, apoderándome de un instrumento que ya está enérgicamente empalmado para mi bribonzuelo, como él lo llama, ya causa del cual, lo confieso, yo misma estoy ya completamente mojada. Sin embargo, mi deseo esperará pacientemente unos minutos más, pues he decidido hacerle pagar este favor a su justo precio (diez francos), y me pregunto cuándo se decidirá a ponerlos en la palma de mi mano y a metérmela por la entrada de los artistas.

ÉL (*emprendiendo con la otra mano la conquista por delante y susurrándome al oído*). —Y esas medidas...

YO. —Resulta que la *madame* no quiere que se comente que ofrecemos servicios extraordinarios, querido. Al parecer, eso causa mal efecto.

ÉL. —Si no es más que eso, te juro que nadie sabrá nada.

No me parece suficiente. Me hago de rogar, me quejo de que me va a destrozar el redondel, de que nunca he visto ninguna tan poderosa como la suya, le ruego que me permita al menos enjabonarme a fondo y, sobre todo, que no insista si me contraigo.

—Es que lo tengo muy delicado, ¿sabes? Y tú vas a ser el primero en alojarte ahí desde hace mucho tiempo, ¡palabra de Lucienne!

Es cierto que lo tengo bastante frágil, como la mayoría de las mujeres. En Las Odaliscas, sólo Mélie la Tres Bocas, Fanny Boquita de Piñón y yo aceptamos ser enculadas. Y Fanny sólo lo hace por el dinero, pues lo pasa realmente mal cuando son un poco grandes y no la han preparado como es debido, mientras que yo, habituada desde cría a recibirlas de todos los tamaños, hace un siglo que lo tengo desfruncido. Lo peor, o lo mejor, es que le he tomado tanto gusto que con más frecuencia estoy dispuesta a pedirlo que a rechazar el ofrecimiento.

Así pues, le expongo sin ambages las famosas medidas que debe adoptar para satisfacer su deseo.

ÉL (*con un dedo dentro*). —Entonces, tú llamas redondel a esta preciosidad, ¿no

es así?

YO (*apretándole el dedo para ofrecerle un aperitivo*). —Sí, pillín. Es ingenioso, ¿no? O también, si te gusta más, moneda de dos reales.

ÉL .—...

YO (*cogiendo el rábano portas hojas*). —Aunque la mía equivale a una de diez francos, ¿no le parece, señor Raoul? Estaremos juntos el tiempo que quieras, cariño. Así, después del redondel, podrás hacerle una visita al agujerito de siempre... Con lo calentorro que estás, me dejarás bien servida por los dos lados.

Y he aquí que aparece el tan deseado medio luis. Él lo hace tintinear sobre el mármol, y yo me arrojo en sus brazos.

—¡Gracias, cielito! Pero vamos a tomárnoslo los dos con calma, ¿no te parece que es mejor? Ven, voy a acomodar como se merece al nene de su Lulu. ¡Dios mío, qué gordo está! ¡Y qué duro! ¡Oh, no! ¡No me echo atrás! Dejaré que te solaces donde quieras, pero no tengas prisa. ¡Los ojetes son muy sensibles!

Mi chocolatero es un hombre muy educado. No, no bromeo, es vendedor o fabricante de chocolate, y no del ordinario. La primera vez que estuvimos juntos, al despedirse sacó del bolsillo una cajita de bombones. ¡Qué delicia! Ese tipo de detalles resultan halagadores. Son una prueba de que el flete no nos ve como si fuéramos ganado, y de que podríamos despertarle algún sentimiento como los que les hacen experimentar las mujeres honradas. Y como un sentimiento llama a otro, al hombre que se le ocurre traernos una chuchería como ésa (una liga de cuarenta machacantes, una pastilla de jabón perfumado o cosas por el estilo), siempre se le trata mejor que al patán que ni siquiera tiene la educación de llamarnos por nuestro nombre. El de la casa, por supuesto; el otro, ni soñarlo.

El señor Raoul también es muy delicado. Ha aprovechado el aseo previo para dejarse las yemas de los dedos enjabonadas; así, después de introducir el medio, añade el índice, que se sitúa junto a su hermanito sin el menor esfuerzo. Los mueve al unísono durante un buen rato, al tiempo que con la otra mano me acaricia la espalda, desde la nuca hasta la rabadilla. ¡Es fantástico! Creo que esto haría enloquecerá la más hosca de las pericas.

El ritmo no decae, y espero con ansia la aparición del tercero, el de la alianza. El señor Raoul retira los dos primeros para ensalivarlos copiosamente, ya continuación introduce los tres a la vez, sin forzar, al mismo tiempo que me toquetea los limones por debajo de la camisa. ¡Un artista, se lo digo yo!

Por mi parte, pongo toda la carne en el asador. Como no está suficientemente empalmado para mi gusto, me doblo por la cintura para poder tomarlo en mi boca; la postura deja las nalgas aún más accesibles y le permite reemplazar los tres dedos, tal vez un tanto cansados, por el pulgar, que todavía no ha hecho nada y que es, si se me permite decirlo, más inteligente y persuasivo que sus camaradas.

No tardamos en estar los dos a punto. El arde en deseos de encularme, y yo no pido otra cosa. De pie como estamos, no resultará fácil. Sin retirar el pulgar, me hace

retroceder lentamente hacia la cama, donde me tumbo atravesada, con las nalgas al borde. Una vez que estoy bien instalada, con una almohada bajo la cabeza, me coge una pierna por debajo de la rodilla y la levanta completamente recta hasta apoyarla en su hombro; y yo hago lo propio con la otra, por descontado.

Él ha dejado caer los pantalones hasta el suelo, pero no me la mete enseguida, pese a tenerla lo bastante dura para hacerlo. ¡No! Tengo derecho a un último mimo, que consiste en invadirme los dos agujeros al mismo tiempo: el del culo con el pulgar, donde ya estaba, y el ordinario con los dos o tres más grandes de la mano. A eso se le llama «las tijeras» o «el tenedor del exquisito», y es realmente canela fina.

Después de entrar y salir de esta forma unas cuantas veces, cambia: el pulgar por delante (o por arriba, tal como estoy colocada), y los otros tres dedos por abajo. Penetran con tanta facilidad que, sin poder hacer nada por evitarlo, mi gruta comienza a estar tan inundada que parece un lago. ¡Me gustaría a mí ver, en estas circunstancias, a ésas que juran y perjuran que los clientes nunca les producen efecto alguno! Los clientes, no. Pero sus dedos o su boca, cuando saben utilizarlos, sí. Si se las trabaja bien, no hay como las mujeres mundanas para rezumar ambrosía.

Por lo demás, ni contoneo las caderas ni gimo; ni siquiera le susurro: «¡Continúa, continúa!». Me contento con sentir fluir el néctar como una bendita y esperar la continuación.

Esta llega con toda naturalidad cuando él juzga que, puesto que me ha metido los tres dedos hasta la base sin que el conducto se contrajera, su cipote entrará al menos un trozo similar sin hacerme sufrir. No obstante, primero lo pasea unas cuantas veces por la alcancía, como para demostrarme que no le hace ascos a entraren la tienda de todo el mundo y que no quiere despertar celos en nadie.

Yo estoy empapada, circunstancia que él aprovecha, ¡hop!, para hacer como que se equivoca. Una maniobra clásica, pero que no siempre funciona, sobre todo cuando es la mujer quien lo desea, y quien realiza el movimiento de caderas necesario para alojar a su cliente o su amante donde ella prefiere, por prudencia o por cuestión de gustos. Enseguida entra hasta la mitad. Entonces me incorporo ligeramente, apoyándome en sus hombros para que pueda deslizar las manos bajo mis nalgas y ayudarme a que vaya a su encuentro.

¡Desde luego, tiene un buen ejemplar! Pero yo estoy tan abierta y flexible por ahí, que siento su miembro justo lo suficiente para desear que continúe entrando. Él empuja, yo me acerco... ¡Vaya, vaya! ¡Si me la ha metido toda! El señor Raoul se detiene un instante, la saca lentamente y la vuelve a meter Inmediatamente con suavidad. ¡Virgen Santa, qué gusto da! Esto se merece que lo anime un poco:

—Sí, vamos, cielo, me das mucho gusto... No tengas miedo, empuja hasta el fondo... Sí... ¿Está apetitoso el culo de tu Lulu?

No hay respuesta, tan sólo un gruñido de aprobación. Unos cuantos vaivenes más, y me suelta dos abundantes chorros. ¡Bueno, ya está! Un niño menos para la patria y diez francos más para Lucienne. ¿Qué pide el pueblo?

El pueblo, nada, pero el señor Raoul no olvida lo que le he prometido: después de la excursión, la visita de rigor. Dicho de otro modo, un polvo en la raja después del polvo en el redondel. No me lo recuerda expresamente, pues es un hombre delicado; sin embargo, mientras permanezco tumbada junto a él, lánguida y plácidamente, se dedica a sugerírselo a la interesada recorriéndola con un dedo acariciador, y tomando posesión de un botón ya pasablemente excitado.

No podría hacerme nada mejor. Una promesa es una promesa, y medio luis es medio luis. Así pues, le tomó la delantera:

—Todavía te falta un detalle, cariño —le digo, dedicándole a su polla los cuidados que él prodiga a mi brecha, que no cesa de toquetear con dos dedos.

ÉL (*recuperando poco a poco su vigor inicial*). —¡Cuando quieras, ángel mío! ¡Y cuando te parezca que estoy en condiciones!

YO (*caliente*). —Vamos a ponerlo enseguida, señor follador de culos.

Mientras él protesta, aduciendo que ha hecho una excepción con el mío y que se follará con sumo placer al vecino, yo me he agachado para proporcionar al objeto, con la boca y los labios, toda la rigidez deseable. Lo hago con gusto porque la tiene muy apetecible; y, sobre todo, porque ha introducido con autoridad la cabeza entre mis muslos y se ha apoderado de mi rubí, devorándolo con tanta maestría que debo retirarme para no gozar en su boca. Me dejaría ir muy gustosa otra vez, en efecto. Pero hoy eso no me apetece tanto como ser simple y amablemente jodida.

Y eso es precisamente lo que hacemos. Me instalo encima de él montada a caballito, me la meto tal como está, es decir, menos tiesa que antes, y... ¡en marcha, cochero! Bien recogido y abrigado, el miembro no tarda en aumentar de volumen, y como el señor ya no tiene los cojones tan llenos como cuando ha llegado, debe limar un buen rato antes de que alcancemos la felicidad. Primero yo, pues esta parte me ha puesto enormemente caliente; y él un instante después. Clientes como el señor Raoul, atendería tres al día sin rechistar.

Jueves 26 de octubre

Por desgracia, todos los días no son fiesta. Por un señor Raoul o un señor Comechochito que la obsequian con mil detalles, mi pobre pepitilla debe soportar diez glandes exigentes y necesitados que la tratan o la maltratan como si tuviera menos sentimientos que un orinal.

Hoy me han tocado tres de esa especie, uno detrás de otro. Un viajante de comercio del Midi, complicado, soltando una necedad detrás de otra y, para compensar tales desgracias, nada roñosa en la propina: ¡cinco francos! Luego un tendero barrigón y calvo, con prisas aunque sin complicaciones, poco hablador y muy agarrado. En cuestión de guantes, ni un céntimo. Y a continuación un empleado, funcionario o algo parecido. Apesta a tinta, a papel viejo, a cuero sucio y a cartón;

aún gracias que se ha dignado quitarse los manguitos para venir a visitarnos. Me señala con el dedo farfullando. ¡Qué cruz! ¡Dios mío, qué cruz! Sin embargo, llegado el momento me he llevado una buena sorpresa. Sin esperar la demanda habitual de propina, saca del bolsillo una araña indescriptible de donde extrae, ¡agárrate fuerte, Lulu!, dos monedas de cinco francos. ¡Medio luis! ¡Ver para creer!

Le doy las gracias con entusiasmo, sugiriéndole que se ponga cómodo. Diez francos, más los ocho que le ha pagado a la *madame*, suman dieciocho, una fortuna... Este pobre hombre debe de ganar unos ciento veinte al mes, y con eso tendrá que pagar el alquiler y alimentar, ¿quién sabe? A mujer e hijos. Pero ¿quién sabe también si no acaba de recibir una gratificación del jefe de la oficina en pago a sus treinta años de buenos y leales servicios? ¿Tal vez ha cobrado una pequeña herencia? ¿O quizá en estos momentos se encuentra colgado en casa de Mi Tía el reloj de familia a cambio del cual le han prestado mis diez francos? ¡Ah, nuestra vida está llena de misterios!

Por medio luis es posible, como dice la canción, *hacerse llamar pontífice en todas las lenguas*, aun a pesar de que la colita de un empleado de la administración de tercera clase debe de parecerse más a un portaplumas que a un rodillo de pastelería. Aunque, nunca se sabe... Después de la sorpresa de los diez francos, tal vez me encuentre con la de extraer de su pantalón —que no se ha quitado porque se avergüenza de los calzones de franela que lleva en invierno y verano sin derrochar en lejía —un instrumento digno de ser exhibido en las ferias.

No nos hagamos Ilusiones, es un portaplumas. El hombre soporta el lavado sin rechistar y permanece en pie, a la vez intimidado y nervioso. Al final se decide a reunirse conmigo en la cama, me toca con la yema de los dedos como si fuera de azúcar, y farfulla:

—Vamos a conocernos un poco, preciosa, es menos salvaje. Yo me llamo Sosthéne, ¿y tú?

—Lucienne, cielo —respondo—. La primera vez, Lucienne, pero si vuelves podrás llamarme Lulu.

Mientras tanto, acerco la mano al portaplumas, que desgraciadamente no ha crecido ni un milímetro desde que lo he sacado. ¡Menuda papeleta! Un chorlito que me ha dado diez francos y al que me siento incapaz de hacer gozar, como es mi obligación de mujercita mundana. Para ganar tiempo, le pregunto:

—¿Vas al teatro, cariño? Me da la Impresión de haberte visto a la salida del Varietés, un día que representaban *La dama de las camelias*.

—¡Oh! Debe de estar confundida, señorita Lucienne —responde suspirando—. No he ido al teatro más que una o dos veces. Cuando vivía mi mujer, por darle ese gusto.

YO (*afanándome sin éxito con el portaplumas*). —Entonces, ¿eres viudo y buscas consuelo?

ÉL (*compungido*). —¡Oh! Señorita Lucienne, en el año que ha transcurrido desde que tuve la desgracia de perder a mi Cunégonde, se lo juro, es la primera vez que me

acuesto con una mujer. En veinte años, no la engañé jamás.

YO (*compasiva e impaciente*). —Bien, tesoro, te felicito, pero puesto que ella ya no está aquí... Además, ¡has sido tan amable!

ÉL. —¿Quiere usted...? ¿Te refieres a los diez francos? Sí, es cierto que llevo ahorrándolos seis meses, franco a franco, para disfrutar de un momento de amor...

¡Nada menos! ¿Un momento de amor con qué? ¿Con su portaplumas? Pobre hombre...

—Pero ya veo que no podré —prosigue—. Ni siquiera con usted, señorita Lucienne, con lo guapa que es.

Insisto sin convicción. Un marido que continúa siendo fiel un año después de haber enterrado a su bienamada Cunégonde, merece todo el respeto. Además, tampoco es cuestión de violarlo para que no se gaste en balde los ahorros de seis meses. Finalmente, se levanta, se viste lentamente y se despide murmurando con tristeza:

—¡No habría debido hacerlo! ¡No, no habría debido hacerlo! Uno se hace ilusiones, pero es un error. ¡Oh, no tenga lástima de mí, señorita Lucienne! No he recibido más que lo que merezco. En cuanto a... los diez francos...

YO (*interesada*). —¿Los diez francos?

—La culpa no ha sido de usted, ¿verdad? Pues bien, señorita, cómprese una bagatela pensando en este viejo desdichado. En fin, adiós, hija mía.

Viernes 27 de octubre

¿Qué sentido tiene salir para ir al teatro, cuando se tiene el teatro en el propio domicilio? El Variétés está aquí. El primer cliente de la tarde, un hombrecillo nervioso enfundado en un macferlán de viaje, me elige inmediatamente a mí entre las seis que nos encontrábamos en el salón. Sin ni siquiera mirar a las demás, me conduce a paso de carga a la habitación. Una vez allí, saca el reloj del bolsillo del chaleco y me espeta sin más:

—Si te parece bien, lo haremos deprisa.

YO (*lavándolo a toda prisa*). —Es una lástima, cielo, pero, en fin, como quieras.

Luego, mientras se quita los calcos y el macferlán como si la casa estuviera en llamas, precisa:

—¿Crees que es posible en cinco minutos?

—Si pones de tu parte, tesoro, ¿por qué no? ¿No te olvidas de un detalle antes de evaporarte?

Sin discutir, deposita dos francos en la repisa de la chimenea, se reúne conmigo en la cama y me explica, triturándome los limones:

—Pues resulta que mi esposa y yo estamos de paso en la capital... Estoy bien empalmado, ¿lo ves? ¡Será fácil! Sí, con mi esposa. Cuando ha llegado el momento

de partir, me he dicho. —No, no, nada de entremeses, no me da tiempo... Bien, pues me he dicho: «Maurice..., así es como me llamo..., Maurice, ¿no pensarás irte de París así, sin haber pasado un ratito con una mujer complaciente?».

YO. —Tienes toda la razón, pichoncito. ¿Quieres que lo hagamos a lo perrita, o lo prefieres de otro modo? Me estabas diciendo...

ÉL. —A caballito, ángel mío, a caballito... Sí, un momento... El caso es que el tren de Pontoise llega a las cinco y veinte de la tarde a Saint-Lazare, y ya eran las cuatro y media... Eso es, así, para que pueda acariciarte las tetas... Sin pensarlo dos veces, instalo a mi mujer en un café, muy cerca de aquí..., la idea no se me iba de la cabeza...

YO. —Sí, vamos, cielo. ¡Ah, qué dura la tienes, marrano! ¿Notas como te la aprieto?

ÉL. (*agarrándome de las caderas*). —Sí, sí, es delicioso... Le explico que se me ha olvidado pasar a ver a cierta persona para resolver un asunto urgente... ¡Oh, he hecho bien en elegirte! ¡Eres toda una experta!

YO. —Pues habrá..., habrá que repetir, señor Maurice. Entonces, decías...

ÉL. —¡Ah, ya viene, ya viene! ¿Lo ves...? ¿Lo ves como he sido rápido...? ¡Toma! ¡Toma! ¡Todo para ti! ¡Oh, qué gusto!

Me levanto de la cama de un salto. El jugo resbala por mis muslos, y, mientras me lavo, él se viste en un abrir y cerrar de ojos, consulta su reloj y dice:

—Las cinco menos diez. No perderemos el tren.

Tres

*Como en los grandes comercios,
Madame Thérèse quiere la mejor clientela para su 73.
Con todas las luces encendidas, es digno de ver el salón Luis XVI.
De noche parece una iglesia, el 73.*

Canción de Durand-Dahl (*sic*), 1895.

Jueves 2 de noviembre

Es costumbre que todos los meses cada una de nosotras pase cuentas con la *madame*. Tal como el señor se complace en repetir, Las Odaliscas es una gran familia donde nadie tiene nada que ocultar a nadie, de manera que el momento de pasar cuentas me recuerda las confesiones de mi Infancia con el padre Ballandin, el vicario de la Trinité. Ya se trate de pecados de chiquilla o de chapas de mujer de la vida, la pregunta siempre es la misma: «¿Cuántas veces, hija mía?».

Para no correr el riesgo de dejar descontento a un cliente que pregunte precisamente por la mujer que se está confesando, la *madame* pasa cuentas con cada una el día de su descanso semanal; en mí caso, el jueves. De este modo, no se pierde nada. Octubre es el primer mes que pasó entero en Las Odaliscas, y, como lo he apuntado todo cuidadosamente en mi cuaderno, hemos despachado el asunto sin problemas en menos de media hora.

Teniendo en cuenta que el comercio en general y el de los prostíbulos en particular no va viento en popa en este momento, al parecer a causa de la situación política, voy saliendo adelante bastante bien, ya que mi parte ha ascendido a quinientos setenta francos. Cuando, tras recibir las felicitaciones de la señora, me dispongo a subir para vestirme y disfrutar de mi día de descanso, ella me hace sentarme de nuevo, carraspea y me anuncia que me ha reservado una ocasión de ganar unos francos suplementarios este mes, al mismo tiempo que de rendir honores a la casa.

Ella recibe directamente en su gabinete (es un secreto a voces) a determinados clientes escogidos, que suben por la escalera de servicio y se instalan inmediatamente tras la mirilla, a través de la cual ella puede echar un vistazo en cualquier momento al salón azul y cuya existencia, evidentemente, se supone que todas ignoramos.

Entonces la *madame* nos reúne y da unas palmadas para que bajen las tardonas. Si alguna se encuentra en ese momento debajo de un hombre, ¡ella se lo pierde! En caso necesario, hace pasar al cliente para que realice su elección con conocimiento de causa. Se trata de una elección, en efecto, pero para una chapa en la ciudad; es algo que todas apreciamos, en parte porque una salida siempre se agradece, y sobre todo porque la tarifa «de ciudad» es más elevada que la «de casa»: veinte francos, en lugar de ocho o diez.

Sólo la mitad corresponde a la mujer, pero la propina está en proporción: como mínimo cinco púas, ya que los fletes se muestran siempre más generosos cuando la chica se molesta en desplazarse.

El individuo suele ser un tipo apacible poco amigo de las prisas, un tímido a quien la idea de hacerlo en Las Odaliscas le Impide empalmarse, o incluso un hombre de buena posición, casado, a quien su esposa ha abandonado por un tiempo o a la cual él ha enviado a Biarritz, y que se excita ante la idea de engañarla en el lecho conyugal; en ocasiones también se trata, forzoso es decirlo, de un hombre de pasiones desenfrenadas. Sin embargo, la *madame* tiene vista para reconocer a los depravados y rechaza sus ofertas. Por otra parte, el patrón es una persona con muchas influencias, y el majara que se atreviera a maltratar a una de sus mujeres lo pagaría caro.

Heme aquí, pues, sentada frente a ella, escuchándola atentamente. Se trata de una pequeña fantasía que le ha pedido un señor «muy, muy educado», un auténtico gentilhomme. ¡Veamos! Evidentemente, acepto. Ella se acerca al ropero y saca un traje que parece pertenecer a un pequeño sirviente. ¡Ah, ya sé! Es un uniforme de *groom* de hotel de lujo: chaquetilla corta con tres hileras de botones dorados (creo que los hombres lo llaman un *Spencer*), roja, de cuello duro y con adornos negros en las mangas; pantalón azul ribeteado, escaarpines de charol y hasta gorrita sin visera.

La señora me dejó verlo detenidamente, me Indica que me levante y, tal como voy, en bata y pantuflas, me compara con el traje y me pide que me lo ponga sin nada debajo. Está bien, ¿por qué no? Primero el pantalón. La cintura es justo de mi talla, pero en las caderas me queda completamente ajustado. No cabría ni una hoja de papel de fumar entre la piel de mis nalgas y la tela del pantalón, a mi entender, una franela muy fina. Al tocarme la blanca doble descubro algo desconcertante: los pantalones tienen un desgarrón de dos dedos de largo a la altura del ojete, como si la costura hubiese cedido. Forzándola un poco, podría pasar la mano. Intento decírselo a la *madame*, pero ella no me deja acabar la frase.

—Lo sé, lo sé, mi pequeña Lulu. No se preocupe, nuestro señor lo desea así. Supongo que no le molesta, ¿verdad?

—¡Oh, señora, no creo que me suponga ningún problema mientras no tenga que

abrirme de piernas! Pero ¿no puedo llevar nada debajo? ¿NI siquiera una camisola de lino?

No, ni hablar del asunto. Sigo sin saber si tendré que ponerme de verdad este disfraz y cuándo. De momento, me es Indiferente. El tiempo lo dirá.

Al abrocharla, la chaquetilla me aplasta ligeramente la balconada. No tiene importancia. Mis pies se pierden dentro de los escaupines. La señora coloca una bola de algodón en la punta, y asunto solucionado. Cuando me dispongo a tocarme con el plato, quiero decir el casquete, me detiene y saca de la coqueta una peluca de cabellos casi negros, lisos y cortos.

—Tenga, mi pequeña Lucienne, intente ponérsela tapando su pelo. Es el último detalle, ya no la molestaré más.

Parece ser que ha quedado muy satisfecha del resultado. Yo apenas me reconozco en el espejo. Me despojo gustosa de aquella vestimenta para recuperar mi bata. En cuanto al señor que me desea disfrazada de *groom*, con el pantalón desgarrado por detrás, ella me hará un signo cuando llegue el momento.

Sábado 4 de noviembre

Durante todo el día de ayer no hubo nada digno de mención. Algunas aves de paso y un cliente casi asiduo, un hombre casado, de unos treinta años, pulcro y bien educado. Su mujer aún no ha cumplido los veintidós. Me cuenta que es hermosa y no demasiado esquiva a la hora de hacer el amor, con la condición de que sea por la noche, a oscuras y tapados. Ella lleva camión, por supuesto, y no precisamente uno sucinto o un tanto atrevido, no, sino uno bien largo, cerrado hasta el cuello y que le llega a los pies. ¿Por qué tendrá que haber tantas mosquitas muertas? ¡SI yo fuera su marido, ya la habría metido en cintura!

—Ahora —me confía sin que yo le haya preguntado (simplemente porque hablarme de ello le alivia, y a mí no me supone ningún perjuicio)—, ahora (¡Llevan casados dos años! ¡Menudo panorama!), cuando está en los días buenos (¡Ah! Pero ¿es que tiene alguno bueno?), puedo acariciarle los muslos e Intentar Imaginarme sus formas reales. Me refiero a si tiene un hermoso, un hermoso...

—¡Un hermoso envés! ¡Una hermosa blanca doble! Puedes decirlo, no se te va a caer la lengua a trozos.

—Como quieras. ¡Un hermoso envés! Y ¿sabes qué? —añade, bajando la voz y la mirada (¡Delante de mí! ¡En Las Odaliscas! ¡Te lo juro!)—. Empieza a sentir...

—Sí, algunas noches.

—Seguramente las noches de luna llena.

—No te rías, pequeña, es un asunto muy serio. Yo tengo muchas esperanzas. («Eso da vida, tesoro», me digo mientras le escucho pacientemente). Entre tanto, ¿comprendes?, no quiero serle infiel, pero si no veo a una mujer desnuda de vez en

cuando, acabaré por no saber cómo es.

¡Ya está, lo ha soltado! Después de esta confesión, me dispongo a dejar caer la bata a mis pies, pero él me lo impide y la retira con sus propias manos, recreándose. Yo, como una buena chica, también me recreo, arqueando el cuerpo y contoneando el bullarengue. ¡El golpe de gracia!

Sin embargo, al pastor fiel (así es como he decidido bautizarlo), al pastor fiel le trae sin cuidado. Ha jurado por la memoria de su madre que no engañará a su mujer y mantendrá su palabra. Ha tenido la prudencia de no desabrocharse ni un botón desde que hemos subido, apenas me ha tocado y ha rechazado cortésmente mis servicios. Un tipo original, pero de conducta intachable y nada fatigoso.

—¡Te pareces a ella! —exclama finalmente, permaneciendo a una distancia prudencial de mis nalgas—. Al menos en las formas. Y estoy seguro de que, gracias a ti, esta noche todo irá sobre ruedas entre nosotros. Quiero decir entre ella y yo.

—¡Oh, ya lo había entendido! —exclamo a mi vez, mientras me visto y recojo la moneda de dos francos que acaba de dejar en la repisa de la chimenea.

Después de este episodio, y quizá gracias a él, intercambio de buenos modales. En toda la jornada, cuatro chapas de tres francos y una de dos, más cuatro francos de guantes, que suman un total de diecinueve. No es como para ponerse a saltar de alegría, pero tampoco para llorar. Lo más triste es que por estos diecinueve francos, si bien yo he proporcionado placer, en cambio no lo he experimentado. ¡Y veinticuatro horas sin gozar pasan muy despacio!

Lunes 6 de noviembre

El día es sombrío y se respira una atmósfera de melancolía. Los pocos clientes que hay son agarrados, las mujeres bostezan, y por la cara que pone la *madame* se diría que nosotras tenemos la culpa. Sin embargo, no podemos ir a buscar a los machos a sus casas, ni tampoco a la calle, ya que estamos enclaustradas. Apenas he ganado treinta francos en los tres primeros días de la semana, pues, para mí, la semana empieza el viernes, el día que sigue a mi jornada de descanso, que es mi auténtico domingo.

¡Bah! En todos los trabajos hay temporadas bajas, y las hay más desdichadas que yo, empezando por las cantoneras, mis rivales de no hace mucho, que cuando empiezan la guardia se preguntan si ese día comerán, y miran angustiadas la suela de sus zapatos porque, de tanto patear las calles, se gastan que es un contento.

A falta de buena metralla, ayer disfruté de una novedad. ¡Uno por estrenar, el primero desde que estoy en Las Odaliscas! La *madame* los huele, aunque se las den de experimentados. Aunque casi siempre lo confiesan ellos mismos en cuanto franquean la puerta, con las mejillas encendidas y tartamudeando:

—Verá, señora, yo..., en fin, es la primera vez...

En tales ocasiones, la *madame* se porta bien. Les hace enseñarles los bolsillos para asegurarse de que realmente no pueden pagar más que la tarifa mínima. Pero no insiste y se conforma si no tienen más que cuatro francos. Según se comenta entre las mujeres, incluso preferiría de vez en cuando hacerse cargo del primerizo en su gabinete, que llamarnos a una de nosotras. A su edad, apenas se desean ya dos cosas: carne fresca y dinero. Y con los primerizos tiene las dos, ya que se embolsa los cuatro o cinco francos de la chapa, al tiempo que saborea una pequeña dosis de placer.

En cuanto a si los virgos traen suerte o desgracia, es tema de discusión entre las mujeres, según éstas los llamen «mascotas» (portadores de suerte) o «mascotes» (portadores de desgracia). La mayoría, sin embargo, se inclina por el «mascota» y se disputa a los principiantes. La *madame* lo sabe, por eso jamás abandona el trozo de carne fresca al azar de la elección, pues ello sólo conseguiría hacer feliz a una de las diez y sera causa de disputas. Así pues, le hace un gesto a la que trabaja menos o está pasando una mala racha, y la envía a la habitación por la escalera de servicio.

De este modo actuó ayer conmigo, diciéndole al principiante:

—Hijo mío, le dejo en manos de la señorita Lucienne, que le tratará de maravilla. En cuanto a usted, Lucienne, espero que esto le complazca.

Yo capto la alusión y le muestro un caluroso agradecimiento. ¡Un primerizo es canela en rama! ¡Un rayo de sol en un día sombrío! ¡Un narciso en pleno diciembre! No le confieso a la *madame* que para mí es el primero, aparte de primo Léon, aunque tal vez ella lo sospecha.

Éste debe de tener como mucho diecisiete años. La *madame* hubiese podido negarle la entrada para evitar una posible acusación por perversión de menores, como dice la ley. Sin embargo, no suele hacerlo, principalmente porque si son bien acogidos tienden a volver a Las Odaliscas en lugar de ir a otros establecimientos; y además, según dice, porque a esa edad es más saludable revolcarse con una mujer que arruinarse la salud practicando todas las noches la lucha de cinco contra uno. Tiene toda la razón. En casa, cuando todavía estaban papá y mamá, yo prefería ofrecerle el culito a Max que oírle recitar *Charlot se divierte* bajo las sábanas.

Mi cliente es un auténtico querubín. Lleva seis semanas ahorrando de la paga para poder ir a «ver mujeres», y ahora que las ha visto daré todo lo que ya no tiene con tal de poner pies en polvorosa. Pero la Naturaleza sigue su curso. Estaba empalmado incluso antes de que se la sacara para hacerle el lavado, y ha ido de un pelo que no se corriera entre mis dedos. En cualquier caso, ha echado tanto fuera como dentro, sin dar tiempo a que me enterara.

No me esperaba otra cosa, de manera que no me he sentido decepcionada. Dejar recuerdos es algo que no corresponde a los primerizos, sino a nosotras.

Martes 7 de noviembre

Tercera visita en seis semanas del señor Comechochito, quien al parecer se ha habituado a mí. Un día que yo estaba ocupada en el momento de la elección, subió con Julia Dedo Diestro, pero no volvió a suceder. De nuevo cinco francos de guantes y el mismo capricho: hacerme gozar sólo con la lengua. Para lo demás tiene una amante; antes de rendirle su viril homenaje, se detiene un momento en nuestro establecimiento, como si tomara los entrantes en un restaurante y el plato fuerte en otro.

Como dice el Evangelio, ¿cuál de las dos se lleva la mejor parte? Cada uno ve la feria según le va, pero yo prefiero la mía. Ella necesita una polla, y a mí me salen hasta por las orejas; ella le hace ascos a la lengua, y en cambio es mi debilidad. Conclusión: todo está en orden en este sucio mundo, excepto para el señor Comechochito, que parece muy unido a su amante y le entristece no poder hacerle compartir su pasión por las milhojas. Sueña con mamarle la almendra garrapiñada antes de pasar a mayores, e Incluso después, y se consuela como puede devorando la de la pequeña Lulu de las Odaliscas.

Los «irregulares» como él, es decir, los francotiradores para quienes significamos algo más que un polvo trivial, son lo mejor y lo peor del oficio. Lo mejor porque suelen ser generosos y divertidos; lo peor porque, o bien les falta un tornillo, como al señor Godard, o bien nos dejan agotadas haciéndonos gozar demasiado a menudo.

Esta vez, el señor Comechochito me ha honrado con un dedo visitante, el complemento Indispensable de toda bajada al pilón bien hecha. Seguramente también sueña con hacerle esto a su marquesa, pero... ¡magras! Yo, en cambio, me muestro abiertamente en su favor. No lo pido por discreción, y porque un hombre al que le gusta chupar no es necesariamente un adepto al dedo visitante; pero no lo rechazo a cambio de uno o dos francos suplementarios, según el cliente. Este ya me ha dado cinco, así que no Insisto.

Por otra parte, se le da muy bien. Se ensaliva el dedo medio y ejerce con él una leve presión a la entrada, mientras la lengua prosigue con su tarea; luego escucho un umido: «¿Puedo?», al que respondo conduciendo el pandero al encuentro de su dedo. Después pasa la lengua del delantero al trasero (entre mis muslos, por supuesto), expele un copioso escupitajo, e Insinúa de nuevo el dedo con toda delicadeza en la roseta, que se presta sin remilgos. A continuación, entre ese dedo que me invade y esa boca que me devora con glotonería, el placer llega con toda naturalidad. Nada de enjuagues. Una palmada en el culo, y.

—Gracias, hija mía. ¡Hasta la próxima!

—Soy yo quien te está agradecida, tesoro. ¡Hasta pronto!

Aquí, la vida es así de sencilla.

Jueves 9 de noviembre

Aquella aventura con uniforme de *groom* en la que la *madame* me había embarcado no acababa de inspirarme. Y no me equivocaba. ¡Oh! Una salida por la ciudad siempre tiene sus ventajas, empezando por los quince francos que me proporcionó. Pero no me gusta esa clase de cliente.

Ayer, a las cuatro, después de despedirme de un flete, la *madame* me llama, me conduce a su gabinete y hace que me ponga aquel famoso uniforme cuyo pantalón tiene la costura trasera desgarrada. Al parecer, el señor vendrá a buscarme dentro de un cuarto de hora. Ella vigila por la ventana hasta que ve detenerse un carruaje en el patio. Entonces, me pongo mi redingote de lana y bajo.

Es un carruaje de lujo: dos caballos, cochero y un lacayo de pie en el pescante. El lacayo abre la portezuela y saca el estribo. Yo me siento en la oscuridad, junto al señor. ¿Es joven o viejo? ¿Guapo o feo? Lo sabré cuando lleguemos a su casa. En cualquier caso, su voz no resulta nada atractiva; el tono es seco y de nota hipocresía.

—*Good evening*, pequeño Jimmy —masculla sin tocarme.

¡Qué desgracia! ¡Un anglicón! ¡Los verdugos de Napoleón y de Juana de Arco! ¡Pobre Lulu! Prepárate para cualquier cosa, salvo para un regalo a la altura de las circunstancias, porque los ingleses... Llevamos más de veinte minutos de viaje sin que haya hecho ni un gesto galante. Incluso da la impresión de que retrocede hacia el rincón para no tener siquiera que rozarme. ¡Señor! ¿Dónde están mis gentiles clientes parisienses, que no temen ni las palabras ni a las mujeres? La marcha se hace más lenta y el carruaje gira en un patio. Debemos de estar en una mansión particular del parque Monceau. El lacayo baja, abre la portezuela y saca el estribo; yo desciendo y empiezo a distinguir el porte y las facciones del señor, que me precede en dirección a la escalera: apenas más alto que yo, semblante arisco y serio, enfundado en una hopalanda de piel.

En el *hall* de la planta baja, deja su hopalanda en manos del mayordomo y me ayuda a quitarme el redingote. Parece satisfecho de mi aspecto:

—¡Oh, absolutamente perfecto! ¡Es usted encantador, pequeño Jimmy!

¿Encantador? ¿Pequeño Jimmy? ¡Ya estamos! ¡Pues no me ha encontrado precisamente en una fiesta de mariposones! Además, dudo de que sea Inglés de verdad. Sólo lo finge. Me señala la escalera, le precedo siguiéndole el juego, doblamos a la izquierda, luego a la derecha, y abre la puerta de un salón biblioteca donde nos recibe, ¡oh, sorpresa!, otro *groom* con el mismo atuendo barroco. Mi doble es a todas luces un muchacho: dieciséis o diecisiete años, un poco más alto que yo, tez lechosa cubierta de pecas, pinta de jibia. El *milord* nos presenta, nos... Introduce, como se dice en inglés según Fanny:

—*Yonny, éste es Yimmy. Yimmy, yo presentarte a Yonny. Darse mano, se lo ruego.*

¡Puaf! La tiene fría, blanda y viscosa. La mano, por supuesto. El *milord* toca una campanilla, y entra un mayordomo con una bandeja. Unas pastas y una botella de Oporto. Brindamos: «¡Salud, amiguitos!». Mordisqueamos las pastas y bebemos en silencio; ellos a sorbitos, yo de un trago, para sacar fuerzas de flaqueza. Después de

que el mayordomo salga, el señor cierra la puerta y corre el pestillo, se acerca a mí por detrás mientras estoy Inclínada sobre la bandeja de pastas... y me mete mano a través de la abertura del pantalón. Yo me sobresalto, pero enseguida recupero el control. Está en su derecho, ha pagado. No he recibido obsequio alguno, pero no es más obligatorio fuera del prostíbulo que dentro de él, aunque se trate de una costumbre ya establecida.

La mano se Insinúa por la famosa raja, se desliza entre mis nalgas y tantea la roseta, mientras el hombre farfulla lo que entiende por cumplidos:

—*¡Oh, la preciosa culito de Jimmy! ¿Verdad que él ofrecerme su bonita trasero?*

¡Este puerco es un «exclusivista»! Entre mi clientela figuran otros dos, y también en la de Fanny; Mélie tiene cuatro o cinco. Los reconocemos porque siempre nos la meten en el redondel, y prácticamente sin prepararnos, sin acariciarnos las naranjitas o el botón. Lo único que les gusta de nosotras es lo que tenemos en común con los chicos, o sea la roseta. Suelen ser hombres casados, padres de familia obsesionados por su Inclínación hacia los culitos, pero que no se atreven a lanzarse. Todas las mujeres saben que no se puede confiar en ellos. Un día en un meadero de Les Halles o en un baile de locas, encuentran a un querubín que les muestra el camino del cielo y ya no se les vuelve a ver el pelo. ¡Buena suerte! ¡Que te diviertas con tu maricona!

Este prosigue sus avances en mi trasero, sin mérito por su parte ni placer por la mía. Introduce con dificultad un dedo completamente seco hasta la mitad, y repite:

—*¡Oh, la preciosa culito de Jimmy! ¡Era tan estrecha! Jamás podré... Johnny, please...*

El otro *groom* se dirige a una especie de hornacina que hay en la pared y coge una botellita, en la cual moja un pincel. ¡Aceite! ¡Puaf! Es la primera vez que alguien me unta con eso y no me hace ninguna gracia. Con mantequilla, sí; e incluso con crema de belleza. Pero... ¡con aceite!

El *milord* me guía hasta el respaldo del diván, en el cual apoyo las manos. Johnny se acerca y le tiende el pincel. El señor me hace separar las piernas sin dignarse a prodigar ni una caricia, como parece que es su costumbre; su ayudante se ocupa de mis pantalones para dejar libre la pista, y mi pobre culito, que no puede más, es copiosamente untado de aceite. No me atrevo a volverme para ver lo que están haciendo mientras tanto ese par de cerdos, pero no me cuesta mucho trabajo imaginarlo: se la sacan mutuamente de los pantalones. Cuando Johnny vuelve a pasar por mi lado, me presenta una polla larga y delgada, sin ningún atractivo ni gracia, con la que podrá desgraciar a una mujer sin proporcionarle ni pizca de placer.

—Jimmy acariciará a su pequeño Johnny mientras yo me ocupo de mis asuntos —ordena el *milord*.

¿Acariciar semejante horror? No te queda más remedio, mi pobre Lulu, puesto que *milord* así lo desea. ¡Ah! Esta se la guardo, señora, con que un señor «muy, muy educado», ¿eh? ¡Más bien un chiflado! Agarro el horror, cierro los ojos y empiezo a menearlo, pensando en los diez francos de la chapa, mi único consuelo en tales

circunstancias. Entre tanto, el *milord* introduce en «mi preciosa culito» un nabo sin ningún interés, que por fortuna no me produce ni frío ni calor en el lugar donde se mete. Continúa así durante un momento, y luego declara, sin moverse de mi espalda, que si se ha dignado honrar mi agujerito es únicamente para ponerse a tono y prepararle el camino a su favorito. Acto seguido me abandona y Johnny ocupa su lugar.

Este último tampoco le hace ascos. ¿Se habrá hecho mariquita por gusto o por necesidad? Más bien por lo segundo. Sin duda se trata de una pobre criatura a la que posiblemente sus padres, o probablemente un ficha del gremio, han arrojado en los sucios brazos del viejo para sacar provecho. ¡Ah, la miseria, la miseria! Porque no tengo necesidad de verlo para saberlo. Basta con oírles: mientras Johnny me da por el saco, el *milord* le da por el saco a Johnny, que gime como un ratón al que estuvieran estrangulando. Supongo que lo hace para contentar a su protector, si bien los muchachos que lo han probado afirman que pasar un rato dando y tomando no resulta en absoluto desagradable.

En este caso, mi papel es el de tomante... y bien tomante, debo reconocerlo. En otro lugar y con otros hombres, sin duda se me escaparían algunos suspiros sinceros; aquí y con ellos, es puro teatro. El *milord*, en cambio, emite auténticos rugidos, y su protegido, grititos de mariquita salido. ¡Que les aproveche! Yo, por mi parte, me quedo igual que con cualquiera de los que pasan por Las Odaliscas, es decir, indiferente. Pido permiso con toda educación para ir a lavar mi pobre avispero, que han sazonado de porquerías. Johnny me acompaña. Cuando regreso, el *milord* me tiende un pequeño sobre que abro poco después, en el coche que me lleva de vuelta a la calle Saint-Augustin. ¡Dos francos! ¡El muy cerdo! ¡Oh, MIERDA!

Viernes 10 de noviembre

Cuando me hizo cumplir con el tradicional «recorrido de las novicias», hace ya más de un mes, la *madame* me mostró, por supuesto, la habitación negra. Situada en el primer piso, o en el segundo, si se cuenta el entresuelo donde se lleva a cabo la elección, es una de las más hermosas de la casa. Da al patio interior, no a la calle, de modo que las contraventanas no permanecen siempre cerradas, como es obligatorio en los otros cuartos. En verano, allí se puede trabajar a la luz del sol, lo cual resulta sumamente placentero, siempre que el cliente esté de acuerdo y se corran los visillos, por los que la *madame* pagó casi cien francos y que, en consecuencia, le preocupan tanto como la piel de NUESTRAS nalgas.

En invierno, y por las noches, la habitación se ilumina con lámparas de gas: dos apliques que la inundan de luz con tan sólo dar una vuelta a la llave. Es preciso hacerlo para hacer que destaque el negro de las cortinas y del cobertor de la cama..., así como la blancura de la mujer que ha sido elegida para ir allí. SI el flete no pide

expresamente «la habitación negra con la señorita Tal», la *madame* decide por él, y por lo general hace subir a la Normanda o a Mimi la le Tetuda, que realmente tienen un color de piel precioso.

Por lo demás, ellas van juntas allí todos los jueves con un carnicero de Les Halles que se contenta con aguardar mientras ellas hacen bollos en la cama, o simulan hacerlos; después, cada una un jueves, una de las dos le sacude el cetro, procurando que el engrudo caiga sobre los limones de la otra. Es la debilidad de este hombre. Teniendo en cuenta que se pasa toda la semana tocando carne roja, resulta comprensible que los jueves le apetezca blanca.

¡Ah! Se me olvidaba lo más bonito: toda la parte del techo que queda sobre la cama (más bien de tres plazas que de dos) se encuentra cubierta por un espejo que, dadas sus dimensiones, consta forzosamente de varios cuadrados, aunque están tan bien ensamblados que parecen de una sola pieza. Realmente, la habitación hace honor a Las Odaliscas y es conocida en toda la profesión.

La *madame* pide cuatro francos de suplemento por «la negra», y sólo se la ofrece a clientes conocidos o que vienen con alguna recomendación. Además, como el cliente en cuestión se siente obligado a mostrarse generoso con la mujer después de ver el decorado, la cosa no le sale por menos de doce francos, o quince si toma dos, como es el caso del carnicero. No obstante, si bien lo pagan caro, no es menos cierto que lo aprecian, sobre todo aquellos que gustan de llenarse los avizores antes de emplearse a fondo, e incluso en plena faena si hacen que la mujer monte encima de ellos.

No me explico cómo he podido pasar tanto tiempo sin trabajar allí. ¡Porque la piel la tengo bien blanca! El año que pasé en Nogent-le-Rotrou la tenía un tanto tostada, pero desde mi regreso llevé tanto cuidado de no exponerme jamás al sol sin la protección adecuada, que muy pronto recuperé mi tez de parisiense.

Por fin, ayer por la noche, hacia las diez, subí. El cliente era un hombrecillo rechoncho de unos treinta y cinco años, ataviado con frac, chistera de seda y guantes de gala, y llevaba un bastón bajo el brazo; en resumen, un figurín. Era mi tercer cliente del día, una miseria, y me habrá sentido francamente decepcionada si no me hubiese elegido. Justo es decir que éramos cinco: Fanny Boquita de Piñón, Inmaculada Esther (aunque ésta es más bien atezada, como casi todas las judías), Rosa la Flor, Mélie y yo. Mimi la Tetuda estaba ocupada, La Enamoradiza había salido, etc.

—Señor Jacques, si tiene la bondad... —susurra la patrona. El señor Jacques saca un vidrio del bolsillo, se lo coloca en el ojo y nos observa una a una de la cabeza a los pies, con aire de enorme fastidio. A ésta ya la eligió y no supo excitarlo lo suficiente como para repetir; aquélla no, tiene las nalgas demasiado planas. ¿Y su vecina? Tal vez, si hiciera algo por atraerlo... La otra tiene ojos de becerra... ¿Qué más hay? Queda la nueva, entradita en carnes y muy despierta, que parece estar deseándolo. ¡Ya lo creo que lo deseo!

Durante la elección no se permite hacer marrullerías. Debemos entreabrir la bata, si es que llevamos, o, en caso contrario, abrir el escote de la camisa, y presentarnos de frente o de espaldas, a nuestra conveniencia. Podemos sonreír, mirar de reojo, contonear el bullarengue y arremangarnos la bata o la camisa hasta medio muslo, pero en silencio.

Como el señor Jacques no parece decidido a decidirse, la *madame* interviene:

—Mi pequeña Lucienne —dice tomándome de la mano—, estoy segura de que seréis del gusto del señor Jacques, que va a llevarla a la habitación negra. Esta criatura es encantadora, ¿no le parece? —prosigue, dirigiéndose al cliente—. Y muy complaciente, ¿no es cierto, Lucienne?

¡No faltaría más que eso, que no fuese complaciente y que lo dijera! Por otra parte, quedaría como una pazguata si respondiera: «Sí, por supuesto». Así pues, con la expresión más atrevida de que soy capaz, recorriendo los labios con la punta de la lengua para darle a entender que chupo de buen grado a los señores generosos, contesto:

—¡Oh, señora! El señor Jacques no quedará decepcionado. ¡No será justo para un hombre tan atractivo!

Es lo que corresponde decir en tales casos, aunque una no se crea ni una palabra. Él se guarda el vidrio y me mira con un poco más de atención. Mientras las que han sido rechazadas se retiran arrastrando las pantuflas, yo doy la tradicional media vuelta contoneando las caderas, me arremango con decisión la camisa hasta la depresión de la espalda, y... ¡Que me convierta en calabaza si éste no está más interesado en mis blancas hogazas que en mis ojos negros! Soy consciente de que mi trasero es muy expresivo, y los hombres experimentados saben que, cuando a una mujer le gusta su culo, no es sólo por el culo en sí ni por vanidad, sino para hacer que disfruten de él.

¡Adjudicado! Hace un leve gesto de aprobación a la *madame*, y subimos.

El señor Jacques gana cuando se le ve en la intimidad. Es dos dedos más bajo que yo, musculoso como un luchador de boxeo, y peludo como un oso desde el cuello hasta la cintura por lo que puedo ver, ya que de momento se ha quitado la camisa, el pantalón y los botines, pero todavía lleva puestos los calzones de franela.

—Ponte cómodo, tigre —le digo al verlo así—. ¡Aquí hace calor! Y no temas, nadie vendrá hasta que no bajas..., no sin antes haberle ofrecido un pequeño presente a tu Lucienne, ¿verdad, cielito?

Ni contrariado ni parlanchín, el cielito se acerca a su chaleco y saca tres monedas de plata, haciéndolas tintinear sobre el mármol. Yo lo veo, pero finjo no tener ninguna prisa por contarlas y embolsármelas. Cinco francos por la chapa más tres de guantes son una entrada en materia más que aceptable.

Yo me quito la camisa y él los catones. ¡Vaya! Mi cliente tiene tanto vello en los muslos como en los brazos, y en las pelotas tanto como en el torso; aunque eso no quiere decir nada, porque la verdad es que no está empalmado en absoluto. ¡Eso es asunto mío! Si no consigo ponerlo a tono, habré perdido un flete.

El hombre se tumba tranquilamente en la cama y me hace una señal para que me reúna con él.

—¡Dios mío, qué fuerte eres, cariño! —exclamo, explorando entre el vello de su pecho—. Me gustan los hombres como tú, ¿sabes?, pero tú eres el más..., el más peludo de..., de...

Me he atrancado, así que, para salir del paso, añado un tanto inquieta:

—¿Te molesta lo que te digo? No, ¿verdad? Porque si encima de que no te he impresionado demasiado...

Al parecer, en esta ocasión tengo derecho a una explicación. Él sólo viene a Las Odaliscas por la habitación negra, y únicamente para regalarse la vista, según sus propias palabras, con lo que ve en el espejo del techo: una espalda, unos hombros, unas nalgas, unos riñones blancos como el merengue que contrastan con el negro del cobertor. Lo de delante no le interesa en absoluto. Los botes de leche se tambalean de cualquier manera sobre el pecho, el vientre no es impecable, y el triángulo de vello del felpudo le horroriza.

—Resulta desagradable, ¿comprendes?, mientras que un culo hermoso..., como el tuyo —precisa, dándole unas palmaditas afectuosas—, un culo hermoso que parece flotar sobre mi cabeza, bien redondo y partido, es el paraíso para un esteta como yo.

No sé muy bien lo que es un esteta, pero sí cuál es su debilidad, y lo comprendo como la que más. Adolphe, mi pintor, tiene la misma, aunque prefiere verme de pie, con los brazos levantados formando un arco y los talones apoyados en una tablilla para obligarme a arquear la espalda. En la época de nuestros primeros amores, llegó a hacer cincuenta bocetos de mí en esa pose y los vendía a viejos por diez e incluso quince francos. Yo podía darme por satisfecha si me invitaba a una cena de tres francos cuando vendía un dibujo. Ya sé que el dibujo era de él. Pero las nalgas, ¿eh?, ¿de quién eran las nalgas? ¡De Lucienne! ¿Y qué era lo que excitaba a los compradores? ¿El dibujo? ¡Y un cuerno! ¡Eran mis nalgas! Pero, en fin, dejémoslo.

Para complacer a mi esteta, me coloco boca abajo con la cabeza escondida entre los brazos. De buena gana me dormiré. Mientras él me contempla, acariciándome de vez en cuando, pienso en mis seis francos y decido que el jueves próximo me compraré el camisón de encaje que aguaité la semana pasada en un escaparate. O tal vez vaya al Cardenal de los Mares con Fanny a comerme una langosta Thermidor. Luego me doy cuenta de que el señor Jacques ya se ha saciado del panorama que le ofrezco, porque me dice:

—Me felicito por haberla elegido, señorita Lucienne. Tiene usted una espalda de Venus Calípige.

YO. —¿Cali qué?

ÉL. —Calípige, que significa «de hermosas nalgas».

¡Mis nalgas, siempre mis nalgas! Pues si contemplarlas le basta para alcanzar la felicidad, su felicidad no sólo no provoca la mía, sino que además comienza a aburrirme.

—¿Puedo volverme, señor? —pregunto—. Tumbada boca abajo tengo dificultades para respirar.

Sin esperar respuesta, me doy la vuelta, acerco una mano a sus atributos y..., ¡oh, sorpresa!, el objeto ha despertado.

—No iremos a quedarnos así, ¿verdad, señor Jacques? ¡Si no me hace el amor, nunca más querré saber nada de usted!

Por lo que sé, ya ha estado dos veces en esta habitación con La Normanda, pero ignoro cómo acababan sus retozos. ¿Debo ofrecerle mi mano para hacerlo feliz y mis limones para que esparza su goce, como hace ella con el carnicero? No me negará a hacerlo, desde luego, pero me sentiría profundamente decepcionada.

Sin embargo, todavía hay esperanzas. El instrumento engorda y crece entre mis dedos, y el propio señor Jacques se aventura a separar un poco mis muslos para pasar la mano entre ellos. Enardecida, me inclino sobre él y tomo el objeto en mi boca con decisión, igual que hace Marcelle la Mamona con sus clientes tímidos. Según ella, jamás ha visto a un hombre que rechazara ese mimo con el pretexto de que no lo ha pedido. Por lo que cuenta, ni siquiera los obispos.

Sea o no obispo, está claro que el señor Jacques lo aprecia. Por otra parte, resulta placentero chupársela, pues la tiene caliente, sensible y no excesivamente tiesa. Además, el hecho de recibir tales mimos no le impide continuar contemplando en el techo mi espalda de Calípige, como él dice.

—¡Oh, sí, pequeña! —gime—. Continúa... Sí, eso es, encima de mí para que pueda seguir admirando tus hermosas nalgas... De acuerdo, pillastra, tú ganas... Ahora voy a penetrarte.

Yo me retiro, y el señor Jacques, sujetándome por la cintura, me levanta y me instala encima de él. A continuación, abro las piernas, nos acercamos el uno al otro, y me penetra con suavidad, deteniéndose tres o cuatro veces porque todavía no estoy muy mojada. Se trata de una postura más bien burguesa, por decirlo de algún modo, pero muy descansada, y sumamente agradable cuando el hombre actúa con cierta ternura, como en este caso. El recorre con sus manos mi espalda, subiendo y bajando una y otra vez; luego, cuando está a punto de venirle, me agarra con firmeza los hemisferios para estrecharme contra su cuerpo. ¡Oh, qué gusto da! Y eso que no he alcanzado el orgasmo.

Mientras él recupera el aliento, con la mirada todavía fija en el techo, me levanto para lavarme y le pregunto:

—Señor Jacques, ¿qué es exactamente un esteta?—. Un hombre consagrado al culto de la belleza, hija mía, el único que no tiene muertos en su conciencia.

Lunes 13 de noviembre

Ayer por la noche, hacia las once, fui elegida por quinta vez a lo largo del día, sin

contar a los dos casi habituales que preguntaron por mí al llegar. En ese momento estábamos cuatro en el salón, y Mimi la Tetuda, que se encontraba a mi lado, me da un codazo y me susurra al oído: «Mira, es el señor Pantalón». La *madame* le lanza una mirada furibunda, y las aguas vuelven a su cauce. Yo estudio al cliente a través del abanico, sin encontrar nada de particular ni en él ni en su pantalón, aparte de que tanto uno como otro presentan un aspecto bastante descuidado, y de que el señor tiene una expresión un tanto falsa. Apenas acabo de observarlo, él me señala.

—Deseo conocer a esta jovencita —anuncia a la *madame*—. Usted es la señorita, la señorita...

—La señorita Lulu, para servirle, señor.

Era la primera vez que nos veíamos, bien porque él había pedido a otras sin ver a todas las disponibles, o bien porque yo disfrutaba de mi día libre o estaba ocupada cuando él *había* venido en ocasiones anteriores. En fin, eso es lo de menos.

Una vez en la habitación, y mientras me quito la camisa, lo abordo como todas solemos hacer:

—Le harás un regalito a tu Lulu, ¿verdad, pichoncito? La primera vez es lo habitual, y además trae buena suerte. Yo seré muy complaciente, ¿sabes?

La respuesta es toda una sorpresa. El hombre me mira solapadamente y replica:

—Por supuesto, pequeña, por supuesto. El regalito está en mi bolsillo, y puedes venir a buscarlo cuando quieras.

Al mismo tiempo, mete la mano en el bolsillo como para animarme. La verdad es que no estoy muy segura de cuál es su intención. ¡A veces viene cada majara! Sin embargo, si es un asiduo y si Mimi la Tetuda lo conoce, es porque se comporta con corrección. Tal vez sea un tanto excéntrico, pero sin malicia. Así pues, me animo a meter la mano en el bolsillo, y, en efecto, mis dedos localizan dos monedas.

—¡Cógelas, pequeña, no temas! —me dice, mientras comienza a acariciarme la espalda—. Es mi regalo...

¡Treinta machacantes! No es ninguna fortuna, pero dicen que los pequeños arroyos forman ríos caudalosos. Además, hoy no he trabajado mucho, así que exclamo, mostrando un falso entusiasmo:

—¡Oh, gracias! Ya verás cómo nos divertiremos de lo lindo. Primero, si te parece bien, te lavaré.

No le parece bien, o por lo menos todavía no. Sin dejar de acariciarme, me responde con voz ronca:

—Después, pequeña, después. Verás, es que resulta que mi pantalón tiene dos bolsillos y tú sólo has vaciado uno.

Le miro, y me parece que empiezo a comprender. Bueno, ¡si no es más que eso! Acerco la mano, la introduzco en el otro bolsillo y me inclino ligeramente para llegar hasta el fondo, que, por supuesto, está agujereado.

—¡Sí, sí, preciosa zorra, es ahí! —balbucea—. ¡Es el otro regalo! Búscalo, pequeña... Sí, eso es, busca mi ciruelo en el bolsillo... ¡Ah, pillina, ya lo has

encontrado!

¡Evidentemente! ¿Cómo no encontrar un rabo empalmado, aunque sea de tamaño medio, en el fondo de un bolsillo agujereado? ¡Tantas veces como se meta la mano! Él debe de hacerlo con bastante asiduidad, y yo lo hago ahora. Se sobresalta un poco cuando se la cojo para pasarla a través del agujero y meneársela con más comodidad, pensando en la muerte de Luis XVI. Me pellizca las caderas, jura que tengo unos dedos de hada y una mano de las que ya no existen, y se corre copiosamente en el famoso bolsillo, en el que me limpio los dedos.

No, decididamente, el señor Pantalón no es impotente, ni siquiera un auténtico maníaco; es simplemente un miedica convencido de que pringará, de que agarrará un sífilazo, o como mínimo unas purgaciones, si jode con mujeres de placer, pero que, aun así, no puede prescindir de ellas.

He vuelto a subir con el señor Pantalón seis o siete veces, y siempre me ha dado treinta machacantes. Un día le pregunté abiertamente si no quería ni siquiera intentar poseerme por miedo a que le endilgara algo malo.

—Si es por eso, tesoro —le dije—, puedo jurarte que estoy tan sana como el día de mi nacimiento, igual que todas las mujeres de aquí. Y la verdad —añadí—, me siento más bien ofendida de que no quieras de mí nada más que la mano. Vamos, ¿te animas? Anda, dime que sí.

Pero siempre decía que no. ¡Y no porque desconfiara de mi salud! Un compañero de colegio, que no paraba de machacársela en clase, le había enseñado el truco del bolsillo agujereado, y se acostumbró a ello hasta tal punto, que a los trece años logró que una cría del barrio le extrajera el jugo mediante este método. Fue su primera experiencia con una chica. A partir de entonces sólo pudo hacerlo así, y no quería ni oír hablar de casarse. ¡Desde luego, mira que los hay raros!

Jueves 16 de noviembre

De las diez mujeres de la casa, once contándome a mí, con la que tengo más confianza es con Irma la Enamoradiza. Con las demás, sobre todo con Fanny Boquita de Piñón, me llevo bien, pues tenemos buen carácter y, en general, nos gusta vivir juntas en Las Odaliscas. Pero ella es diferente, y eso se ve en algunos detalles, pequeñas cosas si se quiere, pero que dicen mucho acerca de la persona.

Por ejemplo, entre mujeres de la vida es costumbre llamarse por el apodo en lugar de por el nombre. Yo soy con más frecuencia La Complaciente que Lulu, y en cuanto a Irma, todo el mundo se dirige a ella en estos términos: «Enamoradiza, ¿por casualidad no habrás visto mi tarot? ¿Adónde irás a comer el lunes, Enamoradiza?».

Yo, en cambio, siempre la he llamado Irma, y ella a mí Lucienne, o, de vez en cuando, Lulu. Eso era ya un indicio de que realmente no estábamos hechas para acabar en un burdel, y de que habíamos conocido otras cosas. Por otra parte, no

tenemos los mismos gustos para arreglarnos que Rosa la Floro Julia Dedo Diestro, por ejemplo. Irma se viste con mucha elegancia para salir, y yo, aunque no pueda permitirme el lujo de comprarme vestidos o corpiños caros, me siento bastante Orgullosa de mi toque de parisiense.

Precisamente ayer, Irma le pidió permiso a la *madame* para tomarse el día libre hoyen lugar del lunes, que es el que le corresponde, y me invitó a ir a comer con ella. Por lo que he visto, cuando Irma invita, hace las cosas bien. ¡El Café Bignon, querida! ¡El más lujoso! Y por si fuera poco, en un reservado, como dos fulanas de categoría. Irma tiene mucho trabajo y ninguna carga, pero, de todas formas, el sablazo va a ser de cuarenta francos calculando por lo bajo, de manera que en el momento de entrar le digo, un tanto inquieta:

—Irma, me gusta mucho salir contigo, ¿sabes?, pero iría con el mismo gusto a un lugar menos..., bueno, más sencillo.

No, está decidido, vamos al Bignon porque hoy es su santo, porque quiere invitarme y porque puede. Así pues, nos instalamos, ella pide, el *maître* sirve el *champagne*, ¡y viva la fiesta! Después de apurar la primera copa, y con la segunda ya servida, pregunto sorprendida:

—¿Tu santo? Pero si hoy es santa Margarita. Lo ponía en el escaparate de la floristería.

—Ya lo sé. Irma es mi nombre de trabajo. El verdadero es Margarita.

Y así, una copa tras otra, no paramos de charlar desde los entrantes a base de ostras hasta los postres. Sobre todo ella. Yo me limito a hacer las preguntas: tiro del hilo, y el ovillo se va deshaciendo.

A aquellas que les gusta el asunto mondo y lirondo, simplemente para tener ocupada la alcancía con bigotes el mayor tiempo posible y sin esfuerzo, tienen todas las morcillas que quieren y más, eso es indudable, y sin necesidad de andar arriba y abajo para obtener manducatoria como las cantoneras de los bulevares, que son en cierto modo ojeadoras de caza siempre en guardia. En Las Odaliscas, la caza somos nosotras, ¡y caza mayor! Algunas comparten sus ganancias con un hombre; con la casa, todas. Sin embargo, jamás permanecemos con el vientre vacío más de tres horas seguidas cuando estamos de guardia, y no faltan mujeres para las cuales eso es aún más importante que la pecunia, y que han entrado en el convento por su afición a los hombres. Por ejemplo, Irma.

Sus padres, unos burgueses de Lisieux, la casaron a los dieciocho años con el vizconde Eugéne de Latour-Flanel, un noble de poca monta de cuarenta que ni siquiera fue capaz de darle hijos, cosa que tal vez la habrá calmado, y que no hizo sino excitarla sin satisfacerla.

A los diecinueve, Irma salvó el obstáculo con un gentil primo de su marido, que tenía la edad de ella y era estudiante de derecho. Después del primo fueron sus

compañeros, de manera que muy pronto la mitad de la Facultad había pasado por sus brazos, sin otro resultado que el de no poder ya renunciar a ello. Siempre había alguno al que le tenía echado el ojo, pero ni siquiera cuando cabalgaba con dos o tres a la vez estaba segura de tenerlos a mano, y mucho menos entre las piernas, en el momento preciso en que le picaba el culo, cosa que sucedía tanto a las nueve de la mañana, después de que su legítimo acabara de obsequiarla con una lamida lamentable, como a las dos de la tarde, por haber bebido una copa de más durante la comida, o los domingos al salir de misa.

Dado que a los oídos del vizconde empezaban a llegar comentarios acerca de los amorfos de su mujer por el Panthéon y los cafés de los alrededores, Irma se buscó un apaño menos escandaloso: su casero, un solterón pudiente todavía lozano que rondaba la cincuentena. Las citas resultaban cómodas porque él vivía en el piso de abajo, y ella no tenía más que golpear el suelo con el palo de la escoba para hacerle subir cuando el marido se encontraba en el club. En cuanto al palo de escoba del sujeto en cuestión, evidentemente a Irma no le bastaba, pero:

—Con él no había peligro de habladurías, ¿comprendes? ¡Y puedo asegurarte que aquel viejo cerdo me espabiló a base de bien! ¡Sobando era único! De vez en cuando me daba un luis para que le concediera un capricho que se le había ocurrido, como hacerme andar a cuatro patas por la alfombra, completamente desnuda, y seguirme como si fuera un perro, gruñendo y metiendo la nariz justo en el sitio que estás pensando... La idea de que hubiera sido capaz de prestarme a semejantes cosas por veinte francos llegó a excitarme. Después de eso, ¡no es de extrañar que fuera a parar donde hoy me encuentro!

«Resultaba tan práctico, que me habrá conformado con él si me hubiese jodido aceptablemente. Además, diez francos por aquí y veinte por allá son una ayuda. Pero ¿qué quieres que te diga? No se le ponía bastante tiesa, y no me atrevía a chupársela para excitarlo porque no quería que me tomara por lo que no era. Por otra parte, aquí tampoco se la chupo nunca a ningún cliente. Te deja la boca hecha polvo. No tienes más que vera Marcelle...

—¿Marcelle la Mamona, la que trabaja en El Gran 8?

—Sí, sólo quieren ir con ella para eso, y está muy solicitada, te lo aseguro. Cuando está con alguno por primera vez y el ave de paso quiere joder de la forma tradicional, ella se las arregla *para*, embocar el caramillo en cuanto acaba de lavárselo con la excusa de secarlo, y se lo trabaja de tal modo que el tipo casi nunca insiste en detenerla antes de quedar vacío, ni en hacer que se abra de piernas. ¡Y se bebe todo el jugo a morro! ¿Cuál es el resultado? No sé cómo era antes, pero ahora, desde luego, tiene boca de rana. ¡Un adefesio, querida!

En resumen (abrevio su relato), que Irma se buscó otro apaño además de su casero: un dependiente de treinta años, dotado como a ella le gustan, es decir, más bien de diámetro que de longitud. Según dice, apenas podía rodear el miembro con el dedo medio y el pulgar. Irma nunca tuvo hijos, sólo un aborto al quinto mes, y podría

contentarse con menos. Sin embargo, es preciso que le fueren la entrada para que se sienta bien. Todas tenemos nuestras preferencias, ¿no es cierto?

Al dependiente le daba el dinero que obtenía del otro, pero nunca tenía bastante. Por las tardes pasaba a verlo por la tienda. —La Felicidad de las Damas, se llamaba — para informarle de que tenía un deseo. Un deseo que no hacía sino aumentar cuando bajaba la vista en dirección a su bragueta.

—¿Qué querías que hiciera, querida? Él me excitaba a mí, y yo le excitaba a él, de manera que toda la sección se daba cita para venir a follarnos: yo, colorada como un tomate, arrugaba las telas sin levantar la vista, mientras él se preparaba el paquete a dos pasos de mí. Al final comprendí que los demás estaban al corriente del asunto y que me había convertido en un espectáculo. ¡Daba igual! Cuando no había demasiados clientes, me encerraba en el probador con cualquier prenda y, un momento después, él llamaba a la puerta dando tres golpecitos, mientras sus compañeros montaban guardia como si no pasara nada. Yo abría, él entraba, ¡y ya estaba la fiesta montada! ¡Ah, Lucienne! ¡No te puedes imaginar el gusto que daba! En cuanto la puerta estaba cerrada, me arremangaba y abría las piernas, y él me la metía así, de pie contra la pared. Yo me ponía de puntillas para situarme más o menos a la altura de su polla, y él me embestía con tanta furia que durante las últimas acometidas mis pies no tocaban el suelo.

«Apenas tardábamos el tiempo de hacer un huevo pasado por agua, no te creas, pero me aliviaba hasta la noche, aunque no siempre. La segunda vez salí poco antes que él del probador y me topé de narices con el vendedor que nos protegía, un atractivo joven muy amigo de él, al que se le hacía la boca agua de pensar que me estaba ensartando prácticamente ante sus ojos. Yo caminaba como si estuviera un poco borracha porque me había dado un buen meneo y porque sentía el jugo resbalando por mis muslos. Pues bien, aun así, saqué fuerzas para guiñarle un ojo al compañero y susurrarle entre dientes que le esperaría un cuarto de hora después de la salida, en un banco de la plaza. Total, que a las siete estábamos en su casa y fui poseída por segunda vez en el acto y de firme sin ni siquiera haber pasado por el bidet...

Como podrás imaginar, aquello no podía durar mucho tiempo. A mí me costaba un gran esfuerzo contenerme para no gritar, y la verdad es que armábamos un poco de alboroto. La tercera o cuarta vez que nos encerramos, un encargado que le estaba vigilando nos obligó a abrir en plena fiesta, sin que ni a León ni a mí nos diera tiempo de recuperar la compostura. En tales circunstancias, ¿qué se puede decir?

El jefe de León se habría contentado con echarle un rapapolvo, ya que era un vendedor fuera de serie y no quería perderlo. Pero la patrona de La Felicidad de las Damas, la señora, la señora..., bueno, no me acuerdo, lo despachó aquella misma noche. Ese fue el motivo de que nos peleáramos.

Figúrate que quería que lo mantuviese sin pegar sello, con la excusa de que había perdido el trabajo por mi culpa. ¡Nada más y nada menos! Tuvimos unas palabras, y

él me amenazó con contárselo todo a mi marido. Yo le respondí que sin duda Eugéne se lo cargaría a él primero, y que me complacería sobremanera ver ese espectáculo antes de morir. De repente, cambió de idea y se conformó con darme un sablazo de veinte luises. Cuatrocientos francos es una suma considerable, pero en el fondo creo que me libré de él a muy buen precio, ¿no te parece?

Pese a este incidente, su ardor no se aplacó. Volvió a liarse con estudiantes a la buena de Dios, un mes uno, otro mes otro, hasta el día en que fue a caer en brazos de un romántico que creyó que se amarían toda la vida como tortolitos. ¡Menuda ocurrencia! Devaneos, todos, y sin hacer distinciones entre los hombres, sino más bien entre sus Instrumentos.

Así pues, se lo quitó de encima como pudo, y el muy bobo, en lugar de ahogar sus penas en brazos de una chica de vida alegre, se pegó un tiro debajo de su ventana. Falló, por supuesto. Sin embargo, el marido se mosqueó y le dio a elegir entre resignarse a permanecer con el culo seco o coger el portante.

Pasaron ocho días, durante los cuales Irma reflexionó seriamente por primera vez en su vida. Coger el portante significaba, bien regresara Lisieux con la cabeza gacha, o bien despedirse de la buena vida que había llevado hasta entonces y buscarse la manera de llevar otra. En aquella época tenía veintidós años y disponía de una renta personal de tres mil francos que había heredado, es decir, lo suficiente para no pasar calamidades.

En ésas estaba, cuando el marido tuvo que desplazarse a Inglaterra durante ocho días para resolver un asunto de familia. Al menos eso fue lo que le dijo. En realidad, quería dejarle el campo libre para que abandonara el domicilio conyugal cometiendo todo tipo de errores, de forma que él pudiera meter mano en su dote.

Todo estaba muy bien calculado. En efecto, en cuanto el marido toma el tren, Irma alquila un piso amueblado al otro extremo de París a nombre de una amiga, recoge sus joyas y todo el dinero que encuentra en los cajones, informa al servicio de que va a pasar cuarenta y ocho horas en casa de una anciana tía enferma, y se pone a hacer esquinas en los alrededores de su nuevo domicilio.

—Me volví loca, no tiene otra explicación —confiesa—. No lo habría hecho si en ese momento hubiera tenido un amante apropiado, un poco guarro y con un piso disponible donde yo hubiese ido todos los días a joder en paz. Así es como se las apañan las tres cuartas partes de mujeres que se encuentran en mi caso, con necesidades urgentes y un marido de cartón piedra.

»Sin embargo, yo ni lo tenía ni lo buscaba. Sin duda pensarás que soy endiabladamente viciosa, querida, pero sólo me caliento imaginando que me penetra una..., ¿cómo te diría?... una enorme, una enorme... ¡Oh, tú ya me entiendes! Las palabras y los sentimientos no me afectan. En pocas palabras, Lucienne, ¿puedes explicarme por qué los hombres educados se toman tanto trabajo en engatusar a una mujer que no sabe decir que no y que no soportaría que se lo dijeran? ¿Acaso están ciegos, o son estúpidos?

Irma tiene razón. Si, tanto ella como yo, bajamos la mirada cuando un apuesto *mozo nos* solicita, no es por pudor, como con frecuencia creen los jóvenes, sino para calibrar discretamente lo que hay tras su bragueta mientras ellos recitan la habitual retahíla de pamplinas. Es una verdad de las que no se pueden escribir en una novela decente y de las que el señor *Zola* no tiene la más mínima idea, a pesar de ser más viejas que el mundo.

Entre tanto, el marido regresa sin avisar, evidentemente. Por otra parte, ¿a quién podía avisar? ¿Y dónde? Irma se había marchado acompañada de su doncella y no había dejado dirección. Él hizo que el comisario de policía y los sirvientes constataran su ausencia, solicitó el divorcio, y lo obtuvo sin que ella realizara ningún tipo de manifestación.

Irma vivió unos meses con los medios de que disponía. La pequeña renta cubría los gastos principales, y los fletes ocasionales le proporcionaban el placer y el dinero para sus gastos, ya que ella no sabía hacer que se retrataran ni tampoco le preocupaba, de modo que *había* algunos días aciagos en que por tres chapas sólo sacaba diez francos. No obstante, bien que mal, las cosas hubieran continuado así durante algún tiempo de no ser porque sus andanzas acabaron por atraer la atención de los señores de la perrera, que se las pintan solos para identificar a los pendones.

Por fortuna, antes de que diera a parar con sus huesos a Saint-Laze o la obligaran a regresar con sus padres, una caritativa trotacalles le advirtió del peligro que corría si se empeñaba en pindonguear por la calle, y le dio la dirección del 73 y el nombre de la *madame*.

La señora Thérèse hacía un fichaje de oro con aquella Marguerite que llegaba a su casa ataviada como una burguesa, enjoyada y bien peinada, sin más exigencias que la de trabajar bajo techo y con comodidad. La bautiza con el nombre de Irma, le indica que debe quitarse la alianza (es una de las normas) y la pone al corriente de las condiciones de trabajo en el 73. Más o menos las mismas que aquí, con la salvedad de que aprovecha que Marguerite no tenía ni idea del funcionamiento de los burdeles, para decirle que en su casa iban a medias tanto en el precio de las chapas como en los guantes, ya que los cuatro francos que el establecimiento se quedaba por cada consumición apenas cubrían los gastos.

Es del dominio público que el 73 cuida bien a sus mujeres. La comida es buena, disponen de un tabuco cada una para pasar la noche (no un gran dormitorio con cortinas para separar las camas, como en Las Odaliscas), y la clientela es generosa en los guantes. Sin embargo, las mujeres también tienen gastos. En épocas tranquilas, entre el atuendo de trabajo, el peluquero, la nodriza y lo que le da a su hombre, se les va casi todo lo que ganan con las chapas. Sólo les queda el dinero de los guantes, y una parte de las consumiciones si los negocios van viento en popa.

A Marguerite-Irma no le preocupaban demasiado esas minucias pecuniarias. En primer lugar, porque contaba con su pequeña fortuna personal, que le evitaba pasar necesidades; y, en segundo lugar, porque le parecía maravilloso que le pagaran por

dejarse montar, cuando ella lo había hecho tantas veces de balde.

—Además, no tenía mucho donde elegir. O el prostíbulo, o la calle, porque me hubiera tirado al río antes que regresar con la cabeza gacha a casa de mi madre o de mi marido.

Así pues, Marguerite ingresa en el 73. La señora Thérèse sabía que ya había pindongueado, puesto que venía de la calle del mismo modo que yo venía de los bares cuando entré en Las Odaliscas. Por lo tanto, no carecía por completo de educación, por decirlo de algún modo, como sucede con las simplonas que llegan en tren de Maizy-le-Thou o de Allonzy-Pinon para colocarse en la capital. No es que sean vírgenes, no, pues todos los hombres de la familia se las han pasado por la piedra, desde el yayo hasta el tete, pasando por el papaíto; pero ignoran las triquiñuelas del oficio, es decir, lo concerniente al aseo, los regalos, las guardias, los favores complacientes y todo ese tipo de cosas.

Sin embargo, la norma es la norma. A fin de no correr riesgos con una principiante incapaz de ver una desolladura fea en un pliegue del glande, o que haga remilgos si le piden que se coloque a cuatro patas, las casas serias ponen a prueba a las nuevas con amigos del patrón.

—Yo pasé por las manos de uno durante mi primera semana. Encima de no darme ni un machacante, era un grosero. Quiso tomarme a lo perrita sin soltar nada a cambio. Yo protesté, no por la postura, que me encanta, sino contra su tacañería. Me soltó dos francos, me coloqué, y entonces intentó..., bueno, ya entiendes lo que quiero decir.

—¿Y no te gusta?

—No, en absoluto. Muy apurada tendría que verme para aceptar. Sin embargo, en vez de poner el grito en el cielo, le dije que para eso había casas como El Telescopio, por ejemplo, y que fuera a preguntarle a la *madame* qué le parecía. Como podrás imaginar, no se lo preguntó, así que despachamos el asunto sin más historias. Una mujer que lo vio salir de la habitación me informó acerca de esta costumbre de ponernos a prueba, de manera que con el siguiente me mantuve en guardia, ya que al parecer suelen enviara dos.

En resumen, que Marguerite fue declarada apta para el servicio con las felicitaciones de la *madame*. Una noche, al bajar después de una chapa, echa un vistazo al salón y reconoce al cliente que se encuentra eligiendo como... un gran amigo del vizconde, al que recibían con frecuencia en su casa. ¡Qué emoción! «Si éste viene aquí —se dice—, cualquier día puedo toparme de narices con mi marido».

Le plantea el asunto a la señora Thérèse, y, para evitar un escándalo en su casa, el patrón decide trasladar a Irma a El Palacio de Cristal, en Lyon, una de las mejores casas de provincias. Allí permanece seis meses, pero, aunque no es desdichada, echa demasiado en falta París. Además, mientras tanto se había pronunciado la sentencia sobre el divorcio, de manera que ya era dueña de su conducta.

Regresa, pues, y la aceptan sin dificultad en el 12 de la calle Moulins. En esa

época solía pasar sus días libres con Fanny Boquita de Piñón. Dios las crías y ellas se juntan: ambas son chicas de buena familia que se han hecho putas, igual que yo. Pero no estaba escrito en su certificado de nacimiento, como es el caso de la mayoría de mujeres de placer. A nosotras, el oficio sólo nos afecta de cintura para abajo. En nuestra mente lo vemos como un accidente, por otra parte, más bien agradable, que aceptamos de buen grado, y no como una fatalidad que nos estuviera acechando desde la cuna. Ni siquiera como una necesidad, ya que, con voluntad, o resignación, sin duda habríamos logrado casarnos honorablemente en nuestro mundo. Pero ¿para qué? ¿Para acabar aburriéndonos y recurriendo a amantes? ¡Aquí los tenemos de todas clases y sin necesidad de escondernos!

Así pues, Irma empieza a trabajar en la calle Moulins. ¡Ojo! En el número 12, un buen establecimiento burgués, no en el 16, que es el monte más aristocrático de París, y quizá del mundo, junto al vecino El Escándalo. El problema era que no se entendía ni con la segunda de a bordo del local, una arpía de mucho cuidado, ni con sus compañeras, que creían haber salido del muslo de Júpiter porque trabajaban en la calle Moulins. Quería cambiar, en vista de lo cual, Fanny le habla de ella a la *madame*, y así es como Irma va a parar a Las Odaliscas un año antes que yo.

Un día en que le hablaba de ella a Adolphe, mi pintor de temas mitológicos, éste me explicó riendo que Irma era una Mesalina. Pero ¿por qué irse a buscar tan lejos? De hecho, no es más que una devoradora de salchichas un tanto alocada; en el fondo, la mejor chica del mundo.

Martes 21 de noviembre

Una larga jornada, de diez de la mañana a diez de la noche; una vuelta completa al reloj trabajando, a excepción del rato de la comida y el de la merienda; siete chapas por un importe total de más de cuarenta francos. En los talleres se desloman por treinta machacantes al día, perdiendo las manos, la vista, y a menudo la virtud, pues una aprendiz que desee conservar su puesto suele verse obligada a concederle sus favores al patrón, cuando no es a la encargada. Si hemos de creer a *Madame Séverine* y su *El grito del pueblo*, las obreras y las mujeres de la vida son explotadas en la misma medida por quienes detentan el Gran Capital. Tiene toda la razón en cuanto a las primeras, cuya condición es verdaderamente penosa. Por lo que se refiere a nosotras, si se empeña, también, pues es del dominio público que los patronos amasan fortunas sobre nuestras espaldas, o más bien sobre nuestros vientres. Sin embargo, todavía no se ha visto nunca que una modistilla o una aprendiz, por muy aplicada y formal que sea (especialmente si lo es), deje el taller a los treinta y cinco años habiendo ahorrado lo necesario para asegurarse una existencia tranquila en lo sucesivo, mientras que las calles están repletas de mujeres de la vida en tales circunstancias.

Ello no impide que días como el que acaba de finalizar para mí (no me tocaba el turno de noche), resulten enormemente fastidiosos. Un gordo, un delgado, un silencioso, un charlatán, un rubio bajito, un moreno alto, un espléndido, un roñoso, un cachondo, un tibio... Los únicos buenos momentos se producen cuando vemos aparecer a un cliente amable, tan acostumbrado a nosotras como nosotras a él, del tipo de mi señor condecorado que hace el amor en latín.

Desde que nos conocimos, no ha dejado pasar nunca ocho días sin hacerme una visita, normalmente el martes, y siempre en busca de un distinguido sesenta y nueve. Al principio me engañó un poco con Irma o Fanny, pero al martes siguiente volvía a mí, y al final se quedó conmigo. Lo mejor es que, a lo largo de nuestros encuentros, cada vez se ha aficionado más a hacerme gozar con la lengua, y ahora le concede menos importancia a lo que yo le hago que a lo que me hace él. Según dice, es debido a su edad.

Yo no tengo que esforzarme ni fingir para demostrarle que chupa como un verdadero ángel. Es la pura realidad. La primera vez tardó bastante en correrse; me sentía un tanto intimidada, y me concentraba tanto en exprimirlo que me resultaba más violento que otra cosa el hecho de que me lamiera mientras realizaba mi trabajo. Después, un buen día, cuando siguió lamiéndome después de que hubiera acabado con él, me dejé ir sin pensar en nada mientras el placer ascendía por mi vientre. Ya no me quedaban fuerzas, tan sólo para gemir:

—¡Oh, ya me viene, ya me viene! Voy a correrme... ¡Oooh, oooh, sigue! ¡Ahora! ¡Aaah, estoy gozando, estoy gozando!

Me dio los últimos toques con suavidad, como hacen siempre las bolleras, que saben por propia experiencia que después de una buena bajada al pilón tenemos la pepitilla a flor de piel y extremadamente sensible. Me sentía a la vez avergonzada de haber alcanzado el éxtasis con un cliente, ya que está mal visto en la profesión, y demasiado feliz como para estar violenta. Él estaba radiante, no hay otra palabra para calificarlo.

Desde aquel día nos entendemos de maravilla. A veces le entran ganas de comerme la almendra garrapiñada antes incluso de que lo lave para hacer el sesenta y nueve, y entonces yo me dejo servir como si fuera la mismísima reina de Saba. Hacerme gozar lo estimula, y a continuación nos colocamos de forma que él pueda recibir el placer al que tiene derecho y al mismo tiempo obsequiarme con una segunda chupada. Entonces me dice que le he hecho volver a los veinte años. Yo replico:

—Gracias, cielito (o señor Aristide, que es su nombre), pero te quiero tal como eres. Y ya ves que me haces feliz, cosa que pocos muchachos de veinte años lograrán, así que...

Todo esto a cambio de los tres francos de guantes que me da, excusándose siempre por no poder ofrecerme más.

—Ya ves, pequeña Lucienne, en la sociedad no sirvo más que para enseñar latín a

granujas cuyo padre, vendiendo cacerolas, gana diez veces más dinero que yo.

Hoy he estado con él a primera hora de la tarde, que es cuando acostumbra a venir. Lo habría abrazado de tan feliz como me sentía. No es que esté medio enamorada de él, aunque le profeso un gran afecto, ni que me reporte más beneficios que otros. Lo que ocurre es que piensa en mi placer, me habla, me sonrío. Con él, al igual que con el señor Raoul o el señor Gimnasta, dejo de ser un animal de labor que se pasa días enteros dando vueltas al mismo ritmo. Con él soy una mujer.

Viernes 24 de noviembre

Hoy, la casa no abre sus puertas hasta las tres. ¡Es el gran día! Como todos los años, las mujeres posan en grupo para preparar la tarjeta publicitaria de Las Odaliscas. La *madame* elige la mejor fotografía y encarga cincuenta copias, que envía en diciembre, junto con la felicitación navideña, a los clientes más fieles. Todos los establecimientos honorables de París hacen lo mismo, y el señor Couturier (es el fotógrafo, Cyprien Couturier, bulevar Beaumarchais) no da abasto durante dos meses.

En cuanto a las chicas, pueden encargarle retratos personales para dárselos o enviárselos también a sus habituales, con una dedicatoria y su firma. Las que no saben escribir o tienen la letra fea, hacen que una compañera firme por ellas; y a las que les gusta trabajar en pareja, normalmente bolleras, se hacen fotografiar en una pose amorosa.

Todo esto ya lo sabía en la época en que hacía la calle, y la *madame* también me dijo dos palabras al respecto cuando ingresé en Las Odaliscas. Sin embargo, me sentía mal al pensar que una foto mía, en la que aparecía medio desnuda, recorrerá París pasando de mano en mano, sin contar con que, si distribuía mi fotografía, la poli tendrá la prueba de que efectivamente pindongueaba. Ahora que tengo mi carnet de mujer de la vida y que nadie puede reprocharme nada, pienso que la publicidad es importante en todos los negocios y que debería de ocuparme de la mía.

Así pues, nos reunimos en el salón azul todas menos dos, lo cual no sucede a menudo a causa de los permisos, las bajas y las chapas que se realizan en la ciudad. El médico de la Perrera le ha recetado a Malou la Peluda dos semanas en el campo para que se recupere de una infección, y Mélie la Tres Bocas, que acaba de perder a su madre, se encuentra con su familia en la Auvernia. En total, pues, somos nueve, como las Musas, según dice la *madame*, que es una mujer instruida: Mimi la Tetuda y su inseparable Normanda, Fanny Boquita de Piñón con su eterno cigarrillo de Maryland entre los labios, Cléo la Escandalosa, Julia Dedo Diestro, Rosa la Flor, una mujercita rolliza, bien servida por delante y por detrás, Irma la Enamoradiza y yo.

El peluquero ha llegado esta mañana a las nueve, y ya estamos todas peinadas y emperejiladas con nuestras mejores galas. Los empujones y los codazos van que vuelan. Todas queremos estar mejor situadas o enseñar más que las otras. La *madame*

se enfada. El fotógrafo, un hombrecillo mandón de unos cuarenta años, refunfuña porque no puede perder tiempo, y todo vuelve a la normalidad. Nos coloca de diez maneras diferentes para no provocar celos y para que la *madame* pueda elegir, se pone furioso si una de nosotras mueve un pelo una vez que hemos adoptado la pose, y a continuación fulmina a su ayudante con la mirada porque no le pasa las placas con la suficiente rapidez. En resumen, dos horas de teatro. Cuando la sesión finaliza, nos da una tarjeta a cada una, y nos dirigimos al comedor para almorzar.

La tarde resulta mediocre, la noche un tanto mejor. La *madame* me ha endosado a un cliente de Mélie, que se ha quedado triste al enterarse de su ausencia. Los habituales son así. Cuando se despiden de su preferida, quedan con ella para la semana o la quincena siguiente, un día y a una hora en que ella deba estar de servicio; como suelen ser puntuales, ella se las arregla para que coincida con las de elección, a fin de que su cliente no sienta decepcionado al oír que la mujer de su vida se encuentra... ocupada, cuando él confiaba en que se le esperara como al Mesías. Saben, y al mismo tiempo no quieren saber. Saben que en el burdel las mujeres no esperan, ni siquiera a su mejor flete, con las piernas cerradas, así como que antes y después de ellos se produce un desfile continuo. Sin embargo, no les gusta nada que se les demuestre tan a las claras. Puesto que ellos están allí, ellas también deben estar.

Para el cliente de Mélie, o de Esther, o el mío, el hombre con el que Mélie, Esther o Lulu se encuentra ocupada no es un flete sin consecuencias (cosa que, evidentemente, es incluso él), sino un oponente, un rival odioso. La mayoría de hombres dan media vuelta si su preferida no acude a la cita, sin perjuicio de volver dos horas más tarde o al día siguiente. La *madame*, que conoce a los hombres, los previene antes de hacerlos pasar al salón:

—¡Ah, querido amigo, estoy desolada! Mélie ha tenido que ausentarse durante una hora... Pero le presentaré a la señorita Lucienne, que le proporcionará exactamente la misma satisfacción que nuestra pequeña Mélie, se lo prometo. Son como hermanas...

Mélie y yo no somos como hermanas, pese a que ella me inspira cierto afecto. Ha sido la *madame* quien lo ha decidido así, en parte por darme trabajo, y en parte porque sabe que, a diferencia de las demás, yo también ofrezco mis tres bocas sin hacerme de rogar, como Mélie, si se muestran dispuestos a soltar la mosca. Dado que la tarifa de la chapa es la misma, ocho francos, haga lo que haga el cliente, es la mujer quien saca provecho del suplemento: cuatro francos, que normalmente entrega a Mélie, y en esta ocasión a mí.

Se trata de un hombre de unos treinta años, limpio y cortés, cuyo único capricho es violar, una detrás de otra, a las tres personas de la Santísima Trinidad. Empieza por la más habitual, la cotorrita, prosigue con el redondel y finaliza en la boca. Bautismo, primera comunión y confirmación, como en la iglesia.

Así me lo explica él, atrancándose con las palabras, tras haber dejado dos monedas de dos francos sobre la repisa de la chimenea. No es ninguna sorpresa, pero... ¡cuatro francos! Así pues, protesto:

—¿Sólo eso por todo lo que me pides, rico? ¡Está claro que no son éstos tus deseos! Tú le harías muy gustoso un regalito especial a mi..., a mi culito. Porque, con lo bien dotado que estás, ¡el pobre va a sufrir mucho!

En realidad, está tan dotado como cualquiera, ¡pero los hombres son tan vanidosos! Masculla entre dientes que con Mélie...

YO (*meneándole el instrumento*). —Pero, cariño, ¡yo soy muy joven! ¡Y soy nueva en el oficio! Ella está acostumbrada a lo que me pides, pero yo no. ¡Serás el primero desde hace dos meses! Entrarás despacio, ¿verdad?

Él comprueba con un dedo que efectivamente está tratando con una medio virgen de la arandela. Yo me contraigo, dejo escapar unos débiles gemidos para convencerlo y añado:

—¿Te das cuenta, cielo? Accedo a sufrir un poco porque veo que tienes muchas ganas y me gustas, pero haz tú también un esfuerzo. ¡Vamos, añade otra moneda! ¡No me digas que no tienes más!

Él hace algo más que acceder a mis ruegos: toma una de las monedas de dos francos y deposita una de cinco a cambio. Por ese precio, yo accedo a los suyos con una sonrisa en los labios: de pie, tumbada en la cama y con el culo en pompa. El hombre rinde los honores a mi pila de agua bendita con algunos enérgicos vaivenes, yo me mojo los dedos con saliva a fin de preparar la bombonera para el segundo acto, él se insinúa suavemente, en un alarde de amabilidad, toma impulso... ¡No resulta en absoluto desagradable este cambio de tercio! ¡Si pudiéramos permanecer así, sería una mujer feliz!

Pero, por desgracia, sale justo antes del momento fatal, profiriendo:

—¡Deprisa, deprisa, tesoro mío! ¡La boca, la boca!

¡Está bien, está bien, no se ha prendido fuego la casa! Me vuelvo con presteza, me siento en el borde de la cama y lo tomo en mi boca. Tiene la punta un poco manchada, pero, al fin y al cabo, estamos en familia. Además, si hiciéramos caso de esos detalles, nunca le daríamos placera nadie.

Apenas empiezo a mamarlo, expulsa dos o tres chorros generosos. Sin embargo, su herramienta no es nada del otro jueves. Por otra parte, este cliente tiene buen corazón; después de haberme felicitado y dado las gracias, se dirige hacia la chimenea, recoge las monedas y me entrega medio luis. ¡Diez francos en vez de siete! A continuación, me pide que, con la diferencia, le haga un pequeño obsequio a Mélie de parte del señor Hubert.

En este oficio no se trata más que con groseros. ¡He ahí la prueba!

Miércoles 29 de noviembre

Todos los días se aprende algo nuevo. Hasta el momento, tanto en los bares como en la calle, sólo he tenido clientes sin complicaciones, ya que no considero una complicación poseer a una mujer por uno u otro agujero con tal de que se la posea.

Ignoro qué prácticas eran las habituales de nuestros primeros padres en el Paraíso. ¡Sólo Dios lo sabe! ¡Y tal vez ni siquiera Él! Sin embargo, apuesto diez contra uno a que Adán no se conformó mucho tiempo con metérsela a Eva en el ojal. Un día u otro, bien porque tenía los pintores o porque estaba encinta de Caín, ella le dijo a su hombre:

—¿Sabes una cosa, mi querido Adán...?

—Te escucho, mi pequeña Eva...

—Esta noche, ni hablar de meterme el pajarito.

—¿Ni hablar?

—¡Ni hablar! ¡Magras! ¡Naranjas de la China! De embestidas nada, monada.

—Pero ¿qué dices, mi adorada costillita? Vamos, no seas mala, Eva. ¡Mira lo armado que voy!

—Ya lo veo, ya lo veo —suspira Eva—. Por desgracia, a pesar de tu deseo, no puedo, no puedo...

—¡Pues estoy apañado! —exclama Adán—. Si por lo menos Jehová (¡bendito sea Su Nombre!) te hubiera dado hermanas, primas...

—¡Pero qué te has creído, bribón! —Ruge Eva—. ¡Engañarme en plena luna de miel con otra mujer!

—¡En nombre de Dios, pero si no hay más mujeres! ¡NO HAY! ¿Qué voy a hacer con mi plátano?

—¿Con tu plátano? —susurra Eva—. De hecho...

Sin pensárselo dos veces, se arrodilla, pela delicadamente el plátano en cuestión, le da unos lametones, se lo mete en la boca..., ¡y así tuvo lugar la primera mamada! ¡Un gran día en la historia de la humanidad!

Poco después, se encuentran en las mismas circunstancias. La alcancía se cierra, *sunday closed*, a Eva le duele la garganta, y todavía no han inventado las pajas. Desesperado, Adán corre tras las cabras, pero no consigue alcanzarlas. Cuando regresa junto a su costillita, ésta se encuentra tumbada sobre la fresca hierba, boca abajo para broncearse la espalda. Él se acerca como un niño travieso y le propina una sonora palmada en el culo.

—¡Ay! ¡Pedazo de bruto con colita! ¡Lo has rajado!

—¡Caramba! —se sorprende Adán—. ¡Rajado! ¡Ha sido sin querer! ¡Te he rajado la popa, con lo mucho que te quiero! ¿Puedo mirar? Vaya, querida Eva, ¿sabes que tienes tinas hogazas preciosas?

Ella, a falta de hombres que se lo dijeran, aún no lo sabía.

—¿Pueden volver a pegarse? —pregunta Adán, separándolas—. ¡Oh! Pero ¿qué veo? —prosigue—. ¿Qué es ese agujero?

—Es la entrada de los artistas, Adán. El tuerto, el redondel, el conducto, la

lechuza... En fin, ¡lo sabes de sobra! Por ahí es por donde... De hecho —murmura Eva, soñadora—, puesto que es por ahí por donde..., también podría muy bien ser por ahí por donde..., por donde... ¡Eureka, lo encontré!

—¿La manera de pegarlo? —pregunta Adán, contento.

—Algo mucho mejor, tigre mío, algo mucho mejor. Ven, acerca la antena que voy a desembaularte un secreto. Bla, bla, bla... Bla, bla, bla... ¿Lo has pescado, amorcito?

Lo había pescado, en efecto, y así tuvo lugar la primera enculada. Otro gran día en la historia de la humanidad. Le tomaron gusto, y todavía dura. A continuación, abandonaron el Paraíso para vivir su vida, como personas mayores. Pero ésa es otra historia.

De los potajeros, evidentemente, ya había oído hablar. Está de moda. Las mujeres que cazan clientes por la noche, en los restaurantes, son potajeras. Ellos son potajeros; de hecho, comedores de potaje. A Las Odaliscas viene al menos uno, al que veo pasar de vez en cuando por la escalera, pero nunca en otro lugar. La *madame* ya está avisada de la hora en que llegará, y él espera en su gabinete el momento de sentarse a la mesa, es decir, aquel en que Rosa la Flor acaba de hacer una chapa.

Ella también está sobre aviso, para que tenga en cuenta que no debe lavarse después de la chapa (cosa que no le molesta en absoluto, pues, potajero o no potajero, Rosa jura que el agua del bidet hace que le salgan granos), de forma que, en su pequeño restaurante de las columnas, el cliente encuentra bebida y comida, queso y postre. De cualquier modo, en esta historia es él quien se comporta como un marrano, no la mujer.

Rosa me ha explicado cómo va la cosa. Una vez que el primer cliente se ha corrido, ella permanece tumbada con un almohadón bajo las nalgas, o Incluso con las piernas en alto, si puede. Entonces, el flete se marcha, ella se queda inmóvil para conservar el máximo posible, y la *madame* hace entrar al potajero. Cuando éste está preparado, la mujer se coloca al borde de la cama con las piernas colgando, ¡y el jugo comienza a fluir! El otro lame como si fuera un perro, sin ni siquiera mirar a la mujer, ya que no jode, sino que se las entiende con la viuda del Puño. Por eso no le interesan ni la belleza o la amabilidad de la mujer, ni sus conocimientos.

—¿Y no te da asco? —le pregunto a Rosa.

—¿A mí? ¿Por qué iba a darme asco a mí? Yo me limito a pensar en mis diez francos, o en cualquier otra cosa, mientras espero a que acabe.

Yo todavía no he sido reclamada por ningún potajero. Tengo un aspecto demasiado joven y demasiado limpio para gustarles. ¡Oh, no me negaría! Cuando se elige este oficio, es para lo mejor y para lo peor. El potajero no es ni lo primero, puesto que no jode, ni lo segundo, puesto que paga. No está muy bien de la cabeza, en efecto, pero por mucho que nos empeñemos en meternos en la cabeza de los demás, no lograremos sacar nada en claro.

En cambio, a falta de potajero, ayer conocí la sacristía. Rosa va mucho por allí,

por eso me he acordado de los potajeros. La sacristía está en el segundo, al final del pasillo. En una casa de la clase obrera, lo llamarían las letrinas; en una burguesa, el excusado; y en una de la alta sociedad, el *water closet*. Para los de casa y algún cliente apurado hay tres excusados: en la planta baja, en el primero y en el piso del dormitorio. La sacristía es otra cosa. En definitiva, es una habitación con una cama y una silla, que el cliente solicita (o la *madame* le propone) para ir allí con una mujer. En las demás estancias, el mueble de honor es el armario de luna; aquí, la letrina.

Ayer, pues, hacia las once de la noche, me encontraba de servicio con La Normanda, Esther, Fanny Boquita de Piñón y Malou. Se presenta un cliente ni bueno ni malo, un habitual. Nos mira y pregunta sorprendido:

—¿No está Rosa? Pues hoy es martes.

—No, señor Thomas —replica la *madame* con voz acaramelada—, nuestra pequeña Rosa no se encuentra aquí. Acaba de perder a su mamá, ¿comprende?

Cuando una mujer falta a una cita, siempre acaba de perder a su mamá. Eso puede significar cualquier cosa. Que está pudriéndose en Saint-Lazare, que se ha pirado con un ficha, que está dando a luz, o incluso que la han pillado los de la brigada, no importa: ha perdido a su mamá, lo cual es cierto desde el punto de vista de la *madame*. De hecho, Rosa se encuentra en el hospital con una gripe de cuidado.

El hombre nos aguaita y me elige.

—Van a ir a la sacristía, hija —me susurra la *madame* al oído—. No acabará de hacer, ¿verdad?

La tranquilizo y subimos. Seis francos de guantes no son nada del otro mundo, pero el trabajo es tranquilo, y lo que es bueno para coger, es bueno para guardar. El remojón en el bol de «azulete», el lavado, todo se desarrolla sin incidentes. El hombre no se desnuda, y me pide que me quede tal como voy, en bata y pantuflas. Luego se acerca a la letrina y levanta la tapa.

En realidad, es un sillón acolchado, una especie de gran silla agujereada. Él se inclina, aspira, olfatea y me pregunta:

—¿Viene aquí a menudo, pequeña?

—¿Aquí?

—Sí, a esta habitación.

—Es la primera vez, señor. La *madame* me ha dicho que..., me ha preguntado si... ¿Debo intentarlo?

—Por favor, pequeña. Actúe como si yo no estuviera presente.

Me arremango la bata, me instalo sin mirarlo, hago fuerza, y no me sale más que un chorrito de pipí. Levanto la mirada y lo veo plantado frente a mí, apenas a dos pasos, sacándole lustre a la columna mientras me contempla.

—¡Vamos, hija mía, un esfuerzo! —me pide—. Y no baje la mirada, se lo ruego. Quiero verla..., verla...

Vuelvo a la carga, me esfuerzo, me contraigo sin quitarle la vista de encima, ¡y es todo un éxito!

YO (*sin dejar de mirarlo*). —Ya está, señor. ¿Puedo levantarme?

ÉL (*meneándosela con furia*). —¡Sí, pequeña, sí! ¡Y dese la vuelta, por favor! ¡Meta la nariz en el agujero! ¡De puntillas! ¡Así, muy bien! ¡No se mueva!

¡Mi cliente está como una verdadera chota! Sin embargo... ¡Lulu, Lulu, acuérdate del pasado! No le haces ascos a que te la metieran en las letrinas los chicos de tu edad, o tu primo León. Y te producía placer, ¡confiésalo! ¡La nariz en el agujero, Lulu! ¿Entonces? ¿Por qué tú sí y él no? Hay que pensárselo dos veces antes de decidir que un hombre está chalado porque tiene un capricho sin más consecuencias...

El suyo no está mal, es cierto. Se acerca a mí, me levanta la bata, palpa. Yo paso la mano entre mis piernas, se la coloco en el sitio adecuado, ¡y adelante! No resulta más desagradable aquí que en otra parte; ni tampoco menos placentero, pues el sacristán en cuestión me jode como los mismísimos ángeles. ¿Que tengo la nariz metida en el asunto? ¿Y qué? No huelo a nada. El dinero no tiene olor.

Cuatro

*A lomos de una yegua alazana,
¡treinta trotes hasta la mañana!
Yo soy tu perdición, tú mi condena.
¡Cómo te quiero, mi hermosa pécora!*

Gilbert Lely, *L'épouse infidele* (1910).

Martes 5 de diciembre

Hacerse una clientela resulta divertido. Un día subes con uno cualquiera, sin haberle dicho ni hecho nada especial. La rutina continúa. Otro día vuelve, lleva a cabo la elección, y toma a otra mujer sin dedicarte una mirada más interesada que si fueses de yeso. Y tú debes hacer un esfuerzo para recordar que ya había venido. Son exigencias del oficio.

O bien, por el contrario, es a las otras mujeres a quien parece no ver, y a ti a quien elige sin vacilación. Entonces piensas: «Éste tiene debilidad por mí. Voy a intentar atraparlo». Para ello, es preciso poner cierta dosis de sentimentalismo. En consecuencia, una vez instalados en la habitación, le sueltas:

—El otro día me dejaste un buen recuerdo, ¿sabes, cielo? Me hubiera entristecido no volver a verte. ¡Ah, así es la vida! Estar aquí no nos impide tener nuestras preferencias...

Él no puede evitar sentirse halagado, sobre todo si es más feo que Picio o tiene la minina como un trapo mojado. En ese momento, una mujer que se cree muy lista, pero que en realidad carece de malicia, le pedirá una pequeña propina de dos o tres francos. Al flete se le cae el mundo encima. No es eso lo que él había creído durante unos minutos, no. Se encuentra frente a una perica cuyo único interés es sablearlo.

Yo, más ladina, me intereso por su salud y sus negocios, y es él quien saca del bolsillo una moneda, que yo guardo bajo la liga, mostrando mi admiración porque, además de ser atractivo, se muestre tan galante. Sé que, por dos francos, no me pedirá

nada especial; por tres, querrá un pequeño favor, una paja o una mamada; y por cinco debe ser él quien explique lo que quiere, cosa que, por lo general, suele plantearles bastantes dificultades. Por uno que desea tomarme a lo perrita o a caballito, y sabe decirlo, nueve lo tienen en mente, pero son incapaces de expresar su deseo, de hacerse entender, o de hacer que se les obedezca. Es preciso acudir en su auxilio:

—Gatita mio (o tigre mio), ¿cómo quieres que me coloque? ¿Así (en el borde de la cama y con las piernas colgando, por ejemplo)? Quizá prefieras acostarte a mi lado (¿boca arriba, boca abajo, de lado...?). ¡Mira, así también da mucho gusto (y me coloco a cuatro patas en la cama para ver si se Inspira)!

En definitiva, tratándolos con brusquedad es como se les atrae. Metiéndoles prisa, no. Tienen derecho a un cuarto de hora, y se empeñan en quejarse a la *madame* de la chica que actúa demasiado apresuradamente. Pero hay que decidir por ellos, al menos por los que aún no están acostumbrados a las mujeres de la vida. En tales ocasiones, me veo como una monjita de hospital diciéndole a uno de sus enfermos: «Coloquese boca arriba»; y a otro: «Abra bien la boca». Mis Indicaciones son más bien de este tipo: «Quédate de pie, cariño, yo me tumbaré al borde de la cama»; o bien: «Tómame por detrás, cielo, me encanta». Sin embargo, el principio es el mismo: somos nosotras (la monjita o yo) quienes decidimos lo que le conviene.

Las hermanitas son conscientes de ello, y por eso se muestran tan ariscas con nosotras cuando, por los gajes del oficio, caemos en sus manos en Saint-Laze para recuperarnos de un maldito sifilazo. No es que estén celosas de nosotras porque jodemos demasiado y ellas no lo suficiente, ni tampoco porque llevamos a la perdición a sus cristianos, no. Es porque somos rivales. Siempre hay un momento en la vida en que el más rufián de los hombres se convierte en una frágil criatura a quien es preciso consolar y decirle lo que debe hacer. Ellas están para eso; nosotras también.

A propósito de cristianos, tengo a un cliente que lo es, y de los estrictos. Se trata del llamado Jérôme Chapuzot o Chapuizot, un hombretón de unos treinta años, de ojos grandes, cara fina, barba puntiaguda, muy cuidada y tan negra como el cabello, que le llega hasta los hombros; en resumen, la pinta adecuada para que lo crucifiquen. ¡Vamos, un chiflado inofensivo!

Es cariñoso y cortés, pero nada espléndido, aunque no por falta de ganas. Por lo que he podido entender, malvive copiando páginas de libros antiguos. Pasándose toda la noche haciendo garabatos se saca tres o cuatro francos, y como le da la mitad a su mamá, necesita quince días para permitirse hacer una visita a La Vasija Etrusca o Las Odaliscas. Hay establecimientos más asequibles que La Vasija o el nuestro; por ejemplo, el que se encuentra situado en el número 15 de la calle de Fourcy, o El Cesto Surtido, en el barrio de la Chapelle, donde la chapa cuesta tres, e incluso dos francos. Pero él prefiere pasar un poco de privación y relacionarse, según sus propias palabras, con la buena sociedad y con mujeres amables, no con becerras.

Antes de subir conmigo, el señor Jérôme subía con La Judía (Inmaculada Esther,

como la llamamos nosotras). Sin embargo, ella lo encontraba un tanto complicado y exigente por un franco de guantes; él, por su parte, se quejaba de que no lo comprendía. Tal vez Incluso le hacía sufrir el hecho de dejarse engatusar por una hija de Israel. Así pues, en cierto modo me tomó a prueba; y no se equivocó, pues mi especialidad no es tanto la de consentir que me jodan o la de amasar montones de metralla, sino la de comprender a los hombres que me pagan y me joden. Es una idiotez, pero supongo que no se puede evitar.

Aparentemente, el señor Jérôme es un joven rebosante de salud en el aspecto que a nosotras nos afecta, e Incluso más bien robusto: un auténtico ejemplar parisiense. Así pues, me elige. Una vez en la habitación, le digo que me alegra conocer al tal señor Jérôme en quien ya me había fijado, que le agradezco que me haya tomado, y que, sin lugar a dudas, estamos hechos para entendernos. En resumen, los cumplidos habituales. A lo cual él me responde con semblante triste que confía en ello, pero que no le guarde rencor por ofrecerme un obsequio (que yo aún no le había pedido) tan modesto, pues no es un hombre rico.

—Pero, señor Jérôme, no le guardo ningún rencor. ¡Me trata usted con tanta amabilidad...! Ya me resarcirá cuando la fortuna le sea más propicia.

A continuación, pasamos al lavado y la cama. Antes de que me dé tiempo a preguntarle cómo quiere hacerlo, ya está acostado a mi lado, y acto seguido encima de mí. Abro las piernas, lo hago entrar, lo estrecho entre mis brazos y... Una vez cada quince días no es suficiente para un joven de treinta años que se pasa las noches en vela haciendo garabatos. De cada tres hombres que vienen a visitarnos, uno tarda demasiado, otro no lo suficiente, y podemos darnos por satisfechas si el tercero aguanta bastante, pero sin pasarse. En resumen, que me penetra con desesperación, agarrándose a mí y prácticamente llorando sobre mi hombro, y se vacía de inmediato como si se estuviera ahogando.

Con clientes tan faltos de cariño, es preciso Ir corriendo al bidet en cuanto han acabado. Es con los que se corre más riesgos de que te endosen un mocosito, y en este caso el peligro era aún mayor, pues él la tenía especialmente larga y yo estaba bastante entusiasmada. Me dirijo, pues, hacia allí, me lavo y me enjabono copiosamente mientras él recupera el aliento, y como me da lástima y quiero contentarlo, me tumbo de nuevo a su lado, vuelvo a estrecharlo entre mis brazos y suspiro:

—Bien, señor Jérôme, puede decirse que la cosa le estaba atormentando. ¿Sé lo ha pasado bien?

—¡Oh, sí, señorita, sí! —suspira él a su vez—. Por favor, ¿puedo colocarme otra vez encima de usted, tal como estaba hace un momento? ¡Daba tanto gusto!

Puede, desde luego, claro que puede. Un cuarto de hora es un cuarto de hora, y él apenas ha hecho uso de la mitad.

El pobre debe de comer menos que un pajarito, porque no pesa casi nada. Mucho hueso, un poco de músculo y ni pizca de grasa. ¡No creo que llegue ni a cincuenta

kilos! El tal Jérôme-Jesucristo Chapuizot me parte el corazón. Casi estoy a punto de devolverle mis tres francos por la chapa para que se vaya a comer algo consistente. Sin embargo, hay que ser prudente. Cuando la piedad se apodera de las mujeres de la vida, se sabe cuando empieza, pero no cómo acabará. No escasean precisamente las desdichadas que, por haber tenido una noche un detalle amable, se han encontrado atadas a un pincho detestable.

Mi barbiponiente no cojea de ese pie, puedo estar tranquila. En caso contrario, en lugar de entregarle todos los sábados medio luis a su anciana madre, hace mucho tiempo que le hubiese dado una patada en el culo y la hubiera arrojado a la calle. Mientras hago esta reflexión, recorro maquinalmente su triste espalda con los dedos; luego, por jugar un poco, empiezo a rascarle con las uñas. ¡Más fuerte, más fuerte! Y Jérôme comienza a ronronear, a contorsionarse y a gemir: «¡Oh, sí, señorita, sí!». He ahí una prueba de la existencia del instinto femenino. Era eso lo que quería mi crucificado.

Entonces me pongo a rascarle ya sin miramientos, lentamente, desde los hombros hasta las nalgas, ejerciendo una firme presión con las uñas. Él se retuerce de placer y grita:

—¡Mamá, mamá! ¡Perdóname, perdóname!

¿Mamá? ¡Esta sí que es buena! ¿Tal vez su venerable mamaíta se pasaba dándole pescozones de crío? ¿Lo castigaba dejándolo a pan yagua o encerrándolo a oscuras en el retrete? ¡Vete tú a saber! Pero ¿por quién me toma el tal Jérôme?

Viernes 8 de diciembre

Ayer por la noche, cuando su carnicero las dejó, La Normanda y Mimi invitaron a una ronda de licor de guindas. Es lo que se acostumbra a hacer, al menos en este establecimiento, cuando un cliente ha obsequiado con diez francos a una mujer. Una púa es un guante de un dedo, dos son un guante de dos, y cinco «un guante completo». Cuando una mujer regresa al salón y anuncia: «Acabo de hacer un par», es decir, medio luis, las demás aplauden y ella debe Invitara la ronda de licor de guindas. Es lo único que el patrón tolera en su casa, y hace bien.

Una ronda suele costar la cuarta parte de la ganancia, pero es la tradición y todas la pagamos de buen grado. En cuanto a mantener el acontecimiento en secreto para conservar los diez francos intactos, a nadie se le ocurre hacerlo. Además, eso traería mala suerte.

Desde que estoy en Las Odaliscas, hace casi dos meses, he ofrecido cuatro rondas, una por quincena. Puede ser poco o mucho, según como se mire. De hecho, no está mal. Por una parte, La Normanda o Fanny Boquita de Piñón anuncian sin realizar ningún esfuerzo un par a la semana; por otra, mi pobre padre se pasaba noches en vela haciendo horas extraordinarias para los negreros de La Fourmi

Française.

Hoy es el día libre de las dos, y le han pedido autorización a la *madame* para llevarme a tomar el aperitivo al Frasead, donde van a almorzar con el hombre de Mimi.

—Está bien —ha respondido ella—, pero sólo una hora, y sobre todo nada de absenta.

YO. —¡Oh, señora, puede estar tranquila! Jamás la he probado, y no será hoy cuando me estrene.

Soy completamente sincera, pues tengo mis razones para no mentir. Él último bar donde trabajé como camarera en el Barrio Latino, La taberna del Capricho, daba por detrás al bulevar Saint-Michel, y con frecuencia pasaba, con uno u otro, por delante de El Manantial, el café más importante de la zona. Un día, Fonfonse, mi estudiante de aquel momento, me hizo entrar allí para tomar un trago. Nos sentamos, y frente a nosotros vi a una especie de ruina humana delante de un vaso de absenta. Era un tipo barbudo con los ojos rasgados como los de un chino y la mirada perdida.

—Obsérvalo con discreción —me dijo Fonfonse en voz baja—. Es un poeta, ¡y de los grandes!

¡Ah! Comprendo que un poeta es como un pintor, una especie de vagabundo interesante. Sin embargo, ¡éste tenía un aspecto tan embrutecido! Lo achaqué a los efectos de la absenta, y me juré a mí misma no sólo no probarla, cosa que no me atrae, sino no liarme jamás con un hombre que la bebiera.

Henos aquí, pues, en el Frasead, charlando alrededor de una botella de vino dulce. Les doy las gracias y las felicito a ambas por su buen aspecto. Es cierto que son dos bellas flores, y lo que más destaca en ellas, si se me permite decirlo, es la balconada. Como la sala está bien acondicionada, nos hemos quitado las mandilas y las pañoletas, y el escote de Mimi tiene fascinado al camarero, que se echa a temblar cada vez que nos sirve vino. Además, tres mujeres que están solas en el Frasead, evidentemente no pueden ser la virtud personificada. ¡Esperemos que no tarde en llegar su hombre!

Mientras lo esperamos, continuamos charlando. La Normanda y Mimi son casi paisanas, una de Livarot y la otra de Mézidon, cerca de Caen. En su tierra, una chica cuyos padres no son ricos, comienza a servir a los dieciséis años en casas burguesas de Caen o Lisieux, y nadie se preocupa de lo que hace con su cuerpo hasta que cumple los veintisiete o veintiocho años, momento en que regresa al pueblo con los veinte mil francos que le permitirán casarse con su prometido. Está tan admitido, que las que están satisfechas de la casa donde realizan, en cierto modo, su período de campamento, en Rouen o París, colocan allí a una paisana más joven, que a su vez cumplirá los cuatro o cinco años correspondientes de servicio puteril.

La Normanda, todo el mundo lo sabe, se baña en leche. Yo creo que allí sumergen a las niñas en nata todos los días, o les hacen friegas; de lo contrario, ¿cómo es posible que tengan una piel tan blanca y suave? ¡Dan ganas de chuparlas! Ellas nunca

hablan del tema, pero estoy segura de que Mathilde (es el verdadero nombre de La Normanda) y Marie (el de Mimi la Tetuda) tienen tantos clientes por eso.

Finalmente llega el hombre de Mimi. Es también un normando, alto y fornido, que se gana la vida por su cuenta en Les Halles cargando piezas de carne. El carnicero que las visita todos los jueves es su patrón.

Tras cinco minutos de Intercambiar cumplidos, los dejo para no disgustar a la *madame* y porque, en el fondo, sus historias no me interesan en absoluto.

Martes 12 de diciembre

Jornadas de entre quince y veinte francos (veintiséis el domingo), honorables pero pesadas. No obstante, he hecho mi estreno con el señor Pirulí, un viejecito sumamente gentil que recorre las casas de París en busca de chicas nuevas. Su pasión no tiene nada de malo ni es muy complicada. Llega, pregunta a los patronos si tienen carne fresca y bien tiernecita, y, si la hay, fija un día y da sus Instrucciones, que todas las *madames* de la ciudad conocen al dedillo.

En Las Odaliscas no disponemos de colegiala titulada, como por ejemplo en *El Gato Negro* de la calle de Hanovre, o en el *El Gran 8* de la calle Moulins. Por eso es preciso contar entre el personal con una mujercita menuda y más bien delgada, que pueda hacer de colegiala hasta el día en que celebre sus veinte años en la casa. En la nuestra, sólo Julia y yo poseemos el físico que requiere el papel. Julia ya ha actuado, así que ahora me toca a mí, pues el señor Pirulí raramente vuelve con la misma colegiala.

Ésta, evidentemente, debe vestir de uniforme: zapatos de charol con hebillas, faldita de algodón gris, blusa blanca, cintas para atarle las trenzas, cartera y, como último detalle, auténticas manchas de tinta en los dedos y las mejillas. Ataviada de tal guisa, la chica se presenta con las demás para la elección cuando el señor Pirulí llega, y se coloca medio de espaldas a él. Eso es lo que hago cuando me toca el turno.

El hombre, de unos sesenta años, muy pulcro y con guantes blancos, nos pasa revista sonriendo. En ese momento, Fanny exclama:

—¡Buenos días, señor Pirulí!

—¡Oh, señor! —interviene inmediatamente la *madame*—. Perdone a esta pequeña descarada. Tendré que darle su merecido.

ÉL. —En efecto, ha cometido usted una falta grave, señorita. En castigo, la encerrarán en el retrete.

Fanny sale con la cabeza gacha, riendo por lo bajini, y el señor prosigue:

—Para sustituirla, estimada señora, tomaré a aquella pequeña... Sí, ésa que parece tan obediente. ¿Lo es realmente, señora Armand?

—Realmente —confirma la *madame*—. Desde que está con nosotros siempre ha sacado buenas notas.

ÉL. —Muy bien, señorita..., señorita...

YO. —Lucienne, para servirle.

ÉL. —Bien, mi pequeña Lucienne, venga conmigo. Coja la cartera, por favor.

Subimos. ¿No hay guantes? Sin embargo, sé de buena tinta que a Julia le dio tres francos. ¡Bah! Lavado, tampoco. Al parecer, ha llegado un acuerdo con la *madame*. Cuando me dispongo a quitarme los arreos de colegiala, él me detiene: no, no, debo permanecer tal como estoy.

Entonces saca del bolsillo de su levita un estupendo pirulí, envuelto en papel dorado, y pregunta:

—¿Le gustan las manzanas de caramelo, señorita Lucienne? ¡Claro que sí, como a todas las chiquillas! Pues bien, le he traído una.

Creyendo actuar correctamente, extendiendo la mano para cogerla, pero él exclama:

—¡Oh, no, jovencita insolente! No está bien quitarles las cosas de las manos a las personas mayores. Para que no lo olvide nunca, arrodílese, se lo ruego.

Vale, vale, ya conozco la continuación. Me hace desenvolverse el pirulí, me autoriza a chuparlo sosteniéndolo a la altura de la bragueta, desabrocha ésta apresuradamente y extrae un instrumento que, si bien puede rivalizar en grosor y longitud con el caramelo, está muy lejos de alcanzar su consistencia. Lo atrapo, trabajo yendo de vez en cuando de uno a otro, me centro en el suyo, utilizando una mano para cubrir sus cataplines marchitos de unas caricias cuyos efectos, lo sé de sobra, son infalibles. Se calienta, en efecto, me agarra del pelo y, tras dos o tres jadeos, logra expulsar un dedal de jarabe que engullo con avidez.

¡Feliz! ¡Se siente FE-LIZ! Según dice, merezco la mejor nota que puede dar: un cinco. Unos cinco francos, evidentemente, que se empeña en meter él mismo en mi cartera. ¡Podría haberme puesto un diez!

Miércoles 13 de diciembre

¡Por fin un día bueno! Más que bueno: magnífico. Ni cinco francos de guantes, como con el señor Pirulí, ni diez como con mi Milord, sino veinte, repito, ¡veinte francos! En la ciudad, y con una comilona de primera. He pagado una doble ronda de licor de guindas, consolando lo mejor que he podido a mis compañeras, que llevan semanas ganando una miseria.

Pues bien, después de dos miserables chapas después del almuerzo, a las cinco la *madame* me comunica que estaré ocupada en la ciudad toda la noche. Un tal señor François, uno de esos clientes que realizan su elección a la chita callando a través de la mirilla y que joden en su casa por comodidad, me ha echado el ojo, y la *madame*, que habla de él con auténtica devoción, espera que haga honor a la casa mostrándome dócil y complaciente, y todo porque el tal señor François, que según ella está forrado y es un hombre de lo más galante, acudía hasta la fecha a la competencia (a La Vasija

Etrusca, para ser exactos) y ahora ha decidido probar Las Odaliscas, y en consecuencia es preciso retenerlo. Por esta chapa en la ciudad voy a ganar diez francos, y además habrá guantes.

A las seis, el coche está en la puerta esperándome. Me coloco un redingote de lana encima del *déshabillé*, me pongo unos escaarpines, ¡y en marcha! Cuando llegamos a nuestro destino, el cochero golpea el cristal de la ventanilla y desciendo. Un sirviente, que nos esperaba al pie de la escalinata de la mansión, paga al cochero, me hace pasar al tiempo que me informa de que se llama Julien, y me interroga (curiosa pregunta) acerca de si soy la señorita Lucienne a quien el señor espera.

YO (*de buen humor*). —¡En absoluto! Soy la reina de Saba.

Pese a mi respuesta, me invita a seguirle hasta el primer piso, llama a una puerta y me hace entrar en una especie de saloncito donde el señor, en efecto, nos espera sentado junto al fuego. Se trata de un hombre robusto y barbudo, de madurez recién estrenada y aspecto majestuoso, envuelto en una espléndida bata de terciopelo rojo con entorchados. El señor viene a mi encuentro, me besa la mano, y aprovecha la ocasión para deslizaren el bolsillo de mi redingote un pequeño sobre que, por lo que se aprecia al tacto, contiene dos monedas de cinco francos.

—Señorita Lucienne, está usted en su casa —afirma con una hermosa voz, cálida y bien timbrada—. Haría cuanto estuviese en mi mano para que se sintiera a gusto.

YO (agitando el sobre como si fuera un abanico, y con una sonrisa prometedor). —Así es como ya me siento, señor. ¿Puedo... puedo...?

ÉL. —¿Desvestirse? Se lo ruego, hija mía. La casa está tan caldeada, ¿verdad? Julien, por favor...

Sigo al sirviente, que me conduce a una especie de vestidor muy iluminado y con un enorme espejo en una de las paredes, me ayuda a quitarme el redingote y me tiende un minúsculo camisón de seda negra con encajes.

—Sus ropas para esta noche, señorita —precisa—. El señor espera que le gusten. Él mismo vendrá a buscarla dentro de unos minutos.

En este oficio no hay que asombrarse de nada. Ni del flete que te disfraza de *groom* y te ensarta en el traspuntín de su carruaje, ni del que te tiene preparado un camisón negro que apenas te llega a las nalgas.

Me lo pongo, pues, por otra parte con sumo placer, y mientras me observo de pies a cabeza en el espejo, el señor llama a la puerta y entra sin esperar respuesta. Al verme, empieza a aplaudir como si estuviera en el teatro y exclama:

—¡Encantadora! ¡Es usted encantadora, hijita! Si..., si... ¿Me permite?

Estira el camisón como para rectificar un pliegue, y aprovecha para tocarme las nalgas y la depresión de la espalda con una mano, mientras con la otra se asegura de que, como suele decirse, lo tengo rajado de arriba abajo. Yo le devuelvo la cortesía deslizandome mi mano bajo su bata, a fin de confirmar que posee el órgano indispensable para mantener esa clase de conversaciones. Lo tiene, en efecto, de una longitud y un diámetro ya interesantes, y muy pronto intimidatorios.

Pese a que hice mi primer descubrimiento de este tipo hace ahora..., ¿cuanto, seis o siete años?... , todavía me siento ávida. No de lo que ellos tienen y nosotras no, es decir, una manguera y dos nueces, sino de que esa manguera sea capaz de hincharse y erguirse en cuanto la tomo entre mis manos o se acerca a mis nalgas. Y todavía con menos: tan sólo pensando en ellas. Porque es la manguera la que piensa, no el hombre. La prueba está en esos pobres viejos que vienen a vernos repitiéndose que en esa ocasión con toda seguridad la cosa funcionará, que la manguera se convertirá en una polla, al menos lo suficiente para poder metérmola... ¡Y no! ¡De eso nada! Hagamos lo que hagamos por ayudarlos, su manguera continúa siendo una manguera, útil tan sólo para mear.

Con el señor François, puesto que ése es su nombre, no corro peligro de sentirme decepcionada, hasta el punto que me pregunto si no irá a ensartarme tal cual, con brutalidad y de pie. Podría arreglármelas sin cama, ya que estoy aquí para eso; además, bamboleada por un gran dedo de hombre y encendida al ver en el espejo como se contonea mi grupa bajo el sucinto camisón negro, ya me siento bastante mojada. Ignoro si entra en sus planes metérmela así, con energía y decisión, nada más empezar; pero sé por experiencia que a un hombre empalmado le resulta imposible contenerse cuando siente bajo sus manos un conejo abierto y húmedo de impaciencia. Es la naturaleza quien lo quiere así, del mismo que quiere que muy pocas mujeres puedan permanecer secas cuando sienten entre sus manos una voluminosa polla erecta.

La suya lo está realmente, y apenas tengo tiempo de preguntarme cuál va a ser su siguiente paso cuando se abre la bata, me agarra de las nalgas, me levanta sin dificultad hasta la altura conveniente, y comienza a buscar el camino con la punta de la lanza. Yo cruzo las piernas alrededor de su cintura y los brazos alrededor de su cuello, él se ayuda con la mano, ¡y ya está, entró! Con cierta dificultad al principio, pues me ha pillado desprevenida y tiene un buen capullo. Por fortuna, el calor, la posición, sus manos manoseándome las hogazas, y sus labios carnosos comiéndose los míos, me ponen de inmediato a cien, de forma que el charquito se transforma en una verdadera inundación.

El hombre continúa empujando hasta introducir una tercera parte, y luego la mitad hasta llegar finalmente al fondo. Me ha colocado de espaldas al espejo, a una distancia de dos pasos, para así gozar, por encima de mi hombro, de la visión de mi pobre culito rasgado y violentado; y de este modo continuamos un buen rato, en silencio, ya que nuestras lenguas siguen ocupadas. Siento que el goce asciende por mi vientre, me libero para gemir a placer que es demasiado bueno, que la tiene tan gorda que no puedo más, que me viene... Y en efecto, me viene como a una auténtica reina, y muerdo de forma salvaje su bata de terciopelo.

Él, sin embargo, no se ha vaciado, ¡el muy monstruo! Resulta que he dado con un cliente capaz de hacerme gozar dos o tres veces seguidas sin dejar de estar

empalmado. Al contrario, se retira hasta la punta, me acaricia el botón para volverme a poner a tono, y reemprende su vaivén como si nada pasara.

YO (*exhausta y gimiendo de felicidad*). —¡Oh, no, señor François, no! ¡No es posible! ¡Ah, qué gorda la tiene! ¡Para, cielo! ¡Me vas a matar!

ÉL (*embistiendo sin parar*). —¿Y qué quieres que haga..., encanto...? Tu culo haría empalmarse... a un muerto. Lo veo en el espejo..., completamente tenso... y abierto... Tu culito... va a gozar otra vez..., ¿verdad..., mi hermosa guarra?

YO (sollozando porque siento como se cierra el cascanueces). —Sí, creo..., creo... ¡Oooh, está ardiendo!

ÉL (*con la polla atenazada y al fin descargando*). —¡Ah, cómo aprietas, putita..., cómo aprietas! Y te va a venir, ¿no es cierto? Estás extasiada, ¿eh? Pues bien, ¡toma, toma eso! Y espera, que aún hay más... ¡Toma, tómallo todo!

¡Uf! No comprendo cómo puede permanecer en pie después de semejante descarga, sobre todo teniendo en cuenta que me dejo caer en sus brazos como si fuera un saco de harina. Me deposita en el suelo sosteniéndome, me conduce hacia un taburete que yo no haba visto, se sienta en él y me acoge en sus rodillas resoplando como un buey. Yo, todavía afectada por la emoción, exclamo:

—¡Ya me explicará qué le ha dado! ¿Tanta prisa *había*? ¿Acaso no tiene habitación? ¿Ni siquiera una cama?

ÉL (*riendo a carcajadas*). —Sí, sí, por supuesto. La habitación y la cama vendrán ahora. Pero la naturaleza, pequeña... ¡Ah, la naturaleza! Tienes una mirada muy guarra, ¿sabes?

YO (*halagada y tendiéndole la boca*). —¡Oh, la mirada, la mirada! Pues hablando de guarros, usted tampoco se queda corto, ¿sabe?

Él acerca sus carnosos labios a los míos, e introduce la lengua entre mis dientes y la mano entre mis muslos, y yo veo acercarse el momento en que sucumbiremos al deseo de volver a las andadas en el acto y en el taburete. Me aparto ligeramente, paso la mano a mi vez y, no cabe duda, el Instrumento ha comenzado a recuperar el vigor, a no ser que todavía no haya perdido el precedente. Está pringoso un poco de todo, de mi jugo y del suyo, del que aún segrega unas gotas. Pese a mi cansancio, al tocarlo me han entrado unas gotas locas de tomarlo en mi boca para sentir como vuelve a crecer, en espera de algo mejor. «No vale la pena pedirle su opinión —me digo—, seguro que sabe apreciar el detalle». Y me dejo caer a sus pies. Desgraciadamente, todavía no lo he tocado con el borde de los labios cuando me aparta con suavidad.

—No, pequeña, no. ¿Tanta prisa hay? —pregunta riendo—. ¿Y la habitación? ¿Y la cama? ¡Vamos, señorita Lucienne, en pie!

La habitación es magnífica, cálida como un horno, iluminada con luz eléctrica, como la Exposición, y amueblada con un sillón, unas sillas, una mesa de juego cubierta con un tapete, y una cama inmensa de madera esculpida. Una verdadera cama como las

que al parecer hay en la casa que acaban de abrir en la calle Chabanais, a dos pasos de Las Odaliscas. En un rincón, un gran biombo chino que a buen seguro tapa el excusado.

Me precipito hacia allí rogando a todas las santas del Paraíso que no sea demasiado tarde para su oveja descarriada, y me enjuago copiosamente con agua fría, ¡brrr!, pese a que las *madames* afirman que una mujer apenas corre peligro cuando lo hace de pie, ya que expulsa el veneno antes de que surta efecto. Tal vez, no digo yo que no, pero menos peligro se corre aún ahogando a los rezagados.

—¿El lugar es de su gusto? —me pregunta el señor cuando regreso—. ¿Sí? Me muero de hambre, querida amiga. ¿Usted no?

Sin esperar respuesta, tira de la campanilla de la cama. Julien, que sin duda escuchaba detrás de la puerta, entra. Es un muchacho bien parecido, de unos veinte años, nada presuntuoso, fornido y silencioso. Supongo que debe de estar acostumbrado a servirá las invitadas de su señor, incluso despeinadas y medio desnudas, sin vacilar ni un ápice ni recrearse un instante en lo que ve, y que se resarce en la cocina abalanzándose sobre una sirvienta. Pero ése no es mi problema.

—La abandonamos un instante, preciosa mía —me informa el señor levantándose—. He ordenado que preparen algunas golosinas para nuestra pequeña saturnal, y vamos a buscarlas. Julien, por favor...

¿Saturnal? Creo que Bougrot, Adolphe Bougrot, mi pintor, me explicó un día lo que era, pero se me ha olvidado. ¿O quizá lo confundo con otra palabra que se le parece? Sardanápalo, me parece que era. No sé. En cualquier caso, seguro que se trata de una fiesta guarra.

Me quito el camisón porque se me adhiere a la piel a causa del sudor y el néctar, y también porque me gustaría saber si Julien es realmente tan insensible como parece. Me instalo confortablemente en la cama, y antes de que me dé tiempo a bostezar dos o tres veces ya están de regreso, portando cada uno una bandeja de plata, no chapada, cargada de frascos, pastelillos de carne, paté y trufas, tetas de monja, mazapanes, mostachones, ¡y qué sé yo cuántas cosas más!

El señor escoge una, me la ofrece y hace una seña a Julien, que me presenta, sin bajar ni alzar la mirada, un plato con una copa llena de vino dorado. ¡Decididamente, este chico es de piedra! Regresa a la cocina tan tranquilo como ha venido, y nosotros permanecemos un buen rato en silencio, atracándonos, yo apoyada en la cabecera de la cama, y el señor sentado a la mesa, incorporándose continuamente para darme de comer.

Saciada mi hambre y mi sed, e incluso un tanto ebria, pues él no ha cesado de llenar mi copa y yo de vaciarla, saco el camisón de debajo de la almohada para limpiarme la boca. El señor, falsamente escandalizado, me tiende una servilleta y exclama.

—¡No se la puede llevar a ningún lado, Lucienne! ¿O tal vez Lulu?

YO (*con boquita de piñón*). —Lulu, cielito. Y si quieres saber más, Lulu la

Complaciente. ¿Vienes a la piltra, o no? Ya verás, empiezo a estar mojada otra vez.

En vista de que no se mueve, me paso la servilleta entre los muslos y se la lanzo. Él la aspira y la deja caer al suelo. Yo le arrojó el camisón, él lo atrapa al vuelo, lo aspira y dice, suspirando:

—¿A esto le llamas camisón? Un andrajo, eso es lo que es. Yo (*indignada*). —¿Y de quién es la culpa, ricura? ¿Eh, de quién es la culpa? Del señor que viola a una pobre chica sin darle tiempo a acostarse, no mía.

ÉL (*en tono apaciguador*). —Está bien, no se hable más. Con o sin camisón, es usted igual de encantadora.

Entonces se levanta, tira del cordón, y aparece Julien. El señor le indica que retire la mesa y coloca mi camisón en la bandeja.

—Déjanos la botella y las copas, por favor. Vuelve cuando toque la campanilla, y tráele un camisón nuevo a la señorita Lucienne.

JULIEN (*impasible*). —Bien, señor. ¿Un camisón igual, del cajón de arriba? Bien, señor. Cuando toque la campanilla, ¿verdad? Bien, señor.

EL SEÑOR (*crispado*). —Bien, señor... Bien, señor... Sí, cuando toque la campanilla. Y de uniforme, por favor. ¡DE UNIFORME! ¿Entendido?

JULIEN. —Bien...

EL SEÑOR. —¡Sí, de acuerdo!

Una vez que el sirviente ha salido, su señor se tumba a mi lado y nos acariciamos distraídamente. Para romper el silencio, comento:

—Tu ayuda de cámara se porta muy bien. Es serio y respetuoso con las damas. ¿De uniforme? A mí me parece que el que lleva le queda muy bien.

El ignora el comentario, y añado sonriendo:

—Dime, ¿no le importa revolotear en torno a una mujer bonita en traje de Eva, como está sucediendo esta noche? Que yo no me sienta demasiado violenta, es comprensible. Aunque no del todo, porque cuando..., En fin, quiero decir que cuando estamos ocupadas no prestamos atención. Pero él...

—No sé —gruñe el señor—. Eso habrá que preguntárselo al interesado.

Hace sonar tres veces la campanilla, y Julien aparece de nuevo, con mi camisón plegado en una mano y de u-ni-for-me, es decir, completamente desnudo. Me quedo sin respiración. ¡Jesús, qué ingenua he sido! El señor no se anda con chiquitas. Se echa a reír y le dice a Julien:

—¡Acércate, pequeño, acércate! A nuestra invitada le preocupaba no impresionarte más que a un caballo de cartón. ¡Vamos, no te andes con remilgos! ¡Acércate! ¡Y usted, la bella incrédula, nada de remilgos tampoco! ¡Está intimidando al muchacho!

Más o menos recuperada de mi asombro, lo examino de la cabeza a los pies, deteniéndome largamente a medio camino. ¡Está bien provisto, el muy tunante! ¡Sobre todo de aceiteras! El resto comienza a hincharse, pero todavía no se yergue.

—¿Te intimidó, Julien? —le pregunto en voz baja—. ¿Por eso no te empalmas?

¿O quizá es porque no soy de tu gusto?

EL SEÑOR (*guasón*). —Espere a que se empalme, querida, y ya me contará. ¡De su gusto, de su gusto! ¡Muy malo lo tendría que tener para no serlo! ¿Lo es del suyo?

YO (*un tanto embarazada*). —Bien, querido... Si te empeñas en saberlo..., más bien sí...

EL SEÑOR (*empujándolo haría mí*). —¡Le gustas, hombre afortunado! ¿Quieres joder con ella? No tienes más que decir una palabra..., ¿no es cierto, querida amiga?

JULIEN. —Si el señor lo desea...

YO (*al mismo tiempo*). —Como quieras, tesoro...

EL SEÑOR (*encantado*). —¡Sí, lo deseo! ¡Sí, lo quiero! Aunque con una condición...

NOSOTROS. —¿...?

EL SEÑOR (*empalmado como un ciervo ante semejante perspectiva*). —Que Lucienne me la chupe mientras Julien se la folla.

¡Ah, bueno! ¿Habrá cosa más sencilla? Se trata de un número que en Las Odaliscas todas han hecho un día u otro. ¡Todas salvo yo! No es que me haya negado, sino que no se me ha presentado la ocasión, ni siquiera las veces que he estado en la ciudad con dos hombres a la vez. Según Mélie la Tres Bocas, lo difícil es mantener la cadencia entre las dos mingas para que descarguen más o menos al mismo tiempo. Al parecer, eso es lo que desean aquellos clientes a quienes les gusta «jugar a dos palos».

¿El señor y Julien? Es muy posible, y por otra parte es asunto suyo. Esta noche, el mío consiste en proporcionarles placer y en recibirlo. En una palabra, como diría la señora Armand, en hacer honor a la reputación de nuestra casa. El señor, que me ve pensativa, pregunta:

—¿Entonces, Lucienne? Confío en que acepte.

YO (*agarrándoles la minga a ambos*). —Por supuesto, tesoro, por supuesto. Será la primera vez, ¿sabes?

EL SEÑOR (*escéptico*). —¿De verdad? ¿No me dirás que tienes miedo? ¡Hace un momento eras tú quien querías!

JULIEN (*tranquilizador*). —No se la meteré hasta el fondo, señorita Lucienne. Sólo tres cuartas partes, para no lastimarla.

Sus tres cuartas partes tienen la longitud de una polla considerable. ¡Da igual! Va incluido en los veinte francos, y yo todavía estoy lejos de encontrarme saciada de jodienda. Así pues, hago ademán de que acepto. Al ver que no sé muy bien cómo colocarme, el señor baja de la cama, hace subir a Julien, y ordena:

—¡A lo perrita, Lulu, a lo perrita! ¡De cara a mí! Julien, hijo mío, a ti corresponde el honor. ¡Ya verás qué caliente lo tiene esta pequeña! Y usted, querida amiga, empezará a mamarme cuando él haya entrado.

Dado que la tiene muy tiesa, más bien larga que gruesa, y que yo vuelvo a estar mojada, Julien entra arrancándome sólo gemidos de satisfacción.

—¿Ya está, Lulu? —pregunta el señor—. ¿Te gusta su minga?

YO (*sincera*). —¡Oooh, oooh, aaah! ¡Sí, me encanta! Ahora dame la tuya para que la mame.

¡El muy lascivo lo ha calculado todo al milímetro! A cuatro patas, estoy justo a la altura precisa para que la introduzca entre mis labios y yo la devore, mientras Julien realiza su faena al otro lado.

—¡Esta criatura chupa como una diosa! —Le confía el señor por encima de mi hombro—. ¡Una maravilla de lengua, querido, una maravilla de lengua!

—Pero, señor —se permite decir Julien—, ¿la señorita Lucienne se comportará tan correctamente en el momento de la crisis del señor? Porque el señor le ha pedido claramente a la señora Armand una chica que no le haga ascos a tragarse los hijos del señor que el señor no quiere...

—Cuando llegue el momento, tragaré, respondo de ello —replica el señor—. ¿No es cierto, Lucienne? —me pregunta, apartándome la cabeza.

Yo me contento con murmurar:

—Sí, por supuesto, querido, con sumo placer.

Porque no faltaría más que eso, que no me tragara el humo de un hombre tan generoso, cosa que por otra parte no resulta desagradable cuando no hay en exceso. Lo principal es aprender a percibir como asciende la savia, para respirar a fondo antes de que empiece a manar y no asfixiarse.

Aspiro, pues, sin perder tiempo, y sin preocuparme de vigilar el momento en que el otro tendrá «su crisis», como él dice. De hecho, le viene un Instante después, ya que tiene los cojones llenos, y yo parto al mismo tiempo que él.

—¡Aaah, hijos míos! —Gruñe el señor—. Veo que habéis gozado. Julien..., ese conejo... ¿Cuál es tu opinión?

—¡Delicioso, señor, delicioso! —suspira el interesado—. ¡Terciopelo puro! ¡Y qué calidez! ¡Ah, el señor ha tenido un ojo clínico al invitar a la señorita Lucienne!

—Ya lo creo..., amigo mío... —replica jadeando el rajá—. La he probado... antes que tú... Y su boca... vale tanto... como su coño... ¡Aaah, aaah, me está mamando..., la zorra...!

¿Que estoy mamándolo? Para eso me paga, y no poco bien, me digo mientras ellos intercambian tales cumplidos. Ello, sin embargo, no impide que comience a fatigarme. Permanecer apoyada en rodillas y manos no es en absoluto una postura de reposo. Y si, además, hay que estar atenta para no dejar escapar ni la minga que te atraviesa la cotorrita, ni la que te atraviesa el gáznate, ¡la cosa resulta dura!

No digo «desagradable», no. Entre las golosinas, el vino dulce y el calor, cualquier mujer de constitución normal encontrare placentero dejarse acariciar por dos hombres como los míos: bien provistos, divertidos y nada brutales. Sin embargo, yo ya tenía la entrepierna irritada cuando Julien se añadió al señor para trabajarme la alcancía, y, a decir verdad, ahora preferiría repantigarme en esta estupenda cama sin pensar en nada.

Por tal motivo, una vez medio libre del sirviente, que, aliviado de lo más urgente, va y viene indolentemente entre mis nalgas, precipito la maniobra que atañe al amo. Para decidirlo a descargar, confío mi equilibrio a la mano derecha y, con la izquierda, le acaricio los zurrónes. No es ninguna novedad, pero los efectos son espléndidos.

—¡Aaah, oooh, los cojones, los cojones...! —gime—. ¡Sí, rasca, preciosa, rasca! Yo..., yo... ¡Ah, Lulu!

¡Lulu ha ganado! Lulu no le ha hecho ascos a tragarse los hijos del señor que el señor no quiere, como dice tan elegantemente Julien. ¡Lulu se lo ha engullido todo! ¿Aún tiene la boca llena? ¡Glups! ¡Adentro! Llevo mi conciencia profesional y el deseo de hacer las cosas bien hasta el extremo de apretársela con los dedos para extraer las últimas gotas. Todo esto se une, sin ningún problema, con los patés trufados, las tetas de monja y el vino dorado. Y yo, por fin, me dejo caer en la cama como un fardo.

Mis héroes se han ablandado. Les sucede a todos, una vez que han derramado el veneno... Son como bebés enormes... Julien, no sé cómo, ha logrado permanecer en la cama. Su señor se reúne con nosotros, y me duermo entre ambos, con la nariz contra el bigote de uno y las nalgas contra el vientre del otro.

Cuando salgo de mi nube rosa, la mesa aparece de nuevo provista de una pirámide de golosinas, y sólo me esperan a mí para reanudar el refrigerio. Me estiro, me siento y murmuro:

—¿He dormido mucho? ¡Es que entre los dos habéis acabado conmigo! ¿Os ha gustado, al menos? ¡Ah, Dios mío, Señor, Jesús bondadoso!

LOS HOMBRES. —¿...?

YO (*saltando desesperada de la cama*). —¡El bidet! ¡Virgen Santísima, el bidet! ¡Ni me acordaba! ¡Mi reino por un bidet! ¡Seguro que Julien me ha dejado preñada!

EL SEÑOR (*dirigiéndose al acusado*). —¡Miserable! ¡Mira que dejar preñada a esta inocente criatura! ¿Crees que podré ser el padrino del niño?

JULIEN (*apenado*). —Pero si no he soltado todo el paquete...

YO (*al borde de las lágrimas*). —¡Por lo menos haced algo! ¡Agua caliente, lejía, manzanilla, un lavaje, no sé!

Un cuarto de hora después, ayudada por Julien y el señor, tengo la sensación de haber remediado lo más urgente, y me tumbo de nuevo para comer y beber tranquilamente. El entreacto se prolonga. Nos reponemos de todas las emociones con la ayuda de grandes dosis de consomé, *foie-gras*, vino de Oporto y dulces. Enjugo una última lagrimita ante la idea de que esta aventura de veinte francos pueda costarme mucho más, aunque sin demasiado convencimiento, pues forma parte de los gajes del oficio, además de que en París no faltan matronas serviciales. El caso es que poco a poco vuelven a invadirme las ganas de joder, aguijoneada sin duda por Dios sabe qué polvos mágicos, que sospecho que el señor ha espolvoreado a profusión en los pastelillos y cuyos efectos afrodisíacos son irresistibles. ¡Yo ardo, tú ardes, él arde, nosotros ardemos!

Apenas retirada la mesa, nos metemos de nuevo en la pernicia para retozar; esta vez, Julien del lado del corazón, y su señor del lado del culo. Me lamen, me comen, me besan, me magrean, me soban las naranjitas y las hogazas. Yo los mimo, los acaricio, los excito, los caliento y les froto la minga y los cataplínes. En resumen, jugamos alegremente a toquetearnos como en los felices tiempos de mi infancia.

¿De qué tengo ganas ahora? ¿Y por dónde? Veamos, el señor me ha embestido una vez, a bombo y platillo, y luego me ha hecho tragar a espuertas. Lo mismo su lacayo, aunque sin suplemento. ¿Y yo? Yo he gozado una vez con el señor y otra con Julien, que suman dos. Debería considerarme dichosa, ya que después de todo estoy aquí para dar placer, y no para experimentarlo, pues eso cansa. Sin embargo, el vino de Oporto, los polvos afrodisíacos, y todo este trajín de bocas y mingas me han excitado como pocas veces me ocurre. Si no rezumo ambrosía dos o tres veces más antes de regresar al dormitorio, es que Dios ya no existe.

Entre los dos, deberían de ser capaces. El gorila no iría más que por su tercer atracón. ¿Qué es eso para un rijoso de su envergadura? En cuanto a Julien, con sus veinticinco años y dotado como está, hasta el momento no ha echado más que un miserable polvo, y su tranca se abre paso con desesperación entre mis muslos. No se aventura a metérmela discretamente, ni yo a meneársela en serio: sería un derroche. Me conformo con mantenerlo en tan buena disposición, en espera de que el rajá decida el siguiente paso a dar. De momento, dormita frotándose perezosamente contra mi blanca doble.

Luego, en un momento u otro tenía que pasar, soy presa de unas ganas irresistibles de..., de unas ganas de... Bueno, de ir a regar las plantas al final del pasillo. Le doy un toque al señor con el codo:

—Tesoro, quisiera...

—¿Eh? ¿Qué pasa?

YO (*saltando de la cama*). —Quisiera ir a ese sitio donde... ¡En fin, al retrete!

ÉL (sin levantarla cabeza de la almohada). —Pues ve, ángel mío, ve.

YO (con una mano en el vientre). —Es que no sé...

ÉL. —Julien, por favor, acompaña a la señorita.

En efecto, está al final del pasillo. El joven me abre la puerta; yo me precipito hacia el trono y abro las esclusas con alivio: ¡viento, lluvia y granizo! ¡Uf! Aliviada, llamo con sigilo desde mi trono a Julien, que espera respetuosamente en el umbral a que haya acabado para conducirme de nuevo a la habitación. Se acerca, y entonces le digo:

—¿No te excita oírme mear? Seguro que sí, pero no te atreves a decirlo. Ven, tengo ganas de chupártela.

Abro las piernas, Julien se acerca al asiento, y lo mamo con tanta furia que un fruto tardío, que haba asomado la nariz por la puerta, saca la cabeza, se libera y, ¡floc!, se une al resto de la cena en la palangana. ¡Oh, qué gusto da, qué gusto da chupársela a un hombre mientras vacías cómodamente el vientre! Él ha apoyado las

manos en mis hombros, suspira, se crispa, y siento ascender la savia. ¡Ah, no! Por este lado, acabo de degustarlo. Me levanto con presteza, le obligo a ocupar mi sitio en el asiento y le susurro:

—Ahora vas a encularme. Quiero que me tomes por detrás. No te preocupes, me gusta. Y en el tuerto puedes soltar todo el paquete, no hay nada que temer.

¡Pobre muchacho! Se siente culpable de haberme jodido sin tomar precauciones, así que le debo el desquite; también se lo debo a mi arandela, que no se ha llevado nada consistente al colete desde hace por lo menos quince des. Me instalo, pues, a horcajadas sobre él, empuño su polla por detrás, la guío y, cuando la siento bien situada, me dejo caer. ¡Ay, ay, ay! ¡Uy, uy, uy! Incluso cuando el conducto acaba de estar ocupado, ¡una polla sorprende!

YO (*a medida que él me penetra*). —¡Sí, sigue empujando! Mi culo es delicioso, ¿verdad? Cógeme por la cintura, así... Es la primera vez... que te embadurnas..., que te embadurnas con... el chocolate... de una mujer, ¿a que sí?

ÉL (sincero o no). —Sí, la primera... Es todavía..., todavía mejor que por delante. ¡Está prieto! ¡Oh, señorita Lulu...!

YO (sintiéndolo venir). —¡No, Julien, no! ¡Aguanta! ¡Masturba— me por delante! ¡Sí! ¡No, más arriba! ¡Más fuerte! Sí, ya puedes..., ya vas... a gozar... Yo..., yo también...

ÉL (rechinándole los dientes). —¡Chist, señorita! No grite tanto... ¡Oh, qué gusto! Está lleno..., lleno de...

¿Lleno de qué? Sí, ¿y qué pasa? Se goza igual, ¿no? Me aparto, un chorro resbala a lo largo de mis piernas hasta el suelo, flic, flac, me limpio a toda prisa con la toalla, recupero el aliento, y aparecemos con la mayor discreción posible en la habitación. El señor, tumbado boca arriba y mirando al techo, susurra:

—Ha sido un pipí MUY LARGO, hija mía. ¿No te has aburrido, Julien?

¡Ay, ay, ay! ¡Nos pilló! El rajá no dormía, y tiene el oído fino. Julien, con el rabo entre piernas, avergonzado como un zorro atrapado por una gallina, recoge tres platos y se escabulle hacia la cocina. Yo farfullo:

—Un pipí muy largo y todo lo demás, tesoro. Y, por mucho que empujaba, no venía.

ÉL (irónico). —No me cabe ninguna duda, querida amiga. ¡Les oía empujar desde aquí! ¡Y Julien empujaba con usted! A fin de cuentas, lo importante es que les ha venido a los dos a la vez.

YO. —¡Pues sí, querido! ¡No sé qué nos ha pasado! De pronto nos han entrado unas ganas como de...

ÉL. —De mear, ya lo había entendido. ¿Y daba gusto?

YO (con descaro). —¡Oh, cielo, ya sabes lo que es eso! Esos polvos precipitados calman, pero no satisfacen... ¿Nos guardas rencor?

ÉL (acorrallándose contra la cama). —A Julien, en absoluto. Sólo lamento no haberme encontrado en su lugar. Y a ti tampoco, por supuesto. Resultaría imposible

vivir, si tuviéramos que pelearnos por un polvo precipitado.

A continuación, me obliga a darme la vuelta, me abre las nalgas, pasa un dedo entre ellas, lo retira pringado de una horrible mezcla y exclama:

—¡En el as de picas! ¡Qué salvaje! ¡En el ojo moreno! ¡En el...!

YO (con calma). —¡En el tuerto! ¡En la retambufa! ¡En el redondel! ¡En el fruncido!

ÉL. —Y..., ¿era la primera vez?

YO (*zalamera*). —Para él, sí. Para mí, bueno, en realidad...

El señor se echa a reír, toca la campanilla, me hace subir la cama y me susurra al oído:

—Me gustas, pequeña puerca. No obstante, confiesa que tu escapada merece un castigo.

YO. —Cuando era pequeña, sale del paso con tres Padrenuestros y tres Aves; hoy, con diez francos de guantes.

ÉL. —¿De guantes?

YO. —¡Oh, perdón, cielo! Tú no puedes saberlo. Bien, si lo prefieres, de propina.

En ese momento entra Julien, un tanto inquieto. El señor lo tranquiliza amablemente: lo sabe todo, pero no tiene importancia.

—¿Sabes, al menos —añade—, que lo que Lucienne te ha concedido es un favor de diez francos?

—¿De diez francos, señor? ¿Y yo se los debo? Pero..., pero...

EL SEÑOR. —Pero, pero... ¡No hay peros que valgan! ¿Los tienes? ¡Claro que no!

YO (*conciliadora*). —Debo confesar que, en realidad, lo he violado.

—¿La has oído, Julien? —pregunta el señor riendo a carcajadas—. ¡Esta pequeña es el colmo! Bien, hijo mío, ve a coger medio luis de mi cajón y lo guardas en su bolso. Te lo descontaré de tu sueldo. ¡Vamos! ¿A qué esperas?

Un instante después, Julien regresa y anuncia:

—Ya está, señor. Diez francos.

Estoy de suerte. Por lo general, un cliente que ya se ha mostrado generoso con una mujer, no acepta que ésta le sonsaque un suplemento. No se hace nunca, ni siquiera con discreción. Realmente, he ido a parar con un Upo forrado, como dice la *madame*. De repente me siento dispuesta a concederle todo cuanto desee, tanto más cuanto que el polvo echado con prisas en el retrete no me ha calmado en absoluto, ni tampoco me ha satisfecho demasiado.

En cuanto a él, a juzgar por la columna de julio que mi manita apenas logra rodear en este momento, no ha agotado todas sus municiones. El vino rosado y los pastelillos han jugado ciertamente su papel en el asunto; pero, incluso sin ello, he conocido al menos un hombre de su edad y su corpulencia, el jardinero Lucas, que no descansaba antes de haberse dado tres buenos atracones durante la velada, un cuarto a lo largo de la noche, y un quinto al triunfal amanecer. Es suficiente para hacerse querer. Los héroes que dan la hora diez veces seguidas sin necesidad de recuperar el

aliento, y prácticamente sin que se les ablande, son una leyenda.

Además, no sólo no ha disparado todos sus cartuchos, sino que lleva retraso en sus conocimientos de mi cuerpo. Como diría Mélie la Tres Bocas, en sus piezas de caza falta una, y para colmo de injusticia su criado la ha obtenido antes que él. Pese a ser el segundo, necesita ese trofeo, y sin delicadezas, tal como está en estos momentos, es decir, manchado con las pruebas de mi infamia.

Yo haría desaparecer muy gustosa tales pruebas con la esponja, y así me dispongo a hacerlo, ¡pero no!, al parecer se empeña en tenerlas a la vista, pues me coloca de espaldas, me da unas palmadas en las nalgas y las separa. ¡Qué vergüenza, Dios mío, qué vergüenza! ¡Y qué divertido es! En definitiva, los dos somos igual de guarros. ¡Así es como se forman las mejores parejas! Pese a todo, protesto para guardar las formas:

—No, no mires, cariño, está sucio. Voy a...

—Tú no vas a hacer nada. Soy yo quien va a...

YO (*excitada*). —¿Vas a qué, hombre malvado?

ÉL (introduciéndome poco a poco en el conducto su dedo índice, untado de mantequilla o de foie-gras, no lo sé muy bien). —Voy a sodomizarte, jovencita. Me parece que es lo mínimo que puedo hacer.

¡Sodomizar! ¡Qué crueldad! Ya lo imaginaba, y me lo esperaba, pero ¡menuda palabreja!

—¿Sodomizar? —pregunta sorprendido Julien, que se la pela plácidamente con la mirada fija en mi avispero—. ¿Sodomizar? Supongo que el señor quiere decir encolar.

—¡Ah, hijo mío! —gime el interpelado—. ¡Calla, calla! Pase que hubieras dicho «pedicar», ¡pero «encolar»! ¡Calla, calla! Y ahora, pobre muchacho, ¿cómo vas a entretener tu herramienta mientras yo ensarto a la señorita?

JULIEN (*resignado*). —Señor, me pondré de cara a la pared para no molestar al señor, mientras el señor me toma el relevo con la señorita.

EL SEÑOR (*escandalizado*). —¿Eso harás, miserable? ¿Serás capaz? ¿Y usted, señorita, se lo dejará hacer? —añade con severidad.

¡Ya sé por dónde va, el buen apóstol! Ha decidido hacerme degustar los placeres del «entredós», está tan claro como que dos y dos son cuatro. Me refiero a los dos polvos en la raja y los dos en el redondel, sin contar el de la boca. ¡Bah! Si he llegado hasta aquí...

Pese a haber decidido hacerme pasar por el aro, el señor me pregunta, para mayor tranquilidad, si me siento lo bastante fuerte para soportar la prueba. Yo respondo que no lo sé demasiado bien, ya que será algo nuevo para mí, pero que muchas otras la han superado antes que yo sin fenecer. Se deje o no engañar por mi falsa ingenuidad, el rajá parece muy excitado ante esa idea del «entredós». Después de todo, tal vez sea porque él todavía no lo ha probado; al parecer, es una experiencia por la que muchos hombres desearán pasar, y en la que sueñan sin encontrar la oportunidad de llevarla a

la práctica. ¿Porqué? Todavía sigo preguntándomelo, pero es así.

Tras un instante de reflexión, el señor me hace tumbarme boca abajo, con las piernas abiertas, y se coloca encima de mí, apoyándose en la cama para no aplastarme. Yo tiendo la mano hacia atrás para asegurarme de que sigue empalmado, le guío, y él introduce la punta. En el estado en que me encuentro, con la arandela embadurnada de *foie-gras*, crema de chocolate y almíbar, encuentra sin dificultad la entrada de los artistas y prosigue su camino a través de un auténtico pantano. Una vez que ha ocupado todo el terreno, con gran contento por mi parte, se retira, vuelve a entrar, se retira de nuevo, y le dice a Julien:

—¡Ahora te toca a ti, hijo! ¡Por el otro agujero! ¡Ponte debajo de esta hermosa criatura!

Al mismo tiempo, se incorpora para permitir que pase su criado, cuyo instrumento coloco en posición con una mano, sin olvidar el indispensable aperitivo del vaivén en el botón. Luego me dejo caer con suavidad, ¡y ya está! Así es la vida, con sus alegrías y sus tristezas. ¡Ahora el otro! Un pequeño toque manual más, y helo de nuevo en su lecho.

—¿Qué tal, Julien? —pregunta el señor por encima de mi hombro—. ¿Cómo lo tiene nuestra invitada?

—¡Ah, señor! ¡Más caliente que un horno! ¡Y prieto! ¿Me permite el señor que le pregunte si el señor...?

—¡Divino, amigo mío! —Gruñe el gorila, que la ha metido de una embestida—. ¡Divino! ¡Esta criatura tiene un culo tan mullido! ¡Y tan angosto!

Si él lo dice... Mullido no me extraña, con lo lubricado que está. Pero ¿angosto? ¡La primera noticia! A los trece años sí lo tenía, como todas las chiquillas bien educadas; e incluso a los quince, ya que las mingas de crío no fuerzan el paso. Ahora bien, a los veinte ya no tanto; ya los veintitrés, después de haber albergado a unas cuantas decenas, algunas de ellas considerables, no me siento el redondel más estrecho que la boca, que mantengo bien abierta y sonriente. Claro que... ¡él la tiene tan gorda! Al oír mis gemidos, él retrocede para sacar el trozo que ya había entrado, y aconseja a Julien:

—¡No se la metas toda de golpe, pequeño! Prolonga el placer, ¡qué demonios!

¡Prolongar el placer! ¡Menudas ocurrencias tiene! ¡Mira que dejarme a medias, con el culo abierto e insatisfecha, cuando ya los sentía a punto de soltar todo el lastre! Vuelvo la cabeza para lloriquear:

—¡Oh, no, señor, no me deje! ¡Y tú tampoco, Julien! ¡Penetradme hasta el fondo, os lo suplico! ¡Hasta el fondo!

Y meneo con desesperación el traspuntín para demostrarle mi impaciencia. ¡No estoy haciendo comedia! Cuando se ha puesto a una mujer a cien, lo mínimo es llegar hasta el final. ¡Yo tendría que oír de todo, si dejara que mis clientes se fueran con los cojones repletos! ¡Ah, me ha entendido! Vuelve a meterla, más tiesa y gorda que nunca, al mismo tiempo que Julien da una decena de enérgicas embestidas que

provocan el choque de sus dos pollas en mis entrañas.

—¡Julien! —exclama el señor rugiendo—. ¡Démosle a esta bribona lo que pide! ¡Que..., que estalle! Juntos..., ¡hijo mio..., juntos! ¡Ah, en nombre de Dios, qué culo..., qué culo!

Y partimos los tres a la vez, como una cabalgadura espléndidamente conducida. Yo emito lamentos salvajes, que logro sofocar farfullando que me han matado; ellos resoplan como bueyes, y los dientes les rechinan. Luego se produce un instante de silencio, durante el cual el señor, hombre galante pese a sus deslices lingüísticos, me mordisquee la nuca y las orejas susurrando palabras tiernas, mientras que Julien me acaricia los pechos.

—Querida amiga —declara al fin el rajá con un hilo de voz, dejándose caer a un lado—, es usted digna de su patria. ¿Me permite recordarle...?

¡Ah, sí, el rito de siempre! Sin embargo, tengo las piernas como muertas, ¡y resulta tan agradable sentir en el vientre el gorgoteo de lo que me acaban de meter! Respondo en un susurro:

—¡Estoy demasiado a gusto! ¡No me quiero mover! ¡Aún no tengo bastante! ¡Quiero volver a empezar!

¡Vamos, Lulu, nada de farsas! ¡Muévete, hijita! Me levanto con desgana, regreso a toda prisa al calor varonil..., y me duermo de nuevo.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, una hora más tarde, me encuentro sola y muerta de hambre. Toco la campanilla, y Julien entra un momento después, vestido de pies a cabeza.

—¡Ah! La señorita se ha despertado. Voy a informar al señor. Este entra a su vez, vestido de frac y con pajarita, y me pregunta cuáles son mis proyectos inmediatos.

YO. —Pues... regresar al convento, señor. Ya debe de ser la hora.

ÉL. —Ese convento no es un cuartel, querida amiga. ¿La abadesa tendría inconveniente en...?

YO (*sentada y completamente despierta*). —¿En que me quedara con usted esta noche? Por supuesto que no. Basta con que le envíes el mensaje. Se trata de...

Se trata de unos francos suplementarios, evidentemente. Él lo ha comprendido, se instala en la mesa, hace que le traigan algo para escribir y me pregunta:

—¿Está bien medio luis?

YO. —Sí, tesoro. Y por favor, añade que le entregue a Julien mi traje de los días de fiesta, el de satén negro, con sombrero incluido. Ella conoce mi vestuario. ¡Estaré a tu altura, ya verás!

ÉL (*dirigiéndose a Julien, una vez la carta sellada*). —¡En marcha, muchacho! Ve corriendo a la calle Saint-Augustin...

YO. —Al número dieciséis, Julien. Entra por el patio y pregunta directamente por la señora. A estas horas se encuentra en su gabinete.

EL SEÑOR. —No olvides el vestido, hijo. Ni el sombrero. ¡Deprisa, deprisa! Tenemos hambre.

Las dormidas no son muy habituales en Las Odaliscas. El patrón afirma que no es un trabajo para mujeres que están fijadas en un burdel, y muchas de ellas, en efecto, prefieren la rutina de las chapas apresuradas a las posibles malas sorpresas de la noche; por no hablar de las que (se da con frecuencia), de buen o mal grado, consagran sus horas de trabajo a los hombres, pero que reservan las noches para su amiga íntima. Yo no me acuesto con mujeres, me limito a una lamidita de vez en cuando, cuando estoy nerviosa; y, por otra parte, no dormiré más de una semana, ¿qué digo?, ni tres días seguidos con el mismo ficha. Creería que tiene algún derecho sobre mí. Sin embargo, me gusta compartir una noche de vez en cuando, siempre que no sea con el mismo.

Esta noche lo aprecio de forma especial, ya que mañana es jueves, mi día de descanso. ¡Qué maravilla disfrutar toda una noche de este flete de oro macizo, cortés, divertido e incluso cariñoso! ¡Qué maravilla despertarse a las tantas en esta habitación caldeada! ¡Qué maravilla saborear un desayuno servido en bandeja por un ayuda de cámara atento! ¡Menuda vidorra!

En espera de que Julien regrese, su señor me propone que aproveche el *bathroom* a la inglesa que se ha hecho instalar en casa. Me recreo con deleite, y cuando salgo cambio el sucinto camisón negro por mi ropa de los días de fiesta, que el criado acaba de traerme y que el señor en persona me ayuda a ajustar.

Un coche, los bulevares, La Casa de Oro, donde engullimos mano a mano una cena reparadora: sopa de tortuga, unos entremeses, solomillo de buey con salsa bearnesa y helado flambeado, todo ello regado con champán. ¡Uf! ¡Demasiado para un solo día! ¡La cama, la cama, la cama! Volvemos a ella felices, satisfechos y prudentes, y enseguida se nos cierran los ojos.

A media noche, despertar tumultuoso, como si nos hubiéramos dado cita. Él está empalmado; yo, mojada. Nos acariciamos febrilmente en la oscuridad, me monto a horcajadas sobre él, y me introduzco su miembro gimiendo de placer. No obstante, el champán no me ha hecho perder la cabeza hasta el punto de que le deje hacerme un hijo, y me estremezco antes de hora sólo con pensar en abandonar estas preciosas sábanas calentitas para sumergirme en un baño helado. Por eso me retiro y le susurro al oído:

—Seamos razonables, querido, echarás a perder mi felicidad. ¿Quieres que lo hagamos por detrás? Yo gozaré igual, ¿sabes?, e incluso más, ya que no estaré angustiada. Antes de..., de..., ¿cómo lo llamas?

—Sodomizar, tesoro.

—Antes de sodomizarme, quisiera que te comieras este tesoro como si... En fin, como si fuera mi boca.

Me tumbo boca abajo, separo las piernas, y me dejo chupar y comer plácidamente el culito, con gran profusión de babas, murmurando:

—¡Sí, encanto, más! ¡Chúpalo, chúpalo bien para que tu Lulu no sienta más que placer! ¡Oh, qué bien lo haces! ¡Ahora ven, ven! El agujerito que tanto aprecias te

está esperando.

¡Ah, estoy a rebosar! Aplastada, desfondada, repleta y feliz, me duermo de nuevo como un tronco y no me despierto hasta bien entrada la mañana, a juzgar por la intensa luz que entra pese a estar las cortinas corridas. El señor, fresco como una rosa, está sentado en la cama y me acaricia la espalda.

YO (*palpando maquinalmente el instrumento*). —Pero..., pero..., ¡si aún estás empinado, monstruo!

ÉL (*con falsa modestia*). —Aún, no; digamos más bien «ya».

YO. —Aún o ya, encanto, ¿qué vamos a hacer con ese rollizo rorro que reclama a gritos una mamá? Porque no puedes permanecer en ese estado todo el día. ¡Llamarías la atención!

No sabe, tiene la pachorra de ponerse a pensar en ello, y se contenta con admirarlo, como hacen muchos hombres. De ahí viene el que pretendan ser criaturas superiores: ellos VEN como se empalman, mientras que nosotras, pobres seres inferiores, aunque estemos más mojadas que un lago no vemos nada. Se dirá que lo percibimos, pero no es lo mismo. De cualquier modo, *ahí está, acostado, soberbio, eternamente empalmado, como un serbio, y desdeñando todo auxilio*, y, maldición, no segrego ni una gota de néctar, no nace en mí el deseo de alojarlo aquí o allá, en espera del desayuno.

ÉL (*hablando del tema*). —¿Tienes hambre? ¿Quieres que Julien nos traiga algo de comer?

YO. —No, todavía no, pichoncito mío. ¿No prefieres metérmela antes? Así se quedará tranquila. Donde tú quieras, por supuesto.

ÉL. —¡Buf!

YO (*ofendida*). —¿Cómo que «buf»? ¡Hombres! ¡Una se mata por complacerlos, y «buf»! ¡Ya te daré yo a ti bufs!

Dicho esto, juro para mis adentros ofrecerle tal solo de trompeta, que le sacaré todo lo que le queda en las aceiteras. Me inclino, se la chupo, escupo para facilitarme el trabajo, la tomo en mi boca, y finalmente da algunas muestras de interés: cosquillas en la nuca, pellizcos en la grupa, caricias en la espalda, y frotamientos en el botón, a cambio de los cuales animo mi solo con juegos de lengua, labios y dientes que acaban por despertarlo del todo. Me confirma que mamo como un ángel; en cuanto a saber si le haré ascos, llegado el momento, a «tragarme los hijos del señor que el señor no quiere», la incógnita quedó despejada anoche. Sí, trago.

Así pues, poco a poco nos vamos excitando. Por muy gorda que la tenga, resulta agradable chupársela, incluso aunque, por comérmela, se me ponga la boca como la de Marcelle la Mamona, la que trabaja en El Gran 8, famosa en toda la profesión por sus dotes de mamadora de ciruelos. Pese a todo, interrumpo mi tarea un instante para respirar, y le sugiero:

—¿Corresponderás a mi amabilidad, cielito?

Sin decir una palabra, me agarra de la cintura, me coloca de lado cabeza abajo, y

se amorra a mi entrepierna. Yo lo tomo de nuevo en mi boca, y nos lanzamos en un sesenta y nueve matinal que finaliza de maravilla. Nos viene al unísono, así que degustamos al mismo tiempo esos jugos de amorque no se encuentran en las tiendas, y por los cuales hombres y mujeres cometemos tantas tonterías.

Saboreo las últimas gotas, mientras él lame la ambrosía que aún rezuma de mi entrepierna.

—Gracias, cariño —digo con un suspiro—, me he corrido muy a gusto. Tú también, ¿eh, puerco? Tenía el gaznate a rebosar... Además, hubiera lamentado dejarte sin haber hecho un sesenta y nueve contigo.

ÉL (*sincero*). —Yo también, jovencita.

Se acerca a mi boca, y nuestras lenguas se mezclan un largo instante mientras él toca la campanilla. ¡Ah, aquí está Julien con la bandeja del desayuno! El sirviente se interesa por nuestro estado:

—¿El señor y la señorita han dormido bien? ¿Sí? Me alegro, si se me permite decirlo. He preparado café con leche, tostadas y cruasanes, como de costumbre. No obstante, si la señorita Lucienne desea otra cosa...

La gente de mundo es sorprendente. Comparten a una mujer, siempre que no sea la propia, con el criado, porque está bien dotado; sin embargo, éste asume de nuevo su condición cuando ya no se trata de joder a trío. ¡Incluso él ha olvidado por completo que me embestía por delante hace unas horas, mientras su señor me la metía por detrás! «¿El señor y la señorita han dormido bien...?». ¡Y supongo que han jodido bien! «¿Café con leche, té, chocolate...?». ¿Coño, culo..., o tal vez boca? Como la señorita desee.

Son más de las once cuando viene a retirar el servicio. Yo tengo el día libre, pero no he olvidado que le prometí a Irma llevarla hoy a comer, para corresponder a su invitación de la semana pasada en el Café Bignon. ¡Con lo que he sacado hoy, podría hacer las cosas a lo grande! Por otra parte, el señor François tiene que salir. Como le va de paso, me dejará en Las Odaliscas. Nos arreglamos, pues, sin remolonear, y montamos en su tálburi.

YO (*dándole un último besito y una última caricia en la bragueta*). —Ha sido maravilloso, estimado señor. Sí, sí... ¿Cuatro veces..., cinco...? Ya no me acuerdo. ¡Ah, hombres como usted...! Espero que volvamos a vemos.

ÉL (*con la mano entre mis muslos*). —Prometido. En cuanto recupere las fuerzas.

YO (*mientras bajo del tálburi*). —Sobre todo, no se te ocurra malgastarlas con una mujer decente, por favor. Tu deliciosa minga es para mí, sólo para mí.

Jueves 14 de diciembre

En el fondo, Las Odaliscas es como un internado. Nos unimos a los hombres con la misma disposición de ánimo con que las chiquillas reciben la bendición o se dirigen a

vísperas. Hacemos las comidas juntas y nos acariciamos en el dormitorio, igual que ellas. Tenemos nuestro tiempo de recreo como ellas, entre clase y clase, y nuestro día de salida, como ellas. Y como ellas, no sabemos muy bien qué hacer ese día, tan acostumbradas estamos a la rutina del resto de la semana.

Tal es así que aquellas que no tienen un hombre con quien encontrarse en el acuario ese día, ni un hijo a quien ir a visitar y mimar, o que desean ganar más para independizarse cuanto antes, llegan fácilmente a un acuerdo para renunciar a él en favor de la casa o de una compañera. Sobre todo, en invierno, cuando no es ninguna bicocha deambular por las calles envuelta en un mísero abrigo que te deja el culo y las tetas congeladas.

Para mí, el domingo es el jueves. Aproximadamente uno de cada dos lo paso en el estudio de Adolphe. Le miro emborronar telas, me quedo en camisa, o sin ella, para hacerle de modelo si el brasero está bien provisto de carbón. Si aquello parece Siberia y no hay más que mendrugos para comer, ya sé lo que me toca hacer: prestarle (se empeña en utilizar esa palabra) el luis que un aficionado le debe de un esbozo, y que le pagará sin falta al día siguiente. Hacemos el amor, por supuesto. Sin pena ni gloria, pues el ardor de antaño ya se nos ha pasado, tanto a él como a mí.

Los jueves que no toca pintura, me cojo de la mano y me saco como una niña buena. Una comida en un restaurante, un paseo digestivo que en ocasiones me lleva hacia mi antiguo barrio de la Trinité, donde me adentro con prudencia. Allí me miran y me abordan, evidentemente; una chica bonita sola en la calle por la tarde, sin una sombrerera bajo el brazo y paseando con la cabeza bien alta, es un corazón libre. ¡Pero de eso nada, monada! ¡Los guripas no tardarían en echarme el guante! La calle pertenece a las cantoneras debidamente documentadas, no a las que trabajan en burdeles.

De regreso a Las Odaliscas, paso a darle las gracias a la *madame* por haberme dado permiso. Sí, al parecer el cliente ha quedado encantado con mis servicios. Sí, todo va bien. Sí, ahora voy a salir con Irma. La llevo a La Palmera de Lorette, un restaurante que no dispone de reservados, pero que frecuenta una buena clientela y donde se come de forma más que aceptable por seis francos.

—¿Qué te ha pasado, Lucienne? —exclama al verme—. ¡Te bizquean los ojos!

—¡Oh, nada! —respondo con desenfado—. Una dormida un tanto agotadora. Ahora te contaré.

Nos sentamos, pedimos y empezamos a charlar. De nuestros fletes, hablamos de pasado; el tema principal son las novelas (Irma es una ferviente lectora de las de Paul Adam, que le gusta más que Victor Hugo) y la pintura (le encantan los desnudos de Bouguereau, el auténtico, a quien considera diez veces superior a Ingres). La sala está llena. Algunas parejas y muchos hombres de negocios, solos, que van a reponer fuerzas antes de la apertura de la Bolsa. Dos mesas más allá, enfrente, no cabe duda que se encuentra sentado uno de ellos; entre plato y plato hojea papelotes, y toma notas febrilmente en una libretita. Es un hombre corpulento de barba y pelo negros,

nariz caricaturesca, grandes ojos negros y vivos, labios carnosos y rojos, rutilantes anillos en dos dedos de la misma mano... SI no se llama Cohén, se llama Lévy, y si no, Reinach. En cualquier caso, se trata de un hijo de Israel.

Mi querido y pobre papá estaba muy furioso con ellos, como tantos otros en La Fourmi Française. Al parecer, amasan con demasiada rapidez fortunas sospechosas. ¿Y bien? Si eso es cierto, el asunto le incumbe al gobierno, no a mí. Los Rothschild son lo que son, y el hecho de que ellos fueran más pobres no me haría más rica a mí. Les gusta el dinero, ¿y qué? ¡No les sucede sólo a ellos! También les gustan las mujeres, las propias y las ajenas, y la *madame* nunca se ha quejado de los que frecuentan su establecimiento, del mismo modo que ningún cliente se ha quejado jamás de Esther, la judía que hay en Las Odaliscas como en toda casa que se precie.

Escucho distraídamente a Irma, que me está contando *Carne débil*, la última novela de su ídolo, mientras amaso bolitas de pan entre los dedos. Cuando levanto la mirada, encuentro clavada en mí la del hijo de Israel, quien, sin dejar de contemplarme, alza discretamente su copa a mi salud. Irma, que está Inclínada sobre mí, no se ha percatado de nada.

¿Qué puedo hacer? No sólo nos está prohibido, por la *madame* y los guripas, echar el anzuelo en nuestro día libre, sino que ni siquiera podemos aceptar ofertas. ¡Es una lástima! Este oso me interesa. En vista de que ya es la hora en que abre la Bolsa, después de pagar la cuenta, guarda los papeles en la cartera y se dispone a salir. Si voy a hacer algo, debe ser ahora.

—Emma —digo, pellizcándole un brazo—, continúa contándome *Carne débil*, no levantes la vista y no te fijes en lo que hago.

Ella echa un vistazo furtivo por la sala, comprende la situación y prosigue su charla. Yo saco un lápiz y garrapateo en una hoja de mi carnet de baile: «Lucienne, 25, calle Saint-Augustin». Ni mencionar Las Odaliscas, por supuesto. Él ha observado mi maniobra, se levanta, hace que le traigan el abrigo y se dirige hacia la puerta con su bomba en la mano, dando un rodeo por nuestra mesa. Yo he doblado la hoja en cuatro y, cuando pasa a nuestra altura, la engancho en la cinta del sombrero. Se trata de una artimaña tan conocida (es el ABC de las vengadoras), que él ha procurado mantener la bomba a la altura adecuada, aunque sin dirigirme la mirada y más tieso que un palo.

—¿Qué, has podido enganchar la nota? —me pregunta Irma cuando él ya ha salido.

—Creo que sí. ¿Qué te parece?

—¡Oh! Estilo gorila del Parque Zoológico, con dinero. De todas formas, es para ti.

Reímos, acabamos de comer, ella me invita a café y pastas en una terraza y volvemos a casa. Él tiene la dirección. Si realmente le gusto, a él corresponde demostrármelo.

Viernes 15 de diciembre

Es espantoso que se pueda llegar a vivir sin pensar en nada, después de estar unas semanas en el burdel. Auténticas becerras, eso es lo que somos más o menos todas en Las Odaliscas.

Lo digo sin vergüenza ni rencor, en primer lugar, porque me he convertido en una de ellas de buen grado, y en segundo lugar porque, bien pensado, es la vida menos desagradable de todas las que podrá llevar en la actualidad, si las cosas hubieran tomado otro giro.

No es que sea muy brillante, lo reconozco, pasarse los días y las noches yendo de un sofá a una cama, de un plato a un bidet, de un bigotudo a un barbudo, de un puerro a un espárrago; y siempre, eso es lo peor, entre el temor de que se te hinche el vientre y el de la posibilidad de que nos envíen a Saint-Lazare. Sin embargo, es el destino de casi todas las mujeres casadas en cuanto se desvían del buen camino para tener un amante. Es más, ellas no están libres de pillar una sífilis ni aun limitándose a su legítimo, mientras que el oficio enseguida nos vuelve más prudentes con los hombres que ratones ante un trozo de queso con aspecto sospechoso.

Sábado 16 de diciembre

Algo que no debe de ocurrirles a menudo a las mujeres decentes, cuando sienten inclinaciones un tanto guarras, es echar el guante a un marido o un amante que no se conforme con metérsela delicadamente, sino que sepa hacerles aceptar de vez en cuando, forzándolas o incluso embriagándolas, una fantasía que no conocían ni por asomo hasta entonces, y que a partir de ese momento les rondará por la cabeza como un íntimo secreto vicioso que quedará entre ellas y su maromo.

Pensaba en ello hace un instante, mientras regresaba al salón después de haber subido con un cliente muy amable, generoso y en absoluto agotador: ¡el hombre ideal! Alrededor de treinta y cinco años, semblante de vividor nada retorcido que se encuentra ese día con diez francos de más en el bolsillo y, mira por donde, una pequeña fantasía para compartir con una mujer de la vida, ya que no puede hacer partícipe a la suya.

Como a tantos otros, ha sido la redondez de mi nalgamen lo que le ha decidido a elegirme. ¡Ah, ese nalgamen! Debería sacarlo a subasta, o hacerlo cotizar en Bolsa, como las acciones del Canal de Panamá. Si la *madame* me dejara, desfilará ante los clientes con una capucha negra en la cabeza, dándoles la espalda, y con el camisón arremangado hasta la cintura. Nada de guiños y carantoñas, ni de asomar la lengua entre los labios. El culo, sólo enseñaría el culo.

Eso es más o menos lo que éste me dice mientras nos preparamos. Que imaginaba que lo tenía muy bonito, y que, en efecto, lo es. Acompañados de dos francos de

guantes y de un recorrido amistoso de la mano por toda la superficie de los montículos, son el tipo de cumplidos que producen tanto más placer cuanto más tiempo se ha pasado privada de ellos, como es mi caso hoy.

—¡Y aún no lo he visto todo! —añade mientras me contoneo bajo su mano.

¡Vaya, vaya! Un ¡AUTENTICO amante! ¡De esos que no se fían de las apariencias y quieren llegar hasta el fondo de las cosas! Con objeto de que pueda satisfacer su curiosidad, me tumbo boca abajo en la cama, con la cabeza entre los brazos y muy relajada, y espero. ¡Oooh, qué agradables resultan esas manos invisibles que separan con suavidad nalgas y muslos! Y los cumplidos no cesan. Tan pronto lo ve violeta como malva, tan pronto fruncido como plisado, y siempre igual de apetecible.

—¿Sería de su gusto un lametón? —pregunta inquieto, tras haberse regalado la vista.

YO (*con un meneo significativo*). —¡Qué pregunta, tesoro! ¡Y algo más, por favor! ¡Un lavado completo!

Él se aplica con fruición a realizar el servicio solicitado, lame, chupa, mordisquea, aspira, me levanta la pelvis y me separa los montículos para facilitar el acceso al ojete, y yo me dejo hacer plácidamente. ¡Son realmente los mejores momentos del oficio, y tan escasos!

Cuando se ha saciado, se incorpora y gratifica a una y otra nalga con una palmada jovial, para indicar que la sesión ha terminado.

YO (*lánguida*). —¡Ha sido maravilloso, pichoncito! En la vida de una mujer, es importante que le deshojen bien la rosa... ¿Cuál es el paso siguiente?

Pues bien, ninguno. Insisto, explicándole con claridad que una arandela tan sabiamente preparada no puede negarse a nada. Pero nada, no hay manera. Hoy sólo tena ese capricho, y nos despedimos con la promesa por su parte de que volverá. ¡Así lo espero!

Domingo 17 de diciembre

Es preciso decirlo, una casa bien llevada como la nuestra presenta cierto parecido con un cuartel. Si cada mujer empezara su guardia cuando le pareciese, como en la calle, siempre seríamos o demasiadas para pocos clientes, o insuficientes para muchos. Así pues, la *madame* establece los turnos según las necesidades de la casa, teniendo en cuenta también sus preferencias, es decir, según pueda favorecerá Fulanita o Menganita. Como dice muy serio el señor Armand, «Las Odaliscas no son un picadero».

Durante la semana todo se desarrolla con normalidad, a excepción de algún que otro punto de discordia. El domingo es algo más complicado. Para empezar, es preciso prescindir de las mujeres que no faltarían a misa por nada del mundo, ya las que los patrones no pueden retener esa mañana contra su voluntad. Lo dice la ley, así

como que una mujer puede negarse a trabajar durante la semana santa, o en cualquier caso el viernes santo, sin que sus patrones puedan penalizarla con una multa, y todavía menos despedirla. La Normanda y Mimi la Tetuda van a Sainte-Eustache, donde se encuentran como en casa dada la cantidad de lecheros y carniceros de la parroquia procedentes de allá. Van a pie, así dan un paseo, y vestidas como mujeres decentes, así descansan de bata.

Si se añade a las religiosas las dos madres de familia que hacen fiesta ese día (Mélie la Tres Bocas y Malou la Peluda), más una o dos que habrán encontrado un buen motivo para desaparecer, quedamos cuatro o cinco. Como los domingos por la mañana no se trabaja mucho, y a veces nada, la mayoría de las mujeres presentes, en lugar de aburrirse por cuatro chavos, se pasan la mañana en manos del peluquero para deslumbrar a la clientela de después de las cinco.

No obstante, la de la mañana posee su encanto. Son burgueses casados, que aprovechan que su legítima está en misa para ir por su cuenta a llevar un cirio a la capilla de Las Odaliscas. Infieles, para llamar a las cosas por su nombre. Acompañan a la esposa a su reclinatorio, y desaparecen con la excusa de que un amigo acaba de entraren la iglesia. Entre el *Introito* y el *líe, missa est*, tienen el tiempo suficiente de hacer que les ablanden el cirio y de regresar, tan tranquilos, para ofrecerle el agua bendita a su cónyuge.

La mañana del domingo tiene, pues, sus habituales. Por nuestra parte también: Fanny, Rosa la Flor y yo, que preferimos hacer el turno de once a nueve de la noche y acabar a la hora más pesada; en cuanto a la cuarta, ya que siempre debe haber cuatro de guardia, las demás se van turnando.

Esta mañana, apenas habíamos entrado en el salón cuando llegó un cliente. Más bien joven, con buena pinta, clac y guantes de piel, un misal en la mano y bastante excitado. Nos observa un instante y me tiende la mano. Subimos, deposita tres monedas en la chimenea y se desnuda. Cuando le invito a reunirse conmigo en la cama, me pregunta a boca de jarro:

—Garita, ¿sabes dónde está mi mujer en este momento?

YO (*sin inmutarme*). —Supongo que en misa.

ÉL (*atónito*), —¡Cielos! ¿Cómo lo has adivinado?

YO. —Veamos, pichoncito, a no ser que se sea cura, nadie pasea el domingo a las once de la mañana con un misal en la mano. En cualquier caso, gracias por los tres francos.

ÉL (*amable*). —¡Oh, es mejor que echarlos al cepillo!

Entonces me explica que la noche pasada, e incluso esta misma mañana, ha intentado sin éxito colocarle la mercancía a su mujer, que, según él, es apetecible e incluso amorosa. ¡Imposible! «Después de misa, si insistes, sí; pero antes, ni hablar. Iría derecha al infierno».

Hablando claro, me meo en sus explicaciones. He dormido bien y desayunado mejor, tengo apetito, así que jodamos y no se hable más; sobre todo teniendo en

cuenta que, como a menudo les sucede a los hombres, el lavado le ha hecho empalmarse. Por desgracia, también como sucede a menudo, su divisa parece ser: ¿Por qué hacer simple algo que puede ser complicado?

—Cuando pienso que ella me está esperando en la iglesia —repite sin moverse, mientras le atrapo el cirio con la boca para ayudarlo a decidirse—. ¿Sabes qué me gustaría hacer?

—¿...?

El hombre interrumpe mi actividad, va a buscar el misal que ha dejado en la repisa de la chimenea y me lo entrega.

—Fingirás que sigues la misa mientras jodemos.

Si no es más que eso... No obstante, replico que no está bien burlarse de las cosas santas, lo cual me hace ganar dos francos suplementarios. Ahora hay que tomar posiciones. Me arrodillo en el sillón, apoyada contra el respaldo y con el misal abierto en las manos, separo las piernas, me unto discretamente con saliva para facilitar las cosas y espero. Él se acerca, me acaricia la espalda, los pechos y las nalgas, y susurra con la voz un tanto ronca:

—Las oraciones... Debes decir las oraciones...

¡Este excéntrico hará que me condene! Al mismo tiempo que lo guío hacia el tabernáculo, farfullo al azar las pocas frases que recuerdo de mi piadosa infancia:

—Inilium sancti evangili secundum Joannem...

—¡Sí, continúa, continúa! —Implora, penetrándome enérgicamente.

—In Mio tempore, *pater noster* qui es in caelis, ora pro nobis... Él, agarrándome de las caderas, se menea como un verdadero demonio.

—¡Pero qué bien jode este condenado! —exclamo buscando desesperadamente el modo de proseguir la plegaria—. ¡Ah, sí! *Veni...*, *veni sánete...*, *sánete Spiritus...* ¡Más que bien, el muy guarro! Va a hacerme..., va a hacerme... *In sécula...*, *aaah...*, *secuto...*, *oooh...*, *seculorum...*

¡Amén! Feliz y orgulloso, me obsequia con una última arremetida, y yo me dirijo presurosa en busca del agua bendita. Cuando regreso al salón, con las piernas temblequeando, Fanny me pregunta, un tanto sorprendida:

—¿Qué te pasa, Lucienne? Estás rara. Y yo, desplomándome en el sofá, contesto: —¡Oh, nada! Son los efectos de cinco púas y un trocito de misa.

Martes 19 de diciembre

Confiaba en haberme librado del *milord* que sólo se excita con *grooms*. Pero, por desgracia, no fue así. Al poco tiempo, tuve que volver a disfrazarme. Cuando la *madame* me lo comunicó, fruncí el entrecejo.

ELLA. —Sin embargo, mi pequeña Lucienne, una chapa en la ciudad... Y el señor en cuestión quedó satisfecho, ya que la reclama de nuevo. ¿Hubo algo que no le

gustó?

YO. —Pues bien, señora, sí. Es un sarasa y paga mal. Y, por si fuera poco, ese traje de *groom*..., ¡es grotesco! Para ser sincera, tiene un *groom* auténtico y es a él a quien jode. A él o a ella, como prefiera. Así que, señora, si me permite decirlo, póngase en mi lugar... ¡La tercera en discordia en un numerito de maricas! ¡Y encima con un anglicón! ¡Y que si Jimmy por aquí, que si Johnny por allá...! Dígale..., no sé, dígale que estoy en Saint-Laze. Eso lo desanimará.

ELLA (*afectuosa*). —Con ese sistema, tendríamos que cerrar la barraca y se encontraría en la calle. ¡Y no sólo usted!

Asentí con la cabeza, enjugándome unas lágrimas. Tanto por interés como por temperamento, la *madame* es sensible a las preocupaciones y los accesos de tristeza de sus internas. No sólo debemos parecer alegres y despreocupadas en nuestro trabajo, sino que DEBEMOS serlo. Pero ¡ay, es más fácil decirlo que hacerlo! La *madame* me consuela, me reconforta, me promete resarcirme de este mal trago proporcionándome fletes apacibles, y me envía a ponerme el odioso uniforme de *groom*, dándome una palmadita en el culo.

El anglicón está animado. Todavía en el tálburi, con las cortinillas corridas, guía mi mano hacia su bragueta e introduce la suya entre mis nalgas. Al parecer, el cochero ha recibido la orden de pasear durante un buen rato antes de dirigirse al parque Monceau, y el flete va envalentonándose a medida que trotamos. Extrae del pantalón un instrumento seco y rígido, y ordena:

—*Jimmy acariciarme. Menear mi churra.*

Meneársela..., sabe decirlo en francés. Obedezco, y él me pellizca las nalgas y me da a entender que debo sentarme en sus rodillas. ¡El bribón es capaz de..., de darme..., aquí mismo! Echar un polvo deprisa y corriendo en un carruaje no es ninguna novedad para mí; así fue como perdí mi virginidad. Con otros, me parecería pan comido, pero con él... Me resigno, y como no parece estar dispuesto a prepararme para el asalto, me embadurno yo misma con saliva, en la oscuridad, antes de acomodarme encima de él..., dándole la espalda, evidentemente.

Un hombre decente siempre tatea el terreno antes de encontrar la entrada de los artistas, sobre todo en la oscuridad. Apunta demasiado arriba o demasiado abajo, pues no tiene desarrollado ese instinto. Los sarasas sí lo tienen. Ellos apuntan sin vacilar. La costumbre... Además, cuando son del ramo o de la serie B, como es el caso de mi anglicón, no tienen ninguna consideración con el ojete. ¡O la meten o lo rompen!

¡Menos mal! Ha entrado, arrancándome un alarido de dolor que parece entusiasmarle. No es muy larga, y sin embargo se hace interminable. Me muerdo los nudillos, me pellizco los muslos, balanceo la grupa de derecha a izquierda, no porque experimente placer, ¡oh, no!, sino para hacer que se corra más deprisa. ¡Uf, ya está! Me levanto. El jugo resbala a lo largo de mis piernas, por dentro del pantalón de *groom*. ¡Puaf!

La única compensación es que ya está asqueado de mí e impaciente por ver a su

Yonny. Sin decir palabra, guarda su instrumento, golpea el cristal y da una orden al cochero. Continuamos circulando todavía un cuarto de hora más. Luego, me entrega una moneda de cinco francos, y enseguida me encuentro, ¡oh, ventura!, en el patio de Las Odaliscas.

Miércoles 20 de diciembre

¡El pez de La Palmera de Lorette ha mordido el anzuelo! ¡El hijo de Israel! Ephraím, señor Ephraim Siebenberg, 4, plaza Victoires, reza su tarjeta de visita, que la *madame* me ensena. No ha venido en persona a Las Odaliscas, sino algo mucho mejor: ha pedido que me envíen a su domicilio, a cuatro pasos de aquí. Mejor porque supone diez francos para la casa y diez para mí; por mi parte, también espero cuatro o cinco francos de guantes. Además, debo confesar que me hubiera sentido violenta al verlo aterrizar sin previo aviso, como un cliente cualquiera.

Me dirijo, pues, a su encuentro en taxi, todo lo abrigada posible por encima para que no vea llegar un cubito cuando espera una estufita, o al menos eso supongo; y con lo mínimo cerca del cuerpo, porque no es la clase de hombre que pueda perder el tiempo desnudando. Si es solterón o viudo, lo ignoro; en cualquier caso, vive solo con la servidumbre en una mansión magnífica de veinte habitaciones, con chimeneas por doquier, plantas y todo tipo de detalles fantásticos.

Me recibe él mismo al pie de la escalera, envuelto en una bata escarlata con cuello de piel, me ayuda a quitarme el sombrero, el manguito y el redingote de invierno, despide al criado, y dice acariciándome:

—Le eztoy muy agadecido pod habed venido, pequeña. SI tiene la bondad de zeguidme...

No es que sea mala su pronunciación, no, ¡es que es horrorosa! Sin embargo, ello no le impide hacer negocios, y todavía le impedirá menos hacerme el amor. Por lo tanto, decido ignorar el hecho.

El tal Éphraím resulta, ¿cómo diría yo?, un tanto difícil de entender. Es detallista, delicado como un elefante erguido, pacífico como un oso domesticado; en resumen, lo contrario de lo que yo esperaba, y sobre todo lo contrario de lo que sin duda es en la Bolsa y en sus negocios. Pero los míos no se verán afectados por pasar una hora en su cama.

Todo se desarrolla muy bien, sin complicaciones ni sorpresas, hasta que llaman a la puerta mientras estoy desnuda a su lado y él me acaricia con sus grandes patas velludas. Se levanta de un brinco, entrea-bre, y le quita de las manos al sirviente un papelito azul. Luego lo esconde, dirigiéndome un vago gruñido:

—Perdone, pequeña, los negocios, los negocios...

Me cuido mucho de hacerle preguntas. Cada cual sabe sus cosas, ¿no? Por lo demás, no cabe duda de que se trata de una buena noticia, pues regresa como un

chiquillo al que acaban de regalarle un caballo de cartón, y nuestra entrevista prosigue en el punto donde se había interrumpido. Me hace el amor con energía, sin preocuparse demasiado de aplastarme bajo su peso y como si ahora tuviese prisa por acabar.

Sigue igual de atento hasta el final, desliza galantemente un pequeño sobre en mi manguito (cinco francos) y me pide que vuelva a la misma hora el miércoles siguiente, con las mismas condiciones. Avisará a la *madame*, y confía en que acepte ir muchos otros miércoles.

¡Menuda proposición! A nosotras nos sucede como a los periódicos: los suscriptores son quienes nos proporcionan los mejores beneficios.

Cinco

«¿Que si le quiero? —dijo ella—. ¡Ya lo creo, señora!
Me trae bombones..., pralinés. ¡Y qué bueno es el chocolate praliné! Hago todo
lo que me pide por unas chokolatinas...».

Balzac, *La prima Bette*.

Miércoles 3 de enero

Vienen para que les alivien, los dejen secos, los expriman, es del dominio público; para satisfacer una inclinación más o menos católica, es de cajón; para elegir sin problemas entre cinco, seis o diez mujeres, ninguna de las cuales lo rechazará, nosotras lo sabemos de sobra; para oírse llamar «cariño, pichoncito, tesoro», es cierto. Cualquier razón es buena para llamar al timbre de Las Odaliscas, La Gavilla de Heno, El Cesto Surtido o cualquier otra de las cien casas de amor que son la gloria de nuestra capital. Eso se aprende en el colegio.

Lo que no se aprende, y es aún más cierto que todo lo demás, es que vienen a vernos «porque somos su verdadera familia». No exagero: llaman «mamá» a la *madame*, ya nosotras nos consideran más como hermanas pequeñas o primas (tías no, mucho ojo), e Incluso esposas, que como mujeres que hubieran conocido en el ómnibus y olvidado un Instante después. Tienen su preferida, como la tendrían entre un grupo de sobrinas o de cuñadas; y, como en una familia, las preferencias no se discuten y pueden cambiar, porque en el fondo nos quieren a todas.

No hay que sacar las cosas de quicio, evidentemente. Lo que digo es cierto en el caso de muchos hombres, pero no de todos. Sin embargo, como diría el señor de la Palisse, mucho es más que un poco, y desde luego suficiente para hacer la vida en el convento soportable, y en ocasiones agradable. Sobre todo en estas fechas, durante las fiestas de Navidad. El resto del año, los solterones se las arreglan mejor o peor con su soledad.

Pero cuando se acercan las fiestas, se dan cuenta, bien de que no tienen a nadie a quien mimar, o bien de que tienen mujeres que no les interesan. Por otra parte, se dicen que sus amiguitas de Las Odaliscas tampoco disfrutarán de unas fiestas alegres si nadie piensa en ellas, ¿y quién va a hacerlo? La mayoría de nosotras somos desechos de la perra vida, y la que tiene familia, es como si ésta no existiera; algunas tienen un hombre, pero éste está demasiado ocupado sacándoles los cuartos para pensar en mimos, ni siquiera una vez al año.

Yo, por ejemplo, que no tengo ni maromo al que alimentar ni familia a quien visitar, estoy pasando este año las mejores fiestas desde hacía mucho tiempo. Cajas de bombones, perendengues, pastillas de jabón perfumado, un cepillo para el pelo, un camisón de seda, e incluso un pequeño broche; de fantasía, por supuesto, pero lo que cuenta es el detalle cuando viene de un profesor de latín que da clases por tres francos y medio a hijos de ricos, y que, de vez en cuando, me hace un sesenta y nueve como los propios dioses. De mi primerizo he recibido un espejo de bolso barato y un gentil beso. El señor Jacques, el esteta, me ha regalado una camisola de seda para realzar el avispero que adora.

El mejor ha sido Raoul. Mi chocolatero no se ha andado por las ramas. Ayer, martes, llegó hacia las cuatro seguido de un ayuda de cámara cargado de paquetes y más serio que un papa. Ya sé que las chocolatinas las fabrica él, y que por lo tanto le sale más barato que a otros; pero llevar doce cajas a las mujeres del serrallo para felicitarles el Año Nuevo, no lo hace cualquiera.

En el salón nos encontramos seis: Fanny, Rosa la Flor, La Normanda, Esther, Cléo la Escandalosa, Irma y yo. El presenta sus respetos a la *madame*, le ofrece la caja más grande, y luego solicita el honor de besarnos a todas, una detrás de otra, mientras nos da una caja a cada una. El resto es para las ausentes.

—¡E invito a champán! —añade.

Siempre hay unas botellas al fresco, en invierno en una fresquera exterior, y en verano en la bodega. El señor las paga a dos francos, y la señora las revende a cinco, como es lógico o ilógico. La *madame* envía al camarero en busca de tres botellas y copas, y decide que se puede cerrar la casa durante media hora, ya que estamos en el momento más tranquilo de un día tranquilo. A veces le entran de pronto ganas de juerga, aparte de que el señor Raoul es un excelente cliente.

Cual sultán por un día, el señor Raoul se instala en el centro del sofá, con dos odaliscas a su derecha, dos a su izquierda, y las dos últimas más la *madame* enfrente, en el otro sofá. ¡Nuestro chocolatero respira la alegría de vivir! La *madame*, tapada desde el cuello hasta los tobillos, hace algunas gracias y enseguida nos deja, recomendándonos prudencia y dignidad. ¡Oh, no violaremos a este cabrito de oro! Sin embargo, ¿cómo evitar, a la segunda copa, desabrocharle la camisa porque hace calor, separar las piernas sin tener malos pensamientos, besuquearse entre mujeres porque el champán se sube a la cabeza?

El serrallo prosigue, pues, su marcha, y nos encontramos vaciando la última

botella cuando la *madame* asoma la nariz para anunciar que el recreo ha terminado, y que se dispone a abrir de nuevo la casa a otros clientes. Mis compañeras dan las gracias al señor Raoul sin intentar camelárselo; saben que viene por mí y que es lo bastante mayorcito para elegiré otra sin que nadie se lo diga.

Él me toma de la mano, y nos disponemos a subir cuando le entra el capricho de una segunda mujer.

—Señoras, ¿quién de ustedes aceptaría acompañarnos? —pregunta—. No me mire así, Lucienne, no es más que un capricho —añade.

De repente, el harén entra en ebullición y todas las manos se levantan: ¡yo, yo, yo! Él examina a las candidatas..., una nalga por aquí, un pecho por allá..., y alza los brazos al cielo. Aparte de mí, parece ser que no siente ninguna inclinación especial por una u otra.

—Todas son encantadoras por igual, ángeles míos —declara—, y no sé por cuál decidirme. Lucienne elegirá por mí.

¡Ay! Decidir, entre cinco colegas amables, a cuál de ellas le haré ganar cinco francos de guantes, significa enfadarme con cuatro. No tengo dobladora oficial, como le sucede a Mimi con La Normanda, por ejemplo, o a Rosa con Fanny. ¿Esther? Me produce erupciones. ¿Rosa la Flor? No es el tipo de mi cliente. Los beneficios de Cléo irían a parar directamente al bolsillo de su macarra. Fanny no parece muy interesada. Así pues, señalo a Irma, que no anda necesitada, es cierto, pero a la que quiero y con la que nunca he «doblado».

—Mi amiga Irma —le digo a «nuestro» flete—. ¿Te gusta, cariño?

Le gusta, así que subimos a la habitación reservada para los tríos y los cuadros vivientes, que está provista de una gran cama.

Él deja dos monedas en la repisa de la chimenea (quince Cráneos), se deja lavar y nos dice, un lanío apenado:

—Debo hacerles una confesión, ángeles míos. Nunca he hecho el amor con dos mujeres.

IRMA (*mientras se quita el camisón*). —No me irá a decir que tiene miedo, ¿verdad señor Raoul?

ÉL. —¿De ustedes? Claro que no. Pero no sé por dónde empezar, y van a pensar que soy bobo.

YO (*tumbándome en la cama*). —¡Qué ocurrencia! ¿Bobo tú? Venga, voy a ayudarte. ¿Quieres hacernos el amor de una en una mientras acaricias a la otra?

ÉL. —No, gracias.

YO. —Sin embargo, querido, no tendrías ninguna dificultad en hacernos gozar a las dos. No quiero desvelar nuestros pequeños secretos, pero, Irma, ¿sabes que cuando el señor Raoul viene a verme casi siempre hace doblete?

Es cierto. El primero, cuando nos conocimos, vino seguido de muchos otros, dos o tres al mes, unas veces empezando por el polvo normal, y otras por el extraordinario.

IRMA (*interesada*). —¿Doblete? Entonces, entre ella y ella, o ella y yo, ¿cuál es la diferencia, señor doblador?

YO. —Y no te he contado lo mejor. ¿Puedo, cariño?

ÉL (*embarazado*). —Veamos, Lulu...

YO (*acompañando mi explicación con gestos*). —Pues bien, una vez por aquí y otra por ahí, querida. Y no de cualquier manera, puedes creerme. Mi Raoul la tiene de acero.

Irma se Inclina sobre él para verificar mi afirmación. Yo la animo a subirse a la cama y me aparto, sugiriendo:

—Querida, enséñale el conejito a nuestro amigo. Me sorprendería mucho que todavía dudara en ensartarte después de verlo.

Ella se coloca a horcajadas a la altura de su cabeza, con las piernas bien abiertas. A Irma le gusta que los hombres la miren. Le excita, me lo ha dicho muchas veces. No me refieran a que le miren la cara, evidentemente, sino lo otro. Un día me confesó que, a veces, se ha sentido mirada con tanta Intensidad que ha gozado sin necesidad de que la tocaran.

Todavía Incómodo por la novedad, el señor Raoul permanece en silencio. Para darle ánimos, le pregunto:

—¿Verdad que mi amiga tiene una cotorrita preciosa? ¡Oh, puedes mirarla, no soy celosa! Y si la miras como es debido, empezará a humedecerse, ¿sabes?

Tras estas palabras, me Inclino a mi vez sobre la famosa minga de acero. ¡Puaaaf! No es la gloria. Hay hombres que ante la presencia de dos mujeres se arman, y otros que se ablandan. Este, ni lo uno ni lo otro, pero eso tiene remedio.

YO. —¡Oh, voy a poner firme a este soldado, señor Raoul! ¡Quiero ver a este perezoso presentando armas! Irma, separa tus labios para que el botón quede bien visible. Yo voy a hacerle el sifón a nuestro invitado.

Dicho y hecho. El señor Raoul ha agarrado a Irma de las nalgas, y ahora hace comentarlos muy halagadores sobre la belleza de lo que ve. El sifón provoca el efecto deseado: se le empina como a un jovencito. Irma comienza a gemir y pregunta:

—¿Puedo masturbarme, Lulu? Me mira con tanta Intensidad que no puedo aguantar más... ¿Sí? ¡Aaah, voy a gozar, voy a gozar! ¡Señor Raoul, retírese..., retírese!

¿Quería o no quería hacerlo? En cualquier caso, ya es demasiado tarde. Irma descarga tan copiosamente como si hubiera roto aguas. El chorro se estrella directamente contra el rostro del mirón.

—¡Oh, perdón, perdón, señor Raoul! —se lamenta la joven—. Yo... no hubiera debido tocarme. Estoy avergonzada... Daba tanto..., tanto gusto..., que no he podido... contenerme.

—Está usted perdonada, hija mía —responde él—. Es cierto lo que dice Lulu, tiene usted una..., una...

IRMA (*reconfortada*). —Una cotorrita, cariño.

ÉL. —Una cotorrita encantadora: Y tú, Lulu, una boca suntuosa... ¿A qué jugamos ahora, ángeles míos?

YO. —Pichoncito, vas a hacerle el amor a Irma sin moverte de donde está. Yo ocuparé su lugar, y tú me comerás el chichi mientras nosotras nos damos la lengua. ¿Estáis de acuerdo?

Irma asiente enérgicamente con la cabeza. El señor no dice que no, luego consiente. ¡Muy raro tendría que ser para no hacerlo! Irma y yo ocupamos nuestros puestos, yo con las nalgas encima de la cara del hombre, procurando no asfixiarlo, y ella frente a mí. Mi compañera apunta el dardo en dirección a la diana, Introduce la punta y se deja caer suavemente sobre él. El chocolatero se abalanza sobre mi almendra garrapiñada, yo atraigo a Irma hacia mí, y ya está formado el trío. Nos movemos acompasadamente y en silencio, pues nuestras bocas están ocupadas, y gozamos los tres con unos segundos de diferencia, él el primero, yo la última.

YO (*recuperando el aliento*). —¿Todo ha ido bien, tesoros? ¡Vamos, Irma, muévete! Ya sabes lo que es esto, pichoncito...

Irma se reúne enseguida con nosotros en la cama. Nos acariciamos, y luego el señor Raoul nos pide que le dejemos chupamos los pezones a las dos. Yo ronroneo (¡me encanta que me mamen las tetitas!), Irma suspira de gusto, se excita, y nos deja para hacerle a la polla de nuestro amante el lavado que necesita. Me quedo sorprendida, pues sé por ella misma que no es amiga de mamadas.

—Debes de gustarle mucho, cariño —le digo a Raoul—, porque siempre se niega a hacerlo. ¿No es cierto, Irma?

IRMA (con la boca llena). —Nam, ñam...

ÉL (*a Irma*). —Se está ahogando, ángel mío. ¡Déjelo, déjelo!

IRMA (haciendo caso omiso). —Nam, ñam...

YO (*a Irma*). —Pero, querida, vas a hacerle descargar y yo me quedaré a dos velas. ¡A mí aún no me ha jodido!

IRMA (acelerando la cadencia). —Nam, ñam...

No obstante, tiene la honradez de abandonar cuando nota venir la savia. La honradez y la prudencia, pues si raras veces acepta hacer el sifón, habría que amenazarla de muerte para obligarla a tragarse el humo. Irma suspira, vuelve a nuestros brazos, y pregunta qué preferimos que haga, puesto que me toca a mí ser ensartada. El señor Raoul no tiene opinión. Nos toca a nosotras decidir.

YO. —No, cariño, sé sincero, ¿quieres tomarme como acabas de hacerlo con Irma, o de otra forma?

ÉL. —Bueno..., no me importaría un pequeño cambio, ángel mío.

YO. —Entonces, primero me prepararás como tan bien sabes hacerlo. Cuando esté dispuesta, me tumbaré encima de Irma, y tú me la meterás en el agujero que te gusta mientras nosotras nos damos la lengua. ¡Vamos, a trabajar! ¡Irma también!

El señor Raoul se mete en faena y le muestra mi ojete a Irma, que también colabora con salivazos y lametones, porque según dice es la primera vez que se lo

hace a una mujer y porque tengo una roseta realmente adorable.

YO. —Gracias, querida amiga. Ahora que caigo, todavía harás más por mi roseta si ayudas a entrar a ese monstruo.

ELLA (*empuñando el instrumento*). —Pero..., pero..., ¡Lulu, no es posible! ¡Va a desgarrarte! Yo no podría...

YO. —Es la falta de costumbre, cielo. Nosotros no es la primera vez que lo hacemos, ¿verdad, señor engastador de perlas? Eso sí, procura no aplastamos, querido.

IRMA, (*extasiada*). —¡Pues es verdad que entra! ¡Despacio, señor Raoul, despacio! ¡Así, poquito a poco! ¿Sufres mucho, Lulu?

YO (*con la cabeza hundida en el almohadón y gruñendo*). —Sí, sufro mucho porque aún no la tengo toda dentro. Sácala un momento, pichoncito. Y tú, Irma, mójamelo un poco más, por favor.

IRMA (*al tiempo que se la prepara*). —¡Eres una guarra, Lulu! ¡Eres una guarra! ¡Ah, te adoro! ¡Toma! ¡Toma! ¡Ahora le toca a usted, señor Raoul! Cuando hemos hecho el amor, he notado que la tenía grande, ¡pero tanto! Un poco más, un poco más...

Doy una embestida con el culo para que entre hasta el fondo, y se me escapa un gemido, porque la verdad...

YO. —¿Acaso te ha hecho daño, querida? ¡Espero que no! ¡Ah, no cedería mi puesto ni por cien francos! Ven aquí, por favor, así podremos frotarnos.

Irma consigue colocarse bajo mi cuerpo, y nuestras bocas se unen apasionadamente mientras el chocolatero me agita como si fuera una coctelera. Mi amiga ha podido deslizar una mano entre mis muslos, y me acaricia la habichuela con tal destreza que me corro entre sus dedos al mismo tiempo que el señor Raoul entre mis nalgas. ¡Qué ambrosía, Jesús bendito, qué ambrosía! El año empieza BIEN.

Lunes 8 de enero

Hace tres días que trabajamos a pleno rendimiento. Según la señora Armand, todos los años pasa lo mismo. Y el señor Armand, como buen negociante, explica que es la época en que se cobra, unos los beneficios del negocio, otros la gratificación de final de año, y los jóvenes el primer trimestre de su renta. Así pues, hay dinero, ¿y qué mejor uso hacer de él que dispararles el arcabuz a las internas de Las Odaliscas? Y el mes de diciembre fue glorioso: ciento setenta y cinco chapas por un importe total de seiscientos cincuenta francos, según las cuentas de la *madame* y las mías, más trescientos cuarenta y dos de guantes. No he llegado a hacer mil, una sábana, como dicen los fichas, pero sólo han faltado ocho francos, ¡una miseria!

Visto así, las ciento setenta y cinco chapas tumbarían de espaldas a cualquier mujer decente y a no pocos hombres. Pero, bien mirado, no son más que seis o siete

al día, y nueve o diez los más ajetreados. Calculando a veinte minutos el polvo, pues si bien los hay de media hora, también los hay de diez minutos, se obtienen semanas de apenas trece horas de trabajo, menos cansadas que tres en un taller. Después de esto, que a nadie le sorprenda la cantidad de modistillas que acaban en un burdel.

Hubo un tiempo, hace siete u ocho años, aunque me parece un siglo, en que esperábamos angustiados el día en que mi pobre papaíto ascendería a cajero principal de La Fourmi Française, cobrando trescientos francos al mes. Mamá se ha muerto esperando, mi hermano Max ha ido por mal camino, y yo me he hecho puta. Cuando la clientela me conozca mejor, trescientos francos los ganaré en una semana. Sin embargo, eso no hará volver a mamá del cementerio de Montmartre.

De momento, los negocios funcionan tan bien que la *madame* ha planteado en serio colocarnos a todas en la entrepuerta un taxímetro, como éstos que el prefecto ha obligado a poner en los carruajes desde primeros de año. El cliente elegiría entre dos posibilidades, «a la hora» o «al polvo», y las cuentas del día ya estarán hechas.

En espera de tan mirífico invento, ha contratado a otra chica para hacer frente a la situación. Se trata de una tal Zoé Roubourdin, pequeña como un tapón de balsa, redonda como una calabaza y mullida por todas partes, que se ha apresurado a informarnos de que en el oficio la llamaban Zoé la Jamón. Fanny, que siempre hace chistes de todo, enseguida la ha rebautizado como Zoé la Colchón. Bien, pues ya somos doce, como los apóstoles.

Ayer tuve nueve fletes, pero no sucedió nada digno de mención. Llevaba tres hace un momento, cuando, al reanudarse el turno de noche, me elige un tipo apuesto, elegante y educado, socio del Jockey-Club a juzgar por su indumentaria, con un vidrio en el ojo y una fusta en la mano. Subimos, me da cinco púas de guantes y se deja hacer el lavado de cabo a rabo sin impacientarse, pese a que su instrumento está más limpio que su monóculo, e incluso perfumado con colonia. Me quito el camisón y me tumbo en la cama, invitándole a reunirse conmigo. Pero él replica:

—Todavía no, señorita..., señorita Lucienne. Venga aquí, se lo ruego.

Aquí significa arrodillada a sus pies. Muy bien, ya conozco la fórmula: «Pequeña esclava, después de lo que te he pagado, bien puedes chupármela». No tengo nada que añadir, salvo que me gusta chupar arrodillada cuando el suelo no está demasiado duro. Te deja las manos más libres para calentarles las talegas si las tienen frías, o acariciarles las nalgas. El problema es que ha aprovechado que me arrodillaba para coger su fusta. Si juega demasiado fuerte para mi gusto, me levanto y me voy.

Estoy en mi derecho de hacerlo, si el trato no se ha cerrado y pagado por anticipado.

¡Pero no! Mientras yo le como la zanahoria y se la voy poniendo tiesa, él me da azotitos firmes pero corteses con la fusta, primero en los hombros, luego, inclinándose, en la espalda, y por último en las nalgas. Ni siquiera lamento haberme quitado el camisón, ya que su castigo fingido, aplicado a flor de piel, me resulta muy agradable y me estimula enormemente a mamarlo con fruición.

Cuando siento que está al borde de la crisis, me propina tres azotes más secos en las nalgas, se aparta, y me da la mano para subir a la cama.

—Espero no haberle hecho sufrir demasiado, señorita Lucienne —dice, acariciando las zonas maltratadas.

—¡Oh, no, niño travieso! —replico—. Tal vez incluso no lo suficiente... Ya lo sabe para la próxima vez, señor Fusta, porque confío en que...

En la vida es preciso buscarse amigos; y en el oficio, clientes. El señor Fusta se convertirá en uno de estos últimos. De momento, está tumbado en la cama, con una almohada bajo la cabeza, y yo a su lado, boca abajo para que pueda apreciar la depresión de mi espalda y la redondez de mis nalgas. Las aprecia, en efecto, y las acaricia, y les da palmaditas mientras yo, con la mano, procuro mantener la rigidez patriótica de su columna. Luego:

—¡Vamos, jovencita, a caballo, a caballo! ¡Tuturú-tutú-tutú! —añade, imitando el toque de trompeta.

¡Está bien, ya voy, ya voy! Sin embargo, cuando me dispongo a colocarme a horcajadas, me detiene.

—No, señorita, no. Al estilo duque de Aumale, se lo ruego.

¿Duque de Aumale? Me han penetrado algunas veces de esa forma, que no me disgusta en absoluto, pero ¿qué pinta aquí el valiente duque, cuyo nombre no conozco más que a través de los periódicos? También se trata de cabalgar, bueno es saberlo. Así pues, me instalo, él me agarra de las caderas, yo paso una mano entre mis muslos para pasear el sable por la vaina y, cuando me siento bastante mojada, apunto con el arma a la diana y me dejo caer suavemente hacia atrás para que entre. No es enorme, pero sí extraordinariamente rígida, y todo va a las mil maravillas. Cuando la siento bien adentro, impongo el ritmo a mi conveniencia curvando el cuerpo poco a poco hacia sus pies, porque intuyo que su duque de Aumale significa, por encima de todo, una forma de admirar mis bellezas posteriores en todo el esplendor de su juventud.

En efecto, las admira, y me hace partícipe de su admiración.

—¡Ángel mío, qué culito tan precioso! ¡Dios mío, qué preciosidad! Sí, agáchate, así..., que pueda ver mejor tu agujerito. ¡Ah, bribonzuela, cómo haces que me empalme! ¡Como al duque en persona, palabra de honor!

Yo no soy indiferente a ese upo de cumplidos, y sé devolverlos. Además, abalanzarse así contra una buena tranca es realmente una delicia. Por lo tanto, entre suspiro y suspiro de satisfacción le doy la réplica:

—¡Oh, cariño, te empalmas todavía mejor que el duque! ¡Como un rey! ¡Como el emperador en persona!

—Me empalmo como yo, jovencita. ¿Te gusta?

¿Que si me gusta? Sería preciso tener cien años y un temperamento de hermanita de la caridad para no apreciarlo. Ahora estoy prácticamente acostada sobre sus rodillas y prosigo mi meneo, cuando siento que un dedo intenta abrirse paso por el agujerito, como él lo llama, y..., y se mete sin contemplaciones.

—¿Y esto? —pregunta—. ¿También te gusta? ¿Puedo?

¡Oh, sí, claro que puede! ¡Un dedo bien mojado en el aposento, mientras se tiene un buen rabo metido en el puchero, es como si el niño.

Jesús con taparrabos de terciopelo se te metiera en el cuerpo! Súbitamente, lo gratifico con un íntimo pellizquito que le hace saltar por los aires, y un instante después yo misma experimento una pequeña sacudida. Por desgracia, es imposible retozar cuando una ha quedado tan bien servida. Me dirijo precipitadamente, pues, hacia la montura de abluciones, diciéndole:

—¡Excúseme, monseñor, pero es urgente!

Cuando regreso, lavada y desinfectada, para tumbarme y respirar un momento, lo encuentro Igual de empalmado y chupando el dedo visitante. Mi cliente es un exquisito, porque hace tiempo que no voy a visitar a don Pedro, y el dedo forzosamente ha tenido que decírselo. Pero ¡bah!, cuando a alguien le gusta eso...

Según la costumbre, le propongo ir a pedirle de su parte a la *madame* permiso para un segundo paseo a caballo por unos francos suplementarios, pero él rechaza mi oferta porque, según dice, sale «un poco agotado» del Círculo. Lo dejaremos para la próxima vez. Hasta entonces, y para demostrarme su satisfacción, se desprende en mi favor de una moneda de cuarenta machacantes que ha encontrado en un bolsillo del chaleco.

—¡Gracias, pichoncito, gracias! Pero ¿cómo vas a volver a casa sin dinero?

¡Oh, a pie! Es cuestión de un cuarto de hora, y los salteadores no le asustan. Mientras se viste, le pregunto:

—Pichoncito, ese duque de Aumale, ¿quién es exactamente?

—Un valiente soldado y un hombre de mundo cabal, señorita Lucienne —me responde muy serio—. Y el hijo del supuesto rey Luis Felipe, muerto hace casi cuarenta años.

—¿Luis Felipe? ¿Por qué supuesto?

—Porque, señorita Lucienne, si bien le tengo afecto al duque, permanezco fiel al recuerdo de nuestros legítimos reyes.

¿Ah, sí? No me enteraré de nada más, pues ya se marcha. Sin embargo, ese duque de Aumale...

Jueves 11 de enero

Los días se suceden uno a otro, pero todos son distintos. Anteayer, lunes, estaba con el cliente duque de Aumale, hombre bien educado que no decía una palabra más alta que la otra; ayer por la noche, miércoles, un carretero, no hay otra palabra para definirlo.

Llega hacia las diez, y me elige entre las seis que estamos. Es un hombre de unos cuarenta años, en apariencia tan distinguido como el otro y de maneras afectadas.

Con una hermosa y suave voz, me dice:

—Bien, señorita Lucienne, vamos a pasar un rato juntos.

Subimos. Primera decepción: no hay regalo. A mi propuesta de ser «muy complaciente» por dos francos, me responde con rudeza:

—Con regalo o sin él, serás complaciente. He pagado para eso y no me gusta que me tomen el pelo.

No contestes, Lulu, no contestes... Si la *madame* oye voces, subirá, entrará, y ten por seguro que será el cliente quien tenga razón.

Por lo demás, este ogro la tiene, puesto que ha pagado... Así pues, con el rabo entre piernas emprendo el lavado. Nuevo gruñido del buen señor:

—Esto del lavado es una pérdida de tiempo. MI butifarra está más limpia que tu castaña.

Calma, Lulu, calma... Respondo tranquilamente que, en efecto, está en su derecho de negarse a la propina, pero no al lavado, y que éste debe ser concienzudo. En su caso, más que concienzudo: lo rocío de líquido azul (es la solución del padre Manganate o no sé muy bien qué, la que todas debemos utilizar), le froto una y otra vez el glande con el cepillito, lo enjabono..., en fin, que prolongo el placer. Tercera incongruencia del amable caballero:

—¿Ya has acabado, puerca? Seguirá estando demasiado limpio para tu paladar. ¡Porque ahora vas a chuparme la berenjena, desperdicio humano!

Con los Insultos sucede lo mismo que con los cumplidos, cuando son excesivos, se deja de prestarles atención. Ahora bien, chupar a ese grosero, no y no. Le explico con todo respeto que, si bien la mano va incluida en el precio del polvo, la boca no. Como sabe que es cierto, no insiste, y yo me tumbo en la cama, con las piernas abiertas e indiferente.

Además de ser un maleducado como no osaría serlo un carretero con una mujer, el señor es un chorlito. Apenas se le empina, y la culpa es mía, claro, porque soy una mula, tengo una cara como para echarse a correr, el culo horroroso y las tetas que parecen ubres de vaca. Sí, todo eso me dice, ¡y aún me quedo corta! Así y todo, logro que la meta, y entonces me clava la puntilla:

—¡Toma, guarra! ¡Toma, puta! ¡Guárdatelo en tu podrida almeja! ¡Toma!

Aprieto los dientes, voy corriendo a lavarme, y allí, sentada en el bidet..., es más fuerte que yo, toda la rabia acumulada se desborda y me echo a llorar.

Él ya se ha levantado y, visiblemente embarazado, se está vistiendo a toda prisa. Me interpongo entre la puerta y él, y consigo balbucear entre dos ataques de llanto:

—¡Esto no es justo, señor, no, no es justo! Sí, soy una puta, una guarra si así lo quiere, pero podrá ser su hermana, e incluso su hija. ¿Tanto placer le causa injuriar a una desdichada que no puede responderle? ¿Eh, tanto placer le causa?

Y entonces se produce la sorpresa, la estúpida sorpresa. Me toma con suavidad por los hombros, me hace sentarme en la cama, se sienta junto a mí, saca del bolsillo un pañuelo recién planchado, me enjuga las lágrimas..., y me pide perdón. En serio,

me pide perdón.

—Tendrá que habérselo advertido, señorita Lucienne, pero no puedo hacerlo. Si se lo digo, ya no funciona.

—¿Cómo..., cómo es eso? Entonces, ¿se ha comportado así para hacerme sufrir? ¡No puedo creerlo!

El hombre se levanta, saca del bolsillo del chaleco... un luis de veinte francos, y me obliga a cogerlo.

—Cójalo, cójalo, señorita, es para reparar el sufrimiento que le he causado. Yo también me siento muy desgraciado por lo que le he hecho, ¿sabe? ¿Me permite que se lo explique?

Por veinte francos, puede explicármelo veinte veces. En el fondo, es un loco más digno de lástima que de reprobación. Está casado y vive con su mujer, una arpía, en casa de su suegra, otra arpe. Ambas le tratan de usted y sólo le llaman por su apellido: «señor de Saint-Lot». Duermen en habitaciones separadas desde hace diez años, y el pobre casi se ha vuelto impotente. Pero un día fue presa de delirio. Necesitaba una mujer bonita, cariñosa y distinguida. Una mujer de la vida, por supuesto, y siempre distinta, porque NO DEBE estar prevenida. ES PRECISO que sufra con sus groserías, como la cerda de su esposa deberá sufrir si hubiera justicia.

—Espero que haya quedado bien servido conmigo, señor —le digo afectuosamente cuando ha finalizado su historia—. He llorado mucho, ¿sabe?

Él no responde. Él también llora.

Como todas las señoras que regentan casas de prestigio, la nuestra tiene a disposición de los amantes una colección de imágenes piadosas, que les deja por un franco durante el tiempo que dura la chapa. No todos los hombres están interesados en dichas imágenes, donde se puede ver a una hermosa joven en toda clase de posturas, dejando que se la meta un bigotudo armado como un caballo. Es una especie de aperitivo antes de la comida: cuando se está hambriento, no se toma. Sin embargo, el flete raramente se niega a echarle un vistazo, a cambio de un franco suplementario de guantes, por supuesto, cuando la mujer le asegura que la contemplación de las fotografías les ayudará a alcanzar la felicidad. Eso es lo que hace Fanny, que se ha agenciado un sobre ahora hace un mes, a través del señor Couturier, que los vende bajo manga a los establecimientos ya las chicas.

—¿Y eso te pone caliente? —le pregunté cuando me las enseñó la semana pasada.

—En general, no mucho; algo más si veo que ponen caliente al flete. Compréndelo, si te tienen que joder, mejor que lo haga un hombre empalmado. Y, si él no lo consigue, pienso en los de las fotos para excitarme.

Sea como fuere, es una buena inversión. Ella pide veinte machacantes más al cliente que desea hacer cuentas galanas mirando las poses. El sobre le ha costado seis francos, con descuento. Antes de un mes, recuperará el dinero, y luego todo serán

beneficios. Hoy no he tenido tiempo para ir a comprar uno. Iré la semana próxima.

Martes 16 de enero

He empezado el día con mal pie. Los hombres me aburren, las mujeres me ponen nerviosa, la *madame* me busca las cosquillas... ¡Vamos, que no se me puede coger ni con pinzas! Ni que decir tiene que despacho sin florituras las pocas chapas del día. Buenos días cielito, propinilla, lavado somero, a la cama, pim pam, bidet, encantada y... ¡que pase el siguiente!

¡Si por lo menos fueran realmente seguidos! ¡Pero no! Ayer no me desenmohecí hasta las tres, ya las nueve aún no me había llevado a la boca más que cuatro desgraciados fletes de cartón, de éstos que van a que los expriman una vez a la semana, aquí o a otro sitio, igual que si tomaran el ómnibus Madeleine-Bastille para ir a la oficina por la mañana: un asiento de diez céntimos, gracias revisor, diez minutos de traqueteo en el imperial, ¡y hasta la próxima!

En el intervalo entre dos parroquianos, hacemos lo mismo que los caballos del ómnibus: resoplamos pensando en otra cosa. En la nodriza que reclama diez francos de suplemento porque el mocoso se ha cagado en los pantalones, y ella ha tenido que comprar un medicamento para cortarle el cólico que le ha costado siete francos, y los tres francos restantes son por la ropa que ha tenido que lavar, y sobre todo que la señora no tarde en enviarle la pecunia; en el relojito de imitación que aceptaría gustosa si un señor me lo regalara; en la camisa que hay que ir pensando en reponer; en el cabrón que me pone los cuernos con la zorra de Elodie; en Polyte, que es tan buena persona; en el asado de cerdo de la comida, que no hay forma de digerir; en mis viejos, que se quedarían de piedra si me vieran aquí, y en la muerte de Luis XVI.

Yo intento no pensar en nada. Resulta difícil, pero es indispensable en este oficio en que se ven de todos los colores, o más bien de todos los tamaños, porque, mientras no aterrice en mi cama un rey negro, todas las que he visto serán blancas. También debemos evitar hacer demasiadas cuentas galanas respecto a mingas y culos, pero sin quedarnos cortas. Los hombres se cansan pronto de la vaca que se dedica a contar las moscas que hay en el techo, mientras ellos se la trabajan. Pero no aprecian más a la exaltada que trepa hasta allí, hasta el techo, mientras ellos se ocupan de su asuntillo a trancas y barrancas.

En cuanto al dinero, ídem de lienzo. Hay que contar, en efecto, pero no demasiado. Una vez al mes, primero con la *madame*, cuando ésta nos entrega el importe de las chapas, descontando el de los servicios que la casa nos proporciona, y el de las multas a aquellas que se han hecho acreedoras de alguna; y luego sola, añadiendo los guantes y dejando aparte el dinero para las salidas, la mensualidad de la nodriza y la parte de nuestro hombre, para constatar que no nos quedará gran cosa para zambucar con vistas a la vejez.

Entre nosotras hay más o menos la misma cantidad de cigarras que de hormigas. Las primeras dan más motivos de chismorreo, eso es inevitable. Enterarse de que la bella Cora, o Doriane, o Marie, se han visto reducidas a dar mamadas por cuarenta machacantes detrás de una empalizada, cuando disfrutaron de una vivienda en el parque Monceau, sirvientes, carruaje y joyas, es algo que, evidentemente, hace hablara las piedras. En cambio, no se dice nada de los centenares de hormigas que no han llegado tan alto, pero que no han dejado de recorrer su modesto camino, paso a paso, hasta convertirse en rentistas. La Normanda, por ejemplo, se ha puesto un plazo de cinco años más para comprar el pastizal con el que sueña en la zona de Livarot y ordeñar ella misma sus vacas, cosa que le traerá no pocos recuerdos. Y Mélie, tres cuartos de lo mismo: necesita aún cuatro o cinco años para proporcionarle a su Alphonse, que es mecánico de profesión y macarra ocasional, los medios para montar un taller de velocípedos o de «bicicletas». Parece ser que eso tiene futuro.

Para las demás, las que no tienen proyectos, lo mejor es dejarse llevar entre monta y monta, esperando con filosofe, como dice Adolphe, la palmada de la *madame* que nos llama para que el cliente elija y nos hace pasar al instante del salón azul al salón rojo.

Miércoles 17 de enero

Hoy me he exhibido casi diez veces delante de la clientela, y he hecho carreras de cuatro francos. Sin contar los guantes, la jornada me sale a dos luisés. No hace falta más para devolverme la sonrisa.

Una media hora después del último pájaro, cuando ya casi he acabado mi servicio, la *madame* me llama a su gabinete. Eso significa que un señor me ha pedido sin pasar por el salón, y siempre es una buena señal. El flete no le debe a la mujer que ha elegido más que a cualquier otra, por supuesto, puesto que ya le ha pagado la chapa a la *madame*. Sin embargo, a no ser que sea muy roña, suele hacerle un pequeño obsequio, digamos dos púas, con lo cual nos sale a cinco o seis francos el cuarto de hora. Como dice la canción popular, «cinco púas no son ninguna fortuna», pero es así, púa a púa, como una mujer de la vida razonable se convierte en unos años en una mujer formal.

Con el cliente que me ha pedido ya estuve hace unos diez días, y lo apunté en mi libreta como «señor Gimnasta». Alrededor de los treinta, más bien apuesto, pulcro, a la vez tímido y nervioso, poco hablador... Empiezo a comprender su fantasía: viene con un álbum de dibujos guarros en los que aparecen treinta o cuarenta posiciones, no sé muy bien; él ya ha elegido una en su casa, excitándose mentalmente con la idea de que será «ésta» la que le proporcionará más placer; se la muestra a la mujer, y echan el polvo como indica el dibujo.

En mi opinión, Gimnasta es un gran muchacho casado con una pequeña burguesa,

una tiquismiquis que ni siquiera imagina que podrían amarse de un modo distinto al ordenado por su confesor, es decir, él encima de ella y ambos encima del colchón. Él no se atreve a sugerirle un cambio: ella le arrancaría los ojos; y todavía menos a imponérselo: volvería a casa de su madre. Es mas o menos la historia del pastor fiel, que aún no había visto a su mujer en camisión después de tres años de matrimonio.

«Pero el álbum licencioso que se ha comprado para iluminar Te gris con unos rayos de sol lo atormenta. Sueña con él mientras se cepilla a su mujercita. Un buen día, ya no puede más y llama a la puerta de Las Odaliscas.

En cualquier caso, así fue como sucedió la primera vez que estuvimos juntos. Tal como indicaba el dibujo, él se tumbaba en la cama con las piernas juntas, yo me montaba a horcajadas sobre él, ¡y en marcha! Una vez que tenía bien metido el mástil, yo subía y bajaba como si estuviese en un tiovivo, manteniendo el cuerpo bien recto y con las manos apoyadas en los muslos.

La verdad es que no veía lo que podía encontrar de extraordinario en esa forma de joder. Todas las mujeres de placer la conocen, e incluso algunas mujeres decentes. Por otra parte, no son pocos los habituales que dicen mientras se despelotan: «Si no te importa, pequeña, lo haremos a caballito», y no necesitamos álbum ni explicación para meternos en faena. A veces el hombre se tumba en la alfombra, con una almohada bajo la cabeza, porque siente mejor como la mujer engulle su porra, y porque esa postura le hace correrse más deprisa y con más intensidad.

Su paseo a caballito conmigo le dejó buen recuerdo, ya que ha vuelto a pedirme. A mí me gusta cabalgar. Fue así como Adèle desvirgó a mi hermanito, y como yo misma me estrené con mi primo León, hace ya seis o siete años. Desde entonces he debido de hacerlo por lo menos cien veces, y siempre con el mismo agrado. No entiendo qué placer puede experimentar una mujer sintiéndose aplastada por un campesino que le exhala su aliento de ajo en las narices, cuando podría sacar más provecho de él (en fin, digamos que de su minga) montándolo a horcajadas; porque todas las que lo han probado lo dicen: el rabo te entra hasta el fondo, aunque no sea gran cosa, ya que es la mujer quien acude a su encuentro, con la ventaja de ser ella quien dirige la maniobra y de poder dejarse caer sólo hasta la mitad de la columna si teme que la desfonde. En cuanto al hombre, también es cosa sabida que el caballito constituye el mejor medio de extraerle todo el veneno de una sola vez. Por otra parte, ése es su único inconveniente, pues existen más posibilidades de quedarse preñada.

Bien, el caso es que Gimnasta ha vuelto. Me recibe con un cortés «Buenas tardes, señorita Lucienne» de colegial, y tres francos de guantes. No para de darle vueltas al álbum entre las manos, hasta que por fin le pregunto:

—Y bien, querido, ¿cuál vamos a hacer hoy?

—Esta —susurra, mostrándome una página.

Va progresando, aunque tampoco sea una novedad para mí. Él se sentará en una silla o al borde de la cama, y yo a caballo encima de él, rodeándolo por la cintura. Adolphe me posee con frecuencia así, y aún sigue haciéndolo cuando le entra el

capricho: sentado en su taburete de trabajo, conmigo encima y de frente al cuadro que estuviese pintando, la representación de alguna diosa; de vez en cuando alargaba el brazo para añadir una pincelada a su diosa, sin que yo cesara por ello de frotarle el obelisco; y, de vez en cuando también, me embadurnaba el ombligo de pintura roja cuando me encontraba demasiado ocupada en proporcionarnos placer como para protestar. ¡Ah, la juventud!

Según el álbum, esta postura se llama la «poltrona». ¿Por qué no? En todas las habitaciones hay un taburete con asiento de terciopelo, que, en principio, el cliente y la mujer utilizan para quitarse los botines, y sin duda también para fantasías como la del Gimnasta. Lo importante es que sea resistente. A falta de cuadro, está el gran espejo del armario, ante el cual yo misma coloco el taburete, pues mi cliente no se atrevería y, la verdad, resulta agradable verse ocupada dejando seco a un hombre. A todas las mujeres no les gusta. Mélie la Tres Bocas, por ejemplo, dice que hace falta ser realmente muy desvergonzada para mirarse a los ojos, en camisión o desnuda, mientras te están jodiendo. Preferiría perder un cliente antes que aceptar. A mí, en cambio, me pone caliente.

«Tengo que conseguir que éste venga todas las semanas —me digo mientras le hago el lavado—, él y sus tres francos de suplemento». Así pues, procuro darle conversación.

—Así estaremos bien, ¿verdad, pichoncito? ¡Igual que en el dibujo! Incluso, si te inclinas hacia un lado, podrás ver como tu instrumento se mete en mi hendidura, ¿comprendes? Porque no tengo mucho vello y, además, abriré bien los muslos.

Todavía no está muy empalmado, pero yo sé la forma de remediarlo: empuño su arma y la paseo enérgicamente por mi herida de sable. Es muy eficaz para que al hombre le suba la sangre y, al mismo tiempo, nosotras nos humedezcamos, así que todo son ventajas.

De hecho, ya me la ha metido y ha empezado a cabalgar. El taburete (de piano, de éstos con altura regulable) está justo a la altura apropiada. Estira las piernas (mi cliente, por supuesto), y yo puedo apoyar la punta de los pies en el suelo para subir y bajar con comodidad. Tal como le he prometido, separo los muslos lo suficiente para permitir que él también se vea entrar y salir. Y eso acaba por excitarme hasta el punto que siento que voy a gozar, cosa nada buena para una mujer de la vida. Si nos sucediera más de una o dos veces al día, tirando por lo alto, acabaríamos todas en el hospital en dos años.

En fin, ahora ya no puedo echar marcha atrás. Bien mirado, la tiene bastante grande, y cada vez que me la mete me frota la yema de arriba abajo. Las primeras veces no hago mucho caso, pero a la décima el botón se ha puesto a punto sin avisar, y me he quedado desarmada. A estas alturas, sólo hay dos soluciones: o dejar plantado al cliente o extasiarse. Opto por la segunda, evidentemente, esforzándome en no dejarle ni ver ni oír porque creería que se ha acabado. Resulta difícil ocultarle a un hombre que una está gozando, pero los clientes están tan ocupados con su propio

placer, y piensan tan poco en el nuestro, que realmente hay que hacer una montaña para abrirles los ojos.

Afortunadamente, suelta la primera andanada al mismo tiempo que yo me extasio, así que podrá creer, suponiendo que tenga la cabeza para pensar en ello, que se trata de un pequeño espasmo. En realidad, he gozado a base de bien, en parte con la cotorrita porque la postura es muy buena para la mujer, y en parte con la cabeza a causa del espejo. Incluso me siento dispuesta a repetir mientras él esté cachondo y continúe disparando el arcabuz, pero de eso nada, monada. Estoy en un momento en que podría quedarme fácilmente preñada, de manera que me dirijo corriendo al bidet antes de que sea demasiado tarde.

Cuando regreso para enviarlo a que se lave él también, compruebo que no se ha movido. Todavía peor, ha aprovechado mi ausencia y todo el jugo, suyo y mío, que le ha quedado impregnado en el bicho, para acariciarse sin ningún recato. ¡Sí, sí! ¡Está cortejando delante del espejo a la viuda del Puño! No es al primero que veo pelándosela delante de mí, pero los otros se limitan a eso y no tocan a la mujer. En su caso no es por vicio, sino por acumulación.

Podría haber parado al verme llegar por el espejo, ¡pero no!, debe de pensar que en el punto en que está...

—¡Oh, cariño! —le digo—. No pensarás irte en el estado en que te encuentras, ¿verdad? ¡Me das lástima! A no ser que el gobierno te espere en la cama... Pero, aun así, estoy segura de que llegarías hasta el final en el coche.

—No, no, pequeña —replica sin volverse—. Es a ti a quien me gustaría...

Ni por un momento pongo en duda que le gustaría. Pero no estamos aquí para enternecernos, así le digo inclinándome sobre él y uniendo mi mano a la suya:

—Sólo depende de ti, querido. Y no sé si te has dado cuenta, pero antes me has hecho gozar. Es la prueba de que me gustas. ¿Sabes qué vamos a hacer? Me darás ocho francos para la *madame*, porque son las normas de la casa, y un pequeño detalle para tu Lulu, porque va a llevarte otra vez al cielo. Voy corriendo a dárselos, y volvemos a empezar, ¿te parece bien?

¡Estupendo! Para que su espléndida erección no decaiga, me indica que coja yo misma lo necesario de su cartera. ¡No abundan los fletes tan confiados! Aunque me sintiera inclinada a tomarlo por el registro de la teta, hacerlo sería exponerse a acabar en la calle y a no encontrar trabajo en ninguna casa.

De espaldas a él, hecho un vistazo y veo dos magníficas monedas de cinco francos. Se las enseño y le digo:

—He cogido diez francos, señor. Enseguida le traigo el cambio.

Y añado:

—¡No se te ocurra abrir el grifo mientras yo no esté, cielito! ¡Esa leche tan buena es para tu Lulu!

Me pongo el camisón y ¡hop, al trote en busca de la *madame*! Me apunta una segunda chapa, me devuelve dos francos, y en un santiamén estoy de vuelta.

—Te dejo el cambio en la repisa de la chimenea —le digo mientras me quito el camisón, sin aliento. Luego me arrodillo ante él.

—¡Quédeselo, señorita Lucienne, quédeselo! —responde él, también sin aliento, pero por otras razones.

¡Una buena noticia! No he hecho mal negocio, así que él saldrá ganando. Murmuro un «gracias, cariño, gracias», y me instalo entre sus rodillas para ejecutar la mamada que se merece. ¿Será la primera vez que le hacen el sifón? Con los tímidos como él, nunca se sabe.

Novato o no, me agarra del cabello para obligarme a engullirlo cada vez más hasta el fondo. Sigo el ritmo que me impone a medias, llevando cuidado de no hacerle daño con los dientes, y me retiro con decisión cuando siento por el calor que va a jugarme una mala pasada, yo no soy Marcelle la Mamona, y sólo bebo a morro cuando el cliente se empeña porque no puede correrse de otro modo. Si le dejara hacer, el señor Gimnasta se despediría de mí con la sensación de que le he estafado, y en adelante elegiría a otra. Por otra parte, no protesta.

Una vez en pie, le pregunto cómo quiere poseerme ahora. Como no tiene su álbum guarro a mano, duda, y le sugiero que repitamos, pero esta vez frente a frente. ¡Adjudicado! Para engrasarme un poco la bisagra antes de dejarle entrar, me pongo de puntillas y paseo un buen rato su instrumento por la entrada, apretándolo bien contra el botón. Y como mi hendidura aún no se ha saciado, enseguida se moja, y..., y tengo el tiempo justo de empalarme, porque noto que le está a punto de venir. En efecto, tras unos meneos de culo, da la hora entre profundos suspiros. ¡Qué pena! Cuando estoy tan caliente como esta noche, dejaría gustosa que me chingarán un cuarto de hora antes de abandonarme. ¡Pero explicadle eso a un cliente!

Viernes 19 de enero

Al final de una jornada rica en beneficios (treinta y dos francos, más nueve de propina) y pobre en diversiones, vuelta del señor Fusta. Me he informado acerca del duque de Aumale, y sé que es un auténtico gran señor al que expulsaron de Francia y permitieron regresar el año pasado. Tiene más de sesenta años, y todavía ignoro la relación que existe entre él y la manera en que el señor Fusta me hizo el amor el otro día, y que tanto me gustó.

Me elige sin mostrar vacilación (otro fiel, pues, y de los buenos) y pide la habitación de los espejos, la negra, dando golpecitos con la fusta en los botines.

Conozco sus preferencias, y las preferencias del cliente son sagradas. Para tener éxito en este oficio, como en cualquier otro, adivinar lo que el flete aprecia, evitándole el compromiso de tener que pedirlo; y, si vuelve, recordar lo que le gustó la vez anterior.

Así pues, después del lavado me arrodillo espontáneamente y, con la espalda

recta, me dispongo a hacerle un elegante replica:

—No, por favor, mi querida Lucienne. Me pareció que su precioso culito no se asustaba por unos zurriagazos, ¿me equivoco?

YO. —Eso depende del zurriaguero, señor.

ÉL. —¡Oh, encantador! ¡Un término encantador! Hará las delicias del Círculo, señorita. Y..., ¿me aceptará para ese empleo?

YO. —Eso depende de su bolsillo, señor.

ÉL. —¡Caray, qué agudeza de ingenio! Vamos a ver, digamos diez francos por diez azotes, cinco en cada una de esas nalgas. ¿Trato hecho, jovencita? Incluido el duque de Aumale, si no le importa.

Reflexiono con rapidez. Medio luis es una buena suma que no se encuentra bajo el casco de un caballo. Y no se excederá.

—Trato hecho, monseñor. Pero diez azotes de hombre gentil, por favor, no de carretero.

Él se echa a reír, y me asegura que la única finalidad de los azotes es la de prepararme para lo que viene después:

—Ya me lo contará, encantadora jovencita. ¿Sabe que me gusta usted mucho?

YO (confusa). —...

ÉL. —¡Sí, sí! Su culo está lleno de Inspiración, lo cual es poco común, y su mente todavía lo está más, lo cual lo es aún menos. Si no es mucho pedir, sin camisión.

¡Va a conseguir ponerme caliente! Le cojo la fusta para examinarla. Lo de fusta es mucho decir, en realidad es una simple vara de bambú con puño de plata, prolongada con una tira de cuero bastante larga. Nada que incite a retorcerse las manos de desesperación. El mapamundi, sí, y desde luego cuenta con ello. Hay un cuadro muy famoso, que Adolphe me mostró en el Louvre: se trata de una tal Angela o Angélica, que permanece encadenada a una roca y que mueve lujurosamente la grupa porque tiene miedo de un dragón que se ve llegar al fondo de la pintura. Por lo que recuerdo, mi culo vale tanto como el suyo, y voy a menearlo de verdad.

Me pongo, pues, en posición —manos unidas y en alto, como Angélica, espalda bien arqueada— y espero el primer azote. No llega enseguida, ya que el señor da vueltas a mi alrededor, con calcetines y botines puestos, soltando exclamaciones de admiración y sin perder de vista ese nalgamen que le Inspira y que tan pronto ve al natural como reflejado en un espejo. Luego, ¡clac!, en la nalga izquierda, ¡clac!, en la derecha. Me sobresalto, dejando escapar un débil grito. ¡Clac, clac! ¡Otros dos! Me retuerzo, pero es más bien de placer; en cualquier caso, él lo Interpreta como una Invitación a continuar y ¡clic, clac!, ¡clic, clac!, el tercer y el cuarto par.

Las hogazas empiezan a escocerme, pero una tiene su amor propio, ¡qué demonios! ¡Ni hablar de rebajarme a suplicarle gracia! Por otra parte, él se concede una pausa, examina las hermosas magulladuras y pregunta:

—¿Todo va bien, señorita? SI me lo permite, los últimos serán más enérgicos.

Joderemos mejor, ángel mío.

SI él lo dice... He soportado azotes más severos con la palma de la mano, y no me han desagradado, sino todo lo contrario, cuando han ido seguidos de una buena vaina. Con fusta, es la primera vez. Claro que, si el dolor es más vivo, tal vez la vaina sea mejor. ¡Clac, clac! ¡Ay, ay, ay! Dejo escapar un gemido y exclamo a continuación:

—¡No pares, Pichoncito! ¡Fuerte! ¡Regala a mis nalgas, querido! ¡Vamos!

¡Clic, clac, clic, clac! Recibo un suplemento de dos pares que no estaban incluidos en los diez francos. No me ganaré la vida con este tipo de sesiones, por mucho que esté de moda; sin embargo, con la excitación que me invade, no he mentido al hablar de regalo. Las nalgas, y no sólo las mías, llaman a los azotes como los pechos llaman a las caricias.

Una vez acabada la ceremonia, me toma de la mano, me conduce a la cama y se tumba boca arriba, junto a mí, que estoy boca abajo a causa de los azotes.

—¡Es una lástima que no puedas verte, ángel mío! —suspira—. Esas marcas rojas sobre tus blancas hogazas, como tú las llamas, producen un efecto de lo más afortunado.

YO (*lloriqueando*). —Es posible, pero me escuece, hombre cruel. Haga algo por mí, por favor.

Él se inclina y lame lentamente a las desdichadas.

—¿Esto, por ejemplo? —pregunta.

YO. —Sí, no está mal. En fin, para empezar...

Entonces me sujeta por la cintura, me ayuda a instalarme encima de él, dándole la espalda, y salimos al trote en pos de un duque de Aumale perfecto. Para él, porque admira cómodamente mi polca distendida y marcada de rojo; para mí porque, tenía razón, los azotes proporcionan un sabor especial a nuestro folleto.

Cuando el señor ha acabado, me dirijo corriendo al bidet mientras él me pregunta, entre dos bocanadas:

—No me odia mucho, ¿verdad, jovencita?

—Sí, malvado. De todas formas, vuelve, y si no me ves pregunta por mí. Si coges a otra, te mato.

Lunes 22 de enero

La aparición del Faraón siempre resulta emocionante. ¿En la más absoluta ruina? ¿Forado hasta los dientes? Incluso aquellas que nunca han tocado una carta lo encuentran apasionante. Su juego favorito es «el faraón», de ahí el sobrenombre. Si más no, sabemos que es el hijo único de un gran comerciante en azúcar, al que su padre tiene atornillado para evitar que todo su azúcar acabe sobre el tapete. Porque el Faraón no juega con habichuelas; sostiene la banca él solo, con su propio dinero,

contra una decena de peces gordos que se sientan a su izquierda y a su derecha. Según las cartas que ha echado, da a unos y toma de otros, sin poder hacer nada contra una mala racha. En compensación, arrambla con todo cuando saca una pareja (dos ochos, dos damas, etc.).

Como a todos los tahúres, le interesan menos las mujeres que las cartas, y si viene a menudo a Las Odaliscas, donde todo el mundo le aprecia, no es más que para distraerse entre partida y partida.

Existe una especie de acuerdo entre las chicas y él. Cuando ha perdido hasta el último franco, saca una carta del bolsillo, la rasga, le entrega una mitad a la *madame* en pago de la chapa y la otra a la mujer como guantes, y sube. Una vez que se ha recuperado —cosa que puede suceder tanto al día siguiente como al cabo de quince—, vuelve y compra las dos mitades. Jamás ha dejado de pagar ni un franco, ni a la *madame* ni a ninguna de nosotras. Incluso ha llegado a invitar a champán a toda la casa, contentándose con acariciar a las mujeres en el salón. Dado que juega por jugar, cuanto más deprisa se gaste lo que ha ganado, antes volverá a barajar las cartas.

No tiene preferidas. Lo digo en plural porque, cuando saca una buena tajada, siempre coge a dos, e incluso tres chicas. Cada una de ellas recibe su medio luis de guantes, y con frecuencia más, pues las elegidas se reparten la metralla que deja en la repisa de la chimenea al irse, y que fácilmente asciende a doce o quince francos. Por ese precio, se podrá pensar que el Faraón tiene caprichos o es exigente. Pero no. Lo único que busca es compañía agradable, espaldas, pechos, muslos y nalgas que acariciar, y mujercitas para compartir su alegría si ha ganado, y su tristeza si ha perdido. Le hace el amor a una de ellas, ya que es la costumbre de la casa y no quiere dar la nota; casi siempre a caballito, a fin de que le queden las manos libres para continuar acariciando nalgas y pechos. Sin embargo, se nota que sólo entrega una parte de su corazón, y que la otra se ha quedado sobre el tapete.

La semana pasada nos tomó a La Normanda y a mí después de una racha nefasta. El grupo de la izquierda se obstinaba en ganar y él en perder, y en tres horas no salió más que una pareja para poder continuar.

—¡Qué cenizo, queridas! ¡Qué cenizo! ¡Ah, si no os hubiera tenido a vosotras para consolarme, me hubiera arrojado al Sena!

Nosotras lo consolamos lo mejor que supimos, en efecto. Después de habernos toqueteado bien, decidió que La Normanda montara a horcajadas encima de él, mientras yo le ofrecía mi coñito para que lo lamiera. Todo funcionó muy bien, y La Normanda y yo nos encontramos con la mitad de un as de tréboles y un franco.

Ayer, hacia la una de la madrugada, regresa triunfal a la salida de la timba. En el salón rojo estamos cuatro: Mimi, Julia Dedo Diestro, Fanny y yo. La Normanda ha salido; canjeará su mitad de as de tréboles otro día. El Faraón decide tomar a Mimi para reemplazarla, porque también está muy rellenita. Julia, que ha tenido un día ajetreado, se duerme de pie. Sin embargo, Fanny no ha trabajado mucho hoy, y, como la conozco, sé que está hambrienta de hombre. Por eso, aprovechando que la *madame*

no está allí para hacerme callar y que nuestro cliente parece haber sacado un buen pellizco, le sugiero a éste:

—Señor Faraón, ¿no le gustaría que mi amiga Fanny también nos acompañara? ¡Será la primera vez!

Ella entreabre la bata y le hace unas carantoñas. Él la observa un instante, y acepta.

Para las sesiones en trío, y con mayor razón en cuarteto, la casa dispone de una habitación grande, la azul, donde hay dos camas juntas a fin de evitar apreturas. Nos instalamos allí, y antes incluso de habernos quitado nosotras el camisón y él el traje, nos cuenta la timba:

—¡Ah, tortolitas mes! ¡Tres seguidas! ¡Tres parejas! ¡De ases, de dieces y de damas!

No lo ponemos en duda ni por un instante, ya que me compra mi media carta por diez francos, y nos da otros diez de guantes a cada una. ¡Menuda mina! A continuación, deja un puñado de metralla en la repisa de la chimenea y añade:

—Ya se lo repartirán luego, pequeñas. ¡Ah! Dejen cinco francos para consolar a La Normanda.

Después de esto, y del correspondiente lavado, ¡todo el mundo a sus puestos! Intento imaginarme lo que siente un hombre al ver revolotear a su alrededor tres pares de pechos y otros tantos de nalgas, tres vientres más o menos abultados, tres felpudos más o menos poblados, seis brazos y seis piernas, y al ver dispuestos a satisfacer su rabo tres culos, tres coños y tres bocas, a elegir... Además, se trata de una doble elección: primero la mujer, y luego el agujero. Creo que sólo el no saber a dónde acudir me impediría empalmarme.

Para nosotras, las sesiones de este tipo son una buena ocasión de satisfacer, como quien no quiere la cosa, la atracción, declarada o no, que casi todas sentimos por las mujeres. En las de tres, el hombre todavía puede chupar a una mientras penetra a la otra. Pero en las de cuatro (ésta es la primera en la que participo) forzosamente queda una dejada de la mano de Dios, que se siente feliz de hacer un bollo con un amigo, en lugar de tocar un solo de arpa contemplando el trío. Porque, por poco interés que sienta una mujer de la vida por la forma en que se desarrollan las cosas, ninguna puede permanecer mucho tiempo indiferente a la visión y la calentura de toda esa hermosa carne que bulle a su alrededor.

Hace tres años, Bougrot Adolphe, mi pintor, me llevó al Louvre a ver un cuadro que le causaba una gran admiración. Se trata de *El baño turco*, y representa una escena que transcurre en el harén de un bajá. ¡Mujeres, sólo mujeres! ¡Quince o veinte, desnudas como Eva en el Paraíso, sentadas, de pie, medio acostadas unas en brazos de otras! Están esperando que el bajá elija, como hacemos nosotras con los clientes, con la diferencia que nosotras apenas somos ocho o diez en las mejores casas, y

vamos en bata, o al menos en camisón. Pues bien, yo estaba todavía más excitada que él por el cuadro. Me había fijado en una que aparecía en primer plano, una rolliza, con el vientre y los muslos tendidos hacia delante para seducir al amante... Me atraía tanto que empecé a humedecerme, mientras Adolphe me ensalzaba la armonía de la composición y Dios sabe qué tonterías, salvo lo principal en mi opinión: que está pintado por un hombre, y que éste se ha cuidado mucho de que aparezca ni un solo ejemplar de su especie entre todas esas mujeres. ¡Lo habría estropeado!

Ello demuestra que por muy gentil y poco incordiante que sea el señor Faraón, está prácticamente de más en la habitación. Parloteamos tanto entre nosotras, que él apenas puede meter baza. ¡Es una auténtica pajarera!

FANNY (*muy mundana*). —¡Ha sido muy amable de su parte haberme traído, estimado señor! Seré yo quien joda con usted, ¿verdad? Siempre que mis amigas están de acuerdo, claro.

MIMI. —¡Por supuesto, Fanny!

YO. —Desde luego, es lo mínimo...

EL SEÑOR FARAÓN (*acostado y tapándose los oídos*). —Lo que quieran, ángeles míos, aunque aún no hemos llegado ni a los entremeses... Puesto que se llevan tan bien, acaríciense mientras recupero el aliento.

Esta es una de esas propuestas que no hace falta repetir dos veces a una mujer de la vida, ni a ninguna otra. Sin embargo, el cliente tiene derecho a recibir su parte, aun en caso de que no la reclame. Y, entre todo este caos, es preciso que alguien demuestre cierta autoridad.

YO (*constatando que no está nada empalmado*). —Bien, señor Faraón, vamos a componer una figura. Si me lo permite, yo se la chuparé mientras Mimi me lava el as de picas a lametones, y usted le hace lo propio a Fanny, a quien le encanta que la chupe un hombre. Y para que Mimi también reciba su parte, tú, Fanny, serás buena chica y la gratificarás con tu lengua, ¿verdad?

EL SEÑOR FARAÓN (*interesado a su pesar*). —¿Por qué no? Ese as de picas, ¿es...?

MIMI (*púdica*). —¡Oh, pichoncito! Es... Bueno, no es... Es el...

EL SEÑOR FARAÓN. —He comprendido. Y..., ¿está bueno?

MIMI Y YO (*a coro*). —¡A nosotras nos gusta!

EL SEÑOR FARAÓN. —Y..., ¿podré probarlo? Con la señorita Fanny, por ejemplo.

FANNY (que no quisiera contrariar por una fruslería a cliente tan generoso). —Está a su disposición, señor..., señor...

EL SEÑOR FARAÓN (*indulgente*). —Faraón, señorita. Aquí se me conoce por este nombre, pero, tranquilícese, no tengo nada que ver con las pirámides.

Tardamos un rato en tomar posiciones, ya que a nuestro hombre le ha entrado un súbito interés por los ases de picas en cuestión y pide que le sean presentados. Nosotras le obedecemos gustosas, separando por turnos las nalgas de la que lo exhibe

para ahorrarle esta molestia al señor. Este observa, lame un poco aquí y otro allá, al tiempo que acaricia todo cuanto se presenta ante su mirada. Finalmente nos colocamos como ya he dicho, frotándonos todo lo posible contra él y ante él, de tal modo que el hombre acaba literalmente cubierto de mujeres. Yo le mamo el ciruelo tan amorosamente como Mimi me devora el culito e introduce gentilmente en él su lengua. No se trata de que nos sintamos particularmente atraídas las unas por las otras, pero, cuando tres jóvenes bien alimentadas, ociosas y medio desnudas se encuentran juntas en una habitación, ¿qué otra cosa puede suceder? Lo que en ese momento ocurre entre nosotras en la habitación azul, evidentemente. Poner caliente al hombre que les paga no es la razón por la que se abalanzan unas sobre otras y se chupan con frenesí la boca, el higo y la roseta, no. Él está en medio como una cereza en un pastel: para decorar. Y el suplemento del espectáculo no le cuesta nada. Se lo ofrecen para su propio placer, un placer de mujeres que él ni siquiera sospecha.

Pese a la febril actividad que desarrollo, muy pronto tengo que abandonar a mi hombre, pues lo siento a punto de descargar en mi gáznate lo que le ha prometido a Fanny. Así pues, nos separamos. Mimi la Tetuda, a quien los lametones de aquélla no han hecho más que poner a punto de caramelo, ni corta ni perezosa se instala a horcajadas sobre la boca del señor Faraón para que éste la conduzca hasta el final, mientras que Fanny ocupa mi lugar, a caballo sobre él. Yo, arrodillada entre ambas en la cama, tengo derecho a una mano faraónica, que me acaricia el botón a ciegas mientras su compañera toquetea las voluminosas tetas de Mimi.

Si al Faraón se le cae la baba de gusto, nosotras no nos quedamos atrás. Fanny se ha introducido con delicadeza la minga y empieza a jugar con ella. Yo les acaricio fraternalmente el botón a mis compañeras, y pregunto interesada:

—¿Te jode bien, querida?

FANNY. —¡Oh, sí! Lo necesitaba, ¿sabes? ¡Ah, qué picha tan succulenta!

YO (*solícita*). —¿Ya ti, Tetuda? ¿Te chupa satisfactoriamente la almendra garrapiñada?

MIMI (*que se pellizca los pezones de placer*). —¡Oh, sí, qué bien me chupa! Señor Faraón, un poco más arriba, por favor... Sí, ahí, ahí... Si sigue así... ¡Aaah, aaah...!

YO (*atenta al desarrollo de los acontecimientos*). —¡No, Mimi, todavía no! ¡Unamos nuestras bocas, queridas!

FANNY (*galopando en su montura*). —¡Oh, está ardiendo! ¡Llega hasta el fondo! ¡Se va a correr!

Nos inclinamos unas sobre otras para darnos apasionadamente la lengua, mientras el señor Faraón se aproxima al desenlace. ¡Guau! ¡Llegó! Para él, para Fanny, al fin saciada, y para Mimi, que no ha podido contener su goce por más tiempo. ¿Y yo? ¡Bah, la próxima vez será!

Nuestro terroncito de azúcar no es un héroe. Feliz, aunque agotado, nos deja para irse a dormir. Mientras Fanny, la única interesada en hacerlo, y con razón, cabalga a lomos del bidet, Mimi y yo contamos la metralla que el Faraón ha dejado en la repisa

de la chimenea.

MIMI (*radiante*). —¡Veintiocho francos y medio, señoras! ¿Cómo nos las arreglaremos para dividirlo entre tres?

FANNY (*mientras se seca*). —Vamos a ver... Siete veces tres... Ocho veces... Ya está, ocho francos para cada una y el resto para La Normanda.

YO. —¡De acuerdo! Pero el mundo no se acaba aquí, hijitas, todavía nos queda una hora de salón. Además, vosotras os habéis puesto las botas y yo me he quedado hambrienta. ¡Que pase el siguiente!

Seis

Un día, como por casualidad, dos hombres de mundo se encontraron en el dormitorio de la encantadora criatura que, en aquel momento, no se cubría con nada y estaba completamente borracha.

Léon Bloy, «Il faut être de son siècle»,
en *Exégese des lieux communs*.

Jueves 1 de febrero

Enero es un mes de oro. No pasaré cuentas con la *madame* hasta el jueves próximo, porque ni una ni otra estamos preparadas, pero estoy segura de que llegaré a los mil francos. Después de descontar los gastos de alimentación, aseo personal y salidas me quedará menos de la mitad, pero sigue siendo una bonita suma.

Lo bueno del asunto es que no tengo ningún proyecto que me incite a ganar más, gastar menos y amontonar billetes. Si me quedo en Las Odaliscas, me daré por satisfecha con haber ahorrado diez mil francos en cinco o seis años. En cuanto a dejar este local, ¿con qué objeto? ¿Con el de ir a otro de más categoría, como La Gavilla de Heno, donde trabaja Gertrude Clara de Huevo y del que está muy satisfecha? ¿Y qué haría allí que no haga aquí? ¿Dejar que me chupen diez veces al día la cotorra y el conducto, dado que es la especialidad de La Gavilla de Heno? ¿Y para qué? ¿Para llegara los treinta y cinco años con diez mil francos más?

Por otro lado, no me veo cargando con un hombre. Aquí, al menos, me siento a la mesa cuatro veces al día sin preocuparme de cocinar y fregar. Cuando salgo, elijo el restaurante que más me apetece. Si me encapricho de un par de medias de diez francos, puedo comprármelas sin tener que soportar reproches de nadie, y con razón, por hacer semejante locura. Nunca se puede decir de este agua no beberé, es cierto, y todas las mujeres, incluida yo, están expuestas a Ilusionarse un día u otro con cualquier pinta, hasta el punto de arruinar su vida por él. Es lo que le sucede a Cléo la Escandalosa. Reúne todas las cualidades: trabajadora y buena compañera, jamás se

pelea con nadie por cuestiones de dinero. Aquí gana tanto como Fanny o como yo. Sin embargo, todo va a parar al bolsillo de su macarra, con gran desesperación de la *madame*, quien opina que, si alguien nos ha de explotar, es preferible que lo hagan personas respetables y de orden, como ella y el señor.

Puesto que la confesión ha quedado pospuesta para el jueves próximo, decido ir hoy a visitar a nuestro fotógrafo, que vive en el bulevar Beaumarchais. Su ayudante me informa que se encuentra en el laboratorio, sacando unas placas del baño o no sé qué. Cinco minutos después, sale secándose las manos con un trapo rojo completamente agujereado, y me pregunta qué deseo.

YO. —Imágenes..., Imágenes piadosas, señor Couturier. ¿Se acuerda de mí? Soy Lucienne, de Las Odaliscas.

ÉL responde, gruñendo:

—Claro, claro. Con lo guapa que es, no se la puede olvidar fácilmente. ¿Imágenes piadosas? No debería, señorita, no debería... No se acostumbra a hacer, ¿comprende?

No obstante, saca de un cajón del escritorio un sobre y me lo tiende. No son las mismas que las que tienen Fanny y la *madame*, pero no se diferencian en mucho: mujeres que les chupan la berenjena a hombres, hombres que se la meten a mujeres, y en todas ellas mingas y cojones espléndidos, hinchados, más grandes de lo normal, que no entran, o apenas, en la boca o la hendidura de las mujeres (o en otro sitio), para que el observador pueda apreciar bien el fenómeno.

Elijo doce con la misma indiferencia que si se tratara de vistas del Sagrado Corazón, y pago por ellas diez francos. Luego, más por decir algo que por verdadero interés, pregunto:

—Señor Couturier, ¿resulta difícil hacer estas poses?

—¿Difícil, señorita? ¿Quiere decir para mí, o para la pareja?

YO. —Sobre todo para ellos. Hacer fotografías es su oficio, señor Couturier, y usted lo domina. ¿Cómo se las arregla para que no se muevan mientras sale el pajarito?

ÉL se echa a reír y me explica que con estas poses sucede lo mismo que con cualquier otra: el fotógrafo debe actuar con rapidez y limpieza. A continuación, cuando me levanto para despedirme, él me hace sentarme de nuevo y me pregunta a su vez:

—¿No le gustaría intentarlo, mi pequeña Lucienne? Con su figura, sería un modelo perfecto para este tipo de poses.

YO (*desprevenida*). —Bueno..., yo... ¿Usted cree que lo haría bien?

ÉL. —Vamos, vamos, no me haga decir lo que no quisiera, señorita. Se trata simplemente de simular delante del pajarito, de imitar, si le parece mejor, lo que hace..., de verdad..., durante la semana..., en Las Odaliscas.

YO. —Sí, señor, pero allí lo hago por dinero.

ÉL (*sin vacilar*). —Aquí también, pequeña, aquí también. Yo nunca he hecho trabajara nadie a cambio de nada. Seis francos por una tarde.

YO (*también sin vacilar*). —Diez francos, señor Couturier. Los cuatro restantes son para el coche. ¡No puedo venir a pie por el fango desde la Opera a la Bastilla, por no tener cuarenta machacantes!

ÉL (*gruñón*). —Ocho francos, señorita Chauron. El omnibus la deja en la puerta de mi casa.

Acepto suspirando, y preciso:

—Sólo puedo los jueves. Y busque un hombre apuesto para que pose conmigo, por favor. Y que sea amable.

ÉL (*sonriendo al fin*). —¡Usted no quiere privarse de nada! Está bien, tendrá sus ocho francos y su hombre apuesto. ¿Le iría bien el quince de este mes? A las dos, para poder aprovechar la luz del sol. Suba directamente al estudio, en el segundo piso. ¿De acuerdo?

Sí, de acuerdo. En la vida hay que probarlo todo. Incluso la fotografía artística, puesto que asila llaman.

Jueves 8 de febrero

Ayer, miércoles, el habitual de-cinco-a-siete en casa del señor Ephraím. Ha pasado de cinco púas a siete, ocho, y a veces incluso diez francos de propina; una miseria por un polvo en la ciudad, al lado de lo que me dan hombres como el señor Fimfoís o el señor Duque de Aumale. No es ni divertido, ni guarro, ni tierno, ni siquiera simplemente galante, como estos dos o muchos otros. NI que decir tiene que no es nada de lo que me gusta. De todas formas, parece apreciar mi belleza y, de vez en cuando, dedica algún piropo a mi grupa. En cuanto a adivinar lo que me proporcionaría placer, ni siquiera debe de saber lo que tal palabra significa.

No, lo suyo es la Bolsa, la Bolsa y la Bolsa. La suya particular es un tanto caprichosa. Un miércoles me entrega una moneda de cinco francos haciendo de tripas corazón; el siguiente diez esbozando una sonrisa. Supongo que depende de que acabe de hacer un buen o un mal negocio. Evidentemente, los cinco o diez francos que me da no son nada en comparación con los cinco o diez mil que ha ganado o perdido en la Bolsa.

Pero los diez francos son SUYOS; los diez mil son de otros.

Hoy he pasado cuentas con la *madame* antes de ir a comer con Adolphe y pasar unas horas en su estudio. ¡Enero ha sido un mes sorprendente! En total, doce mil francos. Hay que tener en cuenta las fiestas, claro, y también que es un mes de treinta y un días; seguramente febrero no será tan brillante. Pero, así y todo, ¡doce mil francos! Con ese dinero podría hacer un montón de cosas, si no fuera porque estoy ocupada seis días de cada siete, y doce horas de cada veinticuatro, en sacársela de la bragueta a los clientes para que me la metan.

Saltado 10 de febrero

Ayer, Fanny me contó una buena. Yo hace el turno de noche y ella ya había acabado su jornada laboral. Las demás ya habían subido al dormitorio, pero ella no lograba conciliar el sueño, de manera que me hizo compañía durante más de una hora y estuvimos charlando. ¡Oh, como dos niñas buenas! Fanny no es tortillera, y yo tengo algún capricho de vez en cuando, pero no por ella. Como dice el señor Armand hablando de las mujeres: «Un poco bolleras, vale, siempre que eso no les haga perder el gusto por los hombres». En ese aspecto, no hay nada que temer ni con Fanny ni conmigo, aunque a ella lo que más le guste sea su dinero.

Fanny está muy solicitada para ir a la ciudad, incluso en los círculos aristocráticos, porque cuando se lo propone sabe quedar muy bien, incluso sentada a una mesa con tres copas y cuatro cubiertos. Antes de entrar aquí, la había mantenido un pájaro gordo de los ferrocarriles, tenía doncella y criado a su servicio, y alternaba en comilonas con otros ricachones. De la noche a la mañana, el sujeto cambió a Fanny por una chipichusca que le cayó en gracia, dejando a la desdichada en la calle, y así fue como ésta se encontró primero en El Gran 8 y luego en Las Odaliscas.

Como iba diciendo, ayer Fanny regresaba de casa de uno de sus mejores clientes (tiene tres habituales y algunos más esporádicos), un joven divertido y un tanto meloso. La primera vez que fue, él le dio enseguida cinco francos, es decir, un guante de cinco dedos, y le dijo:

—Hija mía, por estos cinco francos sólo le pediré que friegue los platos de la comida. ¡Oh, no son más que tres! Tome, aquí tiene el uniforme.

El uniforme consiste en una pequeña cofia almidonada y un delantal de batista, nada más. Fanny no se inmuta; conoce el número de la criadita y no tiene nada en contra. Cuando se ha quitado el corpiño y la falda (nunca nos ponemos corsé para trabajar en la ciudad, a no ser que el cliente lo pida), él añade:

—Déjese los botines, hija mía. Quiero decir sólo los botines.

Fanny es una mujer hermosa. No de cara, ya que tiene las facciones irregulares y la expresión un tanto huraña, sino de cuerpo y de piernas. El cliente la observa mientras se desnuda, manifestando discretamente su aprobación. Después de fregar el primer plato, él le quita de las manos la pastilla de jabón mojada, y se la pasea por las nalgas y la entrepierna, embadurnándola bien. Fanny, un poco sorprendida pero dócil, le deja hacer (sigo hablando de la primera vez), encontrando ese estilo de lavado más bien agradable.

—Lo hacía a conciencia, ¿sabes?, frotándome la pepitilla y el redondel a base de bien. Además, creo que el hecho de tener las manos sumergidas en el agua caliente me excitaba todavía más. Me dirás que se trata de un cliente complicado, pero la verdad es que yo, a mi manera, también lo soy.

Fanny no volvía la cabeza, por descontado, ya que supuestamente no estaba allí más que para fregar los platos. El deja la pastilla de jabón, le acaricia un poco los

limones por debajo del delantal...

—¡A esas alturas, Lulu, ya no lograba contenerme! Por regla general, yo sólo lo hago por el dinero, ya lo sabes. Pues bien, entre el agua tibia, el jabón y el fregadero, me sentía exactamente como si fuera la criadita al que el patrón mete mano en la cocina mientras la señora charla con sus amigas. El deseo de que me penetrara me subía desde los pies.

Penetrarla, la penetró, por supuesto, pero no como ella imaginaba que lo haría. Cuando le pareció que estaba bien caliente, le separó las nalgas con ambas manos y... ¡plam!, le forzó el arete por sorpresa, como si se lo hiciera realmente a la pinche de cocina. Todo el mundo sabe que las criadas sólo se dejan dar por donde amargan los pepinos, por miedo a quedar preñadas. Y también que las jovencitas campesinas que se ponen a servir en París no son tan miradas como las parisienses. Es más fácil dejarse encular entre el establo y el pajar, que detrás del piano del salón, ¿no es cierto?

Fanny dice que sentir que la ensartaban por detrás, con las manos en remojo y por sorpresa, le produjo tal efecto que rompió un plato.

—¿Tanto daño te hacía?

—No, al contrario. A pesar de que tengo esa zona muy frágil y de que no me presto a hacerlo por ahí prácticamente nunca, apenas lo sentí entrar, palabra de honor. Ya me la había metido entera, cuando yo aún me preguntaba qué me había sucedido. ¡Oh, si diera siempre tanto gusto, no le haría ningún asco, puedes creerme!

¡Claro que la creo! Me veo a los doce años ensartada por mi hermanito en la cocina, prácticamente de la misma forma y con gran placer. Tal vez el agua caliente, el vapor, el jabón y la idea de que las cocinas no están hechas para eso, ablanda a las mujeres, sobre todo en la zona del redondel.

Alphonse, uno de mis estudiantes, me recitó un día un pequeño poema del que sólo recuerdo el final. Trata de un sorche que se encuentra haciendo el servicio en un cuartel de París, y que visita a una paisana que está sirviendo en una casa burguesa. Los señores se encuentran fuera, y él pasa a la cocina, donde ella está preparando el puchero. La joven le da de comer y habla con él del pueblo, sin apartar la vista de la marmita. En el momento de partir, él ve a la criada emocionada, la besa, la encula, y a mí la cosa no me pareció nada ridícula.

Volviendo a Fanny, el número del plato roto le hizo tanta gracia a su cliente, que ocho días después la mandó llamar de nuevo, la felicitó y la colmó de elogios, dándole a entender (cosa que, por lo demás, ella ya había notado) que, gracias a su torpeza, se había corrido como nunca. En pocas palabras, que al precio que están los platos... El caso es que, aparte de divertirse, ella ahora se saca cinco francos de guantes además de los diez de la chapa en la ciudad.

Como no puedo pretender que Fanny me ceda una salida de quince francos para complacerme (además, ¡vete tú a saber si será del gusto del cliente!), me contento con decirle que me alegro por ella, y hago firme propósito de decirle dos palabras al

respecto a la *madame* en cuanto se presente la ocasión.

Domingo 11 de febrero

Estaba de servicio esta mañana, y habían dado las doce sin que me estrenara, cuando se presenta Charles, mi as de corazones del mes de octubre. Ha vuelto de forma irregular dos o tres veces al mes, y hemos llegado a entendernos no sólo en lo de echar un polvo patas arriba, que ahora me satisface e incluso a veces me proporciona placer, sino en general, ya que en el fondo es un muchacho interesante y atento, al menos en el trato, ya que no en el aspecto económico. Un franco es todo lo que saco; el pobre no puede darme más, pero lo que cuenta es el gesto.

Cursa estudios en la Escuela de Medicina para convertirse en cirujano. Me dice que trabaja mucho, y yo le creo, porque en efecto tiene una mente apropiada para hacerlo, seria y organizada. Según él, de ninguna manera mantendría relaciones con una dama.

—Me dejan agotado y me impiden estudiar, ¿comprendes?, mientras que tú...

Sí, no hace falta que me lo explique. Yo estoy disponible en el momento en que tiene cinco francos y una gran necesidad de afecto. No es necesario que se esfuerce en ser galante conmigo; simplemente, me toma y me deja, y yo no iré a molestar al señor a su casa cuando él desea estar tranquilo. Sin embargo, muy pronto iré a su buhardilla; para ser más exactos, dentro de unas horas. Para informarme de ello y ponerse de acuerdo con la *madame* acerca de las condiciones, es por lo que se encuentra esta mañana en Las Odaliscas.

—¿Te has liado la manta a la cabeza? —pregunto, un tanto sorprendida—. ¿A santo de qué?

A santo de una tía que acaba de regalarle unos billetes de cien francos para premiarlo por sus buenas notas y animarlo a perseverar. Como buen compañero, hace partícipe del donativo a Víctor, y de paso también a mí.

—Pero no te preocupes, Lulu. ¡Seremos buenos! Nos beberemos una copa de champán juntos, y ya está.

—Y, como fin de fiesta, supongo que me joderéis.

No, no. Me asegura que será como él dice. Le ha dado un luis (es el precio estipulado) a la *madame* para poder llevarme a su casa y estar en mi compañía toda la tarde; y ahora saca otro para mí, y me lo entrega con gesto decidido.

—Pero, cariño, no hay prisa. Confío en tu palabra.

No importa. Este dinero caído del cielo le quema las manos, y se siente muy feliz y orgulloso de poder comportarse al fin conmigo como un gran señor. Con los diez que la *madame* me dará por la chapa en la ciudad, la expedición me sale por treinta francos. Por ese precio, no tendría perdón si me hago la estrecha en caso de que el champán le ponga caliente. En cuanto a Víctor, que también me ha hecho algunas

visitas desde nuestro primer encuentro, va incluido en los veinte francos, y no es cuestión de regatear por un rabo más o menos.

Estamos citados a las tres en su casa, en el sexto piso de una casa, según él decente, de la calle de las Ursulines, cerca de Saint-Jacques-du-Haut-Pas. Él estará asomado a la ventana, y en cuanto me vea aparecer boyará a pagar al cochero. Mientras llega la hora convenida, charlo con las otras tres mujeres que están de guardia el domingo por la mañana: la Judá, Irma y Cléo la Escandalosa. Están muy contentas por mi salida a la ciudad, en primer lugar, porque son buenas compañeras, incluida Esther, y en segundo lugar porque trabajarán más siendo tres que cuatro.

Les enseño el luis de oro que me ha dado Charles y se lo paso a Cléo, que le da un buen mordisco. Es la costumbre: cuando a una mujer le pagan en oro, ya sea diez o veinte francos, le pasa la moneda a las otras para que le den el mordisco portador de suerte. Entre pericas de burdel existen supersticiones como ésta que nadie discute. ¿Para qué? No supone ningún gasto y, además, ayuda a mantener las esperanzas.

El hecho es que, un momento después, llega un cliente y se lleva a Esther. Ai poco, llega otro para Cléo, al tiempo que La Normanda llega para empezar su guardia. Le paso el luis y le cuento que Esther y Cléo han subido menos de diez minutos después de haberlo mordido, y me dispongo a ir a comer con Irma en cuanto la Tetuda haya bajado también, cuando se presenta un cliente y me elige.

Con éste no tengo intención de pasar mucho rato. Estoy hambrienta y quiero comer con calma antes de partir para mi cita. Pero, por desgracia, el señor Gustave es a la vez un parlanchín, un complicado y un comodón, al que me cuesta lo mío hacer escupir dos francos de guantes y un dedal de jugo viril. Finalmente, consigo darle jabón al Todopoderoso representando la Viuda del Puño en tres actos y cinco escenas, y me dirijo al comedor.

Cuando termino de comer (pastel de pechugas de ave, buey en adobo y postre), subo a vestirme para ir a la ciudad, arrastrando como un lastre los consejos de la *madame*, que se siente un poco intranquila por confiar a su interna preferida a un estudiante. ¿Quién sabe? ¿Y si se encapricha y olvida sus obligaciones hasta el punto de pensar en su bigote mientras se encuentra ocupada con otro, o, todavía peor, hasta el punto de enredarse con él? Eso ha pasado muchas veces. No sería ningún drama para la casa, ya que Las Odaliscas goza de una buena reputación y no le faltan candidatas. Pero el señor Armand sólo acepta un cambio cuando es él quien lo decide. Cuando una chica le deja por culpa de un capricho o un amorío, su amor propio se resiente.

No me cuesta mucho trabajo tranquilizar a la *madame*, ligera por debajo y abrigada por encima, porque es bastante inusual que el brasero de un estudiante esté lo bastante alimentado para calentar su habitación; su tugurio, como ellos lo llaman.

¡Qué agradable sorpresa! Su vivienda es grande y confortable, y está caldeada. Se encuentra justo debajo del tejado, pero no es el camaranchón que yo me esperaba encontrar. Charles me enseña la casa, incluido el cuarto de aseo, me explica que el

propietario del inmueble es un familiar, y que él ni siquiera paga alquiler.

—Víctor llegará dentro de un cuarto de hora —me dice—. ¿Quieres tomar algo mientras lo esperamos?

No es cuestión de rechazar la invitación. Bebemos, charlamos, y se empeña en mostrarme los trozos de esqueleto y las figuras de cera que utiliza para estudiar anatomía. Un vientre, un brazo, un cráneo... ¡MI estudiante no es un cabeza de chorlito! Me siento como si fuera una chica de buena familia con cincuenta mil francos de dote, a la que él Intenta seducir para casarse. ¡Bah! ¡SI eso es lo quiere, no seré yo quien intente violarlo! ¡NI quien salte sobre su bragueta! ¡Ni quien se abalance sobre su pirulí! El cliente es el rey. SI quiere hablar, yo hablo; si quiere joder, yo jodo. Por el mismo precio, y siempre y cuando ya haya soltado la mosca.

La entrada en escena de Víctor no da la señal para que comience la fiesta. Me da un beso, me acaricia gentilmente la grupa, me levanta la falda un dedo... Pero Charles le lanza una mirada asesina, y el joven toma asiento junto a mí, muy formal, en el montón de cojines que supuestamente forman un sofá. La conversación gira entonces, por encima de mi cabeza, hacia el tema de la Escuela de Medicina, de sus profesores y de sus manías. Dejo escapar algunos bostezos, con la esperanza de hacerles comprender que sus chismorreos de colegio no me interesan. Fracaso total. Suspiro y me arremango la falda hasta la rodilla para sugerirles que, además de exámenes y profesores, en la vida de un joven de veinte años hay algo más. Pero todo es Inútil. Y, sin embargo, los dos me han hecho el amor cinco veces, seis, no sé, ya he perdido la cuenta. Claro que ha sido en Las Odaliscas, es cierto. Sin duda deben de pensar que allí soy una cosa y aquí otra. Allí era Lulu, mujer de la vida; aquí soy la señorita Lucienne, una joven virtuosa. ¡Qué complicados son los hombres!

Para entretenerme, pido más champán. Hay una segunda botella al fresco, en el alféizar de la ventana; Charles la descorcha y me sirve. Después de la segunda o la tercera copa, siento que los vapores empiezan a envolverme. Intento apartar los cojines para tumbarme, pero el cuerpo no me responde. Cuando los jóvenes empiezan por fin a comprender que no están en los pasillos de la Escuela, ni tampoco solos, suspiro:

—¡Oh, todo me da vueltas, todo me da vueltas! ¡Ayudadme a levantarme!

De repente, ambos acuden torpemente en mi ayuda. Un empujón por aquí, un tirón por allá... El caso es que acabo atravesada en la cama, una gran cama cuyas sábanas sin duda Charles ha encargado a la portera que cambie pensando en mi visita.

—¿Quieres un vaso de agua fresca? —me pregunta Víctor—. No, mejor sales —corrige Charles.

YO (*sentándome*). —¡Puaf! ¡No! Ni una cosa ni otra. ¡Pasteles y un poco más de champán!

VÍCTOR. —Pero, Lulu...

Pese a todo, consigo una copa, me bebo su contenido de un trago, me dejo caer hacia atrás y gimo:

—¡Oooh, me ahogo, me ahogo! Tengo que quitarme el corsé. Víctor, sé bueno y desabróchamelo.

Bien que mal, lo consigue, y entonces se queda absurdamente parado. Desabrochámelo, sí, para que pueda respirar; pero, desnudarme..., ¡de ninguna manera!

YO. —¡El corsé, Víctor, el corsé! ¡Los botines también, señor Charles! ¡Me aprietan, me aprietan muchísimo! ¡Ay de mí! ¡Estáis tan atontados, que me dejaríais morir antes que tocarme!

Heridos en su amor propio, se apresuran a obedecerme, cada uno por un lado de la cama y siempre con el mayor respeto posible, como si realmente estuvieran atendiendo a una desdichada presa de ahogos que acaba de ingresar en el hospital. Poniendo mucho de mi parte, logro quedarme en camisa, medias y pantalón, con dos almohadas bajo la cabeza y fuego en las mejillas. Por lo demás, nada, ¡absolutamente nada! Charles ha ido a echar un cubo de carbón al brasero, y Víctor está ocupado colocando mis efectos en una silla.

En cuanto vuelven la espalda, me quito en un abrir y cerrar de ojos camisa y pantalón, los escondo bajo las almohadas y digo:

—Me he puesto cómoda porque en vuestro tugurio hace calor, pero no estáis obligados a mirar. Además, yo tampoco quiero veros. ¡Me duele la cabeza, así que habladle a mi culo! —añado, poniéndome boca abajo y riendo.

Cuando los hombres se encuentran en un apuro, nuestro deber es ayudarlos a salir de él, ¿no es cierto? Se acaricia con más osadía las nalgas de una mujer dormida, o que finge estarlo, que los pechos de aquella que los exhibe mirando al frente. ¡Pero esto no es una caricia, es un azote! Pam-pam en la nalga derecha, y al mismo tiempo pam-pam en la izquierda. Yo protesto, indignada:

—¿Eres tú, Charles? ¿No? ¡Entonces es Víctor!

—Ni el uno ni el otro, y los dos a la vez, mi hermosa zorra —responde éste—. Tu conducta lúbrica y provocadora pide a gritos una tunda memorable, Lulu de mi corazón. ¿No es cierto, Charles?

¡Eh, esta pareja no tiene aspecto de estar bromeando! Me debato lo mejor que puedo entre sus poderosas garras, pero no hay nada que hacer. Vuelven a tumbarme boca abajo con autoridad, se sientan, uno encima de mis piernas y otro encima de mis brazos, y empieza la función. ¡Un momento, que ninguno de los dos es mi padre! Sus manos caen una y otra vez sobre mis doloridas gemelas, como si fueran paletas de lavandera sobre ropa mojada. ¡Me echaría a llorar!

«Lo que no se puede evitar, es preciso soportarlo», dice la voz de la sabiduría. Así pues, lo soporto. ¡No se trata de los suaves azotes con la fusta del duque de aumale, no! Sin embargo, poco a poco experimento el mismo tipo de placer. La única diferencia es que las nalgas me escuecen de otra manera, en toda su redondez. Y cada uno puede decir lo que le parezca, pero las azotainas, aunque producen un escozor momentáneo, ¡dan tanto gusto una vez que se acaban!

Finalmente me sueltan. Yo me siento de nuevo y les espeto:

—¡Brutos! ¡Sois unos brutos sin corazón! ¡Si al menos ahora me jodierais!

—¡Es una posibilidad! —replica tranquilamente Charles—. ¿A ti qué te parece, Victor?

VICTOR (*flemático*). —¿Por qué no? Total, para estar rascándonos la barriga...

YO (*furiosa*). —¡Pero si me habéis hecho venir para metérmela, caraduras! ¡Y yo he venido para que me la metáis!

CHARLES. —¡Oh, calma, calma! Si no recuerdo mal, yo sólo te había hablado de champán. ¡Cada cosa a su tiempo!

YO (*desanimada*). —¡Está bien, champán! Una copa para mí y otra para mis nalgas, por favor.

VICTOR. —¿Ahora bebes por ahí?

YO. —Es para refrescarlas, imbécil. ¡Y rápido!

Nos reconciamos alrededor de una tercera botella. Después de llenar y vaciar las copas, me hacen acostarme de nuevo boca abajo y se divierten vertiendo desde lo alto el resto de champán, justo entre mis hogazas, en la raja.

Yo. —¡Parad, me hace cosquillas, me hace cosquillas! ¡Está frío!

—De todas formas, la botella ha caído —constata Victor—. Y yo tengo más sed.

Su compañero sugiere entonces que podrían recuperar por turnos ese excelente champán malgastado, cosa que hacen obligándome a rodar por la cama, y rogándome que separe los muslos, porque según dicen el felpudo está empapado. Yo me dejo hacer, ronroneando, mientras mis manos aprovechan su libertad recobrada para tantear las braguetas de los jóvenes. La de Victor no se encuentra en un estado espléndido, pero la de Charles está hinchada como si fuera un globo dirigible.

YO (*mimosa, dirigiéndome a Charles*). —Podrías empezar tú, cariño, porque ya no puedo más, ¿sabes?, y es preciso que uno de los dos se ponga manos a la obra.

Ellos protestan al unísono, argumentando que no soy yo quien debe decidir, y que mi deber es ponerlos primero en igualdad de condiciones. Luego ya pensarán lo que quieren hacer.

YO. —¿En igualdad de condiciones?

VICTOR. —Sí, yo llevo un poco de retraso en relación con Charles porque me intimidas. Pero, si pones de tu parte...

¡Oh, ya comprendo, ya comprendo! Se desabrochan al mismo tiempo y, codo con codo al mismo lado de la cama, me presentan las armas. La de Charles marca las doce; la de Victor las tres. Sentada entre ambos en el borde de la cama, emboco, lamo, mamo primero una y después otra, luego la punta de las dos al mismo tiempo, a riesgo de desencajarme la boca.

CHARLES (*toqueteándome un pecho*). —¡Ah, amigo, qué bien chupa después de haber sido azotada!

VICTOR (*manoseando el otro pecho*). —¡Ya lo creo que chupa bien! ¡La pobrecilla tenía hambre!

Pese a ello, se retiran para no gastar la pólvora en salvas, y declaran que ahora me van a sortear a la carta más alta. A mí me importa un rábano saber quién me va a pasar primero por la piedra, puesto que van a hacerlo los dos, y así se lo digo. Ellos se encueran rápidamente. ¡Por fin, con el tiempo que llevo yo desnuda! Tanto uno como otro son apuestos: Victor, fornido y velludo; Charles, más alto, más delgado y con la piel blanca. Este último desaparece un instante, regresa y coloca cuatro cartas boca abajo en la cama.

—Destapa tú, Lulu —dice—. La primera para Victor, la segunda para mí, y que gane el mejor.

Saco la sota de picas para Victor y la sota de tréboles para Charles. Destapo las otras dos cartas: sota de corazones y sota de diamantes, e-vi-den-te-men-te. A la vez irritada y divertida, protesto:

—¡Estaba amañado! ¡Traedme una baraja entera, tramposos!

CHARLES (*apaciguador*). —¡Vamos, Lulu, no te pongas así! Estamos *ex aequo*, como se dice en la Facultad. ¿Y qué?

VICTOR (*insinuante*). —Con un poco de buena voluntad, querida Lulu...

YO (*resignada*). —Está bien, no hace falta que me hagáis un dibujo. ¿Quién me va a joder primero? ¿Ya quién tengo que chupársela?

Los jóvenes se ponen de acuerdo y declaran que olvido un aspecto del problema.

YO. —El problema sois vosotros, cielitos. Yo no puedo ofreceros otra cosa, ¿no es cierto?

VICTOR (*colocándose boca abajo otra vez y uniendo el gesto a la palabra*). —¿Y éste, tortolita mía? ¿El agujerito malva va a quedarse sin nada?

Debería haberme imaginado que saldrían con alguna guarrería de este estilo. Pues, la verdad, no puedo decir que me entusiasme, a pesar de estar achispada y deseosa de que me penetren. Uno después de otro, quiero decir, primero en el orificio normal y luego en el extraordinario, como con el señor Raoul, bien; Incluso aunque cambiaran el orden en la segunda vuelta. Pero los dos a la vez, ¡cielo santo!, no sabría a quién acudir. Mélie se presta a representar cuadros vivientes de este tipo, con un tercero en discordia al que le hace el sifón, y de ahí le viene su nombre de guerra de «la Tres Bocas». Ella afirma que es muy rentable, y menos penoso de lo que parece cuando el culo está acostumbrado a ello. ¡Esa es la cuestión! ¿Lo está el mío? ¿No lo está? Me interrogo a mí misma, tanteo el terreno...

—Entonces —insiste Victor—, ¿aceptas?

Primero protesto un poco, y luego acepto por complacerles, siempre y cuando me preparen bien. ¿Juntos? ¡Es una salvajada! ¡Van a desgarrarme! No, sí, ¿por qué no?, ¿por qué sí?... La discusión entre Victor y yo sigue en punto muerto, salpicada de demostraciones más o menos penetrantes con el dedo, hasta el momento en que Charles propone un arreglo conveniente para ambas partes.

—Mira, Lulu, haremos los siguiente. Los dos deseamos ardientemente tu culito, eso está claro. Por otra parte, digas lo que digas, no somos unos salvajes. En

consecuencia, vamos...

YO. —¡Venga, suéltalo ya! Vais...

CHARLES. —A metértela por turnos por delante y por detrás, una vez cada uno, reteniéndonos, hasta que te acostumbres.

YO. —Si es así, acepto. Pero con la condición de que me tratéis como a una dama, tesoros, no como a una pieza de anatomía.

VICTOR. —¿Eso qué quiere decir?

YO. —Bueno..., mantequilla, vaselina, no sé...

VICTOR. —¡Puaf! Con esas cosas se pierde la mitad del placer, pero, en fin, si te empeñas...

¿El placer? ¡Se referirá al suyo! Agarrándoles a ambos el objeto del debate, pongo al otro por testigo.

—Vamos a ver, Charles, tú que eres razonable, dime si es de sentido común pretender meterme estas dos herramientas en el vientre. ¿Te has mirado bien? Un instrumento como el tuyo no entra entre las nalgas de una mujer como una carta en un buzón.

Una vez que lo han admitido, anuncio que, para empezar, dejaré mi roseta a cargo de Charles, el menos brusco de los dos. Victor acepta de buen grado, gratifica con una palmadita amistosa el ansiado nalgamen, y va a buscar a la despensa un poco de mantequilla, con la que lubrica generosamente la joya prometida a sus infamias. A medida que va penetrando en lo más recóndito del orificio en cuestión, primero con un dedo, luego con dos, y finalmente con tres, yo comienzo a relajarme y mis temores se disipan. Tumbada boca abajo, con la cabeza en la almohada y las piernas abiertas, aún tengo el detalle de separarme las nalgas con mis propias manos para evitar intentos infructuosos.

¡Oh, hay que ver cuánto pesa un hombre! Y hay que ver lo grande que es un rabo, aunque Charles tenga la delicadeza de meterlo poco a poco, preguntándome cada vez que penetra un centímetro más:

—¿Un poco más, tesoro? ¿Te estoy forzando? ¿Aguantarán las costuras?

Yo respondo con gruñidos cada vez menos quejosos y más de aprobación; y motivos no faltan, pues en el punto en que se encuentra mi pobre culito aplastado, tironeado y forzado, no le queda otra elección que la de dejarse invadirá regañadientes, o verse absurdamente abierto, caliente e Insatisfecho. ¡Muy poco para mí! En estos casos no hay término medio: ya se trate de la arandela o de la boca, no se es virgen o puta «según se tercié». Hay que decidirse entre ser una cosa u otra, pero con todas las de la ley, sin melindres ni aspavientos. Puesto que no se puede hacer razonara un agujero que se embala y que pide más..., ¡o todo o nada!

Animado, Charles me la mete hasta la raíz en tres embestidas, la saca, vuelve a la carga, y por último se retira con pesar, sobre todo con el mío, diciéndole a Victor:

—¡Es duro salir de un culo tan caliente sin haber soltado la leche! En fin, por este lado ya está preparada. Y las costuras ni siquiera han crujido, ¿verdad, Lulu?

Yo, sentada, los contemplo. Charles, arrodillado frente a mí, exhibe una polla a punto de estallar y reluciente de mantequilla. Victor, de pie, se menea indolentemente la suya, apenas menos arrogante, en espera de que llegue su turno. Incluso dejando aparte los veinte francos, no cambiaría mi lugar aquí por un palco en la Opera, en tanto que muchas mujeres de mundo ofrecerían gustosas éste a cambio de encontrarse aquí.

Me dejo caer hacia atrás y, con las piernas flexionadas sobre el pecho, respondo:

—¡Míralo con tus propios ojos, grandísimo bruto! Y Victor puede meter el dedo para comprobarlo.

VICTOR (*con prisas*). —¡Los dos, Lulu, los dos!

YO (*bajo los efectos del champán, que se me ha subido a la cabeza*). —¡Claro que sí, los dos! ¡Ya ver si me acaricias el botón con maestría, torpe! ¡Charles, otra copa, te lo ruego!

Al parecer, ya no hay más champán. ¡Se acabó el champán! Sólo les queda una botella de vino del Rhin, que Charles se dispone a abrir mientras Victor se ocupa de mi panoplia, con un dedo delante y otro detrás, bastante hábilmente como para ponerme enseguida a tono.

CHARLES (*de regreso, con la botella en la mano*). —¡Vaya, no perdéis el tiempo ninguno de los dos! ¡Nuestra Lulu se va a correr en tus dedos! ¿No es cierto, Lulu, que te vas a correr?

YO (*con rechinar de dientes y empuñando la botella*). —Sí..., sí... ¡Oooh, oooh, qué bien masturba este cerdo..., qué bien masturba!, ¡en el culo otra vez, cariño! ¡Dos dedos, por favor! Sí, eso es, hasta el fondo... Por delante también... ¡Aaah, me voy a correr, me voy a correr!

VICTOR (*contento de sí mismo*). —¿Estás gozando o meando, Lulu? No hay manera de saberlo. Dale de beber, Charles.

YO (*agotada y feliz*). —Sí, por favor. ¡No, sin vaso! ¡A morro! ¡Voy a hacerle un sifón a la botella!

Sin Incorporarme, me echo un buen trago de vino, tosiendo y escupiendo, y les paso la botella. Ellos se la acaban, y Victor se acerca a mí de rodillas para prepararme la cotorrita, tal como han decidido.

YO (*borracha como una cuba e intentando desesperadamente engullir la berenjena de su amigo*). —¡Sí, ven, métemela! Pero sólo un momento, cielo, porque os quiero disfrutara los dos al mismo tiempo, y si tardo demasiado vais a soltarlo todo a diestro y siniestro sin que yo me entere.

CHARLES (*al borde de la apoplejía*). —¡Tiene razón, viejo! ¿Qué hacemos? ¿Tomas tú posesión de la hendidura, mientras yo me sitúo en su culo? ¿Cómo nos prefieres, Lulu?

YO (*fuera de mi*). —¡Me Importa un carajo! ¿Cómo quieres que distinga tu polla de la suya cuando tenga las dos dentro? ¿Eh? ¿Por el color? ¿Por el olor? Porque, por lo demás, debo admitir que tan hermosa es una como otra. ¡Vamos, basta de

palabrería! ¡Charles debajo, Víctor encima, y no os durmáis!

Aunque no lo confiese, tengo preferencia por Charles, deseo estrecharlo entre mis brazos, aplastarme contra él, frotarme los labios en su bigote. En resumen, que es con él con quien quiero hacer el amor como una mujer. ¿Qué pasa con el otro? Pues que me calentará las nalgas.

Así pues, nos colocamos como yo he decidido en un abrir y cerrar de ojos. Me tumbo encima de Charles con las piernas bien abiertas, le hago entrar suavemente, sin necesidad de forzar de tan mojada como estoy, y luego atraigo a Víctor por detrás de mí y le guío hasta la arandela. Mélie tenía razón: dos mingas al mismo tiempo no es nada del otro mundo, sobre todo cuando se ha bebido. Lo más sorprendente es que, en realidad, sólo siento la de Charles, que es la que deseo. Abalanzándome sobre su boca, me agito como una posesa entre el árbol (él) y la corteza (Víctor), o entre el martillo y el yunque.

Al ritmo que vamos, mis hombres no tardan en estallar. Primero es Charles, e inmediatamente después Víctor. ¡Jesús bendito! Han soltado tal cantidad de jugo, que con los últimos disparos salen chorretes por todas partes. Aliviado de lo más urgente y preocupado por no aplastarme como si fuera un bizcocho, Víctor se aparta. Deberá aprovechar el momento para ir corriendo a hacer mis abluciones, pero me siento tan bien, tan bien... ¡Para ser sinceros, casi como una enamorada!

Para colmo de desdichas, o de dichas, noto que el precioso rabo que tan bien me ha penetrado, crece de nuevo, se pone duro, y se prepara para otro polvo. ¡Guau, qué maravilloso es tener un hombre para una sola! Para sentirlo mejor, me vuelvo con presteza, lo arrastro conmigo sin darle tiempo a que salga, y esta vez empiezo a cabalgar como una auténtica loca de atar, con las piernas en tomo a su cintura, babeando, jadeando y suplicándole que me haga gozar como nadie lo ha hecho. El entra y sale sin parar, me frota el botón, se mete hasta el fondo, y se encuentra con la minga atrapada por un cascanueces magistral, una auténtica pinza de cangrejo que le hace descargar como si fuese un caballo y me crispa los nervios hasta el punto de provocarme calambres en los dedos de los pies.

¡Esta vez sí que me ha tocado un mocosito en el sorteo! ¡Llevo su partida de nacimiento en el vientre! El cascanueces es quizá la mayor prueba de amor que una mujer puede darle a un hombre, pero también es seguramente la peor catástrofe que le puede suceder, todas las putas lo saben. Bueno, todas las que gozan de este don, que no son muy numerosas, precisamente porque es un don que la naturaleza distribuye entre las mujeres a su capricho, concediéndolo tanto a vírgenes alocadas como a vírgenes prudentes, sin preocuparse del uso que harán de él.

Ésa es al menos la idea que yo tengo al respecto a falta de otra más exacta, ya que las mujeres no suelen hablar mucho del tema. Entre nosotras, las de Las Odaliscas, sé que Fanny Boquita de Piñón lo posee, y también Rosa la Flor y Cléo la Escandalosa; Esther, es posible, y Julia Dedo Diestro, tal vez. Por otra parte, el cascanueces en sí es caprichoso; aparece sin avisar con un hombre que no te ha excitado especialmente, y

se niega a hacer acto de presencia con aquel del que te has encaprichado y a quien desearías hacérselo disfrutar.

El caso es que no me siento afortunada por haber hecho gozar tan amorosamente al grandísimo bobo que estrecho fuertemente entre mis brazos para retenerlo un poco más. Pero ¡ay!, no se debe pedir lo imposible, ni siquiera a un amante con tan buena voluntad como el mío. Nos separamos, pues, justo a tiempo de saludar a Víctor, que pretexto haber olvidado una cita para desaparecer.

Después, pese a que es un poco tarde para preocuparme, le confieso a Charles que nuestro espléndido placer puede costarme muy caro.

—¡Espero que lo comprendas, cariño! Lo digo en serio, ¿sabes? Lo siento dentro, y una mujer raras veces se equivoca en eso.

Afortunadamente, no en vano mi estudiante es casi médico. Y desde luego no soy la primera en recurrir al tratamiento que me administra de inmediato: una abundante inyección de agua tibia, mezclada con un no sé qué rosa que mata radicalmente, según me asegura, cualquier cosa que intentara gastarme una mala pasada. ¿Por qué no?

Jueves 15 de febrero

He tenido un día de descanso muy ocupado, ya que a las dos debe debutar, en el bulevar Beaumarchais, en el mundo de las imágenes piadosas para uso de señores con la bragueta floja. Así pues, después de la sesión de rulos me he ido a hacer una comida sencilla a una cervecería de la Bastoche, a dos pasos del estudio del señor Couturier. Pero, como el camarero que me ha servido era más lento que un caracol, llevo un retraso de cinco minutos largos, y me encuentro a Cyprien esperándome en el descansillo y gruñendo:

—Buenas tardes, buenas tardes. Jacques está aquí desde hace un cuarto de hora, y las placas están a punto. Vamos, señorita.

En el salón hay dos hombres: Célestin, el ayudante o aprendiz de laboratorio, al que ya he visto en Las Odaliscas, y un joven de mi edad, bigotudo, bien parecido, con cara de guasón, desnudo como..., como un apuesto muchacho en pelotas. El fotógrafo nos presenta en dos palabras:

—Señor Jacques, señorita Lucienne. ¿Es eso lo que me haba pedido, pequeña? ¿Un hombre apuesto y amable? Tome (me tiende una camisa ajada), póngase esto. ¡Oh, aquí mismo, sin remilgos! De todas formas, antes o después...

Por más que me repita que para un fotógrafo da igual una pose que otra, ya se trate de una familia endomingada o de Adán y Eva echando un polvo, me siento un poco cohibida. Yo lo tengo fácil: basta con que me abra de piernas. Pero ¿cómo puede un hombre ponerse caliente y empalmarse en condiciones semejantes, delante de otros dos, y por una mujer a la que acaba de conocer hace cinco minutos? De

hecho, si bien está dotado como un dios, el tal Jacques (o, al menos, su instrumento) todavía no manifiesta ningún interés por mí.

Presionada por el señor Cyprien, me quito con presteza redingote, vestido, enaguas y corsé.

—¡Cuánto tiempo se pierde con las mujeres! —refunfuña—. Lucienne, la próxima vez venga sin corsé, por favor. ¡Vamos, tú, ayúdala! ¿No ves que ella sola no acabará nunca?

Jacques me desata el corsé, acariciándome cortésmente las nalgas, sin más. Pese a que el brasero está al rojo, en la habitación hace un poco de frío, pero no es ése el motivo de que ni uno ni otro logremos ponernos calientes; es porque no estamos aquí para joder, sino para fingir que lo hacemos. Por no hablar de Cyprien y Célestin, que están muy atareados con la cámara y no se dignan dedicarme ni una sola mirada.

Finalmente, me pongo la camisa y me siento en el puf para descalzarme. Puedo suprimir el corsé, pero no pretenderá que venga en pantuflas, ¿verdad? El tal Jacques, a mis pies, tira de mis botines sin parecer percatarse de que he separado las piernas para airear mi alcance.

—Déjese las medias —interviene el señor Cyprien—, ya veremos después. Bien, ¿están preparados? ¡Por todos los diablos, no! —exclama desconsolado, al constatar la blandura de su artista masculino—. Y eso que te tengo prohibido..., perdón, señorita..., joder antes de las sesiones. Ni siquiera la víspera. —Y dirigiéndose a mí, continúa—: ¡Si no es una desgracia no ser capaz de aguantarse veinticuatro horas! En fin, habrá que arreglárselas como sea. Si les parece bien, empezamos. Lucienne, veamos..., póngase de rodillas a su izquierda. Sí, a su izquierda, con un brazo en tomo a su cintura y la otra mano bajo los testículos. ¡Alrededor del miembro no, señorita! No se vería nada. —Desanimado, exhala un suspiro y añade—: Siempre y cuando hubiera algo que ver. Señorita, me veo obligado a pedirle que contribuya. Creo que me explico con la suficiente claridad...

¡Ah, por fin un poco de ejercicio! Atrapo el chupete con la boca, lo lamo, lo chupo, lo mamo..., hasta que se pone a la altura de las circunstancias. Grande, duro y tieso, como requiere una imagen piadosa. Cuando considera que está a punto, el señor Couturier me interrumpe:

—¡Bravo, pequeña! Tú, Jacques, la mano izquierda sobre su cabeza, las piernas un poco abiertas, la mirada alta... Célestin, ¿está todo dispuesto? Haremos tres poses seguidas, hijos míos. Lucienne, ocúpese de entretener a ese bribón entre una foto y otra. Y no lo olviden: no están aquí para divertirse, sino para trabajar. El glande, sólo el glande, se lo ruego.

En cuanto estamos colocados a su gusto, se marcha corriendo y mete la cabeza bajo la tela negra, para asomarla un momento después y ordenar:

—No tanto, señorita, no tanto. Los labios fruncidos en la punta, la cabeza vuelta hacia mí... ¡Atención, uno, dos, tres, clic!

Cyprien retira la placa del aparato, se la pasa a Célestin y coloca otra. Yo

aprovecho para entretener al bribón, como él dice. ¡La tiene realmente hermosa! ¿Será posible que el señor Couturier someta a los candidatos a un examen de mingas? No me extrañaría nada.

—Para la segunda foto —ordena—, tome un poco más. Digamos un tercio. Jacques, la mirada baja, en dirección a ella. Y usted, Lucienne, una sonrisa coqueta. ¡Atención, uno, dos, tres, clic!

Comprendo que este joven no esté más caliente. Yo no lo estoy más que él, ahora que he captado la idea. El señor Cyprien hace varios «clichés» de cada postura y luego elige el mejor. ¡La mirada alta! ¡Una sonrisa coqueta! ¡Menudo aspecto debemos de tener los dos!

Para la tercera foto, el señor Couturier baja la cámara y nos indica que acerquemos el sillón. Sin apartar la mano de debajo de las talegas, y con la mitad del instrumento en la boca, debo mirar al pajarito. Clic, clac, y Cyprien se frota las manos:

—Tres minutos de descanso, hijos míos. Coloquen el sillón en su sitio.

Mientras él está en el laboratorio, tras los cristales rojos, Jacques me pregunta:

—¿Es la primera vez que lo haces? ¿Cuánto te paga?

—Ocho francos por la sesión. ¿Ya ti?

—Cinco. Es comprensible, ya que le resulta más fácil encontrar hombres dispuestos a posar que mujeres. No me quejo. Cinco púas por aquí, cinco por allá...

—¿Es que posas para otros?

—¡Si me dedico a eso, hombre! Perdón, quiero decir, preciosa. Una minga como la mía, bien explotada, es una renta. Además —prosigue el joven, en vena de confidencias—, estoy conchabado con un cazo que me pone en contacto con pericas de la alta sociedad.

—Para...

—¡Por supuesto! —exclama riendo—. Te lo contaré cuando acabemos. Porque supongo que iremos a tomar un trago juntos, ¿no?

Como Cyprien ha regresado, no me veo obligada a responder. Me lo pensaré. Él, por su parte, ya ha pensado. Para la próxima serie, Jacques se sentará o se recostará en el sillón, con las piernas estiradas hacia delante. Yo montaré sobre él a horcajadas, de frente al pajarito y de espaldas a su pecho. Y de nuevo:

—Sólo la punta, ¿lo ha entendido? Tú, con un brazo, sujetas a la señorita por la cintura. La otra mano la pones en su vientre, entre el ombligo y el..., la... bueno, no me hagas decirlo.

Nuestro fotógrafo posee un curioso sentido del pudor. ¿Será lo normal en las familias burguesas? Tiene esposa, evidentemente, que es quien concierta las citas y cobra las facturas. ¿Está al corriente de estas sesiones íntimas? ¿Se presentará de improviso y nos pillaré con las manos en la masa? Más bien creo que sabe perfectamente lo que ocurre, y que no le encuentra ningún inconveniente mientras se gane dinero y Cyprien se limite a ocuparse de la cámara. Lo que a él le preocupa es la

luz, la distancia correcta, las placas, «sólo la punta»... Por lo demás, yo podría perfectamente ser de porcelana.

Pero, por desgracia, no lo soy. Nos instalamos, pues, con la punta del ingenio entre los pétalos, ni un milímetro más. Satisfecho, el señor Cyprien mete la cabeza bajo la tela negra, y yo aprovecho la ocasión para dejarme caer un momento, apenas un momentito, sobre esa minga de ensueño. Apenas me da tiempo a emitir un gemido, porque REALMENTE es grande, cuando reaparece hecho una furia:

—¡Lucienne, ha sido usted! La he visto en la placa. Jacques no se permitiría semejantes chiquilladas. Tome ejemplo de él, de lo contrario...

YO (*con la cabeza gacha*). —Se lo prometo, señor Couturier. Nos colocamos de nuevo, introduciendo sólo la punta, y Cyprien saca uno detrás de otro, dos buenos negativos. Para el tercero, traslada otra vez el sillón y la cámara para fotografiar desde más cerca. Yo apoyaré la cabeza en el hombro izquierdo de Jacques, en lugar de en el derecho. Como no tengo ningún interés en oírle refunfuñar, y todavía menos en perder los ocho francos de las próximas sesiones, me contengo, ¡pero estoy que ardo! Mientras el fotógrafo permanece bajo la tela, le susurro a mí jodador ficticio al oído:

—No parece que esto te excite. ¿No te entran ganas de hacerlo?

—Mientras trabajo, nunca. Vamos, sosiégate. Debemos repetir la tercera placa, pero no por mi culpa, sino porque Célestin la ha preparado mal. Luego cambiamos de postura para otra serie. Después del anverso, el reverso: daré la espalda a la cámara y Jacques me la meterá «un cuarto» —admiren la precisión—, separándome las nalgas con ambas manos para que el pajarito no se pierda ni un detalle del espectáculo. Así pues, el suplicio vuelve a empezar. Me estoy ganando el dinero a pulso, nadie podrá decir que lo he robado. Y el cliente que pague un luis para excitarse viendo mis hermosas hogazas, tampoco podrá decir que se lo roban.

La primera hay que repetirla porque, justo en el momento del clic, me han entrado ganas de estornudar. Después de la segunda, el señor Couturier detecta cierto debilitamiento, e incluso un debilitamiento claro, en el vigor de nuestro macho.

JACQUES. —Bueno, sí, ¿qué pasa? Estoy un poco cansado. ¡Me gustaría verle a usted en mi lugar! Vamos, señor Cyprien, no se ponga así. Si nos deja un minuto solos a Lulu y a mí, sacaré un negativo magnífico.

El señor Couturier entra refunfuñando al laboratorio, seguido por Célestin, y exclama antes de cerrarla puerta:

—¡Un minuto! ¡Y no chillen, por lo que más quieran!

Sí, entendido, lo haremos deprisa y en silencio. Pero ¿qué es lo que vamos a hacer? Ha sido Jacques quien ha pedido el minuto, luego él sabrá. En efecto, me levanta sujetándome por la cintura para liberar su herramienta, la observa, me introduce un dedo en la bombonera para comparar, y murmura:

—Eres más bien estrecha, palomita. ¿Lo soportarás, si te la meto entera? Sólo dos o tres veces, para que me vuelva a empalmar.

Yo la empuño, deslizando la mano entre nuestros vientres, para responder con conocimiento de causa. Es más bien larga que gorda; sin duda el digno señor Couturier las prefiere así. Por exigencias de la fotografía, evidentemente. El grosor lo adquirirá cuando entre en calor, lo sé de sobra.

Tal como Jacques ha constatado, soy más bien estrecha, aunque los preliminares ya me han mojado y entreabierto bastante. Así pues, lo tranquilizo, me ensarto de nuevo, me dejo caer sobre la famosa punta, ya continuación sobre «apenas un cuarto»; el tercio sigue sin dificultad, y la mitad sin dolor. Es más bien la longitud lo que me inquieta.

YO (*en un susurro*). —Hasta aquí todo va bien, tesoro. Continúa, pero no hasta el fondo, por favor.

ÉL (*prosiguiendo su avance*). —¿De verdad? ¿Y por qué? ¿Acaso no te gusta mi potente verga?

YO. —¡Oh, no! No es eso. Lo que ocurre es que si vas demasiado lejos, no podré evitar hacerte el cascanueces, y...

ÉL. —¿Y qué? ¿Sabes que tienes un conejito delicioso?

YO. —¡Chist! ¡Más bajo! Sí, ya sé que es delicioso. ¡Precisamente por eso! Cuando te pellizque, no podrás evitar correrte, y la sesión se irá a tomar viento fresco.

Jacques está de acuerdo, y nos contentamos con apenas una decena de «sube y baja» por mi cucaña; lo suficiente para calentarme y que se le ponga dura, pero no lo bastante para quedar satisfechos. No importa, porque al parecer al señor Couturier le preocupa lo mismo que a mí y sale bruscamente del laboratorio, se acerca para ver el resultado del minuto reclamado, aprueba con un gesto y dice en tono cortante:

—¡Muy bien, basta de juegos! ¡Al trabajo! ¡Todo el mundo a su puesto para la tercera foto!

Justo en ese momento, cuando se encuentra bajo la tela, suenan tres golpecitos en la puerta. Se dirige a abrir, contrariado, pero súbitamente su expresión se dulcifica:

—¡Ah, eres tú, cielo mío! Entra. No te preocupes por nosotros. Hago una última foto y lo dejamos.

¡Increíble! ¡Increíble, pero cierto! «Cielo mío» es su esposa, ¡la señora Couturier en persona! Una mujercita rechoncha un poco más joven que él, sobre los cuarenta, vestida con un traje de tafetán gris abrochado hasta el cuello, sonriente y digna. Deja sobre el velador del salón una bandeja de pastas de té, una botella y vasos, se sienta y, con voz cariñosa, dice:

—¿Todo va a tu gusto, señor Couturier? ¿Sí? Estupendo. Continúa, continúa como si yo no estuviera presente.

«No hay que sorprenderse de nada», dice la voz de la sabiduría. En efecto, en efecto..., ¡pero así y todo! Jacques y yo estamos aquí desnudos como gusanos, repantigados una encima de otro, a dos pasos de ella, a la luz de los amplios ventanales, si no propiamente haciendo el amor, al menos aparentándolo... ¡Y ella nos invita tranquilamente a continuar! Yo he vuelto la cabeza para dirigirle una

sonrisa un tanto embarazada, a la cual ella responde con un guiño afectuoso.

Sin embargo, está viendo que esta polla magistral introduce la «puntita» en mi almeja abierta. ¿Se ha exhibido ella ante el «señor Couturier» de otro modo que no sea en camisón largo hasta los pies y a la luz de una mariposa? Seguro que no. Tan seguro como que nosotros no somos la primera pareja a la que sorprende de esta guisa y en esta postura. ¿Sorprende? Soy yo la sorprendida, no ella, ni tampoco ninguno de los tres hombres.

Sin embargo, si se piensa bien, es muy sencillo. Son las cuatro pasadas. Su marido, el ayudante y los tortolitos de turno están «trabajando» sin descanso desde las dos; con la placa, la minga o la cotorrita, eso es lo de menos. Ella, como buena ama de casa, les trae vino y galletas. Y como buena esposa de comerciante, sólo le preocupa saber si las fotos saldrán bien, del mismo modo que a ella le salen bien las tartas. Por lo demás, si el sábado próximo hay que confesar un pecado, será el nuestro, no el suyo.

La otra causa de mi asombro es que a Jacques no se le ha arrugado ni una pizca al verla entrar. ¡Sólo hubiera faltado eso!

—Nos perdonas, ¿verdad, cielo mío? —dice Cyprien, antes de sumergirse de nuevo en su túnel—. La luz, ¿comprendes?, la luz... Señorita Lucienne, Jacques..., la tercera foto. Lucienne, no se deje caer, se lo ruego. ¡Separa, Jacques, separa! Sus nalgas, evidentemente, no las tuyas. Así está muy bien. ¡Atención, uno, dos, tres..., clic!

Cyprien emerge, tiende la placa a Célestin y deposita un beso distraído en la mejilla de la señora. Yo apoyo los pies en el suelo con un escalofrío, sin atreverme a mirar a la anfitriona. Jacques, por el contrario, se levanta sin ningún apuro e Igual de empalmado, se estira y le brinda con un gesto el sillón que acabamos de dejar. Ella se sienta sin aspavientos, y nos Invita a picotear golosinas ya beber una copa.

—Y bien, señorita, ¿se siente satisfecha de su debut en el mundo de la fotografía artística? —me pregunta, cogiéndome una mano.

¡Esta sí que es buena! Si hablara de «fotografía artística» a propósito de piezas de museo, resultará trivial. Pero lo ha VISTO todo con sus propios ojos. ¡Todo! ¡La hendidura, la arandela, la minga y los cataplínes! Guardo silencio un momento, antes de responder educadamente:

—Muy satisfecha, señora. El señor Couturier conoce muy bien su trabajo...

—Ah, señorita..., señorita Lucienne, ¿verdad?, eso que dice es una gran verdad —replica ella con orgullo—. No es porque sea su esposa, pero las fotos que hace mi marido son muy buscadas en el mercado. Y la clientela no escatima elogios a este respecto.

YO (*fingiendo ingenuidad*). —¿Se refiere al tipo de fotos que estamos haciendo ahora, señora?

ELLA (*sinceramente ingenua*). —Sí, aunque sucede lo mismo con las de bodas o primeras comuniones. Tal vez un día la tengamos como cliente, señorita. ¡Es usted

muy guapa! Le haré un precio especial.

YO. —¡Creo que ya nada puede sorprenderme!

Jacques y yo ocupamos el canapé, mientras que el señor y Célestin están sentados en sendas sillas. Cuando las golosinas se acaban, el patrón decide que ya hemos charlado bastante y que es hora de volver al trabajo.

—Puedes quedarte, cielo mío —añade, dirigiéndose a su mujer.

ELLA. —Sólo un momento. Estoy preparando un asado de buey, amigo mío— replica ella con una sonrisa glotona.

Luego se sacude suavemente el vestido, se retoca el moño, se apoya en el sillón con la actitud de la emperatriz Eugenia recibiendo a la Academia, y espera la continuación con curiosidad.

—Señorita, señor Jacques, quédense en el canapé —ordena su esposo—. Jacques a la cabecera. ¡A la cabecera! En el lado donde está la señora Couturier. Y Lucienne encima de él, en el otro sentido. ¡Vamos, dense prisa! ¿Es una novedad para usted, señorita? —me pregunta—. ¡Supongo que no! Entonces, rápido, el tiempo vuela.

Tal como va la cosa, no me extrañará que su esposa nos diera la receta del sesenta y nueve con la misma tranquilidad con que ha hablado de su asado de buey. Pero no, otra vez será. Con la ayuda del señor, Célestin, sin soltar ni media, sitúa la cámara frente a mí y la inclina hacia las partes de mi compañero. La señora se levanta, apoya en la nariz unos increíbles binóculos, se acerca y sugiere:

—Debería levantar un poco más la cabeza, señorita Lucienne. Está tapando la..., el... En fin, está tapando.

Tras seguir su consejo, acojo al miembro en mi boca. Una vez hecha la foto, la señora vuelve a su asado y el señor a su tela negra, para la segunda pose. Ahora le toca a Jacques, a quien Cyprien recuerda la consigna: separarme (no dice «los borcellares») discretamente con dos dedos y colocar la punta de la lengua (sólo la punta, se sobreentiende, aunque él lo especifica) en el... (finalmente se decide), en el clítoris. Dicho y hecho. Lo único que siento ya es aburrimiento, y arrepentimiento por haber aceptado semejante trabajo por medio luis. ¡Clic! Y a prepararse para la tercera, la misma, excepto por algún pequeño detalle.

Cyprien declara entonces que debe ir al laboratorio con Célestin para poner en orden las placas. Apenas será cuestión de un cuarto de hora. Mientras está allí, nosotros nos estiramos, porque aparte del aburrimiento, estas poses repetitivas resultan horriblemente cansadas.

—¿Falta mucho aún? —le pregunto a Jacques.

En su opinión, no más de seis, es decir, dos series: la postura del caballito, por supuesto, y la de la perrita. Al parecer, son las que tienen más éxito. Hago recuento con los dedos: ¿ya hemos hecho diez? No, más bien doce, dos de las cuales han tenido que repetirse. Entonces, ¿catorce? Informo del resultado a Jacques, el cual replica que le importa un rábano y que todavía es peor en verano, cuando hay luz suficiente hasta las siete de la tarde.

—He llegado a hacer hasta veinticinco en una sesión, tesoro.

YO. —¿Con una chica tan guapa como yo?

ÉL. —¡Eh, no eres única! Caritas como la tuya, se encuentran hasta debajo de las piedras.

YO. —Y frescos como tú, caen de los árboles. Y esa belleza..., ¿se excitaba?

ÉL. —¡Nada! ¡Más fría que un témpano! Contaba moscas mientras posaba, y se limaba las uñas en los descansos. ¡Auténtica! Pero hay que ser así para dedicarse a la fotografía artística. Si te pones caliente, acabas destrozado.

Este chico tiene sentido común; y experiencia. Él solito ha descubierto que empalmarse o humedecerse depende de la cabeza, no del vientre. No es un sentimental, ni un romántico, como se dice ahora, sino un hombre práctico. Según quién le pague, o se empalma o se corre.

YO. —¡Veinticinco poses por cinco púas! ¡No da para mucho!

ÉL (*socarrón*). —¡Oh, he llegado a un acuerdo con papá Couturier! Además de las cinco púas, me vende dos series a diez francos y yo las revendo por veinte a mis mujeres de mundo. ¡Si las vieras babearen mi rabo!

El fotógrafo regresa y nos ponemos de nuevo manos a la obra. Tres en la postura del caballito, en efecto, una de las cuales es preciso repetir porque Jacques me ha metido dos buenas terceras partes, de manera que el rabo del que tan orgulloso se siente casi no se ve. Discutimos un momento para dilucidar quién de los dos ha ido al encuentro del otro, es decir, si yo me he dejado caer, como afirma Cyprien, o él ha empujado hacia arriba, como yo he notado.

Después de los caballitos, vienen tres perritas. En las dos primeras, apoyo la cabeza entre los brazos; en la tercera me pongo a cuatro patas, y ambos volvemos la cabeza hacia el pajarito para mirarle a los ojos.

¡Es increíble! ¡Me siento totalmente idiota!

Finalmente, la sesión se acaba. El señor Couturier me entrega cinco monedas de cuarenta francos, mascullando vagas felicitaciones, y me cita para dentro de quince días para que admire el resultado de «su» trabajo; y, si lo deseo, repetir. ¡Buf! En cualquier caso, será sin ningún entusiasmo.

Lunes 19 de febrero

El señor François, a casa del cual iba con bastante regularidad cada ocho o diez días desde nuestra primera noche, no me había reclamado desde hacía casi seis semanas; yo empezaba a lamentar su infidelidad, en parte porque es un hombre realmente de mi gusto y muy original, y en parte porque las salidas a veinte francos son una renta que a nadie le gusta perder.

Finalmente, ayer por la mañana apareció de nuevo. La función empezará a las cinco y durará toda la noche. Me siento excitada ante la idea de volver a verle y, al

mismo tiempo, de divertirme con Julien. ¡Sorpresa! No es él quien me abre, sino un mayordomo-ayuda de cámara de patillas canosas, ceremonioso y frío. Subo a la habitación del señor, quien con su habitual encanto me tranquiliza: no, no se había olvidado de mí, pero los negocios..., los viajes...

—Además, Julien me ha dejado, hijita. ¡Oh, no! No ha habido ningún problema. Se trata de su futuro... Va a casarse.

Entro sola al vestidor para ponerme «cómoda», es decir, en camisón de encaje, y, cuando regreso, el señor está con una especie de yegua ya no muy joven, entradita en carnes, con una hermosa melena negra que le cae por la espalda y en camisón, como yo, pero el suyo largo y sencillo. Apetitosa, en efecto.

EL SEÑOR (*muy mundano*). —Señorita Lucienne, le presento a la señora Emma, una buena amiga. Querida Emma, Lucienne será nuestra compañera esta noche.

EMMA y YO (*a la vez*). —Querida señora..., querida señorita... Mucho gusto..., encantada...

EL SEÑOR. —Bien, una vez hechas las presentaciones, si me lo permiten las dejaré solas un momento, así podrán ir conociéndose mejor.

NOSOTRAS.—...

ÉL. —Sí, palomitas mías, he preparado algunas exquisiteces para nuestra fiesta íntima, y voy con Arsène a ver si todo está en orden.

Al llegar al umbral, se vuelve y precisa:

—Es cuestión de un cuarto de hora escaso, pero la habitación está caldeada y el lecho les tiende sus brazos, queridas. Pueden usarlo, e incluso abusar de él.

En cuanto el señor desaparece, la tal Emma se me echa al cuello como si hubiéramos estado esperando este momento, me besa en la boca, y me explica que conoce la casa y sus costumbres por la sencilla razón de que, en su horario normal, «lava» al señor. Por lo que intuyo, es una muchacha estupenda que conjuga lo útil y lo agradable dejando que le pulan el redondel señores generosos, a los que se trabaja con ardor porque le gusta el meneo tanto como la pasta, aunque no hasta el punto de meterse en un burdel porque, en el fondo, es una mujer decente. ¡Me gusta esta chica! Dudo mucho que Arsène ofrezca a las amigas del señor los mismos servicios íntimos que Julien, así que lo hará la lavandera. No tengo nada en contra de ello, al contrario.

Mientras esperamos que el señor regrese, la encantadora gordita me estrecha entre sus brazos, mordisqueándome los labios y gimiendo amorosamente, desliza una mano entre mis muslos, me arrastra hacia la habitación y me tiende en la cama. Descubro que besa de maravilla, así que nos dedicamos a darnos el pico mutuamente hasta quedar sin respiración. Sea amor a primera vista o calentura, el hecho es que estamos chaladas la una por la otra; conforme vamos comiendo, más se nos abre el apetito, pues no hay nada que enardezca más a una mujer que frotarse los pezones contra los de otra, y con mayor razón si al mismo tiempo mezclan sus salivas como nosotras lo hacemos. No creo que ninguna de las dos seamos amantes de las mujeres, pero ¡qué le vamos a hacer!, los sentimientos no funcionan por encargo.

De cualquier modo, y por muy rico que sea, el flete no me paga para que yo me lo pase en grande, sino para satisfacer sus caprichos; aunque la verdad es que uno de ellos podría ser precisamente el de ver a sus dos chipichuscas haciendo bollos mientras él se toca la berenjena. Si no, ¿por qué nos hubiera hecho venir al mismo tiempo, y porqué nos hubiera invitado a esperarle en la cama? Vamos a ver, ¿por qué?

No sería el primero, y mucho menos el único. El matrimonio De Bresles, por ejemplo, se llevaba muy bien, tanto que la señora esperaba a que el señor volviera a casa y estuviera en bata para hacer delante de él su número del sacacorchos conmigo. Al principio, yo estaba un tanto incómoda, pero se me pasó, hasta tal punto que me hubiera sentido más bien culpable lamiendo a la condesa a escondidas de él. Y no hablemos de Las Odaliscas, donde La Normanda y Mimi la Tetuda lo hacen delante del cliente tanto por placer como por la tarifa, sin contar los extras de unos y otras.

En semejantes ocasiones, yo sé muy bien lo que me tienta de una mujer: saber cómo lo ha hecho. Por lo que se dice, la curiosidad perdió a Eva, y a mí las mingas ya no me producen ninguna. Realmente hay que mirarlas dos veces para encontrar alguna diferencia, y ésta siempre se limita a ser de longitud o grosor. Una minga no habla, no incita la imaginación mientras no llena un agujero; ésa es, entre otras, la razón por la que podemos ver desfilar diez en una noche sin inmutarnos. En cambio, una hendidura... ¡Y no digamos una pepitilla!

La de Emma es de primera. Con lo caliente que está la buena mujer, no me resulta difícil localizarla entre sus dos escalopes hinchados, bajo un revoltijo de pelos rizados y mojados. La acaricio un instante con los dedos, ella me corresponde con el mismo gesto, y de inmediato nos colocamos de costado, cada una con la cabeza entre los muslos de la otra. No me disgusta que me chupen, ¡oh, no, en absoluto!, sobre todo si lo hace una mujer, y sobre todo si yo dispongo al mismo tiempo de un órgano lubricado y carnoso, para mamarlo hasta coger una indigestión. Eso es precisamente lo que le estoy haciendo a esta encantadora tortillera de Emma, sin hacer ascos a los aromas un tanto rústicos que me inundan la nariz, cuando intuyo por un chirrido de la puerta que el señor François está de vuelta.

¡Muy bien! Cuantos más seamos, más reiremos. Es esto lo que él quería, ¿no?, encontramos acostadas haciendo un sesenta y nueve, con el sencillo atavío (utilizamos nuestras camisas de almohadones) *de dos bellezas que han preferido al sueño*, los placeres de una sesión de lamidas. ¿De qué podrá quejarse? ¡Es tan hermoso un culo de mujer, bien redondo, rajado y mullido, que se agita y se estremece de placer! Así que dos, no digamos. Si no estuviera en mi lugar, deseará estar en el suyo.

Por otra parte, él no se queja. Al contrario. Ha entrado discretamente con la bandeja habitual de golosinas, la ha dejado sobre la mesa, y parece encantado con el espectáculo. Arrodillado en la cama detrás de mí, acaricia con una mano mis nalgas y con la otra las de Emma, ensalzando extasiado a media voz la belleza de nuestros culos, que se presentan ante él en la mejor postura, abiertos como están por nuestras

cabezas y nuestros sobresaltos. ¡Hay quien vendería su alma al diablo por menos!

Sin embargo, es preciso que nos interrumpa. Emma acaba de gozar, apretando mi cabeza entre sus gruesos muslos, y yo me estoy ahogando. Así pues, nos separamos. Ella se repone jadeando de sus emociones, yo me siento para recuperar el aliento, y el señor nos aplaude con energía.

—¡Bravo, amigas mías! —exclama, dándome palmaditas en la mejilla, y una palmada amistosa en la nalga que le presenta Emma—. Bravo, y gracias por el espectáculo. ¿Cómo lo llamáis?

YO. —La danza de las hogazas rabiosas, tesoro.

ÉL. —¡Ah, encantador, encantador! Las hogazas, claro...

EMMA (*retorciéndose como una otaria en celo*). —Lucienne y yo nos hemos entendido enseguida, ¿sabes?

—Ya me he dado cuenta —confirma el señor—. Ahora, limpiaos el pico —añade tendiéndome una servilleta—. Sobre todo tú, Lulu.

EMMA. —¿Porqué sobre todo ella?

ÉL. —Porque te he lamido más de una vez y te conozco, querida. No se puede decir que goces como una virgen, de eso ni hablar. ¿Tú qué opinas, Lulu?

YO (*indulgente*). —Sí, es verdad, rezuma bastante. Pero no es un reproche, Emma. Cuando le doy placer a una mujer, me gusta que me lo demuestre. Y, para ser la primera vez, te he dejado bien servida, ¿no es cierto?

Todavía sofocada de placer, Emma asiente y me pide perdón por haber estado a punto de asfixiarme.

—¿Qué quieres que haga? No puedo contenerme. Cuando noto que me viene, pienso que un día el asunto acabará mal y que tendré una muerta o un muerto en mi conciencia, pero es una sensación tan intensa que no puedo controlarla.

—¡Demonios! —exclama el señor—. Esta noche, la muerta o el muerto sólo podemos ser Lucienne o yo. Y si no he entendido mal, como ella acaba de escapar por los pelos, yo soy tu próxima víctima. Amiga mía, si te dejaran, llenarías los cementerios. Mientras tanto, ¡bebamos y comamos, queridas!

Tene razón. La habitación está caldeada, la cama es confortable, el vino delicioso y la comida succulenta, y nosotros tres todavía estamos vivitos y coleando. El señor se apresura, nosotras nos regodeamos; luego, cuando nos ve saciadas, se quita la bata, viene a la cama, reparte lametones a diestro y siniestro, y finalmente se pone a comparar las nalgas de Emma con las mías, o las mías con las de Emma, como se prefiera.

—Señoras —decide—, puesto que os he reunido para mí placer y para el vuestro, ¿no podríais, enlazando un talle a otro, *ofrecer a mí mirada esos culos que idolatro*?

¡Qué bien habla este hombre! ¡Qué bien habla! Adoro a nuestro rajá. Está aquí, tumbado entre su lavandera y una chipichusca, ¡y se expresa como un diputado! Bueno, a lo mejor lo es, como en la canción de la Emperatriz:

*Por lo menos debes de ser tendero,
o puede que incluso miembro del Congreso.
¡Oh, Dios! ¡Qué buen miembro!*

Nos colocamos, pues, a su gusto, de pie una junto a otra como estatuas de un jardín público, sujetándonos por la cintura y contoneando suavemente la grupa. Para que el conjunto resulte más armonioso, tomo la cabeza de Emma entre mis manos y acerco mi boca a la suya. Mientras nuestras lenguas se buscan, se encuentran y se mezclan, el rajá da vueltas a nuestro alrededor, compara, y decide... que no puede decidirse, pues si bien el culo de Emma, más ancho y rústico, llena más el horizonte, la redondez perfecta del mio queda subrayada por una cintura fina y unos muslos de ninfa que no posee mi oponente.

—Ambas lo tenéis muy hermoso —concluye—. Realmente muy hermoso. Para meterla en uno así, cualquiera iría descalzo sin protestar de la Chaussée d'Antin a la Barriere de Vaugirard.

YO (*atónita*). —¿Para qué, cielo? Nosotras no te pedimos tanto. Mi culito de ninfa, como tú dices, puedes tenerlo cuando lo desees y sin molestias. Y el espléndido culo de Emma también, ¿verdad, Emma?

EMMA (*contoneándose de lo lindo*). —¡Oh, sí, sí! Espero ser la primera. Llevo una hora con ganas de que me ensarten.

Protesto, y el señor, con ánimo pacificador, propone continuar con la comparación en la cama, a cuatro patas.

—¡Entonces es que vas a poseerme a lo perrita! —exclama Emma—. Tienes razón, cariño, es mi postura preferida.

Sigo protestando. Sólo hay para ella, ¿no? ¡Pues yo también tengo falta de afecto! El señor, que es todo un caballero, nos conduce hacia la cama afirmando que no habrá motivo de celos, puesto que se considera lo bastante dotado para servirnos a las dos. Nos coloca, pues, de nuevo a su gusto, arrodilladas, una junto a otra al borde de la cama, y con la cabeza entre las manos.

Me encanta ofrecerme así a un hombre. Estás ahí, en posición, con el culo en pompa y bien abierto, la cara contra el cobertor, y cada vez más caliente conforme va pasando el tiempo. No ves nada, pero sabes que él está detrás de ti, arrodillado o de pie según la cama sea más o menos baja, y él más o menos alto, empalmado a rabiar, y que dentro de un momento... Si se trata de un hombre galante, primero me masturbará con un dedo para humedecerme; si no, yo misma lo haré. Si se trata de un aficionado, su dedo pasará del chichi a la roseta, y yo sabré que le ronda la idea de probarla. SI se trata de un habitual, me separará las nalgas y me la meterá sin necesidad de ayuda. SI se trata de un novato, buscaré su minga por debajo, la atraeré hacia mí y la guiaré hasta la entrada. Una vez en el sitio, la naturaleza se encarga del resto. De cualquier modo, sea habitual o novato, me agarrará las nalgas justo a la altura de las caderas, yo haré coincidir mis embestidas con las suyas y, ¡suprema delicia!, balancearé el culo de derecha a Izquierda para sentir mejor su rabo en mi

vientre. ¡Virgen santa, Jesús bendito! ¡Una se haría puta sólo por momentos como éstos!

Una vez finalizada la discusión, cojo a Emma por el cuello para atraerla hacia mí, y nos damos el pico mientras el señor se prepara para el asalto. Primero pasea su instrumento por mis nalgas, luego por las de Emma; a continuación, regresa a mí como si todavía no hubiese elegido, para volver finalmente a Emma.

—¡Vamos, preciosas mías, diez embestidas a cada una! ¡A la salud de las damas! —exclama, hundiendo su ariete en la castaña de Emma y dos dedos en la mía—. Las señoritas se irán turnando.

Mientras él actúa, nosotras nos mordemos los labios de placer y de impaciencia. Ocho, nueve, diez, ¡me toca a mí!

—¡Oh! ¿Ya está? —se lamenta mi compañera al percibir el súbito vacío—. En fin, si es tu turno —añade, acariciándome el vientre por debajo—, me callo.

Conmigo, el señor François se abre camino más delicadamente, avanzando con suavidad y prudencia. Así es muchísimo mejor, y suspiro de puro contento. Por desgracia, las diez embestidas se acaban enseguida. El señor se retira cuando estoy a punto de gozar, y entonces le suplico:

—¡Por favor, señor, dos o tres más! ¡Ya me viene! ¡Estaba a punto de correrme!

ÉL (*sustituyendo la minga por un dedo y afanándose con Emma, que empieza a contonearse y a bramar*). —Ni hablar..., tres, cuatro... Las cuentas claras..., seis, siete..., así no habrá suspicacias...

YO (*desesperada*). —Pues, por lo menos, mastúrbame para consolarme. Sí, más fuerte... Los dedos, por favor... ¡Sí, más fuerte! ¡Mételos bien! ¡Ah, ya me viene, ya me viene!

EL SEÑOR (*acelerando la cadencia*). —¡Nueve y diez! ¡Y plis, plas! ¡Ah, qué culo tan maravilloso! —exclama—. ¡Qué hoguera!

Con las piernas temblando, nos dejamos caer los tres en la cama y nos quedamos allí, más que juntos, amontonados.

—Cielito —interviene Emma, toqueteando cuanto queda al alcance de su mano —, dínos qué aposento prefieres, ¿el suyo o el mío? ¡Oh, no te preocupes! No nos peharemos.

EL SÉÑOR (*prudente*). —Me gustan los dos. El de Lulu es menos..., menos amplio, diría yo. Aprieta más. Pero el de Emma es quizá más cálido. ¿No coméis nada más, palomitas?

¡Ésa sí que es una buena idea! Así pues, proseguimos la colación; después hago una incursión al final del pasillo, donde por desgracia ya no hay ningún Julien para echar un casquete, y al volver me acuesto de nuevo junto a Emma, mientras que el rajá ocupa su lugar en el sillón. Expreso mi asombro ante el hecho de que Emma, con lo llena que ha quedado, no haya ido a lavarse, pero ella afirma enérgicamente que las lavanderas no corren peligro alguno.

—Por el jabón de Marsella, ¿comprendes? ¡Lo utilizamos tanto!

—Siempre llevan un trocito escondido —interviene el señor—, y lo colocan en el sitio preciso, en el momento adecuado. ¿No es cierto, Emma?

Ella asiente y se lanza a dar una explicación enrevesada, de la que se deduce que, en la lavandería, se presta más gustosamente la mano que el resto.

—Por eso nos llaman masturbadoras de gendarmes —precisa con orgullo.

YO (*atónita*). —Nos estás tomando el pelo, Emma.

ELLA. —No, en absoluto. Todo el mundo lo sabe. Mira, te lo demostraré con el señor, que no es gendarme, pero después de todo es diputado.

YO (*pasmada*). —¿De verdad? ¿Diputado de la Cámara? El señor se echa a reír, se levanta, da la vuelta a Emma como si fuera una tortilla y le administra dos sonoras palmadas en el culo, exclamando:

—¡No puedes tener la lengua quieta, maldita cotilla! Sí, señorita Lucienne, soy diputado, lo más diputado que se puede ser. ¿Por qué no? En una república, es preciso que los haya.

YO. —Sí, pero...

ÉL. —¿Pero qué? ¿No nos imaginabas así? Por la noche nos quitamos la banda tricolor, ¿sabes? Aunque, si te hace ilusión —añade, riendo a carcajadas— puedo ponérmela para joder contigo.

YO (*apurada*). —¡Oh, no, señor François, creo en su palabra! Y..., ¿la señora lo sabe? Me refiero a la señora Armand.

ÉL. —Evidentemente. Soy SU diputado. Todas las *madames* tienen uno.

YO (*mimosa*). —Bueno, cariño, pues para ser diputado eres deliciosamente guarro, ¿sabes?

Me siento emocionada ante la idea de haber jodido una buena decena de veces, y majestuosamente, con un mandatario del pueblo soberano, como ellos dicen. Poco me falta para sentirme la República personificada. «Tanto honor merece un gesto», me digo, así que someto a votación y apruebo por unanimidad la concesión de una mamada de honor, que él acepta con la dignidad amable del gran señor acostumbrado a recibir tales homenajes. Todavía la tiene babosa y pringosa de nuestros néctares, pero para mí gusto realza el sabor, como la mayonesa a la langosta; además, si hubiera que renunciar por eso, nunca se proporcionare placera nadie.

Emma, que ha vencido su somnolencia, me mira hacer con interés y aprovecha la ocasión para situarse de nuevo entre mis muslos. Como una niña buena, le doy facilidades para que se regale mientras yo regalo al señor, y trabaja con tal ahínco que muy pronto me veo obligada a abandonar el miembro (aunque lo correcto sería decir «al miembro») del Cuerpo legislativo para recrearme en mi placer, gimiendo:

—Per..., perdón, cariño... Un momento... Va..., va a... ¡Oh! YO..., yo... ¡Oooh!

¡Uf! Dos veces en diez minutos; estoy completamente trastornada. Esta «masturbadora de gendarmes» tiene una boca que sería la perdición de una santa. Y por lo que dice el rajá, el puchero vale tanto como la boca. Yo le creo de buen grado,

sin celos: estas morenazas grandotas de labios carnosos, raja trasera y alerón velludos, y que exhalan un olor penetrante, tienen un culo que parece el Senegal, sobre todo pasada la treintena. Sin duda eso es lo que ha atraído a François, que es muy aficionado al asunto. Ya sean lavanderas o planchadoras, las Emma de este estilo resultan muy cómodas para los señores con temperamento a los que no les gusta desplazarse. Las hacen venir a traer la ropa, ellas dejan el cesto, les dan dos francos o a lo mejor ni eso, y se las tiran como quieren y por donde quieren. De éstas que alivian más o menos de balde a los burgueses faltos de afecto, debe de haber..., ¿cuántas?, tal vez mil en París.

Mi rajá también empieza a estarlo. Cuando lo he abandonado para gozar, se ha levantado, y ahora vuelve con una botella de vino dorado y un plato con *foie-gras*, que deja sobre la cama. ¿*Foie-gras*? ¡Lulu, lleva cuidado con tu ojete!

Este numerito no podía faltar. Aunque, en esta ocasión, se presenta con una variante inesperada. Cuando Emma, eternamente hambrienta, alarga el brazo hacia el plato, él la detiene, corta una loncha y se la unta en..., ¡nada menos que en la punta del miembro! Luego lo dirige hacia ella, y:

—Tu *foie-gras* está servido, encanto.

Emma se abalanza con glotonería sobre el entremés y lo engulle en tres lametazos. Él se deja hacer, se retira, se unta de nuevo.

—Tu turno, Lulu. ¡Te vas a relamer!

La verdad es que el *foie-gras* queda mucho mejor presentado así, que en un insulso plato servido por un insulso camarero. Resulta más cremoso, más sabroso. Con la cabeza entre sus muslos y los ojos cerrados para degustar mejor, lamo, mamo, y... siento que dos manos me separan las nalgas, mientras una tercera me embadurna la entrada de los artistas con el exquisito producto. Un dedo, dos dedos, tres dedos, y tanto en el pasillo como en la puerta. ¡Debe de haberse gastado por lo menos diez francos! Aunque diez francos, para un diputado...

A él le divierte mucho su broma. Yo, por mi parte, no estoy enfadada. Es del dominio público que nadie se muere por dejar que le den por el saco, ni siquiera con un ariete, siempre y cuando el dolor no estropee el placer. Y la mantequilla no resulta tan elegante como el *foie-gras*.

—Estoy preparada, tesoro —digo, tumbándome boca abajo—. ¡Tu turno, diputado!

—¿Y yo? —pregunta inquieta Emma—. ¿Qué hago yo en vuestro negocio?

—Masturbarás a Lulu, palomita —responde el señor—. Y me acariciarás los perendengues, por supuesto.

—Vosotros a gozar y yo a trabajar —dice suspirando—. Pues me habías prometido...

—Sí, sí, que te daría por detrás —replica el señor con impaciencia—. Y no se acabará la noche sin que lo haga, encanto. Mientras tanto, o nos ayudas o nos dejas en paz.

Ella no insiste y se arrodilla a mi lado para separarme las nalgas más cómodamente. El señor presenta el arma, yo muerdo la almohada porque, incluso con *foie-gras*... Y heme aquí debidamente enculada en unas pocas embestidas. La zorra de Emma, a quien el espectáculo está poniendo caliente, desliza una mano entre mi vientre y la cama. Yo me levanto un poco para dejarle sitio, mientras el rajá me martillea tranquilamente.

—Mastúrbala bien —le ordena a Emma—. ¿Y mis alforjas? ¿Te has olvidado de ellas? ¡Demonios, tienes dos manos! ¿Lulu?

YO. —¿Sí, cariño?

ÉL. —Tu..., tu culito... es delicioso. ¡Ah! Vas a gozar... por delante..., ¿eh, pillastra?

¿Cómo saberlo? Entre una mano que te causa estragos en la pepitilla, y una minga que te invade el pasillo, ¿cómo establecer la diferencia? Por otra parte, inundo la mano de Emma, gritando como una tonta: «¡Me viene! ¡Me viene!», al mismo tiempo que él me lanza una tromba como para repoblar toda Francia si los niños se hicieran por ahí, y experimento un segundo orgasmo al sentir que se corre. ¡Y tres, y cuatro! Esta vez estoy realmente exhausta, y quedo sumida en un profundo sueño.

Siete

En resumidas cuentas, ¿por qué tanto insomnio? El profesor diría que es por falta de marranadas inteligentes. Le vi ayer y me recomendó que os instara a degustarlas supremas delicias que proporciona deshojarla rosa. Así os lo transmito... y me relamo pensando en ello.

J. K. Huysmans,
Lettre á Arij Prins (11 noviembre 1887).

Sábado 3 de marzo

El señor De Bresles, a quien le apasionaban los nuevos Inventos de nuestro siglo de progreso, se sentía muy orgulloso del fonógrafo que había traído de América y que había instalado en el salón de su casa, hace de esto unos cinco o seis años. En aquella época se veían muy pocos, y era realmente una curiosidad. Después, la moda se extendió, como la anarquía y la electricidad, por no hablar de los consoladores de goma pura. El *milord* de Fanny tenía uno (me refiero al fonógrafo, aunque también tenía un consolador), y en cierta ocasión le hizo decir frente al embudo: «Sí, cariño, te amo», frase que una hora más tarde ella pudo oír, con su propia voz, saliendo de la bocina en presencia de todos los Invitados.

Ayer por la noche, bastante tarde, mientras estábamos en el salón azul esperando que viniera algún cliente, charlando o jugando a las cartas, Fanny nos contaba esta historia tapándose la nariz para imitar la voz del fonógrafo, que no había reconocido en absoluta como propia.

—La *madame* debería poner uno a disposición de Cléo la Escandalosa —comenta Julia—. ¡Ese aparato ha sido Inventado para ella!

Cléo, que se encuentra entre nosotras, es la primera en reírse de la ocurrencia. Es una mujer amable, entrada en carnes, de pelo muy negro, abundante y rizado, tanto en la cabeza como en el felpudo, buena compañera y formal en el trabajo, que trabaja en Las Odaliscas desde hace casi dos años, después de haber pasado por un

establecimiento burgués de Beauvais, donde se aburría «más que una rata muerta detrás de un baúl», según sus propias palabras.

Las buenas referencias de sus patronos de allá le permitieron encontrar trabajo aquí sin dificultad. Con los dos o tres primeros clientes su comportamiento es normal, pero al llegar el cuarto empieza a entonar un cántico interminable ya soltar exclamaciones y ronroneos que hacen temblar las paredes. Al día siguiente y al otro se repite el número de canto operístico con algunos clientes. La *madame* la llama para indicarle que está exagerando, que no vale la pena fingir hasta esos extremos para complacer al flete, y que con un paro tres de suspiros es suficiente.

—Pero, señora —responde Cléo—, ¡no finjo! Es más fuerte que yo. Cuando estoy debajo de un hombre, si me lo hace bien, por más que lo intente no me puedo contener. Espero que los clientes no hayan protestado.

¡Oh, no! En todo caso, los suyos no. El problema era que, en opinión de la *madame*, aquellos cánticos de mujer extasiada daban impresión de desorden. Sin embargo, no tenía nada que reprocharle a Cléo; al contrario, ya que ésta empezaba a hacerse una clientela de habituales que la elegían precisamente para oírla bramar en sus brazos. Un burdel no es otra cosa que un comercio de placer. Y los «hummm, aaah, oooh» de Cléo eran mercancía nueva, artículos de lujo.

Así fue como el señor Armand, un hombre con gran experiencia, se lo explicó a la *madame*. Decidieron, pues, que Cléo se quedara, permitiéndole que entonara sus escandalosos cánticos, pero le arreglaron en el segundo piso, al final del pasillo, una bonita habitación con las paredes acolchadas y cubiertas por dobles cortinas, para no molestar a las parejas que prefieren chingaren silencio.

Desde entonces, Cléo la Escandalosa se convirtió en cierto modo en una de las atracciones de Las Odaliscas, junto a Julia Dedo Diestro, que es la otra. Ya no siente tanto como antes la necesidad de expresar a gritos su felicidad porque está hastiada, pero puesto que es eso lo que esperan de ella, entona su canción mientras piensa en otra cosa.

Me pregunto si yo sería capaz de gemir así sin sentir nada. La verdad es que, ya de natural, me contento con emitir un suave ronroneo gatuno, mientras que Cléo, que posee un amplio repertorio, goza a voz en grito en cuanto le tocan la habichuela.

Viernes 9 de marzo

Cuanto más lo hago, más caliente estoy. Si llevo más de dos horas sin estar con un hombre, me pongo nerviosa, empiezo a moverme y a rascarme la nuca, pendiente del momento en que la *madame* dará unas palmadas para indicar que debemos exhibirnos ante un cliente. Ni siquiera Irma la Enamoradiza, pese a ser de natural más putón que yo, se pone tan impaciente. Ella juega a las cartas con La Tetuda y Malou la Peluda, a un machacante el punto, llegando a ganar o perder cuatro e incluso cinco francos en

una noche cuando no las interrumpen demasiado, como dice Malou, a quien no le importaría dejar de hacer una chapa con tal de cantar un triunfo cuando tiene buen juego en las manos.

Estos días nos interrumpen con bastante frecuencia. La primavera ya asoma la nariz, pero aún hace fresco. Los establecimientos como el nuestro están bien caldeados, y, aparte de los que vienen por costumbre, están también los que se deciden de pronto porque estarán mejor dentro, rodeados de mujeres en camisa, que dando vueltas por la calle. Además, el dinero está para que circule, ¿no? Diez francos a cambio de calor, sonrisas y un buen casquete, no es un mal negocio, cuando los tienen, claro.

¡Y parece que en los tiempos que corren los tienen! La Exposición Universal ha cerrado sus puertas, pero ha dejado no poco dinero en no pocos bolsillos. El oficio va bien, los negocios funcionan y los fletes abundan. Todas nos hacemos jornadas de veinte francos como si nada, excepto la pobre Fanny Boquita de Piñón, que está en el campo reponiéndose de una pequeña inflamación. La *madame*, que tiene buen corazón, ha colocado una alcancía a su nombre en un rincón del salón rojo y ha sido la primera en meter dos monedas de cinco púas; y, como todas tenemos buena disposición, Fanny encontrará a su regreso las jornadas de diez francos que le hacemos.

Aparte de esto, no vienen más que parroquianos sencillos a los que despacho en un cuarto de hora. El señor Gimnasta volvió anteayer, miércoles, con su álbum. Poco a poco, Gimnasta va espabilando. Le ha dado diez francos a la *madame* para quedarse conmigo más tiempo, y hemos cogido la habitación con el armario de luna, que le gusta mucho. Hasta ahora, conocía más o menos lo que me hacía hacer, pero este miércoles me ha sorprendido. Según el dibujo, se trata de un sesenta y nueve, pero... con una variante: ¡de pie! Él en posición normal, y yo cabeza abajo, con las piernas apoyadas en sus hombros.

Yo pensé: «¡No es posible! Es un número de acróbatas. Aunque lo logremos, ¿dónde estará el placer?». Pues bien, estaba equivocada. El señor Gimnasta está fornido, es un amante de la bicicleta, como la llaman ahora, y gracias al ejercicio tiene unas pantorrillas de acero. Siguiendo sus instrucciones, me quito el camisón y me tumbo en la cama; él coloca la cabeza entre mis muslos, me rodea la cintura con los brazos y, ¡arriba!, me levanta como si fuera un saco de patatas. Ya sé que no tengo tantas carnes como La Normanda, por ejemplo, pero tampoco soy un pajarito: cincuenta y cinco kilos no son moco de pavo, y eso era lo que indicaba la báscula hace un mes.

Una vez en pie, me sujeta por los hombros para situarme a la altura de su instrumento. Lo mejor es que se ha mantenido tan empalmado como un carmelita durante toda la operación, de manera que enseguida nos amorrarnos. Por mucho que nos riamos, está claro que la bicicleta hace hombres.

Ignoro si a él le da gusto esta mamadita al revés, pero a mí sí. Es la primera vez

que se sienta a una mesa del restaurante de las columnas (no se puede decir que baje al pilón, porque eso más bien lo hago yo), pero se desenvuelve muy bien, de manera que además de sentirme, por decirlo de algún modo, entre cielo y tierra, gozo como una bendita. Sumamente emocionado y orgulloso, me deja entonces en la cama; después de descansar un momento, le digo, estrechándolo entre mis brazos y lamiéndole el bigote:

—¡Uf! Tu invento me ha dejado con las piernas temblando. ¡Pero tú aún no has gozado! ¿Cómo quieres continuar?

En esta ocasión quedo dispensada del álbum. Desearía simplemente poseerme «a lo perrita», según manifiesta a la vez orgulloso de demostrarme que conoce la palabra y avergonzado de pronunciarla.

—Por supuesto, cariño, por supuesto. ¿Será la primera vez que lo hagas así con una mujer? ¡Oh, puedes decírmelo! Todo el mundo ha tenido su primera vez en todo. Sin ir más lejos, yo no lo había hecho nunca con nadie como acabamos de hacerlo. Me has enseñado algo nuevo, ¿te das cuenta? Por cierto, ¿cómo se llama tu fantasía?

O no lo sabe, o no quiere decírmelo. Como tenemos mucho tiempo, ya que me ha tomado para dos chapas, con tres francos de guantes, permanecemos tumbados uno junto a otro, mirando hacia el techo: yo, sumamente feliz por este respiro; él, esperando pacientemente que dé la señal para proseguir. Realmente, este cliente es fácil de contentar.

—Dime, cielo —le interrogo—, ¿cómo es que no me has dicho tu nombre, con el tiempo que hace que nos conocemos?

—No creo que te guste... Me llamo Eugène.

Eugène o Néstor, ¿qué más da? Sólo se lo preguntamos a los fletes que nos tienen mucho apego, y lo fundamental es que no haya muchos que se llamen igual. Yo tengo un Raoul, un Jérôme, un Jacques, un Gustave, conocido como Tatave, y dos o tres más. Eugène no me gusta demasiado, y salgo del paso lo *mejor* que puedo:

—¿Por qué no? ¿Sabes cómo te llamaba yo antes?

—Pues para mí eras el señor Gimnasta. Y eso que aún no lo había visto todo, porque hoy me he dado cuenta de que eres un auténtico forzudo. ¡Y además, cariñoso! Bueno, ¿quieres tomara tu Lulu a lo perrita?

—Sííí...

—¿Por que es una novedad o por que quieres disfrutar de mis nalgas?

—Bueno..., por las dos cosas, pero sobre todo por la segunda. Hace un momento, mientras te..., te... ¡Señor, qué duro es educar a un pazguato! —¡Vamos, Eugène, dilo! Mientras me comías la marmota... —Y para animarle a hablar, añado—: Supongo que por lo menos te habrás dado cuenta de que me has hecho gozar. Y confío en que vuelvas a la carga en mis nalgas. Entonces, ¿te gustan? Esta vez responde enardecido:

—¡Ah, me encantan! Mientras te..., te come la marmota, como tú dices, las veía en el espejo del armario, tan redondas, tan blancas, y...

—¿Y te entraban ganas de rendirles honores? Pues has dado en el clavo, ¿sabes?, porque mis nalgas tienen ganas de ti, conque estamos empatados.

Si él es sincero, yo también. Me sentiría realmente desdichada si ahora pegara gatillazo, así que decido tomar mis precauciones y, cuando él intenta incorporarse, intervengo:

—No, no, señor Gimnasta, todavía no. Quiero encontrarle igual que hace un momento. Lo que necesito es un buen cirio, no una salchicha blanda.

Sin darle tiempo a replicar, me dedico a transformar en tres lametones la salchicha (por otra parte, muy honorable) en cirio, tal como le he prometido. ¡Esta noche estoy realmente caliente! Chupo, mamo, aspiro y, dando un brinco, me coloco a cuatro patas con la cabeza entre los brazos.

—¡Ahora le toca a usted, señor Forzudo! ¡Hasta el fondo, por favor! ¡Sí, agárreme las nalgas, señor Gimnasta! ¡Y no se corra enseguida, se lo suplico! ¡La cama no está alquilada! Un momento, se la colocaré en el sitio exacto.

A él le cuesta encontrarlo, en efecto, y no se atreve a utilizar la mano. Yo paso la mía entre mis muslos, le paseo la minga a lo largo de mi cicatriz y..., ¡ya está, entró! ¡Oh, qué gusto, qué gusto! Me acaricio el botón al mismo tiempo para que me venga más deprisa, y hago bien, porque experimento el orgasmo justo un momento antes que él, gratificándole con un cascanueces Inesperado que le obliga a rociarme con dos chorros seguidos, ¡y de los buenos!

¡Tuturutú! ¡Al bidet, Lulu, al bidet! ¡Y rápido! En estos casos, es preciso hacer un gran esfuerzo para desenvainar una polla tan hermosa, pero me he jurado que no volvería a abandonarme nunca más. Entre dos males, hay que elegir el menor, ¿no es cierto?

Domingo 11 de marzo

Los negocios siguen funcionando bien. En lo que va de mes he zambucado casi tres libras, quiero decir trescientos francos, entre chapas y guantes, incluyendo las visitas a la ciudad. En la cuenta también va Incluido el regalo de un americano auténtico, más largo que un día sin pan, que no sabía dónde meter las alas y las bielas, y que estaba encantado de encontrarse en París, la ciudad donde las mujeres caen a punto de caramelo en tus brazos. Hablaba francés bastante bien, aunque con un acento que podía cortarse con un cuchillo, más marcado aún por haber tomado unas copas para animarse; aparte de eso, era un tipo divertido y amable.

Me eligió, subimos, y le pedí mi regalito mientras le desabrochaba. Dicen que los extranjeros, sobre todo los americanos, pagan gustosos una vez, a la *madame*, pero no dos. Conmigo sólo se han portado así algunos alemanes y belgas; y muchos franceses, evidentemente. Él, ansioso por joder con una atractiva *french girl*, no se hizo de rogar, como si ya estuviera sobre aviso, y me dio una moneda de oro de diez

dólares.

Era la primera vez que veía una así, pero como mi papá trabajaba de cajero calculé en un abrir y cerrar de ojos que sus diez dólares equivalían a cincuenta francos, es decir, media libra. Le di las gracias, aunque sin poner mucho énfasis para que no se arrepintiera, le hice el lavado de rigor, le di una mamadita para que guardase un buen recuerdo de Las Odaliscas, y nos metimos en la cama. Una vez allí, su media libra me hizo sufrir un poco, porque tenía un instrumento de caballo, o casi.

Por fortuna, estaba tan excitado que escupió la mitad fuera y el resto apenas entró. Es Igual, ¡había jodido con su *french girl* y todo Nueva York lo sabría! En fin, no *Niullork*, o como se escriba, sino *Sinsinati* o *Chinchinati*, tampoco sé muy bien como se escribe. Me dijo que ése era su pueblo, y se proponía nada menos que llevarme allí después de casarse conmigo. ¡Estaba empeñado!

Yo, muerta de risa, le respondí: *Chinchinati* ¡no! ¡París! ¡Yo *married*! ¡Yo cinco *chiidrens* en París! Seguramente, tú estás *married* en *Chinchinati*. Tú *married* con una americana, yo *married* con un *french man*. ¡No posible juntos!

Nos despedimos como buenos amigos. Me libré de una buena, ¿no? ¡A Estados Unidos por cincuenta francos! Sí hombre, ¿y qué más?

Lunes 12 de marzo

La desgracia de unos hace la felicidad de otros. El cliente-vajilla de Fanny ha venido a buscarla. La *madame* me ha llamado, y el señor ha concertado una cita para pasado mañana. Se supone que no conozco sus gustos, pero, al presentarme, me he arremangado el camisón hasta la cintura, y parece ser que mi mullido culito le ha inspirado. Dejaré tres francos en la alcancía de Fanny, porque es una buena compañera.

Martes 13 de marzo

Lo que falta aquí es una negra. Todas las casas convenientemente montadas tienen su judía, pues así lo impone la moda; puede ser auténtica o falsa, ya que el patrón que no encuentra una a su conveniencia, rápidamente bautiza con el nombre de Rachel o Deborah a la primera morena provocativa que le llega de Brive-la-Gaillarde o de Mont-de-Marsan. Esther, la nuestra, es auténtica, y muy apreciada por la clientela. Es un tanto afectada, pero se porta bien con nosotras y eso es lo principal.

Las negras son más raras, y en cierto modo quedan reservadas a las aduanas más bien *high life*. Suelen elegirlas voluminosas y, ya puestos, con la piel lo más oscura posible. Están muy solicitadas, y los clientes se pasan la dirección del establecimiento donde acaba de entrar una.

Irma la Enamoradiza, que trabajaba en casa de *Madame* Thérèse antes de venir aquí, conoció a la del 73. Era de la Martinica, y se enfurecía como un demonio cuando la llamaban «Regaliz» o «África».

—No soy negra —decía, refunfuñando—, soy criolla.

—Una belleza —afirma Irma—. Bastante más alta que yo, y con el cuerpo en proporción a su altura. Y además, una auténtica joya. Sincera, seria y nada escandalosa. Ahorraba para regresar a su país, donde, al parecer, hace sol todo el año.

Según Irma, lo que atrae a los hombres no es tanto el color que poseen como el calor que desprenden. Su mazmorra es como Senegal, y su boca como Tombuctú. Aparte de eso, no hacen grandes diferencias entre la maternidad y lo otro, de manera que tienen clientes aficionados a ambos conductos.

Lo que me ha hecho pensar en todo esto es que, a falta de una negra en la casa, nos ha venido un negro, un auténtico rey negro de allá abajo. La *madame* había sido prevenida, y el hombre ha llegado escoltado por un ujier o un secretario de la Prefectura, igual que el príncipe de Gales cuando visita a fes damas de El Escándalo. Ella, la patrona, estaba violenta; nosotras, en cambio, apenas un poco intimidadas. Desde que Francia se convirtió en república, se pirra por los reyes, aunque sean más negros que el betún.

Este iba con el traje típico de su país, una túnica multicolor que le llegaba hasta los pies. Inmenso. Hubiera podido comer tortitas en la cabeza de La Normanda, que no es precisamente bajita. El secretario nos lo presenta:

—Señoras, Su Majestad, el emperador Bokaka.

La *madame* se inclina y nosotras hacemos una reverencia. Bueno, lo intentamos, porque tal como vamos (una en camisión, otra en bata y la tercera sin nada) no resulta fácil, y el asunto no carece de gracia. De todas formas, en su tierra, allá abajo, las mujeres todavía llevan menos trapitos encima que nosotras: un collar de conchas o una pluma de papagayo, y va que arde.

Él nos pasa revista con gran dignidad y me señala. El secretario me indica que me aparte y me entrega discretamente un pequeño sobre.

—Señorita, aquí hay veinte francos. Su Majestad no lleva nunca dinero encima, así que es inútil... ¿Comprende?

YO (*guiñando un ojo*). —Comprendo. Su Majestad es muy espléndida.

ÉL (*haciendo lo propio*). —¡Oh, no vaya tan deprisa! Paga la República.

Subimos. El emperador no es hablador, pero comprende perfectamente nuestro idioma. Por lo demás, es un hombre muy apuesto que debe rondar fe cincuentena y con unos dientes magníficos. Para el aseo de rigor, se deja la túnica multicolor, se la arremanga hasta las axilas y la sujeta con un cordoncillo. Visto así, es un monumento. Si no mide dos metros, poco le falta, de manera que, moño incluido (el mío, por supuesto), le llego justo a la altura del pecho. SI lo hacemos a lo burgués, me sobrepasará por arriba y por abajo, y me asfixiaré. Entonces, ¿a caballito? Sería lo menos peligroso.

En cuanto al cetro, que resulta el término más apropiado en este caso, es igual que toda su persona, más desarrollado a lo largo que a lo ancho, y en proporción a su tamaño, es decir, interminable. Lo peor es que apenas ha empezado a empalmarse. Cuando marque las doce, le llegará al ombligo; y, si me lo mete hasta el fondo, me saldrá por la boca. ¡Pobre de mí!

Por fortuna, cuando me dispongo a indicárselo, ¡oh! Muy respetuosamente, se saca de fe manga un gran anillo de cuero, que me presenta riendo y mostrando todos los dientes:

—¡Para las señoritas francesas! Lo sé. Bokaka es demasiado fuerte. Incluso para las mujeres de su país —añade—. Así que, ¡para las damiselas de París!

¡Uf! Este emperador está civilizado. Más tranquila, lo invito a que se reúna conmigo en la cama y espero a que exprese sus preferencias, que consisten en poseerme a lo perrita. En alguna parte he leído, o he oído decir, que antes de fe llegada de los blancos sólo sabían hacerlo así, y que los misioneros les obligaron a hacerlo igual que nuestros burgueses, cosa que divirtió enormemente a estos niños grandes. Así pues, me coloco. Sin embargo, es tan grande arrodillado como de pie, o casi, de forma que sus cojones descansan sobre mis riñones. Debe de estar acostumbrado a este pequeño inconveniente, pues me toma por debajo de fes caderas y me levanta como si no pesara nada, para situar mi asunto a fe altura del suyo. Lo ajusta, lo mete..., y todo va de maravilla. Resulta un tanto fatigoso no apoyar los codos cuando un gigante como él te estira, te empuja, te agita y te invade, pero en absoluto desagradable. Y dejando a un lado el color de su piel, que me es del todo indiferente, el emperador jode como un rey.

Mientras yo alternaba con el monarca, fe *madame* estuvo hablando con su secretario. Después de que ambos se marcharan, me llamó y me dijo:

—¡Bravo, mi pequeña Lucienne! Su Majestad ha quedado muy satisfecho de usted. Y le voy a hacer una confidencia: su mérito es aún mayor si se tiene en cuenta que nuestro cliente es un invitado del gobierno, y que se pasa casi todo el día de burdel en burdel. Su secretario me ha dicho que usted era la sexta del día.

Jueves 15 de marzo

Ayer estuve con el cliente-vajilla de Fanny, tal como había quedado convenido. Se celebró punto por punto la pequeña ceremonia que ella me había contado: cuatro platos y unos cuantos vasos sucios, una moneda de cinco púas, el agua caliente y el jabón viscoso, el delantal de puntillas que deja fes nalgas al aire, y yo haciéndome la inocente sin olvidar, pese a ello, menear el traspuntín con toda la naturalidad posible, ya que realmente sentía deseos de ser poseída de pie, por detrás y con las manos sumergidas en el agua grasienta.

Si he decirlo todo, esperaba la llegada de la sanguina de un momento a otro (soy

más puntual que un reloj), y el señor Vajilla era mi último hombre del día. Guarrada por guarrada, prefería sentirlo chapotear en los restos de mi digestión que en la sangre de los pintores. ¡Puaf! Cuando pienso que en algunas casas las mujeres tienen medio miserable día de tranquilidad cada cuatro semanas, me siento feliz en Las Odaliscas, donde la señora nos deja descansar un día, e incluso dos, en tales ocasiones. Eso sí, nos descuenta ocho francos diarios, según dice, «para cubrir los pequeños gastos que resultan inevitables, hija mía».

El cliente-vajilla se llama Laurent y es encantador. Una vez con el uniforme puesto y plato en mano, intuyo su presencia a mi espalda, alejándose para lograr una perspectiva mejor, inclinándose para situarse a la altura adecuada, parpadeando y chasqueando la lengua, igual que los aficionados a la pintura en la Muestra de Otoño, a la que Dodolphe me lleva todos los años.

Está encantado con el cuadro, y si yo fuera un hombre no lo estará menos. Su fregona presenta las proporciones ideales: cintura fina y bien marcada por la cinta negra del delantal, hombros carnosos, nuca delicada, y unas nalgas, ¡ah, unas nalgas que serían la perdición de un santo! Eso es, al menos, lo que me dice con la voz entrecortada por la emoción. Para corresponder a su amabilidad, y porque la idea del espectáculo que le ofrezco me pone considerablemente caliente, contoneo mi nalgamen de diosa (también según él) primero en el sentido de las agujas del reloj y luego en el contrario, me pongo de puntillas para coger un vaso, abro un poco las piernas para no resbalar en las baldosas de la cocina... En resumen, me entrego a él a cambio de sus cinco francos y para satisfacer mis ansias de ser ensartada por... el lugar donde me pica.

Evidentemente, no me sorprende al sentirle empujar entre mis nalgas divinas (también según sus palabras) y abrirse camino hacia mi pequeño paraíso. Pero, como se supone que no estoy al corriente de sus gustos, considero oportuno protestar, y así lo hago, gimiendo:

—¡Oh, no, señor Laurent, así no! No es manera... ¡Oh, no, va a hacerme daño! ¡No, espere, todo de golpe no! ¡Oh! Pero si... Más, más, ¡qué gusto! ¡Oh, no pare! ¡Qué gusto da!

A continuación, estampo contra el borde del fregadero el plato que tengo en la mano. ¡Cric, crac, plosh! El señor Laurent se corre como un dios, y yo me vuelvo para darle en la barbilla el besito que se ha ganado a pulso, porque cinco francos y placer no es algo que se encuentre a la vuelta de la esquina, ¿es cierto o no?

Viernes 16 de marzo

Hasta el limes por la mañana no vuelvo a trabajar. Mi habitación no está muy caldeada, y me paso la mayor parte del día en la cama, sola y feliz de estarlo. Estos cuatro días sin hombres me cuestan cuatro veces ocho francos, sin contar lo que dejo

de ganar, pero aprovecho para hacer mis cuentas, coser un poco y leer.

Precisamente acabo de terminar la última novela del señor Zola, *El sueño*, que había comprado hace cuatro o cinco meses, y no es muy buena que digamos. La heroína es una pobre chica que sueña completamente despierta, en efecto. Desearía casarse con un príncipe joven, muy guapo y muy rico, al que jamás hubiera visto y que una noche iría a buscarla para llevarla a su palacio. Y por el mismo precio, sería preciso que su príncipe la amara con locura, a fin de que ella también lo amara como una loca. Así se pasa páginas y páginas enteras.

Como una loca, ésa es la palabra. A su edad, dieciséis años, yo no soñaba con que me raptara un príncipe joven, rico, guapo y enamorado, no. Estaba demasiado ocupada haciendo que me la metieran en uno u otro agujero para pensar en esas pamplinas. Mis príncipes fueron Vincent, el amigo de mi hermano, mi primo León, el jardinero-coracero Lucas, de Maizy-le-Thou, que se empalmaba como un asno y se corría como un caballo en mi tierno chichi. Después de ellos vino el conde De Bresles, joven, bastante agraciado y más bien rico, con quien gané mis primeras monedas de cinco francos dejando que me jodiera. En resumen, a la edad en que Angélique (ése es su nombre) imagina sus cuentos de hadas, yo empezaba a llevar con seriedad mis cuentas de mujer.

Resultado: admitiendo que semejantes bobaliconas existan en otra parte que en las novelas del señor Zola, o bien mueren de anemia a los dieciocho años, como la de esta obra, o bien llevan la vida que a mí me hubiera esperado con el joven Mouchain o cualquier otro imbécil del mismo calibre. ¡Muy poco para mí!

Moraleja: el señor Zola es un sujeto lamentable al meter semejantes ideas en cerebros inocentes.

Domingo 18 de marzo

El tiempo transcurre con lentitud, el negocio no va viento en popa. Los fletes son escasos y tacaños, las mujeres bostezan, y la *madame* nos calienta los cascos como si la culpa fuese nuestra. Pero, querida y venerada patrona, nosotras no podemos hacer nada. ¡Nosotras no trabajamos en la calle! Y es allí donde se deciden a empujar o no la puerta del convento. Hacer que pasen por caja y se metan en la cama una vez que han caído en la trampa, es un juego de niños. Lo difícil es conducirlos hasta ahí, hasta la trampa. ¡Bah! Todos los oficios tienen su temporada baja, y el más viejo del mundo no escapa a la regla.

Apenas he hecho treinta francos en dos días. ¡Una miseria! Por otra parte, tengo veintidós años, la salud de que se goza cuando se jode a gusto y en cantidad, y una mina de oro entre las piernas. Ciertamente, mi vida no es un lecho de rosas, pero ¿la de quién lo es?

Miércoles 21 de marzo

Chaparrones, borrascas, un viento capaz de descornar a los bueyes y, para colmo de males, descomunales descargas de granizo. Hemos mirado el calendario para confirmarlo, y, en efecto, hoy empieza la primavera, tralarí, tralará, estamos en primavera, ¡invierno vete ya! Y ¡por santa Magdalena, nuestra patrona, que vengan hombres! ¡Vamos, señores, pasen!

Por desgracia, no se animan a venir más que algunos valientes, a quienes se prodiga caricias y mimos como si fueran auténticos héroes. Las novelas, los solitarios, el correo y la cháchara empiezan a resultar insoportables. Tal vez no lo sean para las burguesas que sólo cuentan con esos recursos y alguna pajita ocasional para ocupar sus días. Pero sí para nosotras, que estamos más acostumbradas a ver desfilar hombres que a estar faltas de ellos. Yo aprovecho estas malas rachas para garabatear mis reflexiones. Mis compañeras me llaman amablemente «la escribiente», y no se preocupan de nada más.

¡Ah, por fin! «Un cliente, señoras, por favor». Elige a Cléo. Diez minutos más tarde, otro: elige a Esther. Regreso al salón azul, «la sala de espera». Durante media hora, nada. ¡Oh, mira que son estúpidos estos fletes, mira que son estúpidos! En Las Odaliscas, o en cualquier otro prostíbulo de categoría, sucede lo mismo que en tiendas como La Felicidad de las Damas: se atiende mejor al cliente cuando hay pocos que cuando se está desbordado de trabajo. Las dependientas se recrean mostrándoles diez sombreros y veinte corbatas; y nosotras presentándoles nuestros pechos, nuestras nalgas y nuestra hendidura, por el mismo precio. Sin olvidar el ojete cuando tratamos con un aficionado a deshojar la rosa.

¡No puedo creerlo! ¡No es posible! Un tercer cliente y también es para Cléo, a quien el anterior ha debido de mimar, porque la oíamos bramar desde aquí. Y nada para la triste Lulu, a quien tanto le gustaría que le deshojaran la rosa en este momento, lamiéndola, embadurnándola y penetrándola a base de bien. Incluso sin guantes ni ninguna otra fantasía, me sentiría muy feliz si un hombre se interesara por esta pobre huérfana y su ojete, igualmente huérfano de caricias. Hay días en que te obsesionas con un capricho, bien se trate de que el cliente te deshoje la rosa o bien de hacerle tú un lavado de cabeza. Estos días precisamente nos vemos privadas de ello, y nos sentimos tan desgraciadas como el crío que sueña con hombrecitos de caramelo yal que su mamá ofrece todas las golosinas posibles menos ésa.

En el momento en que empiezo a aburrirme de veras, llegan dos hombrecitos, pero éstos de carne y hueso. Juntos, pero por casualidad. Se han conocido en el patio, han empezado a trabar amistad en la puerta y la han consolidado en la escalera.

Las simpatías de burdel son algo frecuente. Y París no es tan grande... Cuando dos hombres aparentemente del mismo mundo —ellos enseguida lo perciben— se encuentran tocando al mismo tiempo el timbre de la misma casa, y dicha casa es «una casa», ¿qué quieren que ocurra? No pueden Ignorarse. Los gestos corteses empiezan

en la puerta:

—Usted primero, señor.

—De ningún modo. Usted primero, se lo ruego.

Prosiguen en la escalera:

—Si me permite la pregunta, señor..., ¿usted conoce la casa? ¿Quizás es un cliente habitual?

—¡Oh! No exactamente, estimado señor. Unas veces aquí, otras allá... ¿Y usted?

—Es la primera vez que vengo. Me han hablado muy bien de ella.

Luego, en el salón, donde entran precedidos por la *madame*:

—Querido amigo, a usted corresponde el honor. Sí, sí, sí, insisto... Usted se estrena en Las Odaliscas, si me permite utilizar el término, y yo estoy en cierto modo como en mi casa. Además, como puede ver, todas son encantadoras.

En ese momento hay cinco mujeres, yo entre ellas. El señor que está «en cierto modo como en su casa» le guiña un ojo a Esther. El otro nos observa con cierta indiferencia: más bien apuesto, fornido, moreno, barba recortada, mirada viva, pasada la treintena. Y ni uno ni otro han acabado con sus cortesías.

LA MADAME (*zalamera*). —Es usted muy indulgente, señor...

EL HABITUAL. —¡Oh, no es ninguna indiscreción! Señor René. Estos angelitos me han puesto el sobrenombre de..., dese cuenta, amigo mio..., el sobrenombre de La Providencia.

EL NUEVO. —¡Ah! Comprendo.

EL HABITUAL. —Bien..., no necesariamente, si me permite contradecirle. La Providencia es una compañía de seguros de la que soy administrador.

EL NUEVO. —Es un honor, señor. Yo me muevo en el mundo de la banca. ¡Oh, no es ninguna Indiscreción! Sí, estoy en el Banco de la Empresa.

De repente, los seguros y la banca se dan calurosamente la mano, mientras nosotras continuamos esperando.

EL HABITUAL. —Encantado de conocerle, señor. También me preguntaba... ¿Qué piensan nuestros angelitos?

Guirigay, carantoñas, sonrisas. El habitual es un cliente de Esther, el nuevo debe elegirme. Además, la comedia ya ha durado bastante. Doy unas vueltas para que se haga una idea de mis bellezas posteriores y exclamo:

—¡Un banquero! ¡Con el tiempo que llevo soñando con uno!

ESTHER (*en tono afectado*). —Que LLEVAMOS soñando con uno, Lulu.

EL NUEVO. —¿Lulu?

Yo (*con una mano en el trasero*). —Lucienne, para servirle, señor..., señor...

ÉL. —Señor André, señorita.

YO. —Entonces, «señor Dedé», cariño. Es más íntimo. ¿Y qué le parece si Dedé y Lulu...? ¿Sí?

ÉL (*al que estas familiaridades apartan felizmente del banco donde es «el señor*

Administrador»). —Con mucho gusto, hija mía.

Y, dirigiéndose al habitual, que sigue a Esther en dirección a la escalera, añade:
—Hasta luego tal vez, amigo mío.

Cuando las demás mujeres salen, él hace un aparte con la *madame*, intercambia unas palabras con ella y vuelve en mi busca. Subimos al «Palacio de los espejos», me dice. Espejos hay al menos uno en cada habitación, ¡por no hablar de la negra! El Palacio de los espejos es otra cosa: una estancia reducida, una banqueta, una silla y un taburete, espejos adosados a todas las paredes.

Un banquero es una conquista halagüeña, pero no necesariamente fructuosa: cinco francos de guantes. Sin embargo, lo que para él no es nada, es mucho para mí, que todavía no me he estrenado, como dicen las dependientas. Así pues, no insisto.

Mientras me quito la bata, él se sienta en calzones, con las piernas cruzadas, se coloca un monóculo en el ojo. ¡Y que empiece el espectáculo! El señor Dedé lo admira todo; al natural, por supuesto, a dos pasos de él, y sobre todo en los espejos, que están dispuestos de tal modo, cubriendo tres lados del tabuco, que el hombre puede recrearse la vista al mismo tiempo en las tetas, el rostro, el talle y las nalgas. Según él, soy «una criatura encantadora, una verdadera estatua».

YO. —Mucho mejor, tesoro. Una estatua no se mueve.

ÉL (*absorto en las imágenes de los espejos*). —Es cierto, hija mía. ¡Y usted se mueve con tanta gracia!

YO. —E incluso aunque la estatua comenzara a dar vueltas, levantase una pierna..., arqueara la espalda... tan bien como yo, no...

ÉL. —¿No qué?

YO. —No podría proporcionar verdadero placer a su Dedé. En realidad, señor contemplador, ¿qué le gustaría que hiciéramos los dos juntos?

No tiene ni idea ni pretende tenerla. ¿El amor, así sin más? Al parecer, valgo para algo más que eso. ¿Mi boca? No, no le gusta ver que una mujer le ofrece ese tipo de servicio.

—Pero, señorita Lulu —interrumpe—, usted alguna vez debe de desear que un hombre..., ¿cómo podría explicarlo?, que un hombre sea para usted lo que usted es para él. YO. —¿...?

ÉL. —¿No comprende lo que quiere decir? Que se interese por sus deseos como usted acaba de interesarse por los míos.

YO. —¡Oh, sí, de vez en cuando! Con un..., un..., en fin, con alguien atento y galante. ¡Pero hay tan pocos! Además, no estamos aquí para tener deseos, como usted dice, sino para inspirarlos.

Todavía en pie, y dándole la espalda, exhalo un suspiro capaz de partirle el corazón a cualquiera. Él me atrae hacia sí, entre sus piernas, me mira fijamente a los ojos y me pregunta:

—Y si mi deseo fuera satisfacer los suyos, ángel mío, ¿qué debería hacer?

YO (*confusa*). —¡Oh, no hablemos más de ello, señor Dedé! ¡Ya está siendo

usted demasiado amable!

ÉL. —Sí, sí, hablemos. ¿Entonces...?

YO (*sonrojándome a base de bien*). —Es que es una tontería... Si se lo digo, me aborrecerá. Y, sin embargo, lo cierto es que...

ÉL. —¿Qué es lo cierto?

YO. —Verá, señor André, usted es mi primer, mi primer...

ÉL. —Cliente. No me molesta que lo diga.

YO. —Pues eso, mi primer cliente del día. Y cinco horas esperando no pasan nunca, ¿sabe? Bien, pues durante esas cinco horas no he hecho más que pensaren una cosa... No, decididamente no puedo decírselo.

ÉL. —¿No se trata más que de eso? ¿De un secreto muy grande y muy feo? ¿Sí? Entonces, cuénteselo al espejo y él me lo contará a mí. Vamos, tontita, dese la vuelta. Yo cerraré los ojos y escucharé.

La ventaja que presentan los hombres inteligentes es precisamente que son inteligentes. Es evidente que éste leía mis pensamientos. Espero que no todos, pero sí una buena parte de ellos. Supongo que este tipo de confianzas le divierte y le excita. Tiene dinero, autoridad, una esposa, y sin duda también una amante; siendo banquero y más bien apuesto, es cosa fácil. Lo que le falta es diversión, novedades, teatro. Si yo he tenido suerte al encontrarle a él, él no la ha tenido menos al encontrarme a mí. Hacer que le hable al espejo, es todo un hallazgo, ¿no? Así pues, empiezo:

—Espejo, querido espejo mío, sueño con que un hombre galante llovido del cielo satisfaga lo que hoy deseo. Para ello, él estará sentado y yo de pie entre sus piernas, dándole la espalda porque todavía me siento un poco avergonzada. Él me acariciará las nalgas porque éstas se lo merecen. Yo me contonearé suavemente porque me gustan sus manos. Él apartará mis globos porque es un hombre curioso, y acercará la nariz porque huelo bien. Yo desearé su lengua, porque su lengua me gusta. El...

Mientras él sigue al pie de la letra las instrucciones del espejo mágico, en un rincón de mi mente me pregunto qué diablillo me ha impulsado a desear que me deshojen la rosa en lugar de cualquier otro mimo, una lamida, por ejemplo, o simplemente una vaina sin más pretensiones que tres o cuatro francos suplementarios.

Ciertamente, me gusta mucho que me afinen el violín a lametones; pero eso no es más que un complemento, el aperitivo de la enculada. Realmente es preciso perder la cabeza para gozar tan sólo con que te deshojen la rosa, por muy bien que lo hagan. En este caso sucede así, pues el señor André es un artista; sin embargo, me arrepentiría si permitiese que la cosa quedara ahí. «Me estoy comportado como una idiota —me digo—. Un cliente es un cliente, y mucho más si se trata de un banquero. En lugar de representar la comedia de la puta falta de cariño..., y, por cierto, ¡menuda forma de suplir la carencia de cariño!, ¡nada menos que pidiendo que me lama el conducto!..., hubiera debido interesarme por sus pequeñas necesidades o sus grandes deseos, igual que lo hago tan fácilmente con los demás. Haciéndome desear, hubiese sacado diez francos de guantes, y quién sabe si tal vez un luis, además de haberme asegurado de

volver a verlo, como sucede con los señores Gimnasta, Chocolate o Éphraím, cuyos caprichos satisfago honradamente sin preocuparme de los míos».

Lo peor es que el tal señor André me ha gustado enseguida. Nada más verlo, he deseado encontrar en él a un amigo, además de a un cliente, ¡y todo lo que se me ocurre para seducirlo es ofrecerle el ojete para que me lo chupe! En el fondo, quizá sea precisamente por eso, para ponerlo a prueba. Si él no hubiera sentido también algo por mí, ya me habría enviado a la cama, después de darme un buen bofetón para enseñarme lo que es la vida.

En cambio, se recrea con afán perfeccionista, recorre con las manos el contorno de mis caderas, me pellizca las nalgas, asciende hacia los pechos, frota los pezones, regresa a la cintura, pasea la lengua a lo largo de la raja, lame y vuelve a lamer, aspira, se insinúa... En una palabra, ¡una delicia! ¡Amor auténtico! Si no entre él y yo, al menos entre su lengua y mi ojal malva. Más vale eso que nada, ¿no?

Yo suspiro de gusto. Mi mano encuentra la suya en un pezón, la guía hacia abajo, hacia la hendidura, y la obliga a trabajarme la pepitilla. Tan sutil y penetrante como su lengua, su dedo me proporciona, a falta de un placer que no quiero fingir, un delicioso estremecimiento. Sin embargo, no hay que abusar de las cosas buenas ni permitir que se impaciente. Me retiro, pues, y me siento en sus rodillas.

—Ha sido maravilloso, señor André. ¡Maravilloso! —le aseguro.

—¿De verdad? Para mí también, señorita. —Se lo agradezco de todo corazón, pero...

—Pero ¿qué?

—Siento remordimientos. No me he ocupado en absoluto de usted, con lo amable que ha sido conmigo. A lo mejor también tiene un secreto que contarle al espejo.

No, no lo tiene. No le interesan las mujeres, y mucho menos los hombres. Abrumado y apasionado por sus negocios, de vez en cuando —en contadas ocasiones— se permite una breve diversión en la primera casa que encuentra. ¿Casado? Sí, pero... ¡buf!, con su mujer apenas mantiene una relación, y mucho menos una amistad; no, ¡que va!, tampoco la considera una amante. Este hombre es como el desierto, ¿no? Arena de oro macizo. No se aburre nunca. No tiene tiempo.

—Y esos negocios que apenas le dejan un cuarto de hora para acariciar a una u otra Lucienne, ¿en qué consisten exactamente, señor André? Si no es indiscreción, por supuesto.

No, no lo es, pero tampoco resulta muy interesante. Para una encantadora mujercita de la vida, se sobreentiende. Construye mucho y de todo. Un trocito de la torre Eiffel, gran parte del Sacré-Coeur, un puente por aquí, una estación por allá, inmuebles, y lejos, muy lejos, en América, un canal.

—¿El de Panamá, señor André?

—Desgraciadamente sí, señorita. Pero ¿cómo...?

Eso es lo de menos. Salgo del paso explicando que la prensa habló mucho del tema, y que aparte de unas bonitas nalgas y todo lo demás, también tengo un cerebro.

Luego, conduzco la conversación de nuevo hacia nosotros.

—De todas formas, señor André, es curioso...

—¿Qué es lo que le resulta curioso, ángel mío?

—Bueno, estar sentada en sus rodillas, sin ni siquiera el camisón, totalmente dispuesta a darle placer, y no sólo por dinero, puede creerme... Deberíamos estar haciendo plácidamente el amor, y en cambio nos dedicamos a hablar de inmuebles, estaciones y canales. ¿No le resulta curioso?

Sin responder, me atrae hacia sí y, con los labios a un dedo de los míos, me pregunta:

—¿Puedo?

Evidentemente, sabe que jamás se besa a una puta. Ella chupa al hombre, el hombre la chupa a ella, se la mete por delante, por detrás, a caballito, a lo perrita, en el ojal o en el ojete, pero nunca la besa en la boca. Jamás. Cualquier cosa menos la boca. Yo lo sé todavía mejor que él, y, sin embargo, nos unimos en un gran e interminable beso, enormemente intenso y profundo. Para mí, pecado mortal; para él, favor supremo...

De repente, siento vergüenza de estar aquí, de permanecer desnuda, de su dinero, de mí, de todo. Ganas de hombre, Dios sabe que he tenido y que seguiré teniendo. Pero ¿de esta forma? Nunca, o casi nunca. O hace tanto tiempo que lo he olvidado. Y ni ellos eran hombres, ni yo era una mujer. En este momento, se me ha caído el mundo encima. Supongo que ya se me pasará.

En tales casos no se habla. Nos despedimos, pues, en silencio. Le oigo decir que se sentiría (¿se sentirá?) muy feliz de volver a verme en otras circunstancias, en otro lugar. Y yo me oigo responder, con un nudo en la garganta, que yo también, pero que...

Adiós, señor André. Adiós, Lucienne.

Jueves 22 de marzo

Un día libre no es necesariamente lo mejor del mundo. A veces es lo peor. Anoche, después de que el señor André se marchara, trabajé un poco. Tres chapas, que despaché mecánicamente como si fuera una yegua cansada.

Si hoy no hubiera sido jueves, esta mañana no me habría quedado más remedio que ponerme en marcha para «hacer honor a la casa», según la fórmula de la *madame*. Me habría propuesto, por ejemplo, hacer un guante de diez dedos para invitara mis amigas a la tradicional ronda de licor de guindas, o robarle un cliente a Esther. Habría ofrecido mi culo, pero no mi corazón. Tal vez ya no tendría ese mal sabor de boca que arrastro desde que me he levantado.

Por otra parte, está muy de moda, es el último grito pasear la melancolía entre la Madeleine y la Porte Saint-Denis. El señor André no tiene tiempo para esas cosas. Él

va corriendo de una obra a otra para activar los trabajos, para vigilar que su torre Eiffel continúe subiendo o que sigan excavando su canal. ¿Y si me acercara al Sacré-Coeur? Tal vez esté allí...

Para colmo de males, comeré sola. A no ser que vaya a La Palmera de Lorette, donde es posible que me encuentre a Éphraïm, del que no tengo noticias desde hace tres semanas. Aunque, pensándolo bien, no. Ayer la Banca y hoy la Bolsa, sería demasiado. En realidad, lo mejores que no coma. Me estoy poniendo rolliza; si sigo así, dentro de poco no cabré en los vestidos. Un día de ayuno me sentará bien.

Así pues, salgo a pasear por los bulevares con un conjunto muy elegante de color gris, puños fruncidos, doble volante de puntilla a la altura de las nalgas, corpiño con cuatro hileras de botones negros, botines castos, gorrito de mujer decente, de joven dependienta de La Felicidad de las Damas, y con la mirada gacha. Me darían la comunión sin confesarme. El fastidio es que no hay nadie para dármela.

A falta de comunión, camino por el pasaje Choiseul hasta una pastelería de la calle Petits-Champs, donde compro un panecillo; luego continúo hasta la calle Petits-Péres, donde me siento a una mesa ante un vaso de leche, en un cafetín modesto, el único de la calle (cosa lógica, porque apenas tiene cien metros), al que acuden a la hora de la bucólica los dependientes y las costureras del barrio.

Estas cosas hacen feliz a cambio de nada. ¡Las hecho tanto de menos! Caminar, aspirar el aire de las calles, comprarse un panecillo y una chocolatina, degustar a sorbitos un vaso de leche como si fuera Veuve Clicquot, dejar que te guiñen un ojo, subirse un poco el vestido para mostrar que se tiene el pie fino... Es fácil, barato, y deja cantidad de recuerdos. Poco falta para que me sienta una de las muchas modistillas que hay en el barrio, de ésas que trabajan toda la semana por un franco diario, pero cantando, y que esperan que llegue el domingo para ir al bosque de Meudon a deshojar margaritas con el estudiante que ocupa su corazón.

Pero la nostalgia ya no es lo que era. De pronto he cambiado de humor. El aire es fresco, el cielo está azul, yo soy joven y bonita, la leche sabía maravillosamente a campo y el gris me sienta bien. ¡Condenados hombres! Estoy libre de ellos hasta mañana por la mañana.

Con tan saludables pensamientos, mordisqueo los restos del panecillo, pago con una sonrisa en los labios los diez céntimos que vale el vaso de leche y me dirijo de nuevo hacia los bulevares para cambiar de decorado y tomarme un café.

Al pasar a la altura del pasaje Panoramas, dándole vueltas en la cabeza a cosas sin importancia, veo algo que me deja petrificada. Una calesa que me parece reconocer se ha detenido a dos pasos de mí. El cochero salta al suelo, saca el estribo, abre la portezuela, y Clotilde, la condesa De Bresles en persona, desciende con majestad del carruaje, seguida de Jean-Charles, el conde. ¡Clotilde y Jean-Charles! La pareja en cuya casa fui criada para todo durante más de seis meses, primero en Nogent-le-Rotrou y luego en París. Me quedo pasmada, más tiesa que un palo; y, la verdad, sin motivo alguno, pues lo sorprendente no es que nuestros caminos se hayan cruzado

cinco años después de habernos separado, sino que eso no haya sucedido antes. Después de todo, el París mundano no es más que un pueblo grande. Si bien es cierto que yo apenas salgo, ellos salen mucho, y un día u otro todo el mundo se encuentra en los bulevares. Para nosotros, ese día ha llegado.

Evidentemente, inmóvil como me he quedado y mirándolos apenas a dos pasos, me han visto. Primero la condesa, e inmediatamente después su marido. Me han mirado, pero igual que miran los ciegos, con los ojos muertos y la mirada vacía. Ni siquiera indiferentes, sino ausentes, como si yo no existiera.

Y sin embargo, nos llevábamos bien, no sólo en la cama, sino en el salón. Yo servía la mesa ligera de ropa, y era el ornamento obligado de sus veladas galantes: la chiquilla lista que no se asusta de nada, la compañera complaciente de sus días de hastío. Jamás les dirigí una palabra desagradable; ni ellos a mí, si hemos de ser justos. Y todo eso para desembocar en este no darse por enterados de que estoy aquí, frente a ellos, tan cerca que podría tocarlos.

Tan solo me ha parecido que el conde me dirige un vago e imperceptible guiño, mientras su mujer entraba en el Varietés, donde representan un vodevil de Scribe. Pero, en el fondo, creo que hasta eso he debido imaginarlo. ¡Ah, los muy cerdos! Incluso yendo elegante y discretamente vestida como voy en este momento, me han hecho sentir que no soy más que una putita en su día libre. Me echaría a llorar.

Tal vez me echase a llorar si no estuviera en la calle y si llevara un pañuelo encima. Pero la verdad es que no, es una estupidez. Ellos y yo nunca pertenecemos al mismo mundo. Eso es todo. No hay ningún motivo para hacer un drama. Y puesto que ellos van al teatro, yo también iré. No al Varietés, porque las obras de Scribe no me parecen divertidas, ni siquiera *Adherirte Lecouvreur*. Ni tampoco al Gymnase, que queda un poco más lejos y al que van demasiadas burguesas enjoyadas, sino más lejos todavía, al teatro de la puerta Saint-Martin, donde suelen representar cualquier cosa con tal de que haga reír al gallinero.

La cuestión es que allí me divierto como una niña. En un breve entreacto y mientras el público charla, aparecen delante del telón cuatro guapas jóvenes con pelucas rubias o pelirrojas, grandes sombreros, vestidos de espectáculo de un amarillo dorado, muy escotados, cuyas faldas se levantan con descaro haciendo crujir la tela. Llevan medias negras, por supuesto, con ligas rojas. Y tienen ese aspecto a la vez formal y vicioso típico de las inglesas.

¡No me extraña! Según el programa, son Las Sisters Machinson's. El público les aplaude calurosamente; ellas saludan y cantan en falsete:

*¿Quiere darme una puntita, ita, ita,
para mi conejito, ito, ito,
que no ha probado su cosita, ita, ita?*

Todo ello acompañado de gestos, para que quede bien claro de qué puntita y de qué conejito se trata. Arman un buen jaleo las *sisters*, que sin lugar a dudas vienen

directamente de Montmartre o de Saint-Denis. Da igual, lo importante es que excitan a los hombres y gustan a las mujeres. Yo estoy abajo, entre las primeras filas —puedo permitírmelo—, y aguaito a una en particular que parece hermana, o *sister*, de Julia Dedo Diestro, la chica más guapa de Las Odaliscas después de mí.

Evidentemente, los fichas que han ido con la esperanza de encontrar una ganga y que al verme creen que han dado con una, no me dejan en paz. ¡Ni hablar! Me conozco a esos socarras. Todos carniceros o candidatos a serlo. A un barbiponiente que insiste, le respondo riendo:

—¡Demasiado tarde, tesoro! Estoy colocada, y no necesito miserables macarras de tu estilo.

Así pues, me quedo sola y contenta de estarlo. Son las ocho pasadas y me muero de hambre. La leche y el pan con chocolate están buenos, pero eso no alimenta a una mujer. «Bien —me digo—, ya que estoy en vena de hacer circular el dinero, ¿por qué no ofrecerme a mí misma una pequeña comilona?». Esta noche, Lucienne invita a Lucienne al Fio, un agradable restaurante situado a los pies de Montmartre, donde solemos ir porque allí no les molesta servirá una mujer que va sola.

Por otra parte, la comida es abundante y no demasiado cara: dos francos por una bandeja de ostras, otros tantos por la carne y el postre, y otro tanto por una botella de vino de Alsacia, una «dama blanca» que vació sin ningún esfuerzo. Tras lo cual, con el buche lleno y el corazón alegre, reempiendo el camino de vuelta a Las Odaliscas.

Viernes 23 de marzo

Lo que tiene de bueno el burdel, es que no puedes alimentar durante mucho tiempo la melancolía. La mujer que entra en el salón donde se elige con cara de estar enterrando a sus padres, y que mira al amable cliente (en principio, todos lo son) como si tratase del cura que ha venido a administrarle la extremaunción, lo mejor que puede hacer es coger el portante cuanto antes mejor.

¡Oh! Podemos arrastrar los pies fuera de horas de trabajo, e Incluso, si se tercia, ponerle mala cara al señor o a la *madame*. Al flete, jamás: todos los males caerían sobre nuestras espaldas. A casi todas las nuevas les cuesta acostumbrarse. En cuanto entran en el salón, sonríen porque no les queda más remedio; pero es como si fueran muñecas de trapo, no les sale de adentro.

Lo más duro es convencerse, al oír las palmadas de la *madame*, que, después de todo, nuestra forma de vida induce más bien a la risa que al llanto, lo cual, visto con cierta perspectiva, es verdad. Yo tengo la suerte de tener dotes naturales para ello. Soy como una pelota, de goma. El más leve empujoncito me pone en movimiento. Sin ir más lejos, anoche regresé con unas copas de más y la moral por los suelos, pero me animé en cuanto empecé a subir la escalera de servicio (la principal está reservada a los clientes) para reunirme con mis colegas en el salón.

Eran tres, todas ellas buenas chicas y verdaderas amigas: Irma, Mimi la Tetuda y Zoé Roubourdin, la jamona bromista que sustituye a Malou la Peluda. Al verme entrar, Mimi exclama:

—¡Lulu! ¿Qué haces tú aquí? Pero si es tu día libre. ¡Oh! Puedes quedarte, por supuesto. Siempre nos alegra tenerte entre nosotras. Aquí todo el mundo te quiere, ¿sabes? Nos añorabas, confiésalo.

Mimi posee la vista y el sentido común de las campesinas normandas. Sí, tiene razón, las añoraba a ellas, su calor, su amistad, sus historias de mujeres enclaustradas, e Incluso sus peleas. Por toda respuesta, asiento enérgicamente con la cabeza, me quito el sombrero y los guantes, la beso, beso a Irma, y le meto la húmeda a La Jamón, sin segundas intenciones, sólo por diversión. Cuando abandono su boca, ella resopla, sorprendida, y le espeto:

—¡Bah, es un beso de amiga! ¿Qué te has creído?

Es una tontería, pero distiende el ambiente. De hecho, Zoé, que sin duda ha oído lo mismo más de cien veces, se echa a reír, y las otras no le van a la zaga. Luego me coloco detrás de Irma para rascarle la nuca (le encanta), y aprovecho para echar un vistazo por encima de su hombro a la novela que está devorando. Se titula *Las mujeres con corazón de oro*, y es de un tal Eugéne Moret.

—Cu-cu, Irma —le digo—. Oye, las mujeres con corazón de oro podríamos ser nosotras, ¿no crees?

ELLA (*bostezando*). —¡Oh, el corazón, el corazón! Si lo tuviera de oro, no estará aquí.

ZOÉ. —¡No tiene nada que ver! A mí me chiflan esas historias sentimentales. Lo que nos falta aquí es sentimiento —insiste, rascándose el felpudo—. ¡Ah! Si yo supiera leer, lo que se dice leer...

YO (*sorprendida*). —Pero, Zoé, tú sabes leer, ¿no?

ELLA. —Se puede considerar que sí, pero una palabra detrás de otra, siguiéndolas con el dedo.

IRMA. —Y, en este momento, ¿qué es lo que sigues con el dedo? ¡Espero que no sean ladillas!

Zoé protesta enérgicamente. En todo caso, una pulga. Pero ladillas... ¡Puaf! Ella va con mucho cuidado. Para apaciguar ese conato de riña, le pregunto a Irma:

—Y ese autor, ¿no resulta demasiado..., demasiado diarreico?

IRMA (*escandalizada, mientras que Zoé se parte de risa*). —¡Oh, Lulu, qué vocabulario!

YO (*conciliadora*). —Bueno, digamos pesado. ¿Qué me contestas?

ELLA (*terminante*). —Menos que tu Zola, pero también bastante.

Después de esto, la *madame* hace pasar a un cliente. Al verme en el salón, cuando debería estar en el dormitorio, frunce el entrecejo. Sin embargo, como sólo somos cuatro contándome a mí, en lugar de las cinco habituales que hay por la noche, y es número bastante reducido para una casa como la suya, no dice nada.

El cliente, un cateto de cara simpática que se permite un extra, es un habitual de Mimi. Sube con ella. Irma se ha sumergido de nuevo en la lectura, y Zoé Insiste en que ella y yo juguemos una partida de cartas, a un machacante el punto, mientras Mimi vuelve y se une a nosotras. Jugar entre dos es como una pelea de niños, pero al menos nos hace tener las manos y la mente ocupadas, así que acepto.

Juego sin ninguna lógica, y ya he perdido cerca de cuarenta machacantes cuando Mimi regresa, con la bata abierta y mostrando sus tetas de vaca lechera. Zoé, Interesada, le pregunta:

—¿Se ha portado bien?

MIMI. —Seis francos.

NOSOTRAS (*a caro*). —¡Caramba! ¡Muy bien! ¡Felicidades!

Y...

MIMI (*modesta*). —¡Oh! Es lo que pido por hacer la corbata del notario.

La corbata del notarlo es su especialidad. Al parecer, es la única de nosotras que lo hace realmente bien, porque para eso hacen falta unas tetas a la vez voluminosas y firmes, y una piel suave. Desde luego, si yo fuera hombre me sentiría tentado por las suyas, que son una auténtica maravilla de la naturaleza. Ella dice que están tan llenas, que la leche sale a borbotones en cuanto le pellizcan los pezones, como si estuviese criando, cosa que le vale el favor de los hombres, además de aliviarla.

A mí sólo me lo han pedido dos o tres veces, y, como creo que no se me da muy bien, aprovecho la ocasión para instruirme. ¿Cómo se las arregla ella para satisfacer a los clientes que se lo piden?

MIMI (*sin remilgos*). —¡Oh, es muy sencillo! Si se trata de un flete que tengo por primera vez, le informo de que le va a costar cinco francos. Me tumbo cómodamente, con la almohada bajo la cabeza, y masturbo un poco a mi cliente si no está lo suficientemente empalmado. No suele ocurrir casi nunca. La verdad, no sé qué tienen mis tetas, pero estoy segura de que pondrían cachondo a un muerto.

NOSOTRAS (*sinceras*). —¿Que qué tienen? Pues que en tu casa hay mucha gente asomada al balcón. ¡Menuda balconada! Y no es precisamente de gelatina. En serio, Mimi, es muy comprensible lo que les sucede a tus clientes.

Mimi, halagada, baja la cabeza y prosigue:

—Le hago que se siente a horcajadas encima de mí y que coloque la cosa..., en fin, la minga en el canal de los pechos. Luego le pido que las acaricie un poco y que pellizque suavemente los pezones; a veces, Incluso que los chupe. Entonces, la leche me sube y les riega la cosa.

NOSOTRAS (*a coro*). —¡La minga!

MIMI. —Bueno, eso. Al mismo tiempo, ensalivo bien la punta de la cosa..., está bien, de la minga, aprieto los pechos uno contra otro para hacer presión, y él no tiene más que moverse adelante y atrás hasta correrse. Como veis, no tiene truco. Y es muy descansado. Sin contar con que me ahorra el viaje al bidet.

ZOÉ. —Pero, entonces, te quedará todo el pecho inundado de jugo.

MIMI. —Claro, pero me frote las tetas con él y les da brillo.

No estamos mucho tiempo al completo. Irma se va con un cliente muy serio, y nosotras seguimos con nuestra partida de cartas, en la que de todas formas ella no participaba.

—Ya que te quedas con nosotras, ¿por qué no te pones cómoda? —me pregunta Mimi.

—Es verdad, Lulu —insiste Zoé—. Me produce una sensación extraña que estés sentada entre nosotras como una dama, vestida de calle en vez de en camisón. Además, debes de estar muerta de calor.

Tienen razón, pero estoy muy perezosa. Tendría que subir a guardar la ropa en el armario, lavarme la cara, ponerme maquillaje... Demasiado esfuerzo. Sin contar con que, como vulgarmente se dice, el hábito hace al monje. Si esta noche se me presentara la ocasión de trabajar, no la rechazaré, aunque sólo fuese para recuperar el dinero que me ha costado la cena, pero no tengo ganas de incitar a los hombres. Estoy un poco acalorada, es cierto, y me siento oprimida por el corsé a causa de la cena. Me dejo, pues, las enaguas y la chambra, me quito el corsé y dejo caer el pantalón de batista a mis pies. Acabo de esconderlo bajo un cojín del diván, cuando la *madame* da unas palmadas.

—Señoras, sube un señor.

¡Poco ha faltado para que me pillara! Nos alineamos como si fuéramos a desfilas, Mimi a mi derecha, y Zoé a mi izquierda. Se trata de un hombre apuesto de unos cuarenta años, bien vestido y jovial. Es nuevo. Así pues, la *madame* nos presenta:

—La señorita Zoé, la señorita Mimi y... la señorita Lucienne, que se ha unido a ellas hace un momento. Espero que la perdone, estimado señor, estimado señor...

—Alexandre, señora.

—Estimado señor Alexandre, por exhibirse ante usted con un atuendo tan descuidado.

Alexandre sonríe. Sin duda debe de pensar que mi atuendo es mucho menos «descuidado» que el de mis compañeras. Sin embargo, aquí el asunto funciona al revés: en un burdel, se considera que una mujer va arreglada cuando va en camisa, y descuidada cuando va vestida.

Vestida o no, es a mí a quien elige, supongo que atraído por el misterio. Hace un pequeño aparte con la *madame*, que a su vez me conduce a un rincón y me comunica entre dientes:

—Pequeña, subirán a la enfermería. Y como de costumbre, sea complaciente, hijita, sea complaciente. Se trata de un cliente de diez francos.

La enfermería es una habitación un tanto especial, con el suelo embaldosado y las paredes acolchadas. Cuadros y grabados guarros por doquier, imágenes piadosas en una mesa, una especie de potro, disciplinas colgadas al alcance de la mano, en resumen, todo el instrumental necesario para poner a tono a los señores flojos de

bragueta. Por eso se le llama enfermería.

Yo subo de vez en cuando, pero las especialistas son Esther, Malou y Cléo la Escandalosa, que no tienen ningún problema en azotar y fustigar. A mí me cuesta. Para hacerlo es preciso ir de cara al asunto sin titubeos, pensar en los buenos dineros que una cobra por eso, y cogerle verdadera tirria al pobre hombre. Yo no lo consigo. Por más que me repito que ellos lo han querido, que sólo son capaces de sentir placer así... Es más fuerte que yo, no logro soltarme.

Para Malou la Peluda es el pastel de la semana. Sólo mirándola en el momento de elegir, con el vientre y los muslos cubiertos de vello, y ese aire malicioso, los clientes quedan sobrecogidos y no saben dónde meterse. No quedan decepcionados. Cuando Malou se pone caliente, zurra que es un contento.

Lo de Esther sería más bien vicio. Se trabaja a los clientes con tijeras, horquillas del pelo y cepillos de perro. Suben con ella para que los haga sangrar, ¿no?, pues sangran, desde luego. Yo también lo hago con Jérôme Chapuizot, mi crucificado que ha cogido el camino equivocado, pero me conformo con utilizar las uñas. Se lo pasaría gustosa a Esther, sobre todo por el hecho de que es judía, si no fuera porque resulta demasiado cara para él: la chapa en la enfermería vale diez francos, más otros diez de guantes.

La especialidad de Cléo son los azotes en las nalgas. Tiene un enorme y precioso culo, y le gusta eso, de manera que se ha hecho una amable clientela de azotadores de todas las edades: viejos a los que les gustaría pasarse por la piedra a su nietecita, que es tan graciosa y tiene la piel tan suave, pero que se contentan con una mujer de la vida por miedo al escándalo; y jovenzanos que han recibido severas tundas de manos de su mamá, soñando con el día en que podrían pagarles con la misma moneda.

Eso es imposible, por supuesto, porque sería preciso que la mamá se prestara a ello, y en las buenas familias es algo que no se admite. Por consiguiente, van de una casa a otra exponiendo su caso a la patrona, sin sacar a relucir a su mamá, desde luego. No es más que una cuestión de dinero, y con esas cuestiones siempre se llega a un arreglo.

Con Cléo, sospecho que el arreglo resulta mucho más fácil porque guarda buen recuerdo de los azotes que le propinaba su papá, bien sonoros y mortificantes, que le hacían mojar las braguitas cuando no se las quitaba. Las crías un poco adelantadas para su edad, a los seis o siete años ya tiemblan de excitación al ser azotadas por un hombre. Eso lo sabe todo el mundo. ¡Así que a los quince años!

Cléo tiene veinticinco, pero aún no se le ha pasado el furor por ser azotada. Para el número fuerte, al que aplica una tarifa de quince francos, hace que el cliente se siente en un taburete; ella se desnuda, se tumba atravesada y boca abajo encima de sus muslos, y le invita a pegarle hasta que le duelan las manos.

Luego empieza a gemir, a gritar como una loca (las paredes están acolchadas) y a retorcerse; cuando nota que está a punto de tener el orgasmo, se aparta y se coloca a cuatro patas en el suelo para que él le haga el amor. Y lo peor es que goza

ronroneando como una gata. Cuando vuelve de una sesión de esta clase, necesita casi una hora para recuperarse y proseguir con el trabajo habitual. Pero con esos números se saca un luis, cosa nada despreciable, y se calma durante un tiempo.

Bien, heme aquí preparada para subir a la enfermería. Si lo llego a saber, no vengo, como suele decirse. Habrá ido a acostarme. ¡En fin! Cuando el vino está servido, hay que bebérselo. Por cierto, de vino precisamente me siento llena; la botella de blanco, que se ha añadido al jugo de las ostras... ¡Oh, Lulu, mira que eres oportuna! ¡Ya tendrás tiempo después para pensar en eso! ¡Aguántate, aguántate! ¡No es el momento!

Una vez en el lugar en cuestión, el tal Alexandre me entrega los diez francos de guantes. Ya está, he recuperado el dinero de la cena, y con beneficios, porque sólo me ha costado ocho francos y pico. Le doy las gracias y, cuando me dispongo a quitarme el vestido, él me detiene:

—No, no, déjese, señorita Lucienne. La prefiero así. Quítese nada más el pantalón, por favor.

Sin decir palabra, me agacho, me recojo las faldas y me las subo hasta la altura de la cabeza, formando una especie de capucha. A continuación, doy lentamente una vuelta para que admire mis redondeces. No veo nada, pero le oigo aplaudir y exclamar:

—¡Bravo, bravo! Es usted encantadora. Pero, cuidado, no vaya a asfixiarse. Ya me ha convencido.

Él se desnuda por completo. Bueno, no de pies a cabeza, porque se deja los calcos y los picantes, pero más que los clientes habituales, que como mucho se quitan la chaqueta y los pantalones para que los dejes secos. Si éste prefiere quedarse así... Mi cliente es blandengue. Está bien dotado, pero es blandengue. Ante su silencio, hago algunas insinuaciones para averiguar con qué salsa voy a ser comida.

—Y, esta bella señorita, ¿no tendrá ganas de hacer aguas menores? —me pregunta, apartando la vista—. Mayores no, hijita, sólo menores.

¡Uf! No habrá ni disciplinas, ni horquillas, ni azotes. Tan sólo quiere verme hacer pipí.

YO (*dirigiéndome hacia el orinal*). —¡Ah! Has dado en el clavo, cariño. Imagínate... ¡Ven, acércate! Me levantaré las enaguas para que me veas bien... Sí, imagínate...

ÉL. —Ya imaginaré otro día, preciosa. No lo sueltes hasta que yo no te lo diga.

YO (*suplicante*). —Entonces, date prisa, cielo. ¿Dónde?

Él coge un almohadón de la cama, se tumba en el suelo y me ordena:

—Primero en el..., en la...

Yo (*jadeando*). —En la polla, ya lo he entendido. ¿Me agacho?

ÉL (*empezando a meneársela*). —No, no. De pie, tal como estás. ¿Podrás? Y no lo sueltes todo, por favor.

Con una pierna a cada lado de su cuerpo, me agarro las faldas y me las arremango

hasta el pecho.

—¿Ya, tesoro? Así me verás bien. ¿Puedo empezar?

Sí, sí, ya puedo empezar. Estoy tan tensa, que tarda un poco en salir, pero de pronto empieza a caer un diluvio. Estando así, sale un tanto disperso, de manera que sujeto las faldas con los dientes y, con ayuda de los dedos, me abro los borcellares para dirigir el chorro hacia su minga y sus manos. MI cliente se siente feliz. Feliz y empapado de meados.

—¡Sí, se empina, se empina! —exclama—. ¡Oh, qué pipí tan bueno! Para, ángel mío, para. Guarda para luego. Quiero beber por lo menos un trago de este pipí tan delicioso.

Lo de parar es más fácil decirlo que hacerlo. ¡Menos mal que tengo mucho en reserva! Me adelanto, pues, sin agacharme.

—¡No, de lejos no! —suplica—. De cerca. Arrodíllate y acércate todo lo que puedas a mí, por favor.

¡Virgen santa, Jesús bendito! ¡Qué caprichos tienen los hombres! De lejos, de cerca, pipí, caca, de pie, de rodillas... ¡Y esto pretende gobernar el mundo! Lo único respetable que poseen es su dinero. Aunque, en realidad, el capricho de este majara no tiene nada de malo. Cuando se ama a las mujeres, todo lo suyo es bueno.

Así pues, me Instalo tal como me lo ha pedido, con los muslos sobre sus hombros, prometiéndome hacerle beber en proporción a los diez francos que me ha pagado, y empieza a caer de nuevo, psiii, psiii, en la barbilla, en la nariz, en la boca, que mantiene abierta de par en par. Traga con delectación y, cuando el chorro disminuye y desaparece, acerca el pico para no desperdiciar ni una gota. Bueno, pues la verdad es que su Invento no resulta nada desagradable. Si fuera hombre, no digo yo que...

Pero, de momento, no soy más que una joven cuyo atuendo de calle va a acabar para tirarlo a la basura si no voy con cuidado.

—¿Cielito? —¿Sí, ángel mío?

—¿Puedo quitarme ya el vestido? Aunque el pipí sea bueno, mancha, ¿sabes?

—Sí, claro, ya puedes. Iba a pedírtelo. Perdona si me quedo tumbado, pero no quiero romper el encanto.

Me desvisto con calma..., ¡las medias de seda y los zapatos no, por favor! Lo dejo todo bien plegado sobre el potro y regreso para que me demuestre su admiración, cosa que hace, en efecto, así como rogarme que me siente a su lado para poder acariciarme.

—¿En el suelo, cielito? Está frío. Y, por si fuera poco, helado. Resultaría más confortable en la cama.

No, prefiere quedarse en el suelo, por lo menos él. En el suelo y haciendo un delicioso sesenta y nueve, después del cual, según me informa, haremos el amor como tortolitos.

YO. —Querrás decir como ranas.

Él se echa a reír, y yo aprovecho la circunstancia para sugerirle con suma discreción que mi bonito vestido de satén gris con volantes de puntilla, bueno, ya sabe, mi bonito vestido... Y que en tales casos un hombre galante... —Paga la cuenta de la lavandera, ¿no? —Ya que lo dices, cielo. ¡Oh, sólo una parte! No sé, dos o tres francos, por ejemplo.

Me atrae hacia sí hasta colocarme como estaba hace un momento, a horcajadas sobre sus hombros, me acaricia la depresión de la espalda y recorre con la mano mi cotorrita mojada.

—Cinco francos, señorita —dice—. Pero tendrás que hacerme un favor. YO. — ¿...?

ÉL. —Nada malo, no te preocupes. Sólo un caprichito. ¿Me lo prometes?

Tal como están las cosas, es Imposible que corra un gran peligro. Porque, si bien el señor Alexandre no es un exquisito, violento todavía lo es menos. Así pues, se lo prometo, y nos empleamos a fondo a hacer un sesenta y nueve preparatorio, que no resulta en absoluto desagradable. Alexandre chupa como un rey. Podría decirse que con glotonería, con ansia, pero con tal arte que recupero las ganas de vivir. Mi melancolía desaparece a medida que mi cotorrita se va calentando, en virtud de un dicho que todas las mujeres deprimidas conocen: «Me duele la cabeza, así que háblale a mi culo».

Alexandre te habla con tal dominio del lenguaje, que me invade un intenso estremecimiento y expulso un copioso chorro, que él engulle gruñendo de placer. Mientras tanto, me he limitado a mantenerlo en vilo, chupándole el pirulí con la punta de la lengua «para sacarle brillo», como diría Mimi. Después hago un descanso para recuperarme, me vuelvo para mirarle a la cara, y te pregunto, como corresponde a una mujer bien educada:

—¿Estaba bueno, cariño?

ÉL. —Delicioso, ángel mío. Con un ligero sabor a..., a... No logro saber a qué. ¿Me ayudas?

YO. —¿A ostras, tal vez? ¿Sí? El vino era un Riesling.

ÉL. —¡Eso es! Ya me lo parecía a mí.

YO. —Y ahora, cariño, ¿qué te apetece? ¿En qué consiste exactamente el caprichito?

En vista de que él aparta la vista sin responder, prosigo:

—Otra guarrera, supongo. ¡Oh! Puedes decírmelo, no tengo nada en contra de esas cosas. Cuando la *madame* me ha hablado de la enfermería, me he quedado un poco preocupada. No me gusta recibir golpes. Ni tampoco darlos. En cuanto a lo demás, no tengo ningún problema. Vamos, ¿de qué se trata?

ÉL (*a media voz*). —Preferiría que lo adivinases. Ya has hecho aguas menores...

YO (*pellizcándole la nariz en broma*). —Te conozco, bacalao... Después de la comunión, la confirmación. ¡Después de las menores, las mayores! Es eso, ¿verdad?

Él asiente enérgicamente con la cabeza. Sí, es eso. ¡Oh! Sólo verme, mirarme

hacerlo... en el orinal... De espaldas a él, claro, para proteger mi pudor. Le gustaría mucho, pero no quiere obligarme a hacerlo.

YO. —¡Oh, querido, no tienes por qué excusarte! Si es eso lo que deseas... En el fondo, es una cosa natural. Además, así tendrás ocasión de admirar mis nalgas, ¿no es cierto? Me siento orgullosa de mis nalgas, ¿sabes?

ÉL. —Puedes sentarte, ángel mío, son espléndidas. Bueno, ¿tienes algo en reserva? ¿Un ejemplar bien hermoso? ¡Estupendo! Pues, cuando usted guste, señorita.

¡Qué no haremos por quince francos! A decir verdad, su capricho no me incomoda en absoluto. Incluso me atrevería a afirmar que me viene de perlas, porque me estaban entrando unas ganas..., unas ganas de llenar el orinal... Cinco minutos después, hubiera tenido que rogarle que me dejase ausentarme, y eso no queda muy fino en una odalisca. En semejantes circunstancias, lo principal es aliviarse. Ahora bien, en privado o en público, ¿qué más da?

Acerco, pues, el orinal. Él se sienta, yo me pongo en posición, medio incorporada, me separo las hogazas con ambas manos y empujo. Él objeto asoma la nariz, se abre camino... Será un espléndido ejemplar, lo noto. ¡Sí, en efecto, es magnífico! Hago un último esfuerzo para expulsarlo, y lanzo un triunfal: «¡Ya está!».

Alexandre ha seguido de cerca la operación, acompañándola de principio a fin con comentarios elogiosos. En cuanto finaliza, me incorporo y anuncio:

—Ahora voy a limpiarme, cariño.

ÉL (*deteniéndome*). —No. YO voy a limpiarte.

YO. —Si te empeñas, tesoro. Pero no querrás decir con..., con...

ÉL. —¡Sí, sí! ¡Precisamente con eso!

¿Va a deshojarme la rosa? ¡Genial! Sólo me faltaba eso para ser feliz. Una vez en posición, él me agarra las nalgas y me gratifica con un sabroso lavado, mientras yo me empleo a fondo con la boca. Sin embargo, me digo a mí misma que, por quince francos, tiene derecho a algo mejor que unos entremeses. Y yo también, por supuesto.

—Esta preciosidad no ha gozado mucho —le digo, acariciándosela—. Ahora que ya me he vaciado, no me desagradaría que..., bueno, ya sabes a lo que me refiero.

Lo sabe, lo sabe. Pero ¿por dónde? ¿Por el sitio del pipí? ¿Por el de la caca? Eso requiere un instante de reflexión. Finalmente, me decido por el conducto ordinario, prometiéndole que la próxima vez...

—Porque confío en que haya próximas veces, señor Alexandre. Veamos, voy a hacerle una proposición.

ÉL. —Le escucho, señorita.

YO. —Usted me poseerá por el conducto ordinario, y yo le ofreceré una panorámica del extraordinario. Sí, de ése que acaba de limpiar. Lo haremos a lo «duque de Aumale».

ÉL. —¿Quién? ¿Qué?

Sin tomarme la molestia de explicárselo, me vuelvo, me deslizo hacia sus pies, y sitúo su preciosidad a la entrada del paraíso.

YO. —Esto es el duque de Aumale. Es agradable, ¿no te parece? Voy a dejarme caer para que vaya entrando. ¿Nos ves bien?

Y empezamos a joder tranquilamente. El observa, disfruta, entra y sale sin prisa, y yo rezumo ambrosía una vez, y luego otra, gimiendo:

—¡Oh, me viene otra vez, me viene otra vez! Él también se corre, y yo voy a hacer mis abluciones. Mientras se viste, me tiende una hermosa moneda de plata: los cinco francos prometidos. Estoy agotada. Por hoy, ya he rebasado mi límite de emociones, así que subo a acostarme sin pasar siquiera por el salón. Ya acabarán la partida de cartas sin mí.

Ocho

El salón Júpiter, donde se reunían los burgueses del lugar, estaba empapelado de azul y decorado con un gran dibujo representando a Leda tendida debajo de un cisne.

G. de Maupassant, *La casa Tellier*.

Domingo 1 de abril

En nuestra casa, el hermoso mes de abril ha dado comienzo con buen humor. El tiempo no acompaña: es gris, húmedo, ventoso, más propio del tormentoso marzo. Tal vez sea precisamente eso lo que nos alegra el corazón a las que hacemos todos los domingos el turno de mañana: Fanny Boquita de Piñón, Cléo, Zoé y yo. Para unas mujercitas cómodamente Instaladas al calor, en bata o camisa, este endiablado tiempo es una bendición. Mientras que otras jovencitas salen de la cama tiritando, y echan pestes por no poder ponerse aún el bonito vestido de primavera que les ha costado un ojo de la cara, nuestra única preocupación consiste en esperar, leyendo, jugando a las cartas o acariciándonos los pechos, a los pobres hombres transidos de frío que vengan a calentarse la minina entre nuestros muslos.

Cléo es la primera en desenmohecerse la pepitilla, o más bien en hacer que le desenmohezcan las hogazas, ya que ha subido con uno de sus azotadores habituales, el señor Thierry. ¡Al parecer, un barbián! Cléo está de suerte, en primer lugar, porque él le suelta seis francos de guantes, y en segundo lugar porque tiene una forma muy particular de azotarla: para empezar, con una mano, mientras ella permanece boca abajo en la cama, y luego, cuando ve que se ha puesto caliente, con las dos. ¡Y sin parar!

Cléo no siente realmente ganas de joder hasta que sus nalgas no adquieren el color de la langosta Thermidor, rojo violáceo. Una vez que ha llegado a ese punto (ella misma lo cuenta, riendo), cesa de gemir para empezar a suplicar:

—¡Para, mi vida! Estoy a punto. Métemela para consolarme, grandísimo bruto.

Entonces se coloca una almohada bajo el vientre, se abre de piernas, presenta su grupa dolorida, y él le mete con gentileza una salchicha entre los dos jamones, como vulgarmente se dice, aplastándole las hogazas. Los dos sueltan juntos su jugo, no falla nunca, bramando cada uno por su lado:

—¡Ah, qué hermoso culo! ¡Ah, qué hermoso culo! —¡Ah, qué hermosa polla! ¡Ah, qué hermosa polla! Cuando acaba la sesión, se acompañan uno a otro al salón, porque ninguno de los dos se sostiene en pie. El señor Thierry se deja caer en un diván y Cléo posa delicadamente sus nalgas en el otro, entre Fanny y yo. A continuación, el barbián le encarga champán a la *madame*, que se apresura a traerlo. El señor Thierry es un buen parroquiano; ejerce de magistrado y goza de una posición acomodada. Por otra parte, es amigo del señor Armand. El patrón de un burdel debe tener amigos tanto en el ámbito de la justicia como en el de la política y las finanzas.

Después de Cléo, le toca subir a Fanny. Un ave de paso. Entonces, Zoé propone echarnos las cartas a Cléo y a mí. Es su pasión. Ha terminado con Cléo —a quien, según las cartas, todo le irá bien este mes, aunque debe desconfiar de las buenas palabras— y acaba de disponerlas para mí, cuando sube un señor. Primero pasa por el gabinete de la *madame* para pagar los ocho francos de rigor, y ésta sale un momento para anunciarnos:

—Señoras, ha venido el señor Robert. Y Fanny, ¿no está?

ZOÉ (*sin reflexionar*). —Está debajo de un hombre, señora.

LA MADAME (*sin vacilar*). —Dos francos de multa, señorita Rabourdin. ¿Cuántas veces tendré que repetir que en Las Odaliscas una mujer no está nunca debajo de un hombre? ¡Qué vulgaridad! Aquí, las señoritas están, siempre, en el gabinete. De todas formas, ya la tenemos aquí.

En efecto, Fanny entra y se sienta a mi lado, exclamando en voz alta:

—¡Ay, Dios mío, qué cruz! Pensaba que ese tipo no lograría nunca vaciar la cantimplora.

Desgraciadamente, la *madame* la ha oído y replica de inmediato:

—Dos francos de multa, Fanny. ¿Cuántas veces tendré que recordarles que, en Las Odaliscas, los señores no vacían la cantimplora, ni tampoco escupen veneno, ni Dios sabe qué cosas más? Son felices, y punto.

—Pero, señora —protesta Fanny—, era una broma. Al fin y al cabo, hoy es uno de abril.

—Lo sé perfectamente —replica cortante la *madame*—, pero eso no justifica nada. Hay que saber comportarse, señoras, hay que saber comportarse. Ahora, las dejo con el señor Robert.

El señor Robert es un hombre cincuentón, tabaquero de profesión del mismo modo que el señor Raoul es chocolatero, es decir, al por mayor. No comercia con la «picadura», y mucho menos con los «matarratas» que se venden a un machacante el par, sino con los cigarros «londinenses» de La Habana y los cigarrillos de Egipto.

Provee al señor Armand de los primeros, y a nosotras, al menos a las que fuman, de los segundos. Por lo demás, va de una a otra de sus «sobrinas», como él nos llama, según del humor que esté, aunque siente cierta preferencia por Irma la Enamoradiza, que al parecer se fuma sus Maryland con mucho estilo.

A pesar de que no fumo nunca, excepto con la chimenea cuando me la llenan bien, he subido varias veces con «mi tío», como lo hemos bautizado en justa correspondencia. Es un flete perfecto, generoso y nada exigente, cuyo verdadero placer consiste en encontrarse rodeado de mujeres amables y ligeras de ropa, una de las cuales le pasea sus encantos por delante de las narices, mientras él hurga en la entrepierna de otra, y una tercera se ocupa de desabrocharle la bragueta para que su puro se airee. Después de acariciar, mimar y toquetear a sus anchas, coge a una al azar, porque es lo habitual en un burdel, y le hace el amor o no se lo hace, depende.

De momento, aquí lo tenemos, tan sonriente como siempre:

—Buenos días, Fanny, buenos días, Lulu, buenos días, Zoé, buenos días... ¡Oh, Dios mío! No recuerdo su nombre, amiga mía —añade, bromeando a propósito de Cléo—. Pero la conozco, no cabe duda. Su cara...

—¡Oh, querido tío! —susurra Cléo—. No es precisamente mi cara lo que se recuerda, sino más bien...

Dejando la frase en suspenso, la joven se levanta, se vuelve de espaldas a él y se arremanga hasta la cintura.

—¡Cléo! —exclama él encantado—. ¡Es Cléo, por supuesto! ¡Cléo la de las bellas hogazas! ¿En qué estaría yo pensando?

La conversación continúa moviéndose en ese terreno, y muy pronto toma un giro bastante picante. El señor Robert me envía a que le pida champán y copas a la *madame*, «para celebrar la primavera», según dice, y ésta cierra el salón rojo para que estemos tranquilos. Es lo que se acostumbra a hacer. Si, mientras tanto, llega otro cliente, le hace esperaren el salón azul.

Nos trincamos, pues, el espumoso de diez francos, a la salud de la primavera, de los puros y de nuestro tío Robert, que es un hombre muy galante. El devuelve el brindis en honor de las cuatro Gracias que revolotean a su alrededor.

—¿Sabéis una cosa, queridas mías? —dice, acariciando las redondeces de Cléo—. ¿Sabéis que nosotros cinco formamos la más encantadora de las Academias? Una Academia fuera de serie —añade en un susurro.

—Cariño —replica Zoé, acercando el vientre a su nariz—, sin ánimo de ofender, ¿qué es exactamente una Academia? ¿Tú lo sabes, Lulu?

Por fortuna, lo sé, gracias a Dodolphe, mi pintor, que me calienta los cascos con la de Bellas Artes, donde un día entrará triunfalmente, según afirma. Lo explico, pues, lo mejor que puedo, con la aprobación divertida del señor Robert, hasta que empiezo a hacerme un lío con nuestras academias con minúscula y la Academia con mayúscula. En consecuencia, concluyo rápidamente:

—Bueno, ya está bien, me estoy cansando. Después de tanto cotorrear, pasaremos

a las pruebas prácticas, ¿no?

—Hija mía —murmura con lasitud nuestro presidente—, ¿no podríamos seguir deliberando? Podríamos conceder algunos premios, por ejemplo. Otra botella de champán nos ayudaría. ¿Quién va...?

—¡Yo, querido tío, yo! —exclama Zoé, que siente debilidad por el espumoso—. ¡Un momento!

¡Sin comodidades no hay placer! Fanny se ha tumbado en un diván, con la cabeza apoyada en el regazo del tabaquero, que le acaricia con una mano los pezones y con la otra la entrepierna. Cléo y yo nos hemos sentado frente a él, con las piernas bien abiertas para ofrecerle la mejor panorámica posible de nuestros encantos, que ya no son íntimos más que para los ingenuos. Zoé regresa, nos sirve, se hace un sitio a la izquierda del anfitrión, y bebemos de nuevo en honor de las academias en general y de las nuestras en particular. Con la intención de mostrarme generosa, y porque me parece que al señor Robert le gustaría ver más, apoyo los pies en el diván, separo las rodillas, y me abro los pétalos con delicadeza.

—¡Ah, encantador, arrebatador! —exclama, abriendo desmesuradamente los avizores—. ¡Primaver! ¡Un bombón! Si mi querida Cléo...

Ella me imita y recibe su ración de elogios; le sigue Fanny, a quien el señor Robert ha hecho levantarse y sentarse en mi lugar; y, por último, Zoé.

—Y bien, querido —interviene Fanny, muy Orgullosa de su cotorrita—, ¿quién de nosotras la tiene más hermosa?

Intuyendo que se avecina un pique entre mujeres, esquiva la respuesta declarando que la de Cléo es quizá más mullida (ya lo creo: tiene unos pétalos que parecen escalopes), y la mía sin duda más juvenil. Zoé la tiene más gordezuela, lo cual no es ningún defecto. En cuanto a la de Fanny, la cuestión es sencilla: sería la perdición de un santo.

—Pero, vida mía —objeta Cléo—, para averiguar esas cosas no basta con mirar. Hay que probarlas. Llévame contigo. Te dejaré que chupes la mía, y entonces sabrás lo que es bueno. Ya veo que no estás cachondo, pero no hace falta estarlo para mamar un coño. ¿Vamos?

Su ofrecimiento levanta una oleada de protestas. ¡A nosotras también nos gusta que nos chupen! Entonces, ¡una después de otra! O, todavía mejor, haremos lo que propone Zoé: jugárnoslo a la paja más corta *para saber quién, quién, quién será comido*.

Nuestro tabaquero se siente enormemente violento. Sobre todo, porque su iniciativa ha provocado una rabiosa batalla; y después porque, incluso suponiendo que tuviera ganas, elegir entre cuatro pepitillas igualmente apetecibles, cada una en su estilo... Para salir del paso, se levanta con dignidad y declara que sólo pasaba por allí y ha entrado un momento, que se siente feliz de haber podido invitarnos al champán del domingo y del 1 de abril, pero que, bien pensado, no está con ánimos para aceptar lo que le proponemos. Otra vez será.

Pese a ello, a continuación, saca de un bolsillo del chaleco un luis de oro completamente nuevo, que me entrega con el encargo de repartirlo equitativamente entre las cuatro «académicas». En ese momento, la *madame* entra, da unas palmadas, y regresamos al salón azul entre chanzas y veras. Las chanzas son el champán y los cinco francos; las veras, la vejación de haber sido rechazadas.

A mí, las veras me duran poco. Me espera un incondicional: el señor Eugéne, es decir, Gimnasta. Le paso discretamente el luis del tabaquero a Fanny, y subo con él a su habitación predilecta, la del armario de luna.

Según mi cuadernito, nos vemos con bastante regularidad cada quince días desde hace seis meses, y siempre con gran satisfacción. La manía de consultar el álbum se le ha pasado casi del todo; la de las acrobacias también. Hacemos el amor sin complicaciones dos veces, la primera para saciar la necesidad y la segunda por placer. La *madame* ya se ha acostumbrado. Le cobra las dos chapas cuando llega, así ya no tengo que correr en camisón por los pasillos para pagarle la segunda. Asimismo, siempre lleva en el bolsillo diez francos para mí, de manera que cada una de sus visitas me basta para hacer una estupenda jornada. ¡Mi Gimnasta va viento en popa, ya lo creo que sí! Y es que la bicicleta causa furor. Todo el mundo pedalea, incluido el señor Zola: Lo hacen para adelgazar, según me ha dicho Eugéne, que ya no sabe de dónde sacar manillares para satisfacer la demanda.

No siento nada por él, eso está claro. Si se quiere, una especie de simpatía, por no hablar de lo bien que nos entendemos en el asunto. Me hace gozar por lo menos una vez en cada encuentro, y a veces dos, y no alardea de ello. ¿Le parece lo más natural del mundo que una mujer de la vida experimente un orgasmo con un cliente? ¡Sería excesivo! Las hay, es cierto, y más de las que la gente imagina, ¡pero con tanta regularidad! ¡Y dos veces seguidas!

Por mi parte, ya no me reprimo como lo hacía al principio, y como continué haciéndolo con fletes a los que no conozco. Ya que le parece natural que goce, gozo. Sin añadir detalles, pero también sin suprimirlos.

Como más me gusta hacerlo es como hoy, en el taburete, frente al armario. Otras posturas me alteran más el vientre, en particular la de la perrita, porque siempre me provoca un cascanueces demasiado intenso, al menos con él. En cambio, sentarme a horcajadas ante el espejo me altera más la imaginación. Me contemplo, me admiro, me encuentro hermosa haciendo el amor, me siento feliz de ver que mi cuerpo hace empalmarse a los hombres y que a mí me proporciona tanto placer como a ellos. Me gusta mi piel suave y blanca; y también me gusta que él sea musculoso y peludo como un oso. De vez en cuando paso sus brazos por mi vientre o mis pechos, para comprobar que él es tan hombre como yo mujer. Supongo que es la naturaleza quien hace que sea así.

Esta mañana resulta particularmente gratificante. ¡Ah, me he quedado esperando mientras Fanny y Cléo subían a regalarse! ¡Ah, mi tío me ha rechazado! ¡Ah, no he jodido como Dios manda desde hace una semana! Pues bien, voy a desquitarme de

todo eso a la vez.

Eugène me ha cogido por la cintura, y yo permito que me suba y me baje lentamente por su garrote. Lo hace lentamente porque, mientras le ayudaba a desnudarse, le he advertido que a lo mejor me encontrará un poco estrecha al principio.

—Eres mi primer cliente desde ayer a mediodía, cariño —le he confesado—. Me dirás que veinticuatro horas de virginidad no bastan para que a una mujer se le cierre...

—Pero, ángel mío —protesta él—, yo no le concedo importancia alguna a eso. Sé muy bien...

—Sabes muy bien lo que soy, ¿no es cierto? Y me quieres tal como soy, ¿verdad?

El asiente convencido mientras me acaricia la nuca. No obstante, me empeño en explicarle que el cliente a causa del cual ha tenido que esperarme un poco, no ha hecho más que invitar a champán, y que no soy necesariamente la misma con el primer hombre del día que con el décimo. Sobre todo, cuando el primero es un señor Gimnasta... Y es cierto, tan cierto como que un instrumento tan grande como el suyo haría sentir a cualquier mujer emociones de virgen.

Y en verdad que, en esos momentos, yo casi las siento. En cualquier caso, sin duda alguna las siento cuando dirijo la mirada al espejo y veo mi pobre y afortunado chichi desgarrado por semejante ariete. Agito la cabeza de derecha a izquierda, adelante y atrás, y gimo:

—¡Oh, mira, mi vida! Mira qué grande la tienes... ¡Oh, cómo me penetra!... ¡Qué gusto me da!... Y tus..., tus aceiteras... ¡Oh, me viene..., me viene!

Y me corro con un rechinar de dientes, inundándolo de mi placer. ¡Uf! Tras diez minutos de descanso, él sugiere:

—¿Quieres concederme un favor?

YO (que todavía no me he recuperado). —¿Lo pones en duda?

—Pues...

Y señala con la mano la mesa. Una mesa vulgar y corriente, que he visto cien veces sin prestarle atención, cubierta con un faldón de terciopelo que oculta las patas. ¿Por qué no? ¡Se hace muy bien el amor en una mesa! Así fue como me tomé mi primera copa de sobremesa hace seis o siete años, en Nogent-le-Rotrou y con mi primo Léon, ¡y daba gusto, daba mucho gusto! Más tarde, me entregué más de una vez a estudiantes en la mesa de una taberna, en la trastienda. En Las Odaliscas casi nunca, por la sencilla razón de que la habitación donde nos encontramos es la única, con la enfermería, que tiene una mesa. Con Gimnasta será una novedad.

Eugène retira el cobertor, lo pliega en cuatro y cubre con él la mesa. Es un detalle muy gentil. Luego lleva la almohada, y luego a mí; me sujeta por la cintura y por debajo de las rodillas, y me deposita suavemente y sin esfuerzo sobre el cobertor.

—Ha sido una idea magnífica, cariño —le digo, estirándome—. ¡Eres muy capaz de hacerme gozar por segunda vez en un cuarto de hora, monstruo!

ÉL (*ocupado con los preparativos*). —Eso espero, preciosidad mía.

Levanto las piernas y apoyo los pies en sus hombros; él me agarra de los muslos, y empezamos de nuevo. ¡Delicioso, maravilloso! Nigu, ñago, ñigu, ñago, dentro, fuera, me folla como si estuviera pedaleando, con la misma regularidad y la misma energía. A partir del quinto mete-saca, empieza a venirme otra vez, a venirme otra vez como una oleada, una vez, dos veces... Y la segunda vez, con un cascanueces tan fuerte que Eugène debe empujarme para poder salir. ¡Ah, si pudiera quedarme así, bien llena...! ¡Ay, ay, ay, Lulu, ay, ay, ay! ¿Estás en las nubes, o qué te pasa?

Jueves 5 de abril

Es mi día libre, y también el de Julia Dedo Diestro, que se lo ha cambiado a Fanny. Julia no es muy espabilada —mientras que Fanny posee solvencia y distinción—, pero sí buena compañera, y una chica con mucho mérito, porque se echó a la vida para mantener a su madre y sus cuatro hermanitos y hermanitas, que sólo la tienen a ella en el mundo. Los mayores empezaron a ganarse las habichuelas, pero cobrando miserables pagas de un franco o un franco y medio diario, y con eso no tenían ni para empezar. Así que la hermana mayor, en cuanto cumplió los dieciséis años, se fue a llamar a la puerta de un burdel. Se considera afortunada de haber ido a parar a Las Odaliscas, donde se estrenó hace tres años. Los estrenos dan bastante. Un mes después de su llegada, en su cuchitril nadie pasaba hambre. Ni que decir tiene que su madre la bendice cada día nuevo que amanece, y que le enciende velas a santa Margarita para que su hijita de oro macizo sea muy complaciente con los señores y no pesque ninguna enfermedad mala.

Además de ser, en efecto, muy complaciente, y de tener buen cuerpo y unos preciosos ojos negros, Julia es todo lo caliente que requiere este oficio; y, sobre todo, tiene una habichuela que más bien parece un dedo, tanto por su tamaño como por la destreza con que la utiliza.

Parece ser que las mujeres que lo tienen tan desarrollado suelen ser un poco tortilleras. Julia lo es, eso está claro; pero, como dice el señor Armand, no por ello ha perdido la afición a los hombres. Yo más bien creo que necesita un verdadero afecto, y no lo encuentra más que en brazos de otras mujeres. Sobre todo en los de las de casa, la mayoría de las cuales han pasado por ahí al menos una vez por curiosidad; aunque también empieza a hacer chapas en la ciudad, en casa de libertinos que invitan al espectáculo a amigos y amigas.

No habla nunca de ello, aparte de para invitar a una ronda de licor de guindas a la vuelta, prueba fehaciente de que los espectadores son espléndidos; y, sobre todo, prueba de que las pericas de la alta sociedad que acuden a esas fiestas son más bien del sindicato de la harina, y que no suelen tener ocasión de chupar una habichuela del tamaño y la destreza de un «dedo».

A mí, eso todavía no me ha tentado. Julia no me inspira ningún sentimiento, ni siquiera atracción, y cuando no hay sentimiento... Como es nuestra primera salida juntas y conozco su situación, la llevo a rastras al Café de París, asegurándole que la dolorosa corre de mi cuenta, pues he trabajado mucho durante toda la semana, y que me alegraría mucho que aceptara sin miramientos. ¡Y es verdad!

Henos aquí, pues, sentadas a la mesa. No ha comido nunca ostras, y le parece que no le gustarán. Langosta tampoco. Yo me inclino por un pastel de hígado de ave y unos pichones rebozados, y, en vista de que a ella se le van los ojos detrás de las tartas, le prometo un bizcocho borracho de postre. ¡Qué ojos tan bonitos tiene esta guarra! ¡Qué ojos tan bonitos!

Debe de pensar que mi generosidad no es desinteresada, y que la educación la obliga a darme a entender que si quisiera..., si me apeteciera..., si ella tuviera la fortuna de gustarme... En resumen, que sólo depende de mí el prolongar los postres con una degustación amorosa de su «dedo». Yo hago como si comprendiera a medias, sin decir ni que sí ni que no.

Para ayudarme a que me decida (estamos una junto a otra en un banco, en un rincón de la sala), se levanta las faldas hasta la rodilla por debajo del mantel, me coge la mano y la guía hacia su octava maravilla del mundo.

Para tener diecinueve años, Julia está realmente bien formada. Poco vello, pero en cambio una gran flor carnosa, mullida y suave, en el centro de la cual el objeto se erige como un pistilo. Lo de compararlo con un dedo resulta exagerado, pero con medio se acerca bastante a la realidad, ¡y ya es bastante! Apenas la toco, se sobresalta, se aprieta contra mí y me susurra al oído:

—¡Oh, Lulu! ¡Tengo tantas ganas de que me hagas gozar! Y ya verás, cuando me lo chupes, crecerá hasta llenarte la boca. ¡Oh, me gustaría tanto!

Sus preciosos ojos negros se han quedado en blanco, mientras ella se muerde los labios para no abalanzarse sobre los míos, y empieza a mojarme los dedos. Es preciso decir que las dos hemos bebido un poco, y que ella no está acostumbrada. Yo no mucho más, y su olor de viciosilla caliente se me sube a la cabeza. Por otra parte, tenemos permiso hasta las diez de la noche y apenas son las cinco. No puedo enviar ahora a esta cría de vuelta a Las Odaliscas, ni abandonarla en los bulevares, donde podría pasarle cualquier cosa. Desde la distancia de los cuatro años que nos separan, me siento como la hermana mayor que no tiene.

—Cálmate, Julia —le digo—, cálmate. Y vámonos antes de que nos echen. Esto es un establecimiento decente. Ven, el aire fresco te sentará bien.

Pago la cuenta, salimos, ella colgada de mi brazo, y la conduzco en dirección al pasaje Panoramas, donde hay un hotelito que conocí bastante bien cuando hacía la calle... En una palabra, cedo. Es un capricho de seis o siete francos, pero lo único gratis es el buen tiempo. Cuando llegamos a la puerta del hotel, comprende, me aprieta el brazo tan fuerte que parece que va a partírmelo, y vuelve hacia mí su bello rostro de granujilla.

—Sí, tú ganas, vamos a subir —le digo—. Pero, te lo suplico, Julia, no me mires con esos ojos.

—¿Y con qué ojos quieres que te mire? —replica—. ¿Con los de otra?

Cuando la pruebas, te das cuenta de que esta Julia es bocado de cardenal. Para poder disfrutar sin distracciones de su pepitilla, he preferido que ella no me lamiera al mismo tiempo y me he instalado entre sus piernas. Julia gime, se retuerce, me agarra del pelo para que me acerque todavía más a su puchero, y, a medida que lo voy lamiendo, su botón crece y se pone duro hasta adquirir, en efecto, la longitud y la consistencia de una minina en miniatura. ¡Pues no era tan exagerado lo de su sobrenombre!

Ahora que está rígido e inflamado, tres lametones bastan para llevarlo hasta el final. Julia me clava las uñas en el cráneo, aprieta los muslos hasta asfixiarme y me mea en la boca —no hay otra palabra para definirlo— un chorro de jugo. Es la primera vez que proporciono un goce tan intenso a una mujer, y ello me produce una conmoción tan fuerte que yo también me corro sin ni siquiera tocarme. Bueno, no se puede decir que hayamos hecho nada malo ni perdido nuestra tarde de descanso.

Nos encontramos durmiendo abrazadas, cuando me despierto sobresaltada al oír que llaman a la puerta. ¿Qué sucede? He pagado para permanecer en la habitación dos horas y no estamos armando escándalo... ¿Serán los guripas? No creo, no les interesan las parejas de mujeres. «Sí, ya voy, ya voy», digo, mientras me pongo la camisola. Entreabro la puerta, y el camarero del piso, una cara conocida, me confía en voz baja:

—Señora, un señor que las ha seguido está esperando en recepción. Dice que usted lo conoce y que desearía presentarle sus respetos.

—Pero, pero..., no estoy sola, lo sabes muy bien.

—Él también lo sabe, señora Lucienne, pero dice que razón de más.

¿Un señor? ¿Y yo lo conozco? ¿Quiere presentar sus respetos? ¿A las dos? ¡Y Julia sigue durmiendo! El camarero, cuyo nombre, Arséne, acabo de recordar, me tira de la manga y murmura:

—Un luis para ustedes, señora Lucienne. A mí me ha dado dos francos por el recado.

Eso sí que es ir al grano. Es posible que mienta o que me conozca de verdad, pero, en cualquier caso, el señor en cuestión es un hombre galante. ¡Veinte francos! ¡Diez para cada una! Para Julia supone una ganancia limpia; yo, por mi parte, recupero lo que me he gastado. Y es una aventura inesperada.

Además, los besos de mujer, los frotamientos de bollera y las pepitillas, sean del tamaño que sean, resultan agradables, pero nada consistentes. Así pues, me decido:

—¿Qué aspecto tiene ese señor? ¿Desastroso? ¿Presentable?

—Es joven, señora Lucienne. Con atuendo provinciano, pero elegante. Y no parece fanfarrón. Tiene cara de hijo de papá, no sé si me explico...

—Perfectamente, Arséne. Dile que suba dentro de cinco minutos. Ni uno más, ni

uno menos, ¿entendido? Te ganarás veinte machacantes.

—Gracias, señora Lucienne. Cinco minutos, entendido. Voy a decírselo.

Despierto a Julia, la pongo al corriente en dos palabras, y nos lavamos rápidamente juntas.

—Parece ser que me conoce —le digo—, así que seguramente querrá hacerlo conmigo, pero le complace que seamos dos. Y de todas formas, tú te llevas medio luis.

—¡Oh, los tríos no me asustan! —me asegura—. Y menos contigo. ¡Eres un ángel, Lulu! Te quiero mucho.

—Yo también, Julia, pero espabila. Nada de corsé, no tenemos tiempo, el vestido y los botines. ¡Vamos, muévete! Ábrele mientras yo me peino.

Llaman a la puerta y ella la abre. Desde el cuarto de aseo donde me estoy arreglando el pelo, oigo una voz, una voz...

—Mis respetos, querida amiga. No está sola, ¿verdad?

Me acerco. Sí, es él, es él en persona. Mi primo Léon, Léon de Nogent-le-Rotrou, hijo de papá Crapart, mi tío. El primo al que espabilé hace ahora, veamos, ¿seis años? ¿Siete? Un buen mozo, no cabe ninguna duda. ¡Siete años! Menuda sorpresa... Me he quedado de piedra.

Él, es evidente que no. Visiblemente divertido, se acerca, me besa la punta de los dedos y dice:

—Encantado de volverá verla, mi querida Lucienne. Realmente, está usted más guapa que nunca.

Farfullo un «gracias, gracias, yo también...», y le invito a sentarse. Él añade con una sonrisa burlona:

—No le pregunto a qué se dedica, encantadora prima. ¿Y su amiga...?

—Julia, mi primo —digo. Pero, en ese momento, me doy cuenta de que Léon no ha venido a saludarme, sino a joder con las dos. Así pues, preciso sin miramientos—: Julia Dedo Diestro. Y yo me he convertido en Lulu la Complaciente, tesoro.

—¿La Complaciente? ¿Cómo es eso?

—Sí, la Complaciente, es decir, muy amable en la cama con los señores que me pagan bien. A propósito, Léon, ¿y nuestro luis?

Él saca la moneda de un cuero de fantasía que su mamá ha debido de regalarle al cumplir veinticinco años y me la tiende.

—¿Qué es eso por dos beldades como nosotras, primito? ¡Una miseria! Además, no olvides que nosotras pagamos la habitación...

Ya está, le he sacado diez francos más. Parece que el hijo del notario nada en la abundancia. Dejo los dos rubios en la repisa de la chimenea, debajo de la palmatoria. Julia, a quien estas cosas intimidan y que se pregunta si mi primo es carne o pescado, permanece sentada en silencio sin atreverse a mirar a Léon, que me pregunta un tanto indeciso:

—¿Dedo Diestro? No..., no entiendo...

Tomo a Julia de la mano, la conduzco hasta la cama y le digo:

—Julia, el señor no entiende. Enséñaselo, por favor. Sí, aquí, en la cama.

Ella, obediente, se sienta en el borde de la cama, frente a él, con las faldas arremangadas, se agarra las piernas por las rodillas y las abre como en el canacán. Pese a haberse lavado, aún tiene la pepitilla hinchada, de un rojo vivo, fresca y hermosa. Entonces hago que mi primo se acerque, comienzo a frotar el bulto que se dibuja bajo su pantalón y le susurro, en un tono insinuante y provocador:

—¿Comprendes ahora? Tiene el botón tan grande como un dedo, por no hablar de la destreza con que lo utiliza. Te pone caliente, ¿verdad, querido primito? Pues ahora no es nada. Tendrías que haberlo visto hace un momento, mientras nos lamíamos.

—¿Que vosotras os...?

—¿Qué pasa? No pareces mucho más espabilado que hace siete años. Sí, nos lamíamos el higo, la almeja, la cotorrita. Porque a Julia le encanta que le coman la almendra garrapiñada, ¿verdad, cielo?

—¡Oh, sí, me encanta! —responde ella. Y añade con ingenuidad—: ¡Aunque lo haga un hombre!

A pesar de nuestra buena voluntad, el ambiente sigue frío. Para calentarlo, le desabrocho la bragueta a León, saco una minga ya bastante abultada y comienzo a trabajarla acercándola a Julia. Él se deja hacer, avanza, yo acaricio el botón de Julia con la punta del glande y ordeno:

—Ponte cómodo, León. Tú también, Julia, y yo también. ¡Rápido, por favor! Mi amiga te lavará en un momento, primo de mi corazón. Sí, ya lo sé, pero ¿qué quieres que haga? Es la costumbre. Después, para recompensarte, te mamaremos por turnos. ¡Venga, y volando!

Como no nos quitamos los botines (es una forma de ganar tiempo, y, además, pone a los hombres calientes), acabamos antes que él y le ayudamos a desnudarse. Una vez el asunto concluido, nos encontramos ella y yo abrazadas en la cama, y él a los pies, a la vez excitado y tímido.

—¡Vamos, tesoro, espabila! —le digo, tirando de él hacia nosotras—. ¡Ven, tumbate entre las dos! Señor Crapart, te vamos a chupar mejor de lo que nunca han chupado al emperador.

León experimenta un ligero sobresalto, Julia levanta la mirada hacia mí, y nos colocamos de la forma que yo he dicho. Ella es la primera en abalanzarse sobre la minga, como mujer concedora de su oficio, mientras yo deslizo una almohada bajo la cabeza de mi primo y le indico a Julia:

—Sitúate encima de su cabeza, querida, para que admire tu hermoso chichi mientras me ocupo de él.

Dicho y hecho. León masturba a Julia con un dedo, y consiente en acariciar las nalgas que he colocado al alcance de su mano. Las mías, por supuesto. Deben de recordarle momentos agradables, pues se le pone dura y caliente en mi boca, y veo que acerca la suya a los atributos de Julia, aunque sin aplicarse a fondo. Bien, ahora

ya podemos pasara diversiones más consistentes.

—Querido Lonlon —le digo, entreteniéndolo con la mano—, tu Lucienne se muere de ganas de volver a sentir la deliciosa minga de su primo. ¿Te acuerdas, en el jardín? ¿Yen tu habitación?

Sí, se acuerda. Sin embargo, para un hombre empalmado, el más hermoso de los recuerdos no supera el momento que está a punto de llegar. ¡Y qué hermosa la tiene! ¡En siete años ha engordado a base de bien! La deseo, y cuanto antes mejor. La empuño, pues, y antes de dejarme caer sobre semejante columna, pregunto:

—¿Así, Lonlon? ¿Sí? Pero tienes que ser amable con Julia. Nosotras nos acariciaremos las tetas mientras tú nos trabajas. Si la chupas bien y me jodes bien, ya verás como nos corremos los tres juntos.

Y en efecto, eso es lo que hacemos. Él no suelta prenda, pues se lo impide el felpudo de Julia, pero no tarda en vomitar al mismo tiempo que ella. ¡Uf! Nos hemos ganado los treinta francos. Además, resulta agradable estar en familia...

Por lo demás, la reunión no se prolonga durante mucho tiempo. Léon parece recordar súbitamente un compromiso olvidado, o avergonzarse de lo que acaba de sucederle. Me persigue a toda prisa hasta el aseo, adonde me he dirigido la primera (los hijos nacidos de primos están tocados, todo el mundo lo sabe), se viste en un abrir y cerrar de ojos, nos da un beso amistoso a cada una, y se dirige hacia la puerta mientras Julia y yo nos metemos de nuevo en la cama para descansar un rato. ¡Falsa alarma!

—No es más que un hasta luego, pequeñas —anuncia con la mano en el pomo de la puerta—. Quedaos aquí hasta que vuelva. Lulu, ¿cuándo tenéis que volver al convento? Porque supongo que habéis salido de allí.

YO. —Tenemos permiso hasta las diez, querido primo. Digamos hasta las diez y media. Después debemos cruzar el umbral de..., del convento.

ÉL. —¿Y tendríais algún inconveniente en aceptar una invitación a cenar?

Decididamente, el primo tonto de Nogent-le-Rotrou ha ganado mucho en edad y sabiduría. Julia y yo nos ponemos a aplaudir como dos colegialas el día del reparto de diplomas. ¿Cenar con él? ¡Aunque tengamos que pagarlo en especies, es estupendo! El «compromiso» del que habla nos permitirá descansar y arreglarnos para la cena en cuestión. ¡Y que la fiesta continúe!

Mientras nos peinamos, Julia me Interroga tímidamente acerca de este primo llovido del cielo, que le ha parecido muy canuto y atento. Vaya, vaya... ¡Así que muy atento! ¡Y es Dedo Diestro quien lo dice! Y quien casi me reprocha no haberle informado de que estamos en Las Odaliscas, donde él podría visitarnos (quiere decir «visitarme»), mientras que aquí...

—Pero, Julia, ya es bastante que se haya enterado de que su prima está en un burdel, o en un convento, como dicen los hombres bien educados. Si encima supiera en cuál, no me dejaría vivir.

Ella se lo dirá, estoy segura, y hará bien, desde su punto de vista, claro. Es una

suerte encontrar un cliente con pasta, y mucha más conservarlo. Y si aparece por la calle Saint-Augustin, no me moriré.

Cuando él regresa una hora más tarde, estamos dispuestas, y salimos del hotel Panoramas con la cabeza bien alta, colgadas de su brazo como buenas juerguistas que somos, bajo la mirada burlona de Arséne.

Ha encargado una cena para tres en el Café de Madrid, en un reservado. ¡Menudo lujo! ¡La cenita le va a costar como mínimo treinta francos! Treinta y treinta, sesenta. Por lo que se ve, a mi primo León no le duele gastar. Joder tampoco, pero eso es más habitual.

En la época en que hacía la calle, estuve dos veces cenando en un reservado, aunque no en el Café de Madrid. Ésta será, pues, la tercera; Julia, evidentemente, la primera. Para ser una jovencita criada de mala manera en un cuchitril de la Maube, se comporta bien. Juraría que apenas sabe leer y escribir, y lo poco que dice para responder a León, trivialidades sobre el ambiente y la animación del bulevar, no la compromete. En resumen, hace por instinto justo lo necesario —ni mucho ni muy poco— para ofrecerle la imagen de una pupila de vida fácil, pero discreta.

Yo aprovecho el paseo para agradecerle a mi primo su generosidad, e interrogarle con prudencia acerca de lo que se sabe y se piensa de mi desaparición en casa de los Crapart. Porque no olvido que fue una desdichada huerfanita confiada a sus cuidados, que un buen día se evaporó sin dejar señas, en algún lugar entre la estación de Montparnasse y la de Nogent-le-Rotrou. Mi primo lo recuerda porque en su casa se habló mucho del asunto, cosa nada extraña. Les contó la aventura a sus amigos estudiantes, lleno de admiración.

Su padre, menos inclinado a admirar, intentó durante algún tiempo averiguar qué había sido de mí, sin éxito, por supuesto; al final, acabó por hacerse a la idea de que llevaba mi propia vida, como una persona mayor. Hablando de él, León me informó en voz baja que haba muerto hacía dos años, víctima de una especie de cólera fulminante. Descanse en paz. Era un buen hombre.

Con el consentimiento de su madre, León dejó los estudios poco después, y el hijo único y querido de los Crapart se encontró de la noche a la mañana, según dice, dueño de «un poco de dinero». ¿Un poco? El primito me toma por idiota. Pondría la mano en el fuego a que ese «poco» se acerca a los cuatrocientos o quinientos mil francos. Conque los sesenta que vamos a costarle esta noche...

Una vez en el restaurante, mientras León va a hablar con el *maître* para confirmar que todo está preparado a su gusto, Julia y yo nos esforzamos por guardar la compostura entre los hombres de frac que están sentados a las mesas, y las mujeres que contonean las caderas entre las mesas, en busca de un sujeto que les ofrezca cena y tal vez cama donde pasar la noche. Hemos salido de Las Odaliscas con atuendo decente, pero sencillo, pues, según la norma, las mujeres de burdel no deben aprovechar el día libre para buscar fortuna por una noche. Así pues, desentonamos entre tanta elegancia; sin embargo, como somos más jóvenes y guapas que la mayoría

de ellas, despertamos el interés de los hombres.

Por fortuna, León regresa y nos guía hacia la escalera de caracol que conduce a los reservados. El nuestro nos estaba esperando. Una mesa redonda con tres cubiertos, un canapé adosado a la pared, un don Pedro detrás de un biombo chino, para las necesidades, y un mueble repleto de platos y botellas. El camarero enciende las velas y los calentaplatos, abre la botella de champán, llena las tres copas, se embolsa la propina y cierra la puerta tras de sí, todo ello con un sorprendente aire de enfado. León corre el pestillo, y estamos como en casa.

He hecho bien en llevar a Julia a comer al Café de París a mediodía. De este modo, no ha quedado tan sorprendida por el lujo del reservado, lo cual no le impide apretarse contra mí para susurrarme:

—¡Qué serio es todo aquí! ¡Ah, si mi madre me viera, abriría unos ojos como platos!

Le pellizco el brazo para hacerla callar, y nos sentamos una a cada lado de León, que presenta el extraño aspecto de un crío que se dispone a hacer una trastada.

—¡A vuestra salud, palomitas mías! —exclama, levantando su copa—. Bebamos, comamos y disfrutemos, pues la vida es breve y no sabemos ni qué día ni a qué hora se acabará.

Brindamos y bebemos sin preocuparnos por averiguar ni el día ni la hora. Julia coge su servilleta, plegada en forma de mitra, y se detiene, pasmada. Yo también: una bolsita de ante verde reposa en nuestros platos. Mi primo está más contento que un colegial al vernos petrificadas, con la boca abierta y mirada atónita.

—Abridlas —ordena—, abridlas.

Como Julia parece que se haya transformado en estatua de sal, él coge su bolsita, la abre y se la devuelve. Ella emite un «¡oh!» de estupefacción y rompe a llorar. Yo no, pero de todas formas... Son dos preciosos relojitos de oro para llevar colgados al cuello, con una cadena ornada de perlitas. Una joya como la que todas soñamos con poseer algún día. Ahora sé que mi primo puede permitírselo sin quedarse en la ruina, pero la cuestión es que puede haberse limitado a los treinta francos y la cena. Demasiado felices...

Llorando y riendo a la vez, Julia logra articular:

—¡Oh, Lulu, perdóname! Soy una tonta, te avergüenzo... Snif, snif... Déjame tu pañuelo... Pero, estoy tan emocionada... Buaaa, buaaa... ¡Oh, señor León, si usted supiera...!

Y se arroja en sus brazos, en los míos, se acerca el reloj a la oreja, le da cuerda, descifra con gran esfuerzo la hora, se seca los ojos y, poco a poco, se calma. A decir verdad, nosotros estamos tan emocionados como ella. ¿Por qué no? Yo tampoco he llevado nunca un reloj tan bonito, yo también he tenido una infancia sin grandes alegres, a mí también me gusta que me mimen. Y los tres somos todavía unos niños. Yo tengo veintitrés años, Julia apenas diecinueve, y León veintiséis o veintisiete. No somos niños de Jesús ni de María, eso no, pero, de todas formas, vivir del culo no es

impedimento para tener buen corazón, ¿no? Ni vivir de rentas tampoco.

Para poner fin a tales efusiones, que por otra parte no le desagradan, Léon nos recuerda que estamos allí para hacer honor a la cena. Las emociones agotan y dan sed. Una segunda copa de champán, pues, y un nuevo brindis, que ofrezco al más maravilloso de los primos y al hombre más galante de París, llamado Léon. No añado el apellido porque no quedaría bien. Él intuye que Julia no se atreverá a consultar la carta, y no se equivoca. Por eso se decide a leérsela en voz alta: consomé a la madrileña, fondos de alcachofa al *foie-gras*, sopa de cangrejos, medallones de langosta a la Marigny, estofado de capón con trufas y postre. Champán, café y licores.

En el reservado hace calor, ¡y no poco! ¡Y el consomé está cargadito de pimienta! Julia, con las mejillas encendidas, se quita la capelina de encaje de la que se siente tan Orgullosa y se desabrocha el corpiño. Léon, muy en su papel, extrae un pecho redondo y firme, cuyo pezón embadurna de *foie-gras* antes de regalarse con él. Ella deja escapar débiles gritos de rechazo, porque, en definitiva, no sabe hasta dónde se puede llegar en un reservado; y también de placer, hasta el punto que ella misma libera la otra teta para presentársela a mi primo.

Mientras tanto, yo me atraco tranquilamente de fondos de alcachofa, calculando que una cena tan opípara debe de acercarse más a los dos luises que a los treinta francos. ¡Bah! De padre avaro, hijo despilfarrador, y puesto que a mí me beneficia. — Acabo de servir una tercera copa de champán, cuando llaman discretamente a la puerta. Julia se pone la capelina a toda prisa y Léon descorre el pestillo. Es el camarero, con aspecto más fúnebre que antes, que viene a cerciorarse de que al señor no le falta nada, ya poner una vela bajo los calentaplatos y otra botella de champán al fresco. El tipo se sabe el truco: el cliente, harto, suelta dos francos más de propina para que no le molesten durante una hora. Y eso es lo que hace Léon.

Para una modistilla, cenar en un reservado es vivir un cuento de hadas. ¡Cenicienta hecha realidad! Él es estudiante, por decir algo. Ella es costurera, dependienta en una lencería o aparadora. Se conocieron en el Château-Rouge, La Closerie des Lilas, o un sitio por el estilo. Arthur le ha birlado dos luises a un anciano tío, a no ser que haya acudido a Mi Tía, en busca de la misma suma a cambio del reloj de bronce auténtico que es el orgullo de su buhardilla. Ella le ha robado horas al sueño, pensando cómo conseguir una falda coqueta y un corpiño bien escotado. Han hecho la reserva, ¡y que sea lo que Dios quiera!

No hay carroza. Toman el ómnibus para cruzar el Sena, lo cual es una buena ocasión para lucir la pantorrilla al subir a la imperial. Llegan al restaurante, suben la escalera fatal muy juntos, y helos aquí. El pestillo se corre y ellos se miran, él con aire pícaro, ella sonrojada y con los ojos brillantes. La continuación, todo el mundo la conoce. El Príncipe Azul no se conformará con un vals, y Cenicienta perderá en la aventura algo más (¿o menos?) que un zapato.

SI bien Julia no es una modistilla, tiene alma de tal, para lo bueno y para lo malo.

Desde luego, es consciente de su procedencia, La Maube, y de su condición, una mujercita de la vida. Menos de quince días en un burdel bastan para espabilar a una mujer, ¡así que cuatro años! Mañana se reincorporará al trabajo sin protestar, con su sonrisa habitual, porque no está sola en el mundo y su tribu no se alimenta de buenos sentimientos cuando la despensa está vacía. ¡Pero mañana será otro día!

De momento, ataca la sopa de cangrejos con las mejillas encendidas, suspira y pregunta:

—Lulu, ¿crees que puedo quitarme la capelina y el corpiño? Las sisas me aprietan, y estaría más cómoda. Además, en este restaurante hace mucho calor. ¿Puedo, señor León?

¡Diecinueve años! Si a esa edad no se tienen las tetas bonitas, no se tienen nunca. Las de Julia lo son. Una vez liberada del corpiño, se levanta para presentárselos con orgullo a León, que hunde en ellos la cabeza con frenesí. Yo también tengo calor, y mis pechos valen tanto como los suyos, pero no me siento con humor de hacerle la competencia. Un primo es un primo, un cliente es un cliente, y León nunca será esto último para mí. Si hemos jodido hace un rato, en el hotel Panoramas, ha sido en cierto modo en honor de los viejos tiempos, no por amor, pues tal sentimiento ya no existe entre nosotros, suponiendo que haya existido alguna vez.

Libre, pues, de la preocupación de saber en qué momento de la velada tendré que pasar de la mesa al canapé, hago honor a la primera. Bebo, como, devoro como si llevara tres días en ayunas, sin olvidar que todavía estamos en cuaresma. Prueba de ello es que dejo a un lado el estofado de capón en favor de los medallones de langosta, que son sublimes. Los tortolitos no se quedan mancos, como dicen en Maizy-le-Thou. También se atracan, pero sin método. Una cucharadita para Julia, otra para León, y que si ahora beso tu piquito untado de *foie-gras*, que si ahora chupo tu bigote embadurnado de mayonesa, que si manoseo por debajo del vestido, que si toqueteo por dentro del pantalón...

—¡Cómo pesa esta falda! —se queja Julia—. ¡Y qué estrechos son estos zapatos! Lulu, ¿tú crees que puedo...?

La camisola sigue a la falda hasta el respaldo del canapé, y ya tenemos a la jovencita en pantalón con abertura y medias, unas rojas un tanto llamativas. Le ha desabrochado la bragueta a León, sin atreverse aún a sacarle la minga; lo masturba amorosamente a través de la abertura del pantalón, sin atreverse aún a hacer que se lo quite. En resumen, mis tortolitos se representan uno a otro la comedia de «la modistilla y el estudiante magreándose en plan fino», ¡qué enternecedor! En realidad, hasta ahora León sólo ha degustado del chichi de Juila sus labios, y ella, por su parte, pese a haber sido abundantemente lamida, continúa con la mazmorra virgen desde esta mañana. Está más claro que el agua que se desean.

No siento celos, sino más bien como que estoy de más, y decido dejarlos solos aduciendo cualquier pretexto. Pero no, sería una estupidez. Olvidando la cuaresma, le he metido mano al estofado de capón, ¡y los pasteles son tan tentadores! Así pues, me

quedo, y, para permitirles que avancen en sus asuntos a solas, desaparezco discretamente tras el biombo. Con el champán siempre pasa lo mismo, te bebes una botella y, con todos los respetos, meas tres. Eso es lo que hago con gran voluptuosidad, y sin agacharme, porque, aunque estoy algo piripi, todavía me siento capaz de llenar el orinal sin echar nada fuera.

Pues bien, me he equivocado. Han caído casi dos copas enteras en el suelo. Y el ruido de cascada ha distraído a Julia de sus carantoñas de modistilla. Cuando me acerco a ellos con el don Pedro en la mano para que aprecien mi hazaña, ella exclama:

—¡Oh, yo también, yo también! ¿Puedo, Lulu? Pero delante de usted, no, señor León. ¡Quédese aquí, mal hombre!

—¡No, no! —protesta León—. No quiero quedarme solo. Quiero ayudara Julia.

Ciertamente no es ésa la idea que la chiquilla tenía de una cena en un reservado. Roja como un tomate, niega enérgicamente con la cabeza, pero yo, con la voz un tanto pastosa, digo:

—Si eso le causa placer, querida... Es una cosa natural... ¿No es cierto, primito? Y tú mismo irás a vaciar el don Pedro al cubo, para que Julia pueda aliviarse. ¡Vamos!

Mientras él desaparece, ayudo a levantarse a Julia, que se tambalea y se pregunta si debe fingir que llora de vergüenza, o reír complacida por lo que le está sucediendo. León, que ha aprovechado el encargo para aliviarse él también y ponerse cómodo, regresa con el orinal en la mano y la minga fuera del pantalón. Todo el mundo sabe que a los hombres les excita ver a una mujer haciendo sus necesidades en su presencia.

—Tenga o no abertura, ahora tienes que quitarte el pantalón —le digo a Julia—. ¡Mira como haces que se empalme el pobre León! ¡Vamos, primo, muévete! ¡Abajo el pantalón! ¡Al diablo el pantalón!

Esta pequeña guarra está encantadora, REALMENTE encantadora con sus medias de algodón rojo sujetas por encima de la rodilla con una ancha liga de encaje barata. Poco más o menos de mi talla, aunque menos mullida, con unas nalgas pequeñas y redondas bien separadas, la piel más rosada que la mía, una hermosa melena castaña recogida en un moño, un frondoso felpudo rizado en la base del vientre, bajo un precioso ombligo, unos pechos altos y firmes... En resumen, una imagen de intimidad todavía muy ingenua, pues Julia, intimidada por este decorado nuevo y este cliente que en realidad no lo es, permanece ante nosotros, semidesnuda, como una doncella virtuosa el día de su coronación.

—¿De verdad..., de verdad queréis que..., que haga mis necesidades delante de vosotros? —pregunta apretando los muslos.

LÉON y YO. —Sí, sí.

JULIA. —¡Pero no de pie!

LÉON y YO. —Sí, sí.

JULIA. —De acuerdo, pero con la condición de daros la espalda.

LÉON y YO. —No, no.

JULIA. —¡Pero es que voy a echarlo todo fuera!

YO. —NO, no. León te acercará el orinal y tú abrirás bien las piernas.

JULIA. —¡Ni hablar! ¡Lo verá todo!

LEON. —Eso espero. Y para verlo mejor, me pondré de rodillas, como debe hacer un hombre bien educado ante una chica tan hermosa como tú.

JULIA. —¿De rodillas, señor León? No, no quiero que haga eso. ¡Oh, da Igual, se me va a escapar! ¡Deprisa!

Cuando León, todavía en pie, le presenta el orinal, yo se lo quito de las manos y le obligo a deslizarse bajo los encantos naturales de Julia, situando los suyos a la altura del manantial. Hacer que una mujer caliente les rocíe el ciruelo, es un remedio radical contra la afonía. Todos los hombres deberían saberlo, pero León indudablemente lo ignora, pues replica:

—¡Juegas un poco fuerte, prima!

YO. —¿Ah, sí? ¡Vas a enterarte de lo que es bueno! ¡Y tú también, Julia!

ELLA (*Tan excitada como yo*). —¡Pero, Lulu, lo que pretendes obligarnos a hacer es una marranada! ¡Oh, sí! —añade con delectación—. ¡Es una verdadera guarrada!

LÉON (*débilmente*). —Si tú también lo quieres así...

JULIA (*que no puede aguantarse más*). —¡Oh, sí, sí que quiero! En tu rabo, querido León, en tu rabo. ¡Oh, me meo, me meo!

Para una mujer, las guarradas, cuando no son una cuestión de dinero, son una cuestión de humor. Si está de mala luna, alborotará todo el barrio porque su marido le ha dado una palmadita en el trasero e intenta acariciarla; será un milagro si no va corriendo a pedir el divorcio. Si tiene un día bueno, será ella quien pida palmadita y caricias; y si alborota el barrio, será suplicando a voz en grito: «¡Más, más, cariño! ¡Dame tu rabo!». El lunes rechazará con indignación tocar una minga; el martes se partirá las uñas intentando sacarla lo más rápido posible del pantalón.

A Julia ya mí, así como a las mujeres de la vida en general, nos sucede a la vez lo contrario y lo mismo. Lo contrario porque, en tanto que las marranadas figuran en el catálogo de la casa, con su precio correspondiente, las proponemos maquinalmente al cliente. Lo mismo porque no hay nadie más tiquismiquis que nosotras cuando no estamos de servicio. Las que tienen un hombre le proporcionan placeré incluso ternura, pero no de un modo diferente al de la pequeña burguesa enamorada de su marido. En cuanto a las solitarias, si no son del sindicato de la harina, gozan con uno u otro cliente, pero raramente con el más guarro.

Esta noche, en el Café de Madrid, Julia y León se hubieran conformado con una simple partida de billar, salpicada de mimos y zalamerías, con el casquete final de rigor. Sin embargo, yo estaba inspirada y, debo confesarlo, empezaba a aburrirme de oírlos ronronear. Por otra parte, en cuestión de marranadas, las hay mucho peores que

echar una meadita, sobre todo si se dispone de champán.

La gente de bien dice que un momento de vergüenza se olvida enseguida. Los dos enamorados olvidan la suya antes Incluso de que Julia acabe de hacer pipí. Ella es la primera en echarse a reír al ver que el chorro inunda mi mano y el Instrumento de León, que acaricio enérgicamente bajo el diluvio y que demuestra su satisfacción apuntando hacia el techo. Luego reanudamos la cena, y Juila, al fin aliviada, habla de refrescarse el joyero en el lavamanos que todavía no hemos utilizado.

—¡Oh, encantador, encantador! —exclama León—. Tú sostendrás el cuenco, ángel mío, y yo te lavaré. JULIA (*confusa*). —No, no, al revés.

YO (*con determinación*). —Ni lo uno ni lo otro, queridos. Estás ardiendo, Julia, y el agua del lavamanos está fría. Pillarías un resfriado.

JULIA y LÉON (*juntos*). —¡Es verdad! ¡Tienes razón! Pero..., entonces...

YO. —Te lavarás en la sopa de cangrejos. Queda bastante y todavía está templada. León te lavará a ti y tú le lavarás a él.

JULIA y LÉON (*juntos*). —¿Y tú, Lulu?

YO. —Ahora veréis.

Dicho y hecho. ¡Y en una sopera de plata! Los dos jóvenes se rocían de sopa riendo como críos, y yo me uno a ellos para salpicar la cotorrita de Julia y el glande de León, que comienzan inflamarse bajo mis dedos. ¡Y es que la sopa estaba cargadita de pimienta! Una vez el aseo terminado, León se deja caer en una silla y atrae a Julia hacia él. Ella protesta, aduciendo confusamente que mi presencia la incómoda.

YO. —Pues dame la espalda, tesoro.

LÉON. —Sí, cariño, ven a sentarte encima de tu León, que te adora. Lulu no te verá.

YO. —¡Oh, no será la primera que veo! Vamos, Julia, no hagas esperar a este desdichado.

Ella se acerca, se instala encima de él, lo estrecha entre sus brazos, y, como no se le ocurre ayudarle, lo hago yo por ella discretamente antes de volver a los pasteles. ¡Qué escena tan conmovedora! Da gusto ver a mis tortolitos haciendo el amor con tanto sentimiento..., ¡y tanto vigor!

JULIA (*abrazando a León hasta ahogarlo*). —¡Vamos, vamos, mi vida! ¡Oh, qué gusto!

LÉON (*con la nariz entre sus pechos*). —Ángel mio..., ¡te quiero!

JULIA (*respondiendo a las embestidas de su minga con frenéticas embestidas de culo*). —¿Me..., me querrás... si..., siempre?

¡Santo candor! Pongamos tres meses, y aún me parece mucho. Mientras tanto, yo no permanezco insensible a sus retozos, y para participar en ellos acaricio al mismo tiempo las nalgas de Julia y los cataplínes de mi primo.

JULIA (*pataleando con furia*). —¡Ah, León, cómo te siento! Sí, Lulu,

pellízcame... ¡Oh, mamaíta mía, qué gusto!

LEON (*menos lírico*). —¡Ah! Voy..., voy a hacerte gozar... ¡Oh, Julia, cómo me la aprietas!

JULIA (*que siente venir el orgasmo*). —No, espera... Un momento... Ya me viene... ¡Oh, sí! ¡Me muero de gusto!

LEON (*acelerando sus embestidas*). —¡Toma, ángel mío! ¡Toma! ¡Y aún hay más!

JULIA (*extasiada*). —¡Ah, mamaíta!

¡Mamaíta! ¡Se diría que no ha gozado nunca! Pero lo que le sucede está muy claro, pues esos gemidos no engañan nunca: la pequeña Dedo Diestro, gloria y orgullo de Las Odaliscas, se ha enamorado locamente de un cliente, cosa absolutamente prohibida, aunque el cliente sea un joven tan educado y apuesto como mi primo. Y si no intervengo, la mamaíta invocada corre el peligro de convertirse en abuela antes de final de año. Así pues, envío a Julia a lavarse dándole un par de sonoras palmadas en el culo, engullo tres pastelillos más, y me piro no sin antes decirles:

—Julia, no tengas prisa, yo hablaré con la *madame*. ¡Buenas noches, pichoncitos!

Viernes 6 de abril

Los días de descanso debemos regresar a las diez. Al llegar, pasamos a darle las buenas noches a la *madame* y a preguntarle si ya no nos necesita. Eso fue lo que hice anoche, además de explicarle que a Julia le había salido por casualidad un cliente muy correcto para pasar la noche, que repartiría las ganancias con ella, y que estaría de vuelta en Las Odaliscas mañana por la mañana sin falta para reincorporarse al servicio.

—¿Un cliente realmente serio, mi pequeña Lucienne? —pregunta inquieta la *madame*—. No se habrá dedicado a pendonear, ¿verdad?

La tranquilizo, y como el champán, la langosta y la sopa me han excitado y sería incapaz de dormirme antes del amanecer, le pido a mi vez autorización para quedarme hasta la una (apenas son las doce) en el salón con mis compañeras. Ella me da permiso, con la condición de que no intente birlarles ningún cliente. Luego vuelve a su gabinete.

En el salón están Irma y Rosa la Flor, echadas en el sofá. Me siento entre ellas, les doy un beso y les pregunto cómo va la noche.

—Muy tranquila, querida —suspira Irma, bostezando—. Apenas un cliente cada hora. ¡Ah, me iría más a gusto a la cama! ¿Y tú, Flor?

ROSA. —Yo no. Cuando tengo el turno de noche, me tomo un café bien cargado después de cenar y me mantiene despierta.

YO. —¿Me cedes el puesto, Irma? A mí me pasa lo mismo que a La Flor, no pegaré ojo hasta dentro de un buen rato.

Irma no corre detrás de unos francos de más. Dichosa de poder irse a dormir, nos da un beso y se despide, dejándome *L'Echo de París*, que compra todos los días para enterarse de los cotilleos y por la novela que publican a capítulos. Rosa, que apenas sabe leer, continúa haciendo solitarios.

—Estoy haciendo uno muy difícil —me informa—. Tengo que conseguir poner los cuatro reyes arriba. ¿Te das cuenta? Sale una vez de cada cien. —Y luego, contenta, añade—: Parece ser que Dedo Diestro ha encontrado una ganga, ¿no?

Le respondo sin dar demasiadas explicaciones. Ciertamente, La Flor es una buena chica sin malicia, pero la historia de mi primo y del enamoramiento de Julia sólo les concierne a ellos. Además, ¿una ganga? En todo caso algo más, o algo menos.

—Yo aprecio mucho a Julia —prosigue La Flor—. Las dos somos hijas de la miseria, igual que Mélie, mientras que Irma y tú, e incluso Fanny, habéis nacido en familias acomodadas donde no se pasaba hambre.

Conozco por encima la historia de Rosa. Su padre, un obrero honrado, era el encargado de una gran calderería situada en la calle Pelée, en la zona de la Bastilla. La pequeña —debe de tener unos quince años— iba a llevarle la comida y a veces también a buscarlo a la salida. Lo adoraba. El patrón se fijó en ella y, en un momento en que la familia se encontraba en apuros a causa de una deuda, le propuso a su padre contratarla para trabajar dos horas todas las noches limpiando las oficinas.

A su padre no acababa de convencerle el asunto, no tanto porque desconfiara del patrón, un buen hombre de unos cuarenta años que se portaba bien con los trabajadores, sino porque Rosa no estaría en casa. Sin embargo, un franco más al día, es decir, doce a la quincena, ayudarían a que la marmita continuara hirviendo. Así pues, aceptó.

Antes de un mes, sucedió lo que tenía que suceder. El patrón violó a Rosa y la envió con sus padres. Lo más grave era que la había dejado encinta. Su padre, furioso, quería ir a partirle la cara, pero eso no arreglaba nada. Al final, todo se arregló (excepto el bombo de Rosa) con un billete de quinientos francos, y la pequeña fue a dar a luz al campo, donde dejó al crío para que lo criaran. Seis meses después, la criatura murió. La Flor se peleó con sus viejos y se echó a la calle. Más tarde entró en La Gavilla de Heno y a continuación aquí.

Rosa ha terminado el solitario con los cuatro reyes arriba, y acaba de empezar otro llamado «La Morena y la Rubia», cuando llega un cliente. Sube y, diez minutos más tarde, mientras me encuentro sumergida en la lectura de *L'Echo de París* y en mis pensamientos, llega un segundo. Menos de treinta años, alto y fornido, ni guapo ni feo, aspecto de campesino que intenta pasar por parisiense. La *madame* le propone esperar hasta que bajen «otras damas», pero él me toma sin vacilar.

Me alegro, no por los cuatro francos de la chapa, ni por unos guantes con los que no cuento en vista de la facha del señor, sino simplemente porque, entre el champán, la sopa y las trufas, y sobre todo el espectáculo con que ha finalizado mi velada, me encuentro falta de afecto, por decirlo con palabras elegantes.

Subimos, recibo pese a todo un miserable franco de suplemento y, en cuanto empiezo a hacerle el lavado, me quedo sorprendida y extasiada por el magnífico paquete que exhibe. Sobre todo por los cojones, grandes y hermosos como los de un caballo. Después de aplicarle la loción obligatoria de sales de permanganato, más bien refrescantes que otra cosa, le enjabono el miembro con el agua templada del hervidor, cuya única función es la de hacer que se empalme más deprisa. Eso es, en efecto, lo que ocurre. Tras unos masajes con la mano, despliega entre mis dedos un instrumento notable en grosor y dureza. Admirada, exclamo como una boba:

—¡Dios mío, qué miembro más hermoso! ¿Todo esto es tuyo, cariño?

EL (*riendo*). —¿Y de quién quieres que sea? ¿Del sultán de Turquía?

YO. —Es que vas bien servido. Debes de dejar bien contentas a las mujeres, ¿eh?

ÉL (*empujándose hacia la cama*). —Ahora mismo lo vas a averiguar, mi pequeña...

YO (*sentada al borde de la pernicha y entreteniéndolo*). —Lucienne, cariño. Palabra que estás realmente bien dotado, querido...

ÉL (*todavía en pie*). —Polyte, preciosa. Vamos, basta de charla, vayamos al grano.

YO (*colocándose la almohada bajo la cabeza y en tono enérgico*). —Enseguida, enseguida, señor Polyte. Pero no vayas muy deprisa, cielo. Ni tú te lo pasarías mejor por ello, ni yo tampoco.

ÉL. —¡Ah! La señora necesita pasárselo bien, además de cobrar.

YO (*impaciente por degustarlo*). —¿Por qué no? ¿Te gusto así, Polyte mío? Si llevas las uñas bien cortas, te dejaré que me toquetees las tetas, e incluso que me lances algunos perdigones.

ÉL (*situándose a la entrada*). —Me parece muy bien. Pero no fingirás que te hago extasiarte, ¿verdad?

YO (*sin poder contenerme por más tiempo*). —Te lo prometo, cielo. Cuando empiece a rezumar ambrosía, verás que no te engaño.

Y nos metemos en faena. Le rodeo la cintura con las piernas, mientras él me sujeta por el talle y empieza a metérmela lentamente porque no me nota muy abierta, cosa que no tarda en suceder. Luego las embestidas adquieren más brío, y el placer comienza a invadirme. Me agarro los pechos, muevo la cabeza con violencia de izquierda a derecha, empujo la pelvis contra él, muerdo la almohada para no gritar demasiado pronto... ¡Pero no hay nada que hacer! Una primera convulsión me arranca unos gemidos capaces de despertar a toda la casa.

Él se corre un instante después, soltando dos copiosos chorros.

—¡Oh, me viene otra vez, me viene otra vez! —exclamo—. ¡Aaah, aaah, qué gusto! ¡Oh, qué gorda la tienes! ¡Aaah, aaah!

Me abandono, agotada, pero él no se redra. Debería liberarme a toda prisa e ir corriendo al bidet. Pero, por desgracia, cuando recupero el aliento él ya se ha puesto de nuevo en marcha y me llena otra vez la alcancía. Está bien, ¡que sea lo que Dios

quiera! Yo también me pongo a tono, y esta vez le atenazo el rabo con un cascanueces.

ÉL. —¡Ah, guarra mía! ¡Qué pellizco! ¡Oooh, oooh! ¡Toma! ¡Todo para ti! ¡Y aquí tienes más!

Creo que nunca había sentido a un hombre expulsar tanto a la vez. Cuando al fin (¿o ya?) la saca, encuentra la manera de lanzarme una última descarga a los pechos, como el carnicero le hace a La Normanda. ¡Uf! Ahora sí que me voy al bidet al galope.

Jueves 19 de abril

Ayer encontré a Éphraím muy melancólico y, si he de ser sincera, bastante extraño. Antes incluso de hacer el amor como de costumbre, es decir, como burgueses apresurados, me acosó a preguntas acerca de las razones que me habían impulsado —forzado, decía él— a prostituirme. No con malicia, no; simplemente como si se tratara de una cuestión de negocios. Y además, tratándome de usted, cosa que me obligó a responderle del mismo modo y ha llamarle muy educadamente «señor Éphraím».

¿Las razones? Me limité a darle las más triviales: una jovencita sin dote, sin oficio, poco inclinada hacia el matrimonio, por no decir nada, y todavía menos por los hábitos, bien necesita comer, ¿no?

—Perro, usted perrtenese a una buena familia, señorrita Chaurron. Usted recibió educación. Incluso su tío erra notario.

—Lo era, señor Éphraím, lo era. Murió hace ahora tres años.

—¿Y su padre? ¿Desaparresió un buen día, sin dejan dirresión? Sin embargo, tengo entendido que ocupaba un puesto importante.

¡Ay, ay, ay! La cosa se pone fea. No es que me avergüence de mi pobre papá, pero la caja de La Fourmi Française..., los dos mil francos robados...

—¡Oh, un puesto importante! ¡Lo justo para poder mantenernos, y gracias! Pero, veamos, señor Éphraím, ¿tanto le interesan mis pequeñas desgracias familiares? ¿Hasta el punto de hacerle olvidar por qué estoy aquí?

No, hasta ese punto evidentemente no. Me quito rápidamente el vestido, y él se decide a hacerme el amor honorablemente, con un poco de precipitación para mi gusto, pero con la suficiente consistencia como para proporcionarme un vago placer. Después de lo cual, y tras haber mordisqueado conmigo unas galletas polvorientas y bebido un culo de botella, empieza a atacar de nuevo con su tema preferido del día. ¿Por qué mi señor padre dejó «su puesto importante»? ¿Acaso le habían ofrecido otro?

—No lo sé muy bien, señor Ephraim. Yo tanta quince años, ¿sabe?, y todo aquello pasó tan deprisa.

Pasara como pasase, yo debería saberlo. Presionada, acabo por soltar la palabra fatal: ¡Panamá! Él se sobresalta y exclama:

—¡Aj, Panamá, Panamá! Tendría que habérlo supuesto. ¡Él también picó! ¡Ah, señorrita Chaurron, su padre fue muy imprudente! Lo de Panamá es un feo asunto. Bien, mi pequeña Lusienne, hasta el miérrcoles prrósimo. Sin falta, ¿eh?, sin falta. Y —concluye bruscamente, mientras me acompaña a la puerta— *olvide todo esto y perrdone mis tontas prreguntas.*

Si debo perdonárselas, ¿por qué me las ha hecho? ¡Mi padre, mi padre! ¡Panamá, Panamá! Me gusta que los fletes se interesen por mí, pero hay maneras y maneras.

Lunes 30 de abril

Las burguesas se pasan la vida en «reuniones» y tómbolas de caridad. En Las Odaliscas nos la pasamos en la mesa y la cama. En lo que a esta última se refiere, hay altibajos. En cuanto a la mesa, siempre es de primera, con comida abundante y bien preparada; sobre todo la cena, que se sirve a las cinco en punto porque la clientela es más nutrida a partir de las siete, y que preside el señor Amand en persona.

La comida es el anzuelo de todas las casas bien montadas. Una chiquilla que lleva una vida miserable —pongamos como Julia o Cléo—, llega a un establecimiento mendigando un puesto. Los patronos la acogen, le adelantan los quinientos o seiscientos francos necesarios para «adecentarse», le proporcionan un camisón de surá y unos escarpines que no valen menos de cien francos, y ya la tienen endeudada durante una buena temporada. A cambio, desde el primer día COME. Come hasta saciarse tal vez por primera vez en su vida, y cosas cuya existencia ni siquiera conocía. La cuestión de la deuda... De momento, come.

Hoy, por ejemplo, después del bogavante con legumbres y antes de los pollos tomateros, la cocinera nos ha ofrecido espárragos, los primeros del año. Unos hermosos ejemplares, enormes y tiernos, que han llegado a la mesa en una bandeja redonda perforada, acompañados de una salsa bechamel. El señor sirve los platos y empezamos a comer en silencio. Mélie y Julia apenas los tocan: no están acostumbradas; las normandas y yo, de forma razonable; Cléo y Rosa se los liquidan en un santiamén y tienden otra vez el plato.

—¡Señoras, qué voracidad! —exclama el señor—. Si se comportaran en la cama igual que en la mesa —añade en tono jocoso, pues las dos son buenas trabajadoras—, ya serán ricas.

Una vez Cléo y Rosa servidas, son las normandas quienes piden otra ración. Mientras llena los platos, el señor comenta:

—¡Estos espárragos tienen éxito! ¡Vaya saque! ¿No les desagrada comer tanto de golpe?

—¡Oh, señor! —replica Rosa, con la salsa resbalando por las comisuras de su

boca—. Si nos desagradaran los espárragos, ¿qué haríamos en su casa?

—Buena respuesta —corroboró Cléo.

El señor se ríe de buen grado y nosotras también, pero la *madame* suelta en tono cortante:

—Rosa, tres francos de multa. Y Cléo dos. No me gustan las bromas fuera de lugar, lo saben de sobra. Y éstas no pueden estarlo más.

Bajamos la mirada hacia los platos, y la cena prosigue sin más incidentes, e incluso con buen humor, hasta el momento de los postres. Entonces, el señor golpea su vaso con la hoja del cuchillo para pedir silencio, se levanta y declara:

—Señoras, debo comunicarles una triste noticia. Esther se marcha...

—¡Oh, patrón! —exclama atolondradamente Mimi—. ¡Se le ha hecho un poco tarde para gastar inocentadas!

—Señora Mimi, dos francos de multa —sentencia la *madame*—. El señor Armand, a quien llamar «patrón» me parece una osadía por su parte, no es un hombre aficionado a gastar inocentadas, como usted dice.

—*En efecto* —prosigue el señor—. La señorita Esther nos deja.

Yo (*entre dientes*). —Más bien es una buena noticia...

LA MADAME (*intratable*). —Lucienne, la he oído. Por esta vez, pase, pero que no se vuelva a repetir.

Pues sí, Esther se va. Y nada menos que con mi americano, el que quería embarcarme para Chinchinati. ¡Dios sabe con qué la habrá deslumbrado para que se decida! Dólares a porrillo y un porvenir de ensueño. Si todo va bien, acabará siendo patrona de un burdel a la otra orilla del océano; si no, puta de a pie, como aquí. Sea como fuere, le deseo toda la prosperidad del mundo.

Nueve

*¡Sí, es vergonzoso! ¡Sí, tenéis razón! ¡Sí, soy la más vil de las mujeres!
Pero el arrepentimiento lo borra todo, y, además, no debo ocultároslo por más
tiempo: sólo he pecado de imprudencia.*

G. Courteline, *Un mois de prison*.

Martes 1 de mayo

¡Es el mes de María, es el mes más hermoso! Todo crece, todo reverdece, todo gorjea, todo brota y todo bulle por doquier. Las parisienses como Cléo, Fanny o Julia no lamentan permanecer encerradas durante esta deliciosa estación; en comparación con los barrios y los cuchitriles donde han pasado su infancia, la calle Saint-Augustin es una maravilla y Las Odaliscas un palacio. Las mujeres de campo, en especial las dos normandas, no se sienten tan felices: echan de menos el aire libre. Yo soy mitad carne y mitad pescado, mitad de ciudad y mitad de campo, y me adapto al tiempo que hace, siempre y cuando no sea ni demasiado frío ni demasiado caluroso.

También me adapto a los hombres. Sol, lluvia, nubes, claros... Querida amiga, eso es la vida. Los últimos días de abril no ha sido precisamente espléndido: pocos fletes, y más bien pesados. Según el señor Armand, que se las sabe todas, es por culpa de los alquileres, que se pagan el 15 de abril, y de los obreros, que atemorizan a los burgueses cuando se acerca el 1 de mayo.

Mi profesor de latín, que no es ni obrero ni realmente un burgués, vino a verme ayer con un ramillete de lirios en la mano. ¡No se puede ser más galante! Continúa chupándome Igual de bien, e incluso creo que cada vez mejor. Él me explicó que ello se debe a que *cuando la edad, con su fogosidad, ha derretido el hielo*, lamer se convierte en el último placer de los viejos, del mismo modo que suele ser el primer placer de las chiquillas.

—No sólo de ellas, cariño —le respondí—. Por lo que cuentan, la emperatriz

Eugenia lo experimentaba con todos los hombres de la Corte. Y nosotras, en el burdel, ¿qué? A mis amigas no se lo digo, pero la verdad es que nenes una lengua maravillosa.

EL (*halagado*). —A su disposición, querida. ¿Otra ración?

YO. —No, gracias. A ti, esto no te cansa, claro. Pero a mí, dos veces, una detrás de otra...

Por cierto, Julia me tiene preocupada. Desde nuestra aventura con mi primo León, está distraída, desganada. Suspira cada dos por tres, no se ocupa como es debido de los clientes, e Incluso la he oído llorar en el dormitorio, donde sólo nos separa una cortina. No se trata del desastre habitual, ya que la semana pasada tomó el descanso a que tenemos derecho cada veintiocho días para celebrar la llegada de los pintores. De momento, no se trata de eso, pero es algo que podría sucederle, porque sé que se han visto de vez en cuando fuera de Las Odaliscas, y, en consecuencia, sin que ella se vea obligada a tomar las precauciones de costumbre. Y contar con León para que piense en ello, es como contar con un caniche para que vigile un rebaño de cabras.

La obligaría a confesarlo todo, pero no aquí, donde jamás estamos solas cinco minutos. Así pues, hace un momento la he llevado a un rincón para invitarla a comer algo conmigo el jueves. Sólo dispondremos de una hora escasa, pues la *madame* no le concederá más tiempo y yo quiero reservarme la tarde.

Jueves 3 de mayo

Para ser mi día libre, he quedado bien servida. No he hecho más que solucionar un asunto tras otro de prisa y corriendo, ¡y menudos asuntos! Para empezar, he decidido comprarme vestidos y sombreros nuevos, porque hace buen tiempo, porque no tengo nada que ponerme y porque, pensando en la tarde, quería algo que me hiciera tener aspecto de «dama», y no de mujercita. He acabado por encontrar un conjunto de mi agrado en los grandes almacenes La Samaritana, donde todo el mundo sabe que se encuentra de todo. De allí, he vuelto a la calle Saint-Augustin a cambiarme, a que me rizaran el pelo, ya recogerá Julia, con la que he comido apresuradamente.

Está enamorada, evidentemente. En el café al que la he llevado, me jura que él también, que ha sido un flechazo...

YO (*con calma*). —Un capricho, querida, un simple capricho.

Ella se arroja en mis brazos sin preocuparse de la gente que nos rodea y exclama: —Pero, Lulu, ¡nos amamos, nos amamos! ¿No lo entiendes?

YO (*sin perder la calma*). —Quien siembra viento, recoge tempestades.

Cuando logra controlarse, consiente en explicarme más detalladamente su aventura. La noche en que los dejé, a ellos y a su lubricidad, hace tres semanas, León la llevó a acabar la noche en su piso, en la calle Montmartre. Ella durmió entre sus brazos hasta media mañana, y metiendo cucharada cada dos horas, por lo que me

parece entender, ya que Julia es en cierto modo muy púdica. No diría que sólo abre la boca para alojar mingas, pero algo hay de eso. Le Intimidan las conversaciones de salón (el del burdel, por supuesto) entre Irma y Cléo, por ejemplo, que llaman conejo al conejo, y rabo al rabo. Ignoro lo que sucede con los fletes, a los que a veces es preciso decir las cosas sin rodeos, pero no creo que haga más de lo Imprescindible. Las hijas de obreros suelen ser así, más reservadas que las burguesas como Irma o yo misma.

El resultado de todo ello fue que llegó a Las Odaliscas con una hora de retraso y que le cayeron cinco francos de multa. De eso me acuerdo porque, aquel día, la *madame* descargó parte de su cólera sobre mí.

Para volver a verse, la solución era sencilla. Léon entró a formar parte de los clientes de Julia en la ciudad, pagó el precio, y la solicitó dos o tres veces a la semana para pasar la tarde, y de vez en cuando para una dormida. Como tiene otros clientes en la ciudad y se cuidó mucho de decirme una palabra de éste, yo no sospeché nada. Además, tenía mis propias preocupaciones.

Al cabo de quince días, no podían pasar el uno sin el otro. Para el folleto, naturalmente; y sobre todo, cosa que creo de buen grado, para arrullarse con tranquilidad. Yo no soy sentimental, pero comprendo muy bien que otros lo sean.

Lo malo de los sentimientos es que son un lujo que sólo pueden permitirse las mujeres decentes. A medida que su pasión crecía, Julia perdía el interés por el trabajo. Los fletes la agotaban, la crispaban, y muy pronto empezó a despacharlos de cualquier manera. La *madame*, que tiene un ojo clínico para detectar los fallos de sus Internas, no tardó en darse cuenta de los de Julia, y el propio señor Intervino para leerle la cartilla.

Y en ese punto estamos.

—Tienes que rehacerte, Julia —le digo—. Si sólo dependiera de ti, te diría que llevaras la vida que quisieras, con Léon o con cualquier otro. Pero están tu madre y tus hermanos. ¿Te has parado a pensarlo?

Esta vez he abierto la esclusa que contenía las lágrimas. ¡Oh, sí, sí! Ha pensado y piensa sin cesar en ello. Pero todavía piensa con más frecuencia en Léon, ésa es su desgracia.

—¿Sabes, Lucienne? Incluso he aprendido a descifrar la hora en el precioso reloj que me regaló para que esté contento. No me equivoco casi nunca. ¡Mira, ya verás!

Se saca el relojito del corpiño, le da vueltas amorosamente entre los dedos, escucha el tic-tac, se concentra, y me anuncia con orgullo:

—Las dos y cuarto, ¿verdad?

Resulta a la vez enternecedora y descorazonadora. A ese paso, no le doy ni un mes más de permanencia en Las Odaliscas. Los patrones aprovecharán la primera ocasión para pasársela a un colega de provincias, lo más lejos posible de París, a fin de que comprenda su error y, seis meses más tarde, vuelva a comer de su mano. La ley no lo permite, y ellos lo saben; pero también conocen los medios de lograrlo.

Quejas de clientes, multas dos veces al día, algunos correazos bien administrados una vez a la semana, y ella misma será quien desee irse. Aún gracias si...

YO (*con brusquedad*). —Dime, Julia, ¿tu enamorado toma precauciones? ¿Y tú?

ELLA (*con la mirada gacha*). —Sííí... A escondidas, porque a él no le gusta que lo haga. De pronto, estallo:

—¡Los dos estáis locos de atar! ¡No le gusta! ¡No le gusta! ¿Y le gustaría dejarte embarazada? ¿Le gustará endosarte un mocoso, eh? ¿Os ves con un crío? Bueno, tú, porque él se quitará de en medio enseguida.

Aparentemente, no ha pensado en ello. Yo no estoy aquí para darle lecciones de moral, sólo faltaría eso, sino para ayudarla. Y el tiempo apremia, porque mi cita es a las tres.

—Escúchame bien, Julia —le digo—. ¿Me escuchas?

ELLA (*al fin seria*). —Sí, Lulu. Juro por mi madre que haré todo lo que me digas.

—Bien, pues, para empezar, empezarás a tomarte tu trabajo en serio. Se acabaron los malos humores, las multas y el estar pensando en las musarañas. ¿Me lo prometes?

—Sí, Lulu. Te quiero mucho, ¿sabes? Casi tanto como a él.

YO. —Vale, vale. ¿Cuándo le verás? Supongo que pasado mañana, aprovechando tu día libre. ¿Sí? Pues hablarás con él de mujer a hombre. Le dirás que debe elegir entre no volverá verte...

ELLA (*sobresaltada*). —¡Oh, no, Lulu! ¡Eso es Imposible!

—Entre no volver a verte o proporcionarte una posición. Tiene los medios para hacerlo, no te preocupes. Proporcionarte una posición significa sacarte de las Odaliscas, alquilar un piso agradable a tu nombre, amueblarlo, pagar tres años de alquiler y hacerte propietaria ante notarlo de una pequeña renta. ¿Me oyes bien? Ante notario. Por lo menos tres mil francos al año, para que puedas permitirte tener una doncella.

JULIA (*espantada*). —¡Pero, Lulu, ni lo sueñes! El alquiler, los muebles, la renta, la doncella... ¡No aceptará jamás!

YO. —Pues claro que aceptará. Y aparte de eso, te vestirá. Vamos, Julia, reflexiona un poco. Eres joven, bonita, nada tonta, haces bien el amor y lo adoras. Y va a tener todo eso para él solo a cambio de dos billetes de cien francos al mes, que es como decir a cambio de casi nada. Porque, no sé si lo sabrás, pero tu enamorado es rico.

JULIA (*pensativa*). —Por encima de todo, es guapo.

YO. —La belleza no se come en ensalada, querida. Ya sé, haremos otra cosa mejor. Dame una semana de plazo, y yo misma iré a hablar con Léon. Después de todo, es mi primo, y tú eres como mi hermana pequeña. Mientras tanto, ya puedes empezar a moverte. Tú vuelve al redil, que yo tengo que acudir a mi cita de las tres. Una cita importante, Julia.

¿Importante? No creía haber hablado con tanta propiedad. Al salir, las piernas me

temblaban y los oídos me zumbaban, hasta el punto que, al cruzar la calle del Louvre, donde tenía la cita, no veo venir un carruaje cuyo caballo me roza. El cochero lo detiene bruscamente, empieza a insultarme, y el pasajero asoma la cabeza por la portezuela.

—¡Señorita Lucienne!

—¡Señor André! ¡Oh, señor André!

¡Es él, la vista no me engaña, es mi hermoso recuerdo! Como estamos entorpeciendo la circulación, me hace subir con presteza y sentarme a su lado. Yo me arrojo en sus brazos, sollozando sonoramente.

—¡Oh, señor! Si usted supiera...

Él se saca un pañuelo del bolsillo, me enjuga las lágrimas, me abraza y me pregunta:

—¿Si yo supiera qué, Lucienne?

Más calmada, renuncio a contárselo. ¡Está todavía tan confuso en mi mente! Además, no tendrá tiempo de escucharme: viene de su taller en la torre Eiffel, le esperan en el del Sacré-Coeur, y me dejará ante la Bolsa, que le coge de paso.

—Señor André, deme al menos una dirección donde pueda ir a verle sin importunarlo.

—Una visita suya jamás me importunará, ángel mío. ¿Se trata de algo muy urgente?

YO (*acurrucada en sus brazos*). —Bastante, sí. Tranquilícese, no se trata más que de pedirle un consejo.

ÉL. —Eso no me tranquiliza. ¿Un consejo? ¿Nada más?

Le tiendo los labios, recupero el aliento y murmuro:

—Empezaremos por el consejo.

En vista de que el vehículo se ha detenido detrás del edificio de la Bolsa, en espera de sus instrucciones, garrapatea unas palabras en una hoja de su cuadernillo de notas, la arranca y me la tiende.

—Estoy aquí todas las tardes, a partir de las cinco. ¿Hasta pronto, querida..., querida mía?

—Hasta muy pronto, tesoro..., tesoro mío.

Domingo 13 de mayo

¡Ya está! Mañana, lunes, me voy de Las Odaliscas, una casa de prestigio situada en la calle Saint-Augustin, que continuará atendiendo sin mí, de diez de la mañana a dos de la madrugada, a señores solitarios en busca de un rato de placer.

Según mi cuaderno, ingresé el 24 de septiembre del año pasado, un lunes. Ya es la segunda vez que cuento los días que he pasado en este apreciado internado. Veamos, una vez más: treinta y dos, no treinta y tres semanas, multiplicadas por siete, siete

veces tres y me llevo dos..., que hacen un total de doscientos treinta y un días. Por lo tanto, han sido doscientos treinta y un días prestando mi boca, mi hendidura o mi arete..., ¿a cuántos hombres? Como mínimo a un millar largo, algunos de los cuales me dejaron agradables recuerdos, y los demás, a falta de algo mejor, recuerdos contantes y sonantes.

Hace un momento he pasado cuentas por última vez con la *madame*. No tengo nada que objetar, aparte de que me ha reembolsado a un precio irrisorio mi uniforme de trabajo, que incluye batas, camisones, medias y babuchas, las cuales, según afirma, no podrá aprovechar para mi sucesora. ¡Y un cuerno!

Después de un buen lavado, la nueva comprará por cien francos, igual que hice yo al llegar, pingos que deben de haber pasada ya por lo menos por cinco mujeres.

—Así pues, mi pequeña Lucienne —me ha dicho la *madame* al entregarme el saldo de mi cuenta, exactamente ciento noventa y nueve francos y ochenta y cinco céntimos—, parece ser que la decisión es Irrevocable. ¿Está completamente decidida a dejarnos? Espero que sintiéndolo mucho. En cualquier caso, nosotros sí lo sentimos, hija mía. Esta mañana, el señor Armand me comentaba todas las satisfacciones que usted nos ha proporcionado durante estos cortos meses. —Y luego, súbitamente suspicaz, ha añadido—: ¿No nos dejará para irse a la competencia? Esas cosas no se hacen.

YO (*claramente*). —No, señora. Le doy mi palabra.

ELLA (*insidiosa*). —Entonces, ¿piensa instalarse por su cuenta? ¡Ah! Es usted incorregible, como tantas otras que he visto salir de una buena casa por cabezonería, para solicitar seis meses después, con la cabeza gacha, ser readmitidas.

YO (*menos tajante*). —Tampoco, señora.

ELLA (*curiosa*). —Entonces..., ¿una boda?

YO (*harta*). —No, no, tampoco, señora.

Podría y debería contestarle que eso sólo me concierne a mí. Sin embargo, me divierte verla dar vueltas y más vueltas alrededor del asunto, sin lograr sonsacarme ni una palabra. Redactará un breve informe para los guripas, por supuesto, en el que hará constar que la señorita Chauron, Lucienne, mayor de edad, ha dejado por propia voluntad, el 14 de mayo, la casa de citas llamada Las Odaliscas, sin dejar deudas ni causar problemas. Y la policía pondrá un signo de interrogación en la casilla: Causa de la marcha.

Me cuidaré mucho de decir esa famosa «causa de la marcha», ni a ella ni a los guripas. No creerían una sola palabra. Incluso a mí todavía me cuesta creerlo.

Fui a casa del señor Ephraim el último miércoles de abril, el 25, tal como me había indicado la semana anterior. Su gran apartamento me pareció más desordenado aún que de costumbre, y él abatido y nervioso al mismo tiempo. Me acosó de nuevo a preguntas acerca de mi padre y del canal de Panamá, pero con suma amabilidad. También, a su manera, se mostró más tierno. Al despedirnos, no concertamos ninguna cita para el miércoles siguiente, que sería el 2 de mayo.

Ese día, hacia las seis, la *madame* me hizo una seña para que fuera a su gabinete y me entregó un telegrama a su nombre, al que le eché un simple vistazo.

—Tome, pequeña —me dijo—, es del señor Ephraim. Pide que pase usted por su casa lo antes posible. No la entretendrá mucho tiempo. Suba a vestirse y tome un coche a su cargo. Son las seis y media, tendría que estar de vuelta dentro de una hora.

«¡Vaya! ¡Lo que faltaba! —me digo mientras me pongo el vestido—. Otra sesión de Panamá adobada de caricias. ¡Ah, maldito oficio! En fin, ganaré un paseo y diez francos».

Monto en un carruaje, llego a la Plaza Victoires y subo a su casa. Enseguida me hace pasar a su despacho o biblioteca, no sé muy bien, se sienta junto a mí, me da un beso en la mejilla, me toquetea los dedos (su manía) y comunica:

—Mi pequeña Lusienne, tengo que pedirle un enorme favorr.

—¿Un favor, señor Ephraim? Puede usted contar conmigo. ¿De qué se trata?

El hombre se levanta, se dirige a su escritorio y regresa con un gran sobre de papel marrón claro, que me tiende. Está sellado por detrás con cera roja, y lleva escrita una dirección que el señor Ephraim me obliga a leer: Señor Ausséque, notar lo, calle del Louvre, 28.

YO. —¿Guarda relación con este sobre, señor?

—Sí, señorrita, guarda relación con este sobre. ¿Puede tomarse el día libre mañana?

—Desde luego. El jueves es mi día de descanso, lo sabes muy bien, cariño.

¡Ay! ¡La he pifiado! El cariño no le ha gustado.

—Señorrita Caurron, estamos hablando de negocios. Aquí no hay ningún cariño. Entonses, mañana me harrá el favor de ir sin falta a casa del señor Ausséque. A las tres en punto. Ya le he avisado, la estarrá esperrando.

Reflexiono un instante y le pregunto, preocupada por el sobre que me ha entregado:

—Y si no está, señor Ephraim, ¿debo dejárselo al portero?

—ESTARRA, señorrita Lusienne. La harrá pasara su despacho, usted le entregarrá el sobre, y él lo abrrirá en su prresencia.

—¿En mi presencia? ¿Es imprescindible?

—IMPRESSINDIBLE, señorrita Lusienne.

Brrr... Me siento a la vez inquieta y llena de curiosidad, ante la perspectiva de encontrarme mañana ante un notario. Con el de Nogent-le-Rotrou ya tuve bastante. Si se trata de asuntos de familia, ¿qué pinta aquí Ephraim? Y si se trata de los suyos, ¿por qué es preciso que el señor Ausséque abra el sobre en mi presencia?

—Ahorra debemos separarnos, mi pequeña Lusienne. Yo..., yo me marrcho mañana, muy temprano, a hacer un maje de varios días. Por eso le he pedido este favor. No le hable de este sobre a nadie, ni se lo confíe a nadie que no sea el señor Ausséque en perrsona.

Cuando me dispongo a salir, con el sobre doblado bajo el corpiño, me agarra entre

sus brazos, me abraza, me besa con furor y dice:

—Ahorra, adiós, señorita. Adiós y buena suerte. Podría ser mi hija, ¿no es sienta?

El señor Ausséque, en contra de lo que cabía esperar, es un hombrecillo barrigón y locuaz. Me hace pasar inmediatamente a su despacho y sentarme frente a él en un sillón polvoriento, y me pregunta sin más preámbulos:

—¿Es usted Lucienne Chauron, nacida el..., el...? Verá, señorita —prosigue—, sin duda más adelante tendré que pedirle una partida de nacimiento. De momento, nos conformaremos con la fecha.

Intimidada, se la digo en un susurro, al tiempo que saco de mi bolso el sobre y se lo entrego.

—Sí, ya sé, ya sé, señorita. Nos ocuparemos de eso dentro de un momento. Nacida el..., en... París, ¿no? En el distrito IX. Hija de... y de... ¿Su mamá murió? Entonces, y de..., fallecida.

Respondo lo mejor que puedo, sin dejar de preguntarme el motivo de tantas preguntas e indagaciones simplemente para entregar un sobre. Como si me hubiera leído el pensamiento, el hombre me explica:

—A ver si nos entendemos, señorita. Mi cliente, el señor Siebenberg, le ha encargado que me entregue personalmente este sobre. Usted lo hace con una puntualidad que le honra. Por consiguiente, en mi calidad de notario, le daré un recibo, una especie de resguardo, que tal vez pueda entregar a su vez..., llegado el caso..., al señor Siebenberg.

¡Guau! La cabeza me da vueltas. ¿Quiere mi dirección? Desde luego, no le daré la de Las Odaliscas. La de Dodolphe servirá.

—Domiciliada en casa del señor Adolphe Bougrot..., g, r, o, t..., artista pintor..., calle..., número... ¿Sexto piso?

—No, señor. Planta baja, en su taller.

No me extiendo. Muy pronto me doy cuenta de que Ephraim le ha puesto al corriente de muchas cosas sobre mí. A la pregunta: ¿Profesión, señorita?, responde él mismo con una sonrisa pícara.

—Artista lírica. Y, por cierto, encantadora. Sí, sí, encantadora. El hecho de ser notario..., ya sabe...

YO (*más relajada y con una amplia sonrisa*). —No le hace a uno ser menos hombre, ¿verdad?

—«El abajo firmante Ephraím Siebenberg, corredor de Bolsa, blablablá, blablablá...»

En resumen, y para decirlo todo de golpe, Ephraim me nombra en cierto modo su heredera. Al menos, la heredera del contenido del sobre, para agradecerme —dice en el escrito—, la comprensión y el afecto que constantemente le he manifestado. ¡Fin del pregón!

Estoy aturdida. ¿Comprensión? ¿Amabilidad? Pero si no hacía más que cumplir

con mi trabajo, y además me pagaba por ello. ¡No me debía otra cosa que mis diez francos de guantes!

El señor Ausséque respeta mi silencio. Ha extendido ante él los papeles que contenía el sobre, los estudia, garrapatea unas notas en un cuaderno, y finalmente me pregunta, exhalando un profundo suspiro:

—Sin duda deseará conocer, aunque sea aproximadamente, el importe de los valores, títulos, inscripciones y obligaciones que voy a entregarle en nombre del señor Siebenberg.

Yo respondo, farfullando:

—Sí, sin duda, señor. Todo esto es tan imprevisto, tan...

—Es un afortunado imprevisto, señorita. En esencia, la donación que le hace mi cliente consiste en una inscripción de renta a cargo del Estado de cuatro mil francos al año. Ciertamente, no es una fortuna, pero una joven juiciosa, como no dudo que usted lo es, puede labrarse con ello una posición independiente, es decir..., hum..., no tener que seguir dependiendo de nadie.

YO (*con presteza*). —He comprendido, señor, he comprendido.

ÉL. —Bien, prosigo. Tal como se cotiza actualmente la renta, dicha inscripción produciría un capital de noventa mil francos, a los cuales es preciso añadir alrededor de diez mil francos en valores diversos (me los muestra rápidamente), que hoy producen unos quinientos francos de intereses suplementarios. Se lo repito una vez más, señorita Chauron, es mucho o poco según el uso que decida hacer de ello.

YO. —El uso, señor, el uso... Por el momento, no tengo ni la más remota idea.

¿Cómo iba a saberlo? Hace cinco años que vivo al día, como un pájaro en una rama, con la única seguridad de poder comer todos los días y dormir todas las noches en una cama, a cambio de algunas caricias. Soy una jovencita sin familia como centenares de parisienses de mi edad, todas desuñadas, cuando rechazamos el matrimonio y la costura, a vivir de nuestros encantos, como suele decirse. Lo que me angustia es más bien la idea de tener que cambiar de existencia. Aunque, a decir verdad, nada me obliga a hacerlo.

En vista de que permanezco en silencio, el notario carraspea y precisa:

—No hace falta que tome una decisión apresurada, señorita. La misión que el señor Siebenberg me ha encargado finalizará en cuanto usted tenga la bondad de firmar el recibo de estos valores.

Es demasiado pronto, es demasiado apresurado, ¡es demasiado todo! Por más vueltas que se le dé, cien mil francos es una suma que da vértigo. Por lo menos, a mí. De repente me asalta el recuerdo de un fragmento de conversación que oí en casa, en boca de mis padres. Yo tenía catorce años, mamá ya estaba muy enferma, y ellos habían decidido gastarse su dote, la intocable dote de los burgueses, para que mamá nos viera felices durante unas semanas, antes de abandonarnos. Una dote de cien mil francos que era toda su fortuna. ¿Por qué inverosímil vericuerdo vuelve hoy a mí?

Un interminable silencio... El señor Ausséque debe de tomarme por una tonta de

remate. Sin embargo, se limita a carraspear de nuevo y a sugerir cortésmente:

—Créame que comprendo perfectamente cómo se siente, señorita. Vamos a ver, hablemos como amigos. Puesto que usted no tiene ningún proyecto inmediato, estos valores (los introduce en un gran sobre nuevo) no le son de momento de ninguna utilidad, ¿verdad?

—De ninguna, señor.

—Y usted no sabría dónde guardarlos, ¿me equivoco?

YO (*sonriendo al fin*). —Tal vez debajo del colchón.

ÉL (*también sonriendo*). —Al día siguiente ya no estarían allí. ¿Ve algún inconveniente en confiármelos, y en convertirse de ese modo en la más bonita de mis clientes? Ni que decir tiene —añade—, que si a partir de ahora necesita algún dinero, estaré encantado en...

No, no. De momento, no es dinero lo que necesito, sino calma. Quedamos, pues, en que los papelotes permanecerán en su caja fuerte, en espera de que yo tome una decisión. Al levantarme para despedirme, le digo:

—Sólo que resta darle las gracias, señor. Y sobre todo, ir a dárselas al señor Ephraim en cuanto regrese de su viaje. Él me acompaña y, en el umbral de la puerta, replica:

—Sería una diligencia inútil, señorita. No volverá a ver al señor Siebenberg.

En efecto, nunca le he vuelto a ver. Ni yo, ni nadie que yo conozca. Unos dicen que huyó a Bélgica, y de allí a Alemania; otros, que se disparó un tiro en la sien.

Él había sido, en buena parte, responsable del desastre del canal de Panamá. La causa de que lo hubiera encontrado tan inquieto durante los últimos tiempos, era que ya estaba perseguido por la justicia, y a punto de ser detenido y conducido ante los tribunales. Si me hubiese preocupado, habría podido enterarme de ello o intuirlo. Sin embargo, Siebenberg... Yo lo conocía por Éphraïm, un cliente de cama entre muchos otros, ni peor ni mejor que los demás. En definitiva, más bien mejor. Tal vez esté muerto, o tal vez haya hecho fortuna de nuevo bajo cielos más clementes; sea como fuere, la cuestión es que, antes de desaparecer, quiso reparar una parte del mal que pensaba haberme hecho, ¡oh, muy indirectamente!, al impulsar a papá a meter mano en la caja de La Fourmi Française, para rehacerse de las pérdidas causadas por el canal de Panamá.

Se puede esperar cualquier cosa de un banquero. Incluso gestos como éste.

Jueves 31 de mayo

Bien, todo está en orden y ya empiezo a aburrirme. Todo está en orden. Tal como le había prometido a Julia, fui a ver a Léon unos días antes de dejar Las Odaliscas, sin decirle una sola palabra acerca de mi partida, y mucho menos de mi nueva posición. Por si acaso tenía la ocurrencia de pretender casarse conmigo, ahora que poseo una

dote. Y, tal como había previsto, no se resistió en absoluto a avenirse a mis razones.

Mi primo es un hombre débil. Débil y vanidoso, como tantos otros. Ama, se ve adorado, se pavonea, presume, y está dispuesto a hacer infinidad de pequeños sacrificios económicos para exhibirse, con Julia colgada de su brazo, en los restaurantes de moda. La dificultaba que se le presentaba, era que no tena la menor idea del modo en que podría sacarla del convenio para instalarla en un piso propio.

Se sintió tan feliz de que le sirviera la idea calentita en una bandeja, que, tres días después, pude llevarlo a casa del señor Ausséque, el cual se quedó moderadamente sorprendido al ver a su nueva y atractiva cliente haciéndole de gancho.

Porque a mi notario también volví a verlo en no pocas ocasiones. Para llevarle una copia de mi partida de nacimiento, otra del certificado de defunción de mamá, una tercera y una cuarta para hacer constar la desaparición de papá, ¡y ya no sé cuántas más! Y sucedió lo que tenía que suceder. Un buen día, una semana después de mi partida de la calle Saint-Augustin, el notarlo embistió sobre la mesa a una Lucienne absolutamente complaciente.

Yo seguí siendo su clienta, y él se convirtió en cierto modo en mi cliente. ¡Oh! No cometió la tontería o la grosería de sacar un luis del bolsillo de su chaleco después de habérmela endilgado, por otra parte de forma muy agradable, pues, por el hecho de ser notario, no se es menos hombre. En cambio, me proporcionó un apartamento encantador en la calle de la Chaussée d'Antin, por un alquiler irrisorio, y se preocupó de que los pintores, los tapiceros, los embaldosadores y toda esa ralea no me timaran.

En lo que se refiere a Julia, no tardará en estar Instalada en su propia casa, una vivienda con tres habitaciones situada en la calle Drouot, a dos pasos del piso de Léon. Ya ha hecho Instalar un bidet *modem style*, que confío en que utilice.

Yo estaré Instalada en la mía dentro de ocho días, hecho que demuestra una celeridad notable tratándose de profesionales parisienses. He hecho lo que había que hacer para que así fuese. De forma sucesiva, cuando no simultánea, el pintor, el tapicero, el embaldosador y toda esa ralea han embestido —uno sobre unas tablas, otro en un sillón, otro en el parquet— a una Lucienne absolutamente complaciente. El embaldosador en particular, un auvernés rasposo, peludo y dotado como un asno, me ha dejado un recuerdo conmovedor... y húmedo.

Todo está en orden, y yo aburrída. Fui a ver a Dodolphe, Adolphe Bougrot, g, r, o, t, mi pintor de escenas antiguas, y Dodolphe embistió contra su caballete a una Lucienne absolutamente complaciente. A continuación, dejé en la repisa de la chimenea un billete de cien francos del Banco de Francia, diciéndole que era para que se tomase unas vacaciones, y prometiéndole que iría a verlo en cuanto ingresara en la *Academia de Bellas Artes*. No antes, lo cual es como decir nunca. Dodolphe ya ha pasado a la historia.

Quedaba el señor André. Fui a visitarlo una tarde a su despacho, en la calle Clichy. Pese a lo que habíamos acordado, embistió a boca de jarro, en el sofá de estilo antiguo de la antesala, a una Lucienne absolutamente complaciente. Resultó mejor

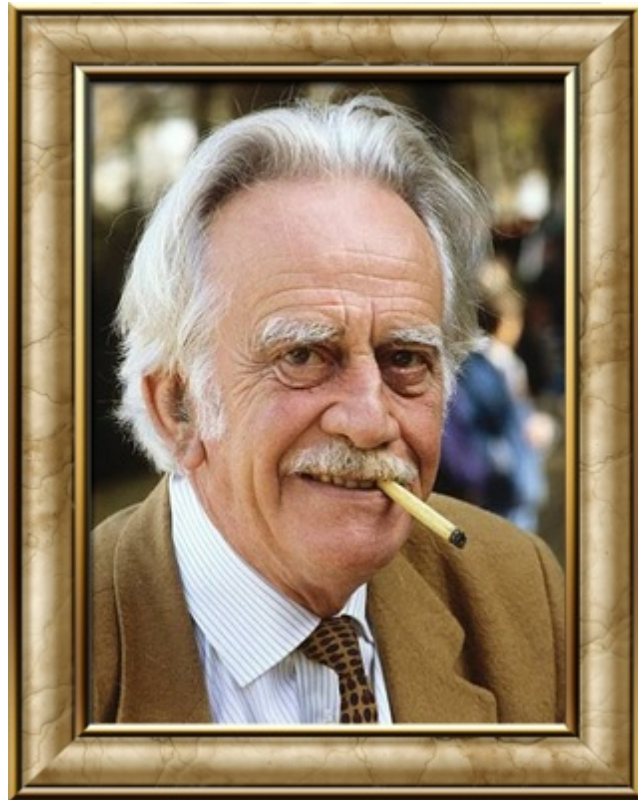
que con Dodolphe, que ya no maneja el pincel como antaño o no hace tanto, pero no tan excitante como con el embaldosador.

Después de la jodienda, hablamos de mí y del consejo que deseaba pedirle. ¿Pedir a quién? ¿Pedir qué? Una vez repuesta de la emoción que me produjo nuestro encuentro, me sentí mucho menos dispuesta que entonces a informarle de mi nueva fortuna. A partir de ahora, los consejeros más bien me sobrarían que me faltarían. El dinero de los demás los atrae como Ja miel atrae a las moscas. Prueba de ello es que, cuando me recordó mis preocupaciones, me limité a hablarle vagamente de una minúscula herencia, dos o tres mil francos que deseaba invertir, y él me propuso sin vacilar el Banco de la Empresa, es decir, el banco donde él ocupa el cargo de administrador, ¿qué se Imaginaban?

Para él y para los demás, sigo siendo una Interna de la calle Saint-Augustin que se ha tomado unos días de vacaciones. Me encontrará en el salón azul cuando lo desee. Él no insiste. ¿Sacarme de allí como León ha hecho con Julia, y por el mismo precio? No parece que haya contemplado esa posibilidad; y, si se lo ha hecho, la ha rechazado. Sin duda no soy una... Inversión lo bastante Interesante para él. Adiós, señor André.

Todo está en orden, y yo aburrida. Aburrida de Irma la Enamoradiza, de Zoé la Colchón, de Cléo la Culona y de las dos normandas. Aburrida del dormitorio y del ir y venir nocturno de las mujeres en busca de afecto femenino; del refectorio y de las Interminables bromas del señor; del salón rojo, del salón azul, y del olor penetrante de las pieles y los pelos; de la señora Armand y de sus multas; de Comechochito, de Gimnasta, del chocolatero, del tabaquero, de la fusta y de la sacristía. Estoy aburrida de Las Odaliscas.

París, mayo 1890 - mayo 1990.



JACQUES CELLARD (1920-2004). Fue un historiador y lingüista muy conocido por sus crónicas sobre lenguaje en el diario Le Monde, y como lexicógrafo, publicó un célebre Dictionnaire de français non conventionnel y una Antologie de la littérature argotique. En tanto que historiador, escribió numerosos ensayos, en particular sobre el siglo XVII. Autor y editor de obras eróticas, Cellard publicó algunas con pseudónimo o como textos anónimos.

Notas

[1] Ocho francos de oro, evidentemente. En la época en que se sitúa este rebato (1889-1892), 200 francos (10 lises) son un buen sueldo mensual. Se come bien por dos francos, y opíparamente por 10 (medio luis). Estas comparaciones y muchas otras nos llevan a situar el valor real del franco-oro en 60 francos actuales, y el de la... prestación evocada por la narradora en unos 500. Un precio que se ha mantenido, al menos a igual nivel de calidad. <<

[2] Pago adicional y facultativo del cliente a la mujer que le presta sus servicios de forma satisfactoria. <<